RAFAEL ALTAMIRA

REPOSO

Edición, introducción y notas de:
JUAN A. RÍOS CARRATALÁ

RAFAEL ALTAMIRA

REPOSO

LITERATURA Y CRÍTICA / 12

Director de la Colección:
Miguel Ángel Lozano Marco

RAFAEL ALTAMIRA

REPOSO

Edición, introducción y notas de
Juan A. Ríos Carratalá

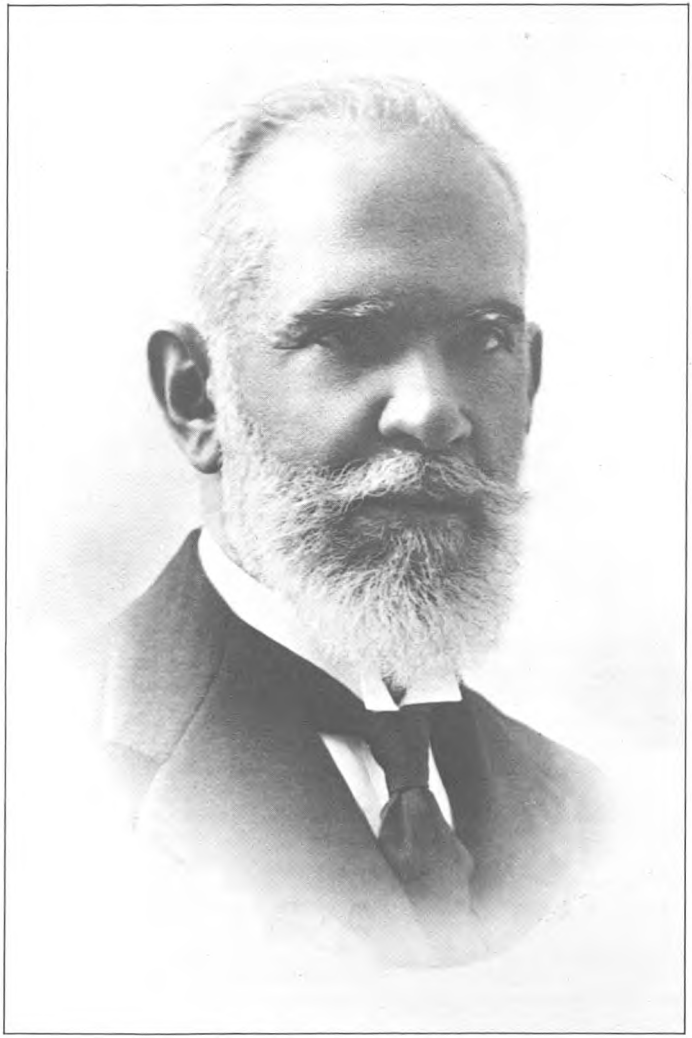
INSTITUTO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACIÓN DE ALICANTE

Alicante, 1992

© Herederos de Rafael Altamira
© de la introducción y notas: Juan A. Ríos
© de la presente edición:
INSTITUTO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT

I.S.B.N. 84-7784-942-0 • Depósito Legal: A.919-1992

Imprime: Gráficas DIAZ, S.L. San Vicente/Alicante



Rafael Altamira, 1866-1951

INTRODUCCIÓN

El nombre de Rafael Altamira (Alicante, 1866 - Méjico, 1951) se suele asociar a facetas intelectuales ajenas a la creación literaria[1]. El estudio del historiador, jurista, pedagogo, americanista... que tantas obras destacadas escribió apenas ha dejado un pequeño lugar para el literato. Hasta cierto punto es lógico que así suceda. La altura alcanzada por el polígrafo alicantino en las citadas facetas tiende casi inevitablemente a oscurecer todas las demás. Entre ellas, no obstante, la literatura tanto en su aspecto creativo como en el crítico ocupa un importante lugar, sobre todo durante el período de entresiglos.

---

[1] Rafael Altamira y Crevea estudió primeras letras y bachillerato en Alicante; se licenció en Leyes por la Universidad de Valencia (1886) y se doctoró en la de Madrid (1887), siendo discípulo entusiasta de Giner de los Ríos, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza.

En 1897 ganó por oposición la cátedra de «Historia General del Derecho Español» de la Universidad de Oviedo, en la que coincidió con profesores tan destacados y vinculados al krausismo y al regeneracionismo como L. Alas, A. Sela, A. Buylla, A. Posada y otros en una época de esplendor del citado centro universitario. Como delegado del mismo fue a manera de embajador cultural de España a varios países de Hispanoamérica, en viajes, congresos y conferencias de gran resonancia política y popular (1909-1910).

Fue Director General de Enseñanza Primaria (1911-1913), catedrático de la Universidad Central desde 1914 hasta su jubilación, juez permanente del Tribunal de La Haya, etc. Conferenciante y escritor de asombrosa actividad que él explicaba diciendo: «Todo es cuestión de método. Se reparte el tiempo: tantas horas para estudiar, tantas para escribir, tantas para el descanso. Se sigue fielmente el plan trazado, y el milagro está hecho».

Entre 1936 y 1940 vivió refugiado en La Haya. No volvió a España tras finalizar la Guerra Civil y falleció en Méjico (1951), disfrutando del reconocimiento internacional por su trayectoria intelectual y de la práctica indiferencia del régimen franquista.

Podemos consultar un repaso de su amplia producción bibliográfica en Armando Alberola (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Inst. Gil-Albert-C.A.P.A., 1988, pp. 7-15. Para los aspectos biográficos, sigue siendo fundamental la consulta del estudio de Vicente Ramos, *Rafael Altamira*, Madrid, Alfaguara, 1968, salvo en lo referente al período 1935-1951.

Rafael Altamira es un intelectual con una curiosidad que casi podríamos considerar universal. Son escasos los campos del mundo cultural que le dejan indiferente y, por lo tanto, la literatura debía ocupar un lugar destacado entre sus preocupaciones. Pero hay algo más que un interés intelectual en la relación de Altamira con la literatura. El entusiasmo que dedicó a la redacción de cuentos y novelas desde su más temprana juventud hasta 1907 y la continuidad de su extensa y brillante obra crítica —todavía carente de una adecuada edición que permita una mejor y mayor utilización— nos indican que no estamos ante un ocasional o tangencial interés.

En el amplio marco del mundo intelectual de Altamira y bastantes de sus coetáneos, la literatura tenía unos difusos límites con otras facetas del «hombre de letras». Su rechazo de la excesiva especialización como forma de empobrecimiento cultural le lleva a compatibilizar muy diferentes facetas. Pero en el caso concreto de la literatura hay algo más personal. El propio Altamira así lo reconoció en repetidas ocasiones, dando cuenta de un entusiasmo juvenil que le llevó a «devorar» toda la narrativa popular decimonónica, a colaborar durante su etapa estudiantil con Blasco Ibáñez en la redacción de novelas inconclusas, a participar con brillantez y lucidez en la polémica acerca del Naturalismo, a ser un lector voraz de la novelística de la Restauración y en especial de su admirado maestro Pérez Galdós[2], a lanzarse con un entusiasmo casi romántico a la redacción de novelas, a escribir cuentos en la mejor línea costumbrista y, sobre todo, a publicar numerosos comentarios críticos que dan cuenta de lo fundamental del mundo literario de entresiglos. Un amplio conjunto, pues, de datos y actividades que nos indican un interés equiparable al demostrado ante facetas como las arriba indicadas.

Sin embargo, los trabajos literarios de Rafael Altamira apenas han tenido un eco en la crítica. La razón ya señalada

[2] Admiración constante desde sus primeros trabajos literarios y que, entre otros detalles, le llevó a utilizar el seudónimo de «Angel Guerra» para escribir parte de sus críticas literarias (véase V. Ramos, *op. cit.*, p. 27).

podría justificarlo, pero considero que hay una relativa injusticia en un olvido incomprensible en ciertos ámbitos. José Carlos Mainer, José M.ª Martínez Cachero y otros estudiosos han paliado esta situación en lo que respecta a la crítica literaria de Altamira[3], la cual todavía carece de una monografía extensa que la analice sistemáticamente poniéndola a disposición de otros investigadores. El carácter periodístico y forzosamente disperso de la mayoría de sus comentarios provoca que a menudo no se les tenga en cuenta. La relativa dificultad para acceder a los mismos e, incluso, la simple ignorancia de su existencia hacen recomendable una catalogación y, por supuesto, una recopilación crítica de los más destacados. Se podría así comprobar con satisfacción e interés lo ya dicho por el propio Altamira:

> «Creo, sin inmodestias, que, cuando mis lectores puedan ver reunida toda mi labor literaria, ahora esparcida por varios libros o escondida, estimarán que, mejor o peor (eso yo no he de decirlo), mi aportación a la crítica y al estudio de los temas estéticos (literarios o no) ha sido más cuantiosa de lo que tal vez creen algunos, aun sin considerar los más humildes hijos de mi pluma: las novelas y los cuentos»[4].

Una aportación nada modesta si tenemos en cuenta la sensibilidad crítica demostrada por un autor que compartió, junto con Azorín, Clarín y otros, uno de los momentos más brillantes y creativos de la crítica literaria española.

La realización de estas tareas nos permitiría conocer mejor a un Rafael Altamira educado en el mundo literario de las últimas décadas del siglo XIX. No podemos buscar a un crítico profesionalizado y constantemente al día a lo largo de su extensa biografía. Tampoco lo fue su colega y compañero Clarín —menos receptivo ante tendencias innovadoras como el Modernismo— y, además, sus múltiples ocupaciones se lo

---

[3] José Carlos Mainer, «Rafael Altamira y la crítica literaria finisecular», en Armando Alberola (ed.), *op. cit.*, pp. 141-162; José M.ª Martínez Cachero, «Rafael Altamira, crítico literario», en VV.AA., *Homenaje a Rafael Altamira en se centenario (1866-1966)*, Oviedo, Universidad, 1967, pp. 11-22.

[4] *Arte y realidad*, Barcelona, 1921, p. 9.

impedían. Pero su conocimiento de la literatura decimonónica, en especial de la novelística de las últimas décadas, le convierte en un punto de referencia fundamental para el estudio de la misma. Y, por otra parte, nos lleva a las fuentes literarias en las que bebe su narrativa, casi completamente olvidada en los estudios realizados sobre la trayectoria intelectual y biográfica de su autor.

La obra narrativa de Rafael Altamira la podemos dividir en dos grandes bloques: los cuentos en los que destacan los de carácter local y costumbrista y, por otra parte, una breve serie de novelas que culmina en *Reposo* (1902). Sus cuentos se sitúan en un período que va desde 1881 hasta su despedida de la literatura de creación en 1907. Etapa de juventud y primera madurez en la que ensaya varias vías para unos cuentos que, como en tantas otras ocasiones, primero fueron publicados en los periódicos locales[5] y nacionales[6] para pasar después a los volúmenes de recopilación[7]. De entre dichas vías destaca especialmente la de una cuentística de carácter local

---

[5] Su primer trabajo impreso en *La Antorcha*, de Alicante (7-VII-1881). Ya por entonces había hecho su propio e infantil periódico con medios artesanales y esta precoz vinculación a la literatura y al periodismo le llevará a los 17 años a redactar su primera novela corta: *Las dudas de Leoncio* (véase V. Ramos, *op. cit.*, p. 39). Por aquellos años, y con una pedante ingenuidad propia de la edad, Altamira dudaba entre ser «filósofo» o novelista, decantándose hacia esta última faceta durante su etapa universitaria en Valencia, decisiva para reafirmar una vocación literaria que siempre alentó, por encima de todas las dificultades, Rafael Altamira.

[6] Publicaciones nacionales tan destacadas como *La Ilustración Española y Americana*, donde aparecieron varios de sus cuentos de temática local. El interés de Altamira por la prensa —un fenómeno casi generacional— le llevó a las redacciones de revistas que son fundamentales en el panorama cultural de entresiglos: *Vida nueva* (1898-1900); *Juventud* (1901-2), de clara orientación regeneracionista y orientada a profundizar en el conocimiento de «nuestras tierras y gentes», lo cual guarda un paralelismo con la novela aquí editada y redactada en esas mismas fechas; *Revista Ibérica* (1902) y otras. Véase M.ª Pilar Celma Valero, *Literatura y periodismo en las revistas del fin de siglo. Estudios e índices (1888-1907)*, Madrid, Júcar, 1991.

[7] Véanse *Mi primera campaña* (Madrid, 1893); *Cuentos de Levante* (Madrid, 1895); *Novelistas y cuentos* (Barcelona, 1893); *Fantasías y recuerdos* (Madrid, 1910); *Cuentos de mi tierra* (Madrid, 1925).

y costumbrista, en la cual Altamira mostró su continuada vinculación con una ciudad y una provincia en las que pasó sus años de infancia y juventud[8]. La moderada nostalgia y el sentido del equilibrio que preside toda su obra le evitan caer en algunos de los defectos habituales de esta literatura local y costumbrista. Frente a la exaltación localista o las habituales lamentaciones de un tiempo pasado forzosamente mejor, Altamira persigue en estos relatos un objetivo concreto y positivo: fomentar el amor a la «terreta» basado en el conocimiento de su realidad. Para conseguirlo utiliza sus propias experiencias juveniles y el estudio directo de algunos aspectos de la realidad provincial, abordados previamente como historiador y jurista. Así, junto al elemento subjetivo de la experiencia recordada se sitúa el dato preciso, el análisis lúcido de circunstancias conocidas gracias a las citadas facetas. Todo pasa por el tamiz subjetivo del autor que evoca un tiempo pasado, pero nada queda al margen de la mentalidad analítica que presidió el conjunto de su actividad intelectual. Esto último evita la excesiva idealización, la nostalgia sin ningún fundamento positivo o, como diría el propio Altamira, tomarse la vida por el lado pintoresco.

Este objetivo le lleva a interesarse por aspectos muy concretos de la realidad local y provincial. Desde los problemas derivados de la carencia de agua para el riego hasta el paisaje nunca idealizado, desde la actividad portuaria hasta las dificultades de comunicación entre los pueblos..., son múltiples los aspectos de una realidad que sirven de base para unos cuentos que nos ayudan a comprender unas circunstancias históricas y locales muy concretas. Sin embargo, Rafael Altamira supo evitar el excesivo localismo y no se mostró demasiado interesado por la pura descripción costumbrista de tipos o escenas. La perspectiva del recuerdo, de la evocación, resulta felizmente selectiva en este sentido y da una mayor solidez

[8] Véase mi artículo «El cuento en Alicante. Rafael Altamira», *España Contemporánea* (en prensa).

literaria a sus relatos. evita lo pintoresco, el detalle sin trascendencia, la retórica tantas veces utilizada para ensalzar las tópicas virtudes locales... Sin prescindir nunca de una base literaria absolutamente decimonónica y siendo moderado ante los avances de la narrativa más en vanguardia de entresiglos, Rafael Altamira con lenguaje siempre correcto y sobrio sabe seleccionar aquellos aspectos que le emocionan, que le ayudan a recuperar el recuerdo de un período vital feliz. Tal vez le falte el genio literario o la creatividad de su amigo Clarín para transmitirnos la intensidad de esa emoción, pero dicha actitud favorece su selección evitando, además, buena parte de la cursilería y el romanticismo trasnochado que se da en otras de sus obras.

Esta brevísima síntesis de las características de sus cuentos locales y costumbristas nos permite establecer varios puntos de contacto con su novela *Reposo*, redactada en Oviedo entre septiembre y noviembre de 1902. Dejando aparte la temática peculiar de esta última, Rafael Altamira al situar la acción en el mismo ámbito que los citados cuentos nos vuelve a mostrar aspectos de la realidad que le preocupaban. Junto a la experiencia de sus veraneos juveniles en Campello y Benidorm, de nuevo nos habla de los problemas del riego, de las difíciles comunicaciones, de la dureza de la vida campesina, de la precaria economía rural, de la emigración al norte de África...; en definitiva, de todo aquello que constituyó el eje de sus preocupaciones acerca de una provincia que estudió, amó e intentó dar a conocer tanto a través de sus estudios como de sus obras literarias. *Reposo* no es una novela localista, pero sí la culminación de una buena parte de los relatos breves de este tipo que escribió Altamira. Las imágenes propias de estos últimos se hilvanan en una novela en la que los supuestos nombres literarios apenas ocultan la referencia directa a una provincia que tanto conocía y recordaba.

Las restantes novelas de Rafael Altamira tienen un escaso interés literario y, desde luego, inferior al de *Reposo*, que podemos considerar como punto culminante y final de una trayectoria novelística que se vio truncada por las múltiples

ocupaciones de su amor. Escritas a una edad muy temprana, entre los diecinueve y veintisiete años, constituyen un claro exponente de un joven lector que apenas ha encontrado su propio mundo creativo. En ellas observamos muestras de una novelística decimonónica que, según cuenta el propio Altamira, había sido leída con pasión durante su etapa de estudiante, tanto en Alicante como en Valencia. Y, como otros muchos, no resistió la tentación de lanzarse a la creación de unas novelas que resultan miméticas y sólo se salvan por la corrección estilística que siempre mostró el autor.

En un mismo volumen de 1893 publicado en Barcelona incluye dos novelas breves: *El tío Agustín* (s.a.) y *Un bohemio* (1886). La primera revela a menudo una ingenuidad y hasta una cursilería que no merecen comentario alguno. La segunda tiene un cierto interés porque su protagonista se debate en una disyuntiva que, con matices propios de la época, preocupó a nuestro autor y a bastantes de los escritores coetáneos: el hombre práctico frente al idealista. Martín, el protagonista, es un joven estudiante universitario que, tras abandonar sus amores platónicos e ideales, se enamora de una joven que le transforma. El «bohemio» se convierte en un hombre práctico que lucha para poder casarse y formar una familia. Sin embargo, la trágica muerte de su amada le impide culminar sus ilusiones y Martín termina ocupando su oscuro empleo en un lejano y perdido pueblo. En varias ocasiones, Altamira abordó esta disyuntiva señalando la necesidad de conjugar los rasgos del hombre práctico con los del idealista, o el «bohemio». Él mismo se enfrentaría a esta disyuntiva en su época de estudiante y su novela supone un claro reflejo de una preocupación que vive en un tono romántico y hasta melodramático, tanto en la novela como en la vida real a tenor de lo dicho en algunas de sus cartas. La sinceridad del empeño no tiene la suficiente fuerza como para liberarle de las limitaciones de un jovencísimo novelista que cae en los tópicos, las frases hechas y, en definitiva, en la repetición de aquello que había leído con entusiasmo.

Fatalidad (1894) es una novela en la que ya encontramos a un autor mucho más maduro[9]. Guillermo, su protagonista, es un joven médico de provincias que reside en Madrid, donde conoce a Teresa, aristócrata casada que no convive con su marido. Se enamoran apasionadamente hasta constituir sus relaciones el eje de la novela. Sin embargo, el carácter inestable de Guillermo —que sufre bruscas alteraciones emocionales justificadas por una causa hereditaria— le lleva a la enfermedad, a la que contribuye su pasión por Teresa. Siguiendo el consejo médico, ésta se marcha a París para que mejore Guillermo, el cual empeora progresivamente, mientras que la aristócrata se va alejando de él. Decide ir a París para reencontrarla, pero ella le rechaza al ver su enfermedad y la degeneración que ha sufrido. El suicidio aparece en el horizonte, pero en un confuso final el protagonista encuentra una vaga esperanza que le permite seguir con vida. ¿Romanticismo trasnochado? Pues sí, sobre todo teniendo en cuenta la fecha de redacción y que por entonces Altamira ya había participado con lucidez en la polémica acerca del Naturalismo y el Realismo. Apenas encontramos nada de estos movimientos —más bien al contrario— en una novela que, sin apuntes en la dirección superadora de los mismos que ya se daba por entonces, vuelve a caer en los tópicos —el protagonista: joven, médico, culto, guapo, soltero, moderadamente liberal, correcto con las mujeres, elegante, contrario a los gustos aristocráticos, fiel en el amor, generoso...— y roza a menudo lo folletinesco, sobre todo en unos diálogos retóricos y faltos de vida. Por otra parte, Altamira nunca supo recrear la temática amorosa con personalidad propia, incluso en *Reposo*. Y se pierde por unos caminos que no son los suyos, al menos como creador. El resultado es una novela que supera el nivel medio de las escritas por los alicantinos de las últimas décadas del siglo XIX[10], pero que apenas merece ser

[9] En Rafael Altamira et alii., *Novelas*, Madrid, Ricardo Fé, 1894, pp. 1-131.

[10] Sobre esta producción novelística, véanse mis libros *Románticos y provincianos* (Alicante, Universidad-C.A.P.A., 1987) y *La literatura en Alicante* (Alicante, Universidad, 1990).

rescatada por ser muy inferior literariamente a la aquí editada y a sus cuentos costumbristas[11].

No se debe pensar en una radical ruptura entre estas novelas y *Reposo*. Algunos rasgos, muy presentes en la novelística española de la época, permiten incluso establecer una cierta continuidad. En este sentido cabría hablar de la constante aparición de protagonistas con la misma edad que el autor, que son «intelectuales» con una problemática relación con la realidad práctica. Su sensibilidad, su inteligencia, siempre les provocan todo tipo de enfermedades novelísticas, desasosiegos y neurastenias que desencadenan procesos de difícil solución. La diferencia básica es que en las primeras novelas esos procesos están acartonados, prefijados, por una herencia novelística todavía no asimilada por el joven autor, mientras que en *Reposo*, aparte de la sinceridad del intento, la madurez de Altamira le permite encontrar una vía propia para transmitirnos las preocupaciones del protagonista que no son, en este caso, sino las del mismo autor.

¿Por qué se produce este cambio? En primer lugar, hay una obvia maduración en el autor. Un novelista de apenas dieciocho años sólo puede ser mimético con respecto a una influencia poco asimilada, salvo algún caso excepcional y hasta inverosímil. Sin embargo, cuando Altamira redacta *Reposo* cuenta con treinta y seis años, ya es catedrático en la Universidad de Oviedo, ha formado su propio mundo intelectual y tiene la suficiente perspectiva vital para redactar, valga el juego de palabras, con reposo su novela. Lejos de la compulsiva redacción de las primeras novelas, ahora nos vamos a encontrar con el fruto de una reflexión acerca de un problema que

[11] Según V. Ramos, «*Fatalidad* es novela de absoluto talante psicologista, con diálogos muy intelectualizados y urdida en torno a un amor que se derrumba por el desquiciamiento psíquico del amante, herido por el mal del siglo. Cuando parece que todo conduce al suicidio, una esperanza detiene el desenlace: es la luz de la autorregeneración por la vía del autodominio. En su forma, es ostensible la morosidad en el análisis de las emociones» (*op. cit.*, p. 66).

siempre preocupó al autor, con las experiencias propias de su etapa de juventud, con la intensa añoranza por su tierra y sus hombres, con el conocimiento de una realidad estudiada como historiador y jurista y, claro está, con un estilo literario, unas estructuras novelísticas, que ejemplifican la serena corrección y claridad de un prosista de la calidad de Altamira. El cambio si no es radical, es tan profundo que frente a la benévola sonrisa que nos produce la lectura de las primeras obras, *Reposo* nos interesa como lectores, máxima aspiración de una buena novela.

Una novela que es el fruto de lo arriba indicado podría ser considerada como autobiográfica, y en parte así ocurre en *Reposo*[12]. Los lugares donde se desarrolla la acción —Alicante (Levantina), San Juan (Samanet), Campello (Villamar), Benidorm (Benicador)...— son los de la infancia y juventud del autor, que utiliza nombres supuestos para retratarlos con una relativa fidelidad. El protagonista es un intelectual de una edad similar a la del propio Altamira. Sus problemas y preocupaciones coinciden en términos generales y, en ocasiones, hay un paralelismo absoluto entre los temas que interesan a Juan Uceda, el protagonista, y los que fueron objeto de estudios y comentarios por parte de Altamira. Paralelismo que se extiende a circunstancias personales muy concretas que hemos podido documentar en la biografía de Altamira y que tienen un reflejo exacto en *Reposo*.

Sin embargo, hacer una lectura exclusivamente autobiográfica sería empobrecer la novela. La utilización de estos materiales a la hora de ambientar la narración o de presentar al protagonista —omnipresente en el desarrollo del argumento— responde a la propia concepción de la novela que mani-

---

[12] Cfr. J.E. Fagg, «An autobiographical novel by Rafael Altamira», *Hispania*, vol. XXXVII, n.º 3 (1954), pp. 9-13. Algún crítico despistado, como L. Santullano, piensa que el personaje central es traslación literaria de Joaquín Costa (véase V. Ramos, *op. cit.*, p. 110). Aparte de la abrumadora cantidad de circunstancias autobiográficas reflejadas en la novela, el personaje se parece a Joaquín Costa sólo en la medida en que este último, buen amigo de Altamira, coincide en aspectos fundamentales con el alicantino.

festó Altamira en algunos de sus escritos teóricos. Ni como crítico ni como autor podía aceptar un relato que fuera sólo peripecia aventurera y traslado fotográfico de apariencias. De ahí que manifieste su desacuerdo con «la novela que pudiéramos llamar dramática o de enredo, en que lo movido e interesante de la acción exterior, que halaga la curiosidad del gran público lo llena todo, con perjuicio de otras condiciones más fundamentales, que son las que han inmortalizado a los mejores novelistas de nuestros siglos» y, asimismo, con los narradores que se quedan «con la cáscara seca y fofa que nada dice ni representa nada». Esta postura se aviene —como señala Martínez Cachero[13]— con su idea de que el novelista trabaja no ya para entretener con fantasías o con realidades periféricas sino, ante todo, para mejorar al lector, aleccionándole por vía deleitosa: «si la novela ha de servir para algo, es preciso que ahonde un poco, hasta herir la cuerda más humana y rica en sones del espíritu».

Para conseguir este objetivo Altamira no debía recurrir básicamente a la imaginación creadora —que jamás fue su punto fuerte—, sino a una experiencia intelectual y personal que le ha servido para formarse a sí mismo, a su personaje y, es de suponer, puede contribuir a la formación humana y espiritual del lector. Recordemos que su actitud intelectual vinculada al krausismo y, más en concreto, al institucionismo, se manifiesta, entre otros aspectos, en una concepción del arte literario como fuente de posibilidad de enriquecimiento y formación del hombre. No se trata, pues, de escribir un relato autobiográfico —aunque sean abundantes los rasgos dados en este sentido—, sino de aportar una reflexión vivida personalmente, un conocimiento de la realidad individual y colectiva que se intenta transmitir al lector para que la comparta y provoque un similar proceso de reflexión. Para que el mismo se produzca, Altamira no debía caer en lo inverosímil —de

[13] *Art. cit.*, p. 17.

ahí, en parte, la referencia directa a circunstancias, lugares y experiencias muy concretas—, pero tampoco debía caer en lo meramente autobiográfico, pues perdería parte de su capacidad ejemplar de cara al lector. Se trata, en definitiva, de crear un trasunto del yo del autor —Juan Uceda, el protagonista— con los suficientes rasgos autobiográficos para que el autor pueda volcar sus preocupaciones intelectuales y vitales y, al mismo tiempo, con unos rasgos lo suficientemente generalizables y difuminados para que no sea visto como un caso particular y peculiar, exclusivamente autobiográfico. Altamira consigue ese difícil equilibrio y ahí radica, en buena medida, lo fundamental del interés de la novela.

¿Cuáles son las preocupaciones o problemas que Altamira pone en la mente de Juan Uceda? En primer lugar, la necesidad del reposo que da el título a la novela. Necesidad que experimentó personalmente en términos muy similares a los del protagonista. En 1888, en Madrid, Altamira sufrió una fuerte «surmenage» que le llevó a dejar temporalmente el periodismo y, siguiendo el consejo médico, a trasladarse a su finca familiar de Campello para buscar reposo. Las crisis nerviosas, no obstante, continuaron durante su estancia en la capital para preparar las oposiciones a la cátedra universitaria, período repleto de tensiones intelectuales y penurias económicas. En 1891 soportó frecuentes padecimientos por trastornos psíquicos y físicos. Su maestro Giner de los Ríos le escribe por entonces una carta en la que le recomienda «reducir al mínimum la vida intelectual y profesional; y enormizar la serenidad del campo, el aire libre y la cama»[14]. Un consejo como el adoptado por el protagonista de la novela al desplazarse desde Madrid a Villamar y que Altamira siguió en 1892 trasladándose a Campello para recuperarse a base —según cuenta en carta a un amigo— de «reposo el más completo posible. Paseos y ejercicios físicos y muy escasa lectura»[15]. Poco después desaparecieron estos problemas,

[14] Apud. V. Ramos, *op. cit.*, p. 68.

[15] Véase *ibid.*, p. 70.

aunque en 1894 volviera a Campello «en busca de libertad, reposo y reposición de fuerzas»[16]. El paralelismo, pues, con las circunstancias que desencadenan el argumento de la novela es absoluto y podemos afirmar que Altamira trasladó a su Juan Uceda una experiencia fundamental para su formación, y autoconocimiento, como individuo.

En un artículo titulado «La literatura del reposo», recopilado en *Psicología y literatura* (Barcelona, 1905), el autor alicantino analiza un tema de actualidad en la novelística de la época y expone la que podríamos considerar como tesis central de la novela[17]. Según él:

> «Uno de los caracteres que como más acentuado suele asignarse a la literatura contemporánea, es el desasosiego, la inquietud espiritual que revela y que trae, como natural consecuencia, vivísima, febril aspiración al reposo, a la serenidad, a la calma sedente y reparadora» (p. 49).

Esa aspiración se da en numerosos personajes literarios de la época, pero especialmente en los intelectuales, como Juan Uceda, el protagonista de la novela, que son:

> «[...] por naturaleza y por obra de la especialidad de su trabajo, hombres de condición particularmente excitable, para quienes todo rozamiento conviértese en rudo choque, cualquier alfilerazo en terrible herida [...] ese continuo choque, ese disgusto de lo real, ese gasto constante y excesivo de fuerzas, les hacen desear más y más el reposo, la paz del alma, y a ella tienden, ora buscándola por diversos caminos, ora tan sólo apreciándola como cosa inasequible» (pp. 51-2)[18].

La tradición literaria se ha ocupado en repetidas ocasiones de este tema, pero —según Altamira— se equivoca en

---

[16] *Ibid.*, p. 73.

[17] «La literatura del reposo» ocupa las páginas 49-61 del citado volumen. Se trata de un artículo no fechado, pero es indudable que su redacción estaría muy próxima a 1902, fecha de *Reposo*.

[18] Este aspecto ha sido abordado con acierto por M.ª Pilar Celma Valero, *La pluma ante el espejo (Visión autocrítica del «Fin de Siglo», 1888-1907)*, Salamanca, Universidad, 1989, pp. 123-5.

cuanto a los medios para lograr el ansiado reposo. Tras citar a diversos autores desde los latinos hasta los románticos, señala que todos lo creen hallar en el retiro, en el apartamiento del mundo, en la soledad, dando lugar al tradicional enfrentamiento entre el campo y la ciudad, la aldea y la corte. Altamira considera que esta postura constituye un error, o una:

> «¡Illusión eterna de los espíritus desengañados, o inquietos, que poniendo con falso miraje la causa de su desasosiego en el mundo exterior, en lo de afuera, en los otros, creen lograr su salud cambiando de vida, dejando lo que les preocupa, cerrando los ojos al problema que se les impone, huyendo del trato social, ora reduciéndolo a sus más sencillas relaciones, ora suprimiéndolo en la soledad absoluta, en el apartamiento de los hombres!» (p. 59).

Esa misma falsa ilusión es la que va a sufrir Juan Uceda al creer que puede buscar el ansiado reposo en su retiro «en medio de una Naturaleza espléndida», alejado «de las luchas complejas del mundo ciudadano» de Madrid, donde sus actividades intelectuales y políticas, nunca especificadas, le habían causado una difícil situación anímica. La solución no está en el cambio de mundo exterior, sino en el conocimiento y aceptación del mundo interior del individuo, tal y como comprobará Juan Uceda —«hombre de espíritu rigurosamente investigador, de sentido realista y práctico, pulido en las luchas positivas de la sociedad, avezado al cultivo de las ciencias...» (cap. XXI)— al final de la novela. Un conocimiento y aceptación capaz de erradicar falsas ilusiones y proporcionar la base para una actividad más positiva y creativa. Rafael Altamira termina así su artículo con un párrafo que bien podría ser el resumen de *Reposo*:

> «¿Quién sabe, en fin, si dirán que para los espíritus nobles, que se interesan por todo, se conduelen de todas las miserias, sienten como suyos todos los dolores, tienen conciencia de la misisón altruista del individuo y se levantan a las más puras esferas del ideal, el reposo, el sosiego, la calma, son vanas quimeras, hijas de un desfallecimiento momentáneo, y que la inquietud, la intranquilidad, la fiebre son los signos de la acción que fecunda la vida y la lleva adelante, entre quejas y desilusiones?» (p. 61).

A esa misma conclusión llega Juan Uceda, que al comienzo de la novela huye del combate cotidiano en Madrid y busca en el aislamiento y en la naturaleza un reposo necesario. Al principio parece conseguirlo, pues:

> «Juan sentía invadida su alma por un reposo inefable. La Naturaleza toda parecía descansar, o cumplía su labor pausadamente, sin fiebres y sin ruido. Toda excitación nerviosa era allí imposible; apenas nacida, venía a chocar en una especie de muro acolchonado, en el cual se hundía y quedaba prisionera» (cap. IV).

Y hasta llega a la conclusión de que:

> «[...] sólo en el apartamiento, en la renuncia, en la comunión directa con la vida natural, en la modestia de las aspiraciones, confinadas en los estrechos límites de las necesidades individuales primarias, puede ganarse el reposo, no como descanso para volver a la lucha, sino como estado definitivo, que cada cual procura para sí propio, sin cuidarse de los demás» (cap. IV).

Pero a lo largo de la novela irá descubriendo que esta conclusión era errónea. A pesar de que en el capítulo XI el protagonista hace una expresa renuncia a su vida anterior y de que en el XVII se considere «curado», pues,

> «El efecto de esta vida ha sido en mí rapidísimo y profundo. Me siento tranquilo, equilibradas las fuerzas, y hallo placer en mil cosas de esta existencia campestre, sencilla, que antes me hubieran fastidiado quizá y ahora me hablan un lenguaje apaciguador y atractivo»,

pronto irá enfrentándose con una realidad que reavivará su inquietud, su inconformismo vital, destrozando así esa falsa apariencia de reposo sólo basada en el mundo exterior. Tras haber iniciado la crisis definitiva en el capítulo XXXIX y haber comprobado «que los que somos de cierta manera, encontramos y encontraremos siempre, en todas partes, motivos para vivir intranquilos» (cap. XLV), en el Epílogo Juan Uceda reconocerá que «tal vez, para los que somos como yo, la vida es la lucha y el descanso la ilusión de los instantes de desfallecimiento». Por lo tanto, y al igual que lo había hecho el propio Altamira diez años antes, decide volver a Madrid, pero lo hace con «nuevos bríos» tras un verano que le ha per-

mitido conocerse mejor. Final positivo y hasta esperanzador que podemos considerar antinaturalista o, al menos, antideterminista en relación con la influencia del medio ambiente en el comportamiento del personaje, personificada en la figura de un «tío Vicente» que ha encontrado el reposo imposible para Juan Uceda.

Tanto en el artículo como en la novela, escritos en fechas cercanas, la idea central es la misma: el reposo no radica en una idílica naturaleza al estilo de la presentada por los clásicos en el tradicional maniqueísmo corte vs. aldea, sino en el interior del individuo. Y, para aquellas personas que son sensibles, inquietas, preocupadas por la justicia y la felicidad de los demás, el reposo tan sólo es una ilusión pasajera que da nuevos bríos a una lucha que jamás cesa. Juan Uceda no puede dejar de ser él mismo y tanto en Madrid como en el pequeño pueblo alicantino encontrará motivos para la inquietud, para una lucha a la que está condenado.

¿Cuáles son esos motivos de inquietud para Juan Uceda? Básicamente, los mismos que había manifestado el propio Altamira en algunos de sus trabajos sobre el mundo rural alicantino, en el cual se desarrolla la novela. Si repasamos las páginas del estudio titulado *Derecho consuetudinario y economía popular en la provincia de Alicante*[19] —cuya primera edición es de 1905, pero que ya estaba, la parte que nos interesa, redactada en 1896—, encontraremos muchas de las preocupaciones que van a afectar al protagonista de la

[19] De esta obra hay una edición prologada por Antonio Gil Olcina (Alicante, Inst. Gil-Albert, 1985). Esta investigación fue galardonada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1903, pero la parte que más nos interesa, la que abarca los problemas del riego que también aparecen en la novela, ya aparece en «Alicante. Mercado de agua en la Huerta», en Joaquín Costa et alii, *Derecho consuetudinario y economía popular de España,* Barcelona, Manuel Soler Ed, 1902, pp. 135-164 y 441-447. Las primeras páginas, las segundas corresponden a un apéndice bibliográfico, están fechadas en julio-agosto de 1896, lo cual nos indica que estas preocupaciones y las experiencias personales relacionadas con ellas fueron inmediatamente anteriores a la redacción de la novela.

novela[20]. Tengamos en cuenta, por ejemplo, que la espoleta que provoca la crisis sufrida por Juan Uceda durante su búsqueda del reposo es la conciencia de la injusticia cometida con motivo de la distribución del agua para el riego. También debemos tener en cuenta, sin embargo, que el tema del agua ya aparece en el capítulo VII y alcanzará un protagonismo progresivo desde entonces. Y ese es precisamente el tema básico analizado en *Derecho...*, dándose un paralelismo total y absoluto entre los temas investigados por el Altamira jurista e historiador y los problemas que trata de solucionar Juan Uceda, rompiendo así su idílico e imposible reposo.

El protagonista de la novela no sólo vive en comunión con la naturaleza, sino que también intenta conocerla a causa de su curiosidad y natural inquietud. Acompañado de su tío Vicente, médico retirado que ejerce un «caciquismo» paternalista y benefactor, irá descubriendo a partir del capítulo XVI una realidad que poco a poco romperá la imagen idílica de una vida campestre feliz y sin problemas. Altamira, excelente conocedor —por su propia experiencia como individuo e

---

[20] Recordemos que en esta obra colectiva colaboraron, entre otros, Joaquín Costa, como coordinador, y Miguel de Unamuno. Colaboración que también tuvo, al igual que ocurriera con Altamira, repercusiones literarias. La recopilación y estudio de los aspectos consuetudinarios están, según A. Sánchez Vidal, en la génesis de las inacabadas novelas de Joaquín Costa, también abundantes en componentes autobiográficos (*Las novelas de Joaquín Costa, 1: Justo de Valdedios*, Zaragoza, Universidad, 1981). En el caso de Unamuno, y según R. Pérez de la Dehesa, «la recogida de materiales con destino al *Derecho consuetudinario* [...] le llevó a un conocimiento tal de las instituciones vernáculas y de las razones íntimas del carlismo como reacción contra la desamortización liberal de las tierras comunales, que fue reuniendo materiales para escribir una historia de este movimiento [...] Esa historia del carlismo no llegó a escribirse, pero sí *Paz en la guera*, que es, en cierto modo, su sustitución narrativa y la beneficiaria de diez años de trabajo documental del autor» (apud., *ibid.*, p. 219).

Altamira también tuvo la intención de escribir una historia de la provincia de Alicante, para la cual utilizaría los materiales recopilados en *Derecho consuetudinario...* No culminó esta obra, pero —paralelo a lo sucedido con Unamuno— nos dejó *Reposo*, donde dio forma narrativa a unos materiales destinados originariamente a otros menesteres.

investigador— de esa realidad, escalonará los problemas hasta culminar esa especie de proceso de aprendizaje con el del agua para el riego. No es casual. En *Derecho...*, le concede una importancia extraordinaria como condicionante de la vida de los agricultores y manifiesta su inquietud ante determinadas injusticias seculares. Lo mismo hará su personaje, desencadenándose en él un proceso muy similar al que habría sentido el propio Altamira al analizar este problema. De nuevo encontramos una base autobiográfica en la novela, pero impuesta por una realidad verosímil, cercana y concreta de la que no intenta escapar jamás el autor.

Por lo tanto, la novela se convierte en la búsqueda de un objetivo que acaba siendo ilusorio. Pero la experiencia es positiva. Juan Uceda ha conocido mejor la realidad de un campo que no es un lugar idílico, en el cual resulte ético realizar un «reposo estéril y egoísta». Ese aprendizaje le ha permitido conocerse mejor, profundizar en un yo interior al que jamás podrá abandonar. Y, en consecuencia, el mejor conocimiento tanto de la realidad exterior como de la interior le permite volver a Madrid, su verdadero lugar, pero con una mentalidad renovada y con «nuevos bríos». Tal vez no haya solucionado completamente su neurastenia, su desasosiego; probablemente, el reposo sólo hay sido una ilusión pasajera. Pero Juan Uceda acaba su experiencia como un hombre renovado y, aquí está la clave de la novela, capaz de ser un ejemplo para el lector. Recordemos el sentido aleccionador que daba Altamira a la novela y comprobaremos que en *Reposo* lo ha explicitado con meridiana claridad. Un sentido, acompañado de un moderado optimismo final, que separa esta obra de otras coetáneas de la Generación del 98 que abordan conflictos y personajes similares.

No obstante, la presente obra es algo más que la explicitación por vía deleitosa de una tesis ya expuesta en el citado artículo sobre la «literatura del reposo». La propia estructura narrativa seleccionada, el individuo que llega desde Madrid y que, llevado de la mano de un familiar, va a conocer durante unos meses diversos aspectos de una realidad que le era

ajena, es adecuada para que Altamira introduzca otros elementos que le son peculiares. Un proceso de conocimiento de la realidad que romperá esquemas intelectuales previos del protagonista, al igual que sucede en numerosas obras influidas por el krausismo desde los años 80 aproximadamente (*El amigo Manso, La familia de León Roch,* etc.). Pero esa toma de contacto de Juan Uceda con Levantina (Alicante), Villamar (Campello) y otras localidades de la provincia también permite al autor incorporar un componente costumbrista que ya había utilizado en sus cuentos. Asimismo, tiene la oportunidad de recrearse en el paisaje descrito con precisión no exenta de admiración en algunos casos. Y, claro está, le permite recordar una realidad de la infancia y la juventud añorada desde el Oviedo de 1902 en el que escribe la obra aquí editada.

A pesar de que la novela se centra en el conflicto interior del protagonista que busca el reposo, son frecuentes las notas descriptivas y costumbristas que nos muestran la realidad exterior en la que pretende encontrar ese estado anímico. Desde la llegada de Juan Uceda a Alicante en ferrocarril y su paso por toda la ciudad para encaminarse hacia Campello, encontramos a un Altamira deseoso de reconstruir imágenes recordadas desde el lejano Oviedo. Imágenes concretas y bien descritas que nos evocan una ciudad volcada hacia su puerto —véase la excelente descripción de la actividad portuaria en Levantina en el capítulo XXIV—, que tantas veces aparece en los cuentos de nuestro autor, y con una peculiar actividad comercial que también se refleja en el ritmo más acelerado que tienen los capítulos dedicados a Levantina, la capital de la provincia. El viaje hacia Villamar (Campello) constituye otra estampa costumbrista ya mostrada en algunos de sus cuentos. La lentitud, el polvo y el calor del viaje que se desarrolla entre anécdotas y reflexiones conducen hacia un pueblo en el cual encuentra una tierra dura, donde el agricultor debe sudar el escaso fruto, y un mar que es para muchos el complemento necesario para una economía casi de subsistencia, que a veces desemboca en la emigración forzosa también reflejada en la novela (capítulo XXV). Altamira

nos muestra imágenes tanto de la actividad agrícola como marinera y lo hace con la seguridad de un buen observador que conoce perfectamente el terreno. Y, en relación con esa actividad, surgirá el problema del riego y la inestimable estampa costumbrista de la subasta en San Juan del agua destinada a aliviar a un campo siempre sediento. El investigador del derecho consuetudinario se convierte en novelista, pero sin abandonar nunca el rigor y la precisión de un costumbrista que apenas cayó en la idealizada nostalgia y en la exaltación retórica.

El paisaje de Villamar o de otros pueblos de la costa norte de la provincia de Alicante aparece con notable protagonismo a lo largo de toda la novela. Para un regeneracionista, para un partidario de Joaquín Costa, el campo no sólo era el destinatario de una adecuada política hidráulica o el lugar donde buscar unas raíces nacionales, sino también el objeto de contemplación, de búsqueda de una belleza natural que se considera necesaria para la paz, el sosiego, del individuo. De ahí la atención prestada a la descripción paisajística que, sin llegar a la cumbre de un Gabriel Miró, alcanza un notable nivel en varios capítulos.

Y la añoranza, por supuesto, siempre está latente en *Reposo*. La vinculación de Rafael Altamira con Alicante y sus pueblos fue muy intensa[21] y se vuelve a mostrar en esta novela escrita, simultáneamente, desde el recuerdo y desde las preocupaciones más actuales. El primero le sirve para centrar la acción en un ámbito muy concreto y conocido; las citadas preocupaciones le permiten actualizar ese recuerdo puesto al servicio de los objetivos de un hombre inquieto, curioso, en contacto con la vanguardia intelectual de la época. Esta confluencia evita la nostalgia dulzona, vacía de un contenido que vaya más allá del propio autor. Por el contrario,

[21] Vicente Ramos hace especial hincapié en este aspecto en *Literatura alicantina (1839-1939)*, Barcelona, Alfaguara, 1966, pp. 138-152, y es el núcleo central —a veces llevado hasta la exageración— de su biografía de Altamira.

el recuerdo da pie a un cuadro vivo de determinados aspectos de una realidad alicantina, y de otras muchas provincias, que conocemos mejor gracias al testimonio de Rafael Altamira.

Desde un punto de vista estrictamente literario, la presente novela opta por el camino de la sencillez y de la corrección. Si Altamira presta un escaso interés a los aspectos formales en sus comentarios críticos, como creador tampoco muestra una excesiva preocupación por los mismos. *Reposo* tiene una estructura muy sencilla y clásica: el personaje que viene desde fuera para conocer una realidad que le es mostrada, y al lector, a lo largo de una novela donde se suceden diversos ambientes y experiencias colocados estratégicamente para incrementar el grado de autoconocimiento del propio protagonista. La obra comienza con la llegada desde Madrid de un Juan Uceda del cual casi desconocemos su vida anterior y termina con su partida de nuevo hacia la capital, pero con esos «nuevos bríos», con ese autoconocimiento prestado por una experiencia enriquecedora. Estilísticamente, *Reposo* tampoco aporta ninguna novedad. Rafael Altamira no aspira a crear un estilo marcadamente propio, ni tampoco lo requiere esta novela, y se limita a recrear una prosa sencilla, correcta, armoniosa que revela el dominio y la seguridad del autor.

Sin embargo, no siempre mantiene el mismo nivel. La indudable capacidad de Altamira para la exposición y la descripción de ambientes y costumbres, o para presentar la evolución del pensamiento del protagonista, se transforma en una excesiva frialdad academicista para algunos diálogos y en un recurso constante al tópico al adentrarse en el campo de lo sentimental. Cuando la presencia de Andrea, la antigua novia de Juan Uceda, reaviva en éste una pasión amorosa —capítulos XXXII-XXXVIII[22]—, la novela cae en lo folletinesco, muestra sus puntos más débiles al recurrir en 1902 a un

[22] Según V. Ramos, *Altamira*, cit., p. 73, el propio Altamira también tuvo una novia, María Julián, con la que mantuvo una relación desgraciada, conflictiva y persistente. Esta relación, en nuestra opinión, se asemeja mucho a la de Juan Uceda con Andrea y es un nuevo dato autobiográfico incorporado a la novela.

conjunto de tópicos narrativos ya caducos[23]. Afortunadamente, este episodio sólo es uno más entre otros que van por muy diferentes caminos. La vuelta a la descripción de las labores del campo, la toma de contacto con la naturaleza y el paisaje, la presentación de costumbres y ambientes..., salvan una novela que amenazaba con seguir el camino de *Fatalidad* y otras obras anteriores del propio Altamira.

¿Qué lugar puede ocupar *Reposo* en la novelística española de este tiempo? Si tenemos en cuenta que fue publicada en la Biblioteca de Novelistas del Siglo XX junto con *La Voluntad*, de José Martínez Ruiz, *Amor y pedagogía*, de Miguel de Unamuno y *El mayorazgo de Labraz*, de Pío Baroja; si recordamos que la fecha de redacción es 1902, año clave en la producción novelística de los hombres del 98 y que su autor está ya por entonces bien situado en el mundo intelectual y literario español se hace difícil comprender el casi absoluto silencio por parte de la crítica[24]. Pero tampoco cabe hablar de una actitud arbitraria de la misma. *Reposo* tiene unos límites muy claros como novela y el principal radica en que, al mismo tiempo que una generación iniciaba su andadura, Altamira culminaba la suya y a partir de entonces, por diversas circunstancias extraliterarias en su mayoría, le fue imposible iniciar un necesario nuevo camino.

Rafael Altamira como lector, creador y crítico literario es un hombre de finales del siglo XIX y lo demostró, con notable acierto, en esta novela de 1902, que en algunos capítulos, en especial el XIX, se hace eco de la crisis del 98, ante la cual Altamira mantuvo una actitud preocupada y regeneracionista. Pero esta circunstancia ha constituido, en mi opinión, una importante rémora para que la novela interese cuando su época ya apunta hacia nuevos caminos marcados en buena

---

[23] Véanse, en este sentido, los diálogos del capítulo XXVIII.

[24] Sólo hemos podido encontrar la siguiente reseña: ZEDA, «Otros libros: *Reposo*, por Rafael Altamira. *Tijeretazos y plumadas*, artículos humorísticos precedidos de una carta-prólogo de D. José Alcalá Galiano», *La Lectura*, abril (1903), p. 624.

medida por la novelística del 98. Yo creo que el propio Rafael Altamira era consciente de esa circunstancia, que tal vez le impulsó hacia el abandono de la creación literaria en 1907. La razón aparente, y real, del mismo es la intensa actividad que debía desempeñar en muy diferentes campos, difícilmente compatibles con el novelístico. Es cierto, pero también cuesta creer que un hombre con tanta capacidad de trabajo, con tanto entusiasmo por la literatura, renunciara por completo a una labor para la que siempre podría haber encontrado un hueco. Debe haber una razón más para justificar ese abandono y tal vez sea la autocrítica de un autor consciente de sus limitaciones y de los caminos que seguía por entonces la creación literaria. Un novelista profesional como Pérez Galdós pudo evolucionar con dificultades en sus dos últimas décadas, los demás autores supervivientes de la Restauración deambularon con variable fortuna en las primeras décadas del siglo, pero ninguno volvió a marcar la pauta. Y esa era, aunque con matices, la generación literaria en la que se había criado Altamira, igualmente deudor de la novelística romántica. Un bagaje poco adecuado para enfrentarse a un panorama literario marcado por la ruptura y el cambio. Ser consciente de esta situación y no tener ninguna obligación real de seguir cultivando esta faceta pudieron constituir razones para el abandono de Altamira y, claro está, para el olvido en que se ha sumido esta novela tal vez publicada, desde el punto de vista estrictamente literario, con un relativo retraso.

Frente a las hipótesis que justifican el olvido, hay razones evidentes que justifican la presente edición. Elena M. de Jongh-Rossel manifiesta que «la gran aportación del 98 es el haber hecho literatura de las inquietudes preconizadas por los krausistas-institucionistas en su afán por mejorar la sociedad»[25]. Pero, aparte de lo relativo de tal afirmación, este objetivo, por los mismos años, ya lo había conseguido un autor

[25] *El krausismo y la generación del 98*, Valencia-Chapel Hill, Albatros Hispanofila, 1985, p. 133.

como Altamira estrechamente vinculado al krausisismo-institucionismo y nada ajeno a lo fundamental del 98. El resultado literario, *Reposo*, es desde un punto de vista literario inferior a las obras de la citada generación, pero es indudable que la primera razón que justifica la presente edición radica en lo acertado del intento de conjuntar la labor del investigador con la del novelista. Rafael Altamira lleva al campo de la novela su propia actividad como investigador de determinados aspectos de la realidad provincial, y los universaliza como componentes de una reflexión —la de la búsqueda del reposo— que no puede tener límites geográficos o cronológicos. Aúna, pues, lo local con lo universal y revela las posibilidades de una literatura que refleja el típico mundo intelectual de un seguidor de Giner de los Ríos, Joaquín Costa y, en general, del regeneracionismo de las últimas décadas del siglo XIX.

En segundo lugar, encontramos la posibilidad de conocer mejor la realidad provincial de aquella época, que la podemos concretar en un período cronológico correspondiente a un verano entre 1899 y 1902. Recordemos que la experiencia del autor en Campello se produjo unos años antes, pero en la novela incorpora sucesos ocurridos durante el citado período. La literatura escrita en Alicante durante todo el siglo XIX apenas había prestado atención al reflejo de las circunstancias que marcaban la vida local y provincial. Se trata de una literatura a menudo mimética en la cual el autor es incapaz de observar y recrear su realidad más cercana. Frente a esa tendencia, y coincidiendo en el tiempo con los inicios de Gabriel Miró, Rafael Altamira enfoca con precisión esa realidad que ya había utilizado para sus narraciones breves. Lo hace con criterio propio y crítico, con conocimiento profundo, pero también movido por la ya citada añoranza. Consigue así un equilibrio todavía sugerente y capaz de despertar nuestra curiosidad para contrastar lugares y ambientes tan próximos geográficamente, cercanos relativamente en el tiempo, aunque muy lejanos en nuestra imaginación.

Pero sobre todo queda el interés de una obra bien construida, con una buena prosa y que nos invita a reflexionar con Juan Uceda acerca de un «reposo» que, si en 1902 era necesario, hoy lo es todavía mucho más. Altamira pensaba, como tantos otros de sus coetáneos, que la vida en Madrid por entonces era el colmo del desasosiego, pues todavía no se había introducido el «estresamiento», por fortuna. La solución, que no es tal, propuesta en la novela tal vez nos resulte obvia, pero no por ello es menos cierta y convendría, en mi opinión, que todos de vez en cuando reflexionáramos sobre lo obvio para no hacer el ridículo. Es una posible lectura de una novela de Altamira que espero despierte un mínimo de interés y nos devuelva una más de las facetas de este impresionante intelectual al que tanto y tantos debemos una herencia de reflexión y análisis.

ESTA EDICIÓN

A) Ficha bibliográfica:

Reposo / Rafael Altamira Crevea. [S.1.: s.n.] (Barcelona: Henrich y Compañía), 1903. 320 pp.; 21 cm. (Biblioteca de Novelistas del siglo XX). 860-31'19'

B) Normas de la edición:

La edición de la presente novela no plantea ningún problema de carácter filológico y nos hemos limitado a modernizar la puntuación y ortografía.

Las notas pretender ser, en su mayoría, una ayuda para identificar los lugares reales donde se desarrolla la acción o la indicación del paralelismo de algunas de las situaciones con la trayectoria biográfica del propio autor.

REPOSO

I

A MEDIDA que el tren avanzaba por aquellas llanuras, a trechos cubiertas de árboles y mieses y a trechos mostrando la blancura de su corteza calcárea, Juan Uceda iba cayendo en una especie de modorra irresistible, precursora de uno de esos sueños pesados que suelen acometer en las últimas horas de viaje, cuando apunta el alba. No era precisamente aquella hora la del amanecer, pero hacía sus veces con exceso. Las nubes que hasta entonces, en la estepa manchega que a la espalda quedaba, ocultaron el cielo, habíanse disipado, y el sol esplendoroso del Mediodía llameaba triunfante, anunciando un día de calor.

Juan, que iba solo en el departamento, abrió todas las ventanillas buscando la frescura del aire matinal. Hizo esfuerzos por distraerse con el paisaje, deseoso de contemplar su hermosura severa, pero no pudo. Se echó sobre el asiento, cerró los ojos y le pareció que caían sobre él, juntamente, la fatiga del viaje nocturno y el inmenso cansancio de su alma, para cuyo remedio había salido de Madrid. Pero ni siquiera pudo enfrascarse en una de aquellas meditaciones que en él eran frecuentes y constituían su mayor delicia espiritual. Sentíase aplastado, incapaz de pensar, apeteciendo sólo el reposo, el sueño profundo que no llegaba, turbado por el estrépito del tren y la conciencia oscura, que Juan no perdía, de estar ya al término de su viaje,

de tener que echar pie a tierra y entendérselas con mozos de estación, carabineros, cocheros de punto y agentes de consumos.

Cada vez que paraba el tren, Juan experimentaba un sobresalto, trataba de levantarse y levantaba, en efecto, la cabeza; pero enseguida, el relativo silencio que por minutos reinaba, interrumpido tan sólo por alguna que otra vez, por el golpe sordo de las mercancías y equipajes, lanzados a tierra con escaso cuidado desde el furgón de cola, o por el tintineo de la campana de aviso que el mozo de estación llevaba de un lado a otro, volvía a amodorrarle y le obligaba a tumbarse de nuevo.

El tren parecía aumentar su velocidad a cada momento. Juan experimentaba claramente la sensación de que marchaba cuesta abajo y, a la vez, sentía que el calor aumentaba, que el sol triunfante y ardoroso, deslizándose por los bordes de las cortinillas azules, le envolvía en una atmósfera caliginosa, que suscitaba en la piel picores vivísimos, perturbadores del sueño. Una tras otra iban pasando las estaciones, y cada vez era en ellas menor el ruido. Las gentes, si las había, debían, más que andar, deslizarse sobre el suelo, subir y bajar al tren pausadamente, con movimientos reposados y suaves. Palabras sueltas, desgranadas de conversaciones cuyo principio y fin no se oían, sonaban como si el eco las trajera de un punto lejano. El silencio vencía, acentuándose más y más al contraste con el estrépito del tren, que cesaba bruscamente. Juan creía haber entrado en un mundo en que la vida, en vez de correr, rumorosa y febril, manaba lentamente, con languidez sedante y atractiva, sin noción del tiempo ni inquietudes por el momento futuro. Dejándose llevar por esa sensación que le empapaba el cuerpo entero, cesó de luchar y cayó plenamente en la modorra enervante, que no dejaba paso ni aun a los ensueños.

De ella salió bruscamente, sobresaltado por un silbido de la locomotora, más largo y agudo que todos los anteriores. Púsose en pie, y con los ojos medio entornados, heridos por la cruz cruda y violenta del sol, miró por la ventanilla. El paisaje había cambiado. Hacia el Este, la faja oscura del mar cerraba el horizonte como una barrera y desde él corría, en dirección Norte, alta cadena de montañas, de forma piramidal en su mayoría, que llegaba, formando un semicírculo, hasta cerca de la llanura abarrancada por donde corría el tren. Al Sur, la línea del mar continuaba, interrumpida por algunos cerros y, de pronto, internábase en la tierra, formando profunda bahía que un cabo larguísimo cerraba en último término. La llanura árida, polvorienta, mostraba plantaciones muy clareadas de almendros de hoja pálida y tronco rugoso, sobrepujadas aquí y allá por alguna palmera de gracioso y ondulante penacho. En uno de los cerros del Sur parecía ondear una bandera y brillaba el revoque blanco de algunas construcciones. Al terminar una curva de la vía, apareció, en la falda del cerro, la cúpula, pintada de azul, de una iglesia[1]. A la derecha se alzaron los mástiles de algún buque de gran porte. Minutos después, el tren, haciendo sonar con gran estrépito la plancha giratoria puesta entre dos vías, entraba en la estación de Levantina[2] y paraba antes de llegar al andén.

Volvió a reinar el silencio. Un revisor, con aire aburrido, recorría los vagones para recoger los billetes, mientras otro empleado, con blusa azul, gorra de visera y alpargatas, tomaba notas en un cuaderno, como si contase las unidades del tren. La máquina, desenganchada, volvió atrás por una vía inmediata, moviéndose sin gran prisa, con aire solemne. Después, empujó al tren por la cola y lo fue metiendo bajo la montera de cristales que cubría el andén. Las portezuelas se abrían. Algunos viajeros gritaban llamando: quién, al mozo de equipajes, quién a un pariente o

amigo. Juan miró a todos lados antes de decidirse a bajar. Todas las caras le eran desconocidas. Nadie le esperaba.

Bajó, todavía medio dormido, y echó a andar maquinalmente, con la maleta en una mano y el atamantas en otra. Atravesó una puerta, un corredor estrecho y, de pronto, se encontró en el pórtico de la estación, frente a la ciudad deslumbradora de luz, que el cerro del castillo, como una gran pantalla amarilla, reflejaba sobre las casas, envolviéndolas en dorada niebla a través de la cual veíase, limpiamente, el dibujo vigoroso, duro, de líneas y sombras.

Al pie de la escalinata, en la carretera llena de polvo calizo, los coches de punto esperaban a los viajeros. Los conductores voceaban sin cesar:

—¡Aquí, aquí!

—¡Señorito, un coche!

—¡Fonda del Universo! ¡Hotel Suizo! ¡Hotel Miramar![3]

Y agitaban el mango de sus látigos, sin cuidarse de las amonestaciones de los guardias municipales de caballería que, a cada momento, avanzaban haciendo eses, para despejar la salida sin atropellar a nadie.

Uno a uno, fueron desfilando los coches, con gran ruido de cascabeles y grandes nubes de polvo; y Juan seguía inmóvil, en lo alto de la escalera, contemplando el cuadro y sintiendo vagamente el ridículo de su inacción, que empezaba a chocar a las gentes.

De pronto, creyó oír voces que le llamaban. Al trote largo de un caballito negro cubierto de sudor, llegaba una tartana haciendo ondular sus cortinillas grises. Paró lo más cerca que le permitieron los guardias, y de ella vió Juan saltar, con agilidad pasmosa en sus setenta años, al tío Vicente que, contra su costumbre, llegaba tarde.

II

ATRAVESARON la ciudad, sin detenerse, por la carretera paralela a la dársena. El caserío alegre y lujoso, revocado de mil colores, bordeaba el lado izquierdo, en larguísima fila; y a cada paso avanzaba sobre la acera el toldo de un café, cobijador de mesas y sillas desiertas a aquella hora, envueltas en el vaho de agua que del regado piso iba evaporándose rápidamente. Al otro lado, el paseo de palmeras[4] ofrecía enérgicos contrastes de sol y sombra, recortados sobre la grava de los andenes; y por entre los troncos y las curvadas ramas, veíanse los barcos anclados, las chimeneas de los vapores coronadas de humo, los altos mástiles de los bergantines suecos que descargaban madera. Adivinábase la incesante actividad del puerto en los mil ruidos que poblaban el aire: vibrantes choques de rieles; sordos golpes de pipas vacías; rechinar de poleas; silbidos del tren de descarga; todo ello fundido y armonizado por la distancia y el ambiente[5]. El mar, a trechos, centelleaba herido por el sol.

—¡Estás desconocido! —decía el tío Vicente.— Hace veinte años que no te veo y, con franqueza, no pensaba encontrarte tan grueso, tan alto y... tan joven.

Juan se echó a reír.

—Vamos, usted creía que iba a ver un madrileño como esos que pinta la leyenda provinciana: pálido, delga-

do, calvo, sin pizca de sangre en las venas, un viejo prematuro, producto moderno de las grandes poblaciones.

El tío Vicente rió a su vez.

—¡No, hombre! Ya sé yo que en Madrid hay de todo. Pero quien trabaja como tú, no suele echar carnes, ni conserva la juventud muchos años; y como tú mismo no dejas de quejarte...

—Ese es otro cantar —interrumpió Juan, poniéndose súbitamente serio.— No tengo más que fachada, tío. Pero por dentro...

Calló, sintiendo nuevamente toda la fatiga de su alma y el peso enorme de la mala noche, que había conseguido vencer por breves momentos.

—Neurastenia, exceso de trabajo —repuso el tío.— Verás qué bien te sienta una temporada de reposo en estos campos, a orillas del mar. Es cosa probada.

—¿Neurastenia? —repitió el sobrino—. No digo que no. Pero si he venido, no es por lo que usted cree. El trabajo intelectual no me cansa... Es cuestión de método. ¡La lucha, la lucha con los hombres, el rozamiento continuo con la brutalidad humana, con la ignorancia, con la maldad, con la rutina, con las miseriucas todas del vivir, eso es lo que mata! Estoy cansado; me rindo, y abandono el combate. Busco reposo en el aislamiento y en la naturaleza.

—Como Fray Luis de León —dijo el tío—. «¡Qué descansada vida!, etc.» De eso te respondo. Mayor tranquilidad que en casa...

Habían dejado atrás el puerto, y la tartana caminaba ahora junto a la playa, cubierta en una gran extensión por los balnearios, cuyas banderas ondeaban a impulsos de la brisa de Levante. Más allá, multitud de barcas pescadoras, varadas en la arena, daban sombra a mujeres y hombres que remendaban las redes. Las camisetas azules, blancas y amarillas, de un amarillo fuerte, chillón y los som-

brerones de palma de los marineros, daban una nota caliente, alegre, sobre el fondo monótono de las embarcaciones, invariablemente pintadas de negro. Al otro lado de la carretera, el barrio de pescadores levantaba sus casuchas pobres, sucias, a cuyas puertas jugaba la chiquillería, entre la basura y el polvo del camino.

—Esta gente es feliz, en medio de su miseria —observò Juan.

—¿Lo crees así? —preguntó el tío con acento de duda.

—Por lo menos, no siente los dolores, las inquietudes, las zozobras que nosotros. Todo lo que a ellos les puede apurar y herir, nos apura y hiere también a los que vivimos como yo, incluso las dificultades económicas. Pero su fatiga se cura pronto. Duermen bien, están siempre frescos para el trabajo, el cerebro no les atosiga: todo deja en ellos menos huella espiritual que en nosotros.

—¡Posible es! —dijo el tío tristemente—. Pero sus placeres son menores y más escasos que los nuestros. No tienen apenas compensación, y, cuando la desgracia les azota, están más solos, más inermes para recibirla... En fin, cosa es esa de que no podemos juzgar por una observación ligera. Habría que vivir con ellos íntimamente... Ya tendrás ocasión de ver algunas de sus tristezas.

Callaron de nuevo. La tartana subía la cuesta del fielato, empozada entre el cerro del castillo y el de la cantera e inundaba de polvo, que el sol caldeaba horriblemente. Algunas mieses tostadas languidecían en los campos, mezcladas con chumberas de tono obscuro e higueras blanqueadas por el polvillo de la carretera. El calor era allí insufrible. Zumbaban las moscas en la penumbra del carruaje; y el caballo avanzaba pausadamente, dando resoplidos, sin que lograsen animarlo las voces y el látigo del cochero. La modorra fue ganando a tío y sobrino, haciéndoles entornar los ojos y doblar la cabeza. Juan sentía un dulce sosiego que

le inundaba el cuerpo todo y sumía su espíritu en inacción consoladora. Se entregó a él plenamente, sin reaccionar siquiera contra el vaivén del carruajillo, que parecía acunarle como a un niño pequeño.

Más de media hora tardaron en vencer la cuesta. Cuando llegaron a lo alto, el Levante fresco y húmedo les azotó la cara, sacándolos del sopor en que yacían. Cobró ánimos el caballo, restalló la tralla el cochero y la tartana comenzó a rodar, ligera y alegre, hacia la gran llanura que allá abajo extendía, hasta el lejano circo de montañas, sus espesas plantaciones de almendros, algarrobos y olivos.

Juan no agradeció el cambio, por más que sintiera alivio en el calor bochornoso de antes. Tuvo que renunciar a la suave soñolencia que le diera tan inesperado sosiego. El paisaje le atraía, con su verdor agradable, el desfile continuo de casas de recreo en que la aristocracia de otros tiempos y la burguesía de ahora habían reproducido los mil tipos tradicionales del palacio neoclásico, el chalet suizo, el castillo pseudogótico, la barraca valenciana, la villa parisién y hasta la mezquita musulmana, con su alminar y su cúpula de doradas tejas.

El tío Vicente charlaba por los codos, dando pormenores sobre cada cosa, recordando los buenos tiempos de la vida rural, cuando las familias más opulentas de Levantina, y no pocas de Madrid, veraneaban y aún invernaban en las quintas, y la llanura era teatro de fiestas en que se derrochaba el buen gusto y el dinero.

—A la marquesa del Pinar se le antojó una temporada ir todas las noches al teatro de la ciudad. Había entonces una compañía de zarzuela magnífica. Era la época de gloria de Barbieri, Gaztambide, Oudrid y compañeros mártires. Y allá iba, seguida por las demás señoras en sus carretelas y tartanas, formando una procesión bulliciosa que a media noche volvía entre filas de criados y gayanes, con

antorchas que iluminaban extrañamente los campos. Eso se acabó. Las grandes familias madrileñas no vienen. Han abandonado sus quintas, que los tenderos enriquecidos van comprando y modernizando o que yacen abandonadas, las casas medio derruidas, los jardínes llenos de maleza o en poder de administradores que los plantan de viña y de hortaliza. Los mismos levantinos de pura raza van perdiendo la costumbre de veranear aquí. Vienen de vez en cuando, una tarde, una semana... Sólo algún que otro hidalgo viejo, convertido en labrador para restaurar su fortuna, o extravagante como yo, muy raros, claro es, que prefieren la vida del campo a la ciudadana, continúan la tradición y protestan con sus actos del absentismo. Pero al cabo, si la humanidad recobra el buen sentido y no quiere agotarse rápidamente, volverán todos y vivirán aquí. La ciudad será un conjunto de almacenes y oficinas que, a media tarde, quedarán desiertos...

—Pero entonces —observó Juan— es posible que los que aman el reposo del silencio y la soledad, tengan que irse a las ciudades cuando la gente inunde los campos.

Y se echó a reír de la ocurrencia, que el tío Vicente rió también, sin comprender su alcance.

III

No le quedaban a Juan Uceda más parientes cercanos que una hermana de su padre, la tía Micaela, casada con don Vicente Galvis, oséase, el tío Vicente, y los dos hijos de este matrimonio: Eugenia, solterona ya madura, y Cristóbal, un adolescente de quince años. Hacía mucho tiempo que no les veía; pero la ausencia no quebrantó el afecto entre ellos, sostenido por una correspondencia algo frecuente que cada vez iba haciéndose más y más íntima y cariñosa. A medida que los miembros de la familia desaparecían, la tía Micaela —un carácter sentimental y dulce—, apretaba los lazos con los restantes, buscando en ellos como una defensa contra la tristeza que los golpes repetidos de la muerte le producían, amenazándola con una soledad que no bastaban a compensarle su marido y sus hijos. Tenía el culto de la casa ancestral, del apellido; y aunque amaba mucho a la familia que con el matrimonio se había criado, para ella los Uceda eran siempre una institución que debía sostenerse y prevalecer por encima de todo. Llegaba a tal punto esta preocupación suya, que en cuanto sabía de alguien que llevase el apellido no perdonaba medio de investigar si en alguna manera correspondía a su tronco; y así había llegado a encontrar ramificaciones de éste en varios pueblos de la Alcarria, amén de en otros de Albarracín, donde naciera la propia doña Mi-

caela; y con todos los individuos así reconquistados a la relación familiar, se escribía, lo más frecuentemente posible.

Juan pensó en ella, como era natural, cuando se decidió a pedir al campo remedio para su fatiga y su excitación, verdaderamente morbosas. El tío Vicente, de tronco genuinamente levantino, había estado ejerciendo su profesión de médico, durante muchos años, en la capital. Hombre modesto, de pocas necesidades, metódico, a quien no se le conocían vicios y que había hecho una fortunita visitando enfermos, cuando se cansó del tragín de su vida profesional y la tuvo por innecesaria para hacer frente a las contingencias del porvenir, creyó llegado el momento de realizar su sueño dorado, que era vivir en la aldea donde había nacido y a la cual le ligaban los recuerdos más gratos de su niñez. Le impulsaban a ello varias razones; de un lado, el cariño que tenía a su pueblo natal; de otro, sus ideas, francamente anticiudadanas desde el punto de vista higiénico y de las relaciones sociales y, en fin, la tradición de su familia, que, aunque no tanto como a doña Micaela, también a él le tiraba y le movía el ánimo[6]

Los Galvis habían sido, desde tiempo inmemorial, hidalgos campesinos, enriquecidos por varios entronques a fines del siglo XVIII, pero fieles a la tierra que labró la base de su fortuna. Cuando la aldeíta de Villamar[7] apenas existía, la gran hacienda de los Galvis, Ronesa, era el fundo más importante en una legua a la redonda, y para los labradores y braceros del contorno tenía cierto aire señorial, que se fue transmitiendo a las generaciones sucesivas y a los pobladores nuevos, venidos de otras partes. Villamar crecía bajo la tutela de Ronesa, y al llegar las luchas políticas del siglo XIX, los Galvis fueron los caciques naturales de aquellos campos, con un género de supremacía que jamás fue molesto para el pueblo, porque ninguno de ellos tuvo aspiraciones políticas y se contentó con ayudar

a este o aquel de los amigos de Levantina con los votos o las fuerzas de los arrendatarios, protegidos y braceros, enteramente devotos de los señores. Por otra parte, en Ronesa imperaba aquel singular espíritu democrático que, aun en la nobleza española, se ha dado frecuentemente, y que permitía el acceso y el trato llano y familiar con las personas de alta y de baja extracción.

Llegó un momento en que la casa de los Galvis estuvo representada por una mujer, la abuela de don Vicente, que, viuda todavía joven, y sin más que un hijo, pasó tranquilamente el resto de su vida cobrando rentas, dirigiendo elecciones y jugando a las cartas con varios amigos y amigas de las cercanías, que se solían congregar en los días de fiesta y aun en los de labor; y es fama que en esta distracción, inocente en apariencia, se ganaban y perdían fuertes cantidades. Para los vecinos de Villamar, la heredera de los Galvis fue como un hombre, y nunca la llamaron por su nombre de pila, sino con el apelativo de «la señora».

El padre de don Vicente fue labrador, o mejor dicho, hacendado, como todos sus antecesores; pero a él llegaron ya mermadas las rentas. Tocado de la afición a los libros, le dio el naipe por las reformas agrícolas, y en ensayos y novedades se le fueron otras tajadas de la antigua Ronesa. Esto le llevó a pensar en que su hijo tomara otro rumbo, amén de que su afán erudito le inclinaba a las profesiones liberales.

Don Vicente, aunque ejerció en Levantina, no desamparó a Ronesa. Mientras vivió su padre fue a verle casi todos los domingos, y durante los meses de verano enviaba allá a su mujer y a los pequeños, y él iba y venía a la capital según las necesidades y exigencias de su clientela. Luego, y aunque no era el único heredero, pues tenía una hermana, casada y residente en Mallorca, buscó manera de quedar como exclusivo dueño de Ronesa, para lo cual

ofreció compensaciones de otro género, que la hermana aceptó; y no contento con esto, fue aprovechando todas las ocasiones propicias para reconstruir el antiguo dominio territorial de los Galvis, comprando nuevamente los trozos del fundo que en años anteriores había sido necesario vender. Los de Villamar tenían por él el afecto respetuoso de que gozara siempre la familia, mejorado en tercio y quinto merced al carácter bondadoso de don Vicente y al sin número de servicios que a la continua estaba prestando, ya como médico, ya como hombre influyente en la capital, a sus paisanos labriegos. Él era, además, de otro modo que sus antepasados. No tenía ni el más leve residuo del cacicazgo de los Galvis, que aun a la manera patriarcal con que se realizó, le repugnaba. Quiso desligarse en absoluto de esta tradición y lo hizo sin importarle las consecuencias. Apetecía ser un labrador más, y vivir en calma entre sus vecinos, sin preocuparse de guiarles poco ni mucho. Mas parecía que la tutela era una función sustancial en los Galvis. Don Vicente perdió por propio desistimiento la política y adquirió, sin darse él cuenta, una mucho más profunda en lo social. No era ya el «señor» del pueblo, pero sí el patrono y el consultor de todo el mundo.

Juan sabía vagamente estas cosas; pero lo que le importaba sobre todo era lo referente a la vida que podría hacer en Ronesa[8]. Conocía dos factores para él importantes: el cariño que le tenían sus tíos y el tono plácido de aquella existencia campestre, modesta pero no desprovista de comodidades, llevada en medio de una Naturaleza espléndida. Y a ella acudió como a su mejor refugio, movido por una fe inmensa en el efecto medicinal del campo, de las ocupaciones sencillas y ordenadas y del aislamiento de las luchas complejas del mundo ciudadano[9].

IV

Como había dormido una larga siesta, Juan prolongó la velada charlando con sus tíos, con su prima Eugenia y con el pequeño Cristóbal, soñador, minado por el intelectualismo que había impreso en su cara una palidez enfermiza, visible no obstante el atezamiento del aire del mar.

En sendas mecedoras, que al moverse hacían rechinar la arena de la explanada fronteriza al jardín, entre la casa y el seto de rosales exuberantes de flores, estuvieron recordando los días de la niñez, la vida de los parientes ya muertos, toda la historia familiar pasada, llena de melancolía y de atractivo. Aparte el sonido de sus voces, apenas si turbaban el silencio de los campos el chirrido metálico de algún grillo, el maullido triste de un mochuelo que revoloteaba en los árboles próximos y, de vez en cuando, el ladrido de un perro, a gran distancia. Del zaguán inmediato, irradiaba la claridad rojiza de una lámpara de petróleo, que alumbraba débilmente el corro de la tertulia. Más allá, las sombras se espesaban, confundiendo los términos; y en lo alto, brillaban vivamente miles de estrellas, con parpadeo incesante.

Juan sentía invadida su alma por un reposo inefable. La Naturaleza toda parecía descansar, o cumplía su labor pausadamente, sin fiebre y sin ruido. Toda excitación ner-

viosa era allí imposible; apenas nacida, venía a chocar en una especie de muro acolchonado, en el cual se hundía y quedaba prisionera. En vez de las resistencias duras de la vida ordinaria, allí todo cedía blandamente, desarmando el impulso; y la misma paz de aquella familia medio patriarcal, en que todos se querían y todos callaban cuando hablaba el padre, renovaba en el espíritu la ilusión del hogar sin zozobras, sin penas, sin luchas. Súbitamente, recobró Juan el buen humor de sus años juveniles, la risa franca, la broma oportuna, y se dejó llevar de él, llenando de asombro a sus tíos, en quienes la fama de seriedad que Juan tenía había llegado a suponerle incapaz de toda expansión. Animándose los unos a los otros, cada cual dejó ver el aspecto alegre de su carácter: optimista, bondadoso y dicharachero en el tío Vicente; burlón, gracioso y naturalmente poético en la tía Micaela; ocurrente y malicioso en Eugenia y vivamente imaginativo en Cristóbal. Olvidaron todos sus penas y sus preocupaciones. Creyéronse plenamente felices y lo fueron por unas horas, gracias a la hermosa facultad que los buenos de corazón tienen, de olvidar fácilmente lo malo y confiar en su desaparición; y Juan cada vez se sentía más libre de la pesadumbre que antes le agobiaba, más ligero y lleno de vida, como si retoñasen en él los plácidos años de la juventud llenos de energía, rebosantes de esperanza. Con esa rapidez en el cambio de estados que los nerviosos tienen, la inmensa fatiga se le trocó en plácido reposo, que le refrescaba el espíritu; y túvose ya por curado definitivamente, en posesión de la preciosa panacea en cuya eficacia creyó siempre al huir de Madrid.

Satisfecho, alegre, remozado, vio con pena disolverse la reunión y se fue despidiendo individualmente de cada uno, acompañándoles hasta la puerta de las habitaciones respectivas, resistiéndose a quedarse solo, queriendo pro-

longar más y más aquellas horas de delicia incomparable. Habíanle alojado en la planta baja, en una inmensa alcoba, la más próxima al jardín e inmediata a la biblioteca, larguísima sala cuyos muros cubrían, hasta el techo, andanas de madera de pino sin pintar, henchidas de libros de viajes, de geografía, de artes plásticas y de novelas: una biblioteca de puro recreo, escogida para solazar y no para excitar el espíritu. Juan no tenía ganas de leer. Por un movimiento casi instintivo en los intelectuales, alargó el brazo, en el primer momento, para coger un volumen; pero lo retiró enseguida, temeroso de ahuyentar, con nuevas impresiones, las que habían traído honda y regeneradora paz a su alma. Abrió de par en par la rasgada ventana de la alcoba, guarnecida de reja, en cuyos hierros venía a enredarse una pasionaria; y sentado en la piedra misma del alféizar, aspirando el aroma fuerte del heliotropo y del jazmín que a pocos pasos formaban macizos enormes, siguió gozando de aquella vida nueva, tan lejana de la que le atormentó hasta entonces.

Repasando sus recuerdos literarios, que sin él querer se le venían a la mente, unió su espíritu con el de todos los disgustados de la vida, los que como él huyeron de las «molestias del trato humano» o de las luchas en que consumen su afán de lucro o su afán del bien los combatientes sociales, y halló que tenían razón, que sólo en el apartamiento, en la renuncia, en la comunión directa con la vida natural, en la modestia de las aspiraciones, confinadas en los estrechos límites de las necesidades individuales primarias, puede ganarse el reposo, no como descanso para volver a la lucha, sino como estado definitivo, que cada cual procura para sí propio, sin cuidarse de los demás. Se vio entonces enteramente ajeno del mundo en que antes viviera; se creyó otro, maravillándose de haber sufrido tanto por cosas que ahora le parecían indiferentes, inmerece-

doras del más pequeño esfuerzo; y apreciando mentalmente el tiempo y el espacio, se le figuró estar a miles de leguas y a miles de años de distancia, de aquel Madrid de sus pasados afanes. Arrojó lejos de sí aquella carga pesada y molesta, y por primera vez en su vida se sintió feliz, sin que la más ligera sombra empañara la embriagadora sensación.

La plenitud de reposo espiritual trajo consigo la necesidad de reposo del cuerpo. Juan se levantó para acostarse, comprendiendo que iba a dormir dulcemente, sin ensueños ni inquietudes, en descanso verdaderamente reparador. Cerró los cristales de la ventana pero no las maderas, limitándose a correr la cortina, para que los primeros rayos del sol viniesen a saludarle en la cama. Tenía el proyecto de madrugar, de correr los campos en las horas iniciales del día, cuando aún hay frescor de rocío y de brisa de la montaña.

A los pocos minutos de reposar la cabeza en las almohadas, se durmió; pero aquel sueño fue muy breve. Por un resto de excitación, despertó bruscamente a la media hora. Abrió los ojos, asombrado. El rectángulo de la ventana aparecía iluminado por una luz amarillenta y débil. Levantó la cabeza y pudo ver, al través de la cortina y sobre los árboles más altos del jardín, que se destacaban ahora sobre un fondo luminoso, la hoz dentellada de la luna menguante, que parecía próxima a extinguirse. Una impresión de tristeza le invadió el ánimo. Se dejó caer de nuevo, arrebujándose cuidadosamente con la sábana y la colcha. El insomnio vagó largo rato sobre su cabeza soñolienta. Al fin se durmió pesadamente, como cuando, allá en Madrid, tomaba sulfonal para dominar los nervios irritados.

V

Y soñó; pero soñó su propia vida, con una limpidez de imágenes, una riqueza de pormenores que, de vez en cuando, al apuntar la conciencia de que aquello era un sueño, le dejaban pasmado y sobrecogido.

Se vio llegar a Madrid, desde un rincón de la sierra de Javalambre, en tierra aragonesa, rico de ilusiones, pobre de dinero, escaso de años y, más que nada, afanoso de saber y de luchar. Eran los tiempos últimos del período revolucionario[10]. Lanzado a sus consecuencias más radicales el despertar político del país, enardecía los espíritus y enconaba los ánimos, a la vez que en el terreno intelectual seguía su expansión, a través de obstáculos que las pasiones multiplicaban, el movimiento de ideas, germen verdadero y sustancia fecunda de la renovación del alma nacional. La Universidad matritense, el Ateneo, la Academia de Jurisprudencia, ardían en discusiones, y la juventud se agrupaba fervorosa, impaciente, junto a los grandes maestros de la ciencia libre y a los grandes tribunos de la política. Juan vivió aquella vida intensa, discípulo infatigable de todo el que enseñaba, lector asiduo de todas las bibliotecas, fecundando la originalidad de su pensamiento, a menudo discordante de lo que se afirmaba comúnmente, en el variado comercio de hombres y libros.

Interesábanle principalmente las cuestiones ideales, señalándose con esto la idiosincrasia especulativa de su inteli-

gencia; pero a la vez, el temple fortísimo de su alma aragonesa, por ingénita condición impulsiva y tenaz, sentíase atraído por la acción, por lo heroico de las luchas, e iba creando en él la dualidad que, andando el tiempo sería la fuente más abundante de sus desengaños y amarguras. Mas, por entonces, no se mezcló en las contiendas de la política activa, que a tantos arrastraban. Según aumentaba su cultura, la realidad iba desplegando ante él la complejidad de su fondo inagotable, atrayéndole con el placer de la verdad por la verdad misma, de la investigación como inefable voluptuosidad, coronada por el espasmo del descubrimiento y por la solitaria delicia de la contemplación intelectual, llena de sorpresas para aquel mozo, adolescente precoz. Exteriormente, en lo que los demás podían ver de los movimientos de su espíritu, Juan llevaba el camino de ser un formidable trabajador de gabinete, sustraído a la vida social, indiferente a la agitación que pudieran producir sus ideas o absorto en «teorías», en cosas lejanas de las «impurezas» de la lucha diaria. El mismo Juan lo creyó así. Engolfábase en temas de pura especulación o de erudición minuciosa, de los que el vulgo dice que no sirven para nada, como no sea para demostrar la fuerza del talento de quien los estudia. Y en rigor, Juan se olvidaba hasta de las necesidades más elementales de la vida, como si eternamente le hubiera de durar aquella condición de estudiante, a cuyas atenciones primarias provee, desde el lejano terruño, un padre solícito que suda diariamente, con gran esfuerzo, el pan que ha de alimentar a su hijo.

Pero si era cierto que Juan rehuía intervenir en el juego activo de la política, ajeno a mitines, conspiraciones y revueltas en que la juventud derrochaba los ímpetus generosos de sus energías vírgenes, sentía fe vivísima en los resultados de un cambio político que, a su entender, llevaría consigo una renovación total de hombres e ideas. Creía

en la eficacia curativa de las explosiones populares, en la posibilidad de mudar la faz del país en poco tiempo y llegar a la conquista del derecho de todos. Lo creía con la firme y candorosa convicción de los corazones grandes que, por estar ya ganados a la causa de la justicia, juzgan fácil arrastrar a los demás a una renovación de sentimientos y de conducta, y descartan la incorregibilidad o la resistencia a la corrección de las pasiones humanas. Y trabajando, trabajando para saber y para dar el fruto de lo sabido a la reforma de la vida presente, esperaba la hora de la regeneración, que otros impulsaban en la plaza pública.

El desengaño fue terrible. Abortó la República henchida de esperanzas y, tras ella, la Revolución toda[11]. El hermoso ensueño de los generosos, que en los primeros momentos pareció cumplirse, desvanecióse como lo que era; y Juan, llorando lágrimas de sangre ante la terrible seguridad de la impotencia de todos para destruir el mal, después de un corto período en que se lanzó a la lucha activa, peleando con la desesperación del que sabe que ha de ser vencido, se encerró de nuevo en la soledad contemplativa de sus estudios, descorazonado, renegando de la acción que no servía más que para destruir ilusiones, para caer de bruces contra los obstáculos eternos de la rutina, de la ignorancia y de la maldad humanas. Todavía no estaba cierto entonces (como luego creyó estarlo) de los defectos propios de la acción misma. Su desengaño fue personal; desengaño de sus propias aptitudes (apenas ensayadas) para aquel género de luchas y de las de quienes, como él, habían combatido a cara descubierta, sin escudo de malicia para su buena fe y su optimismo.

Pero en aquella refriega había perdido la paz del espíritu. Refugiado en la vida intelectual, no bastaba ésta para satisfacerle los anhelos del alma. Por el contrario; cada vez que leía un libro lleno de verdad y de belleza, cada vez

que descubría nuevos horizontes en su cultura, sentía, en medio del intenso placer ideal, un vacío terrible, un desconsuelo inenarrable, pensando que todo aquello era nada sin la acción; que saber mucho no es, en el fondo, más que un egoísmo intelectual si no se refleja en la vida de los otros, mejorándola, aliviando tristezas y dolores, dando placeres a los que no gozan de ellos. Un remordimiento singular de perder el tiempo de esta manera, empleándolo para sí mismo o en cosas cuya aplicación inmediata no veía, atormentábalo duramente y le amargaba los más felices momentos de su vida de solitario. Iba convirtiéndose, cada día más, en una sensitiva vibrante al menor choque de los dolores y de las necesidades ajenas, que hacía suyas, produciéndole de nuevo la comezón de la pelea, lanzándolo a manifestaciones que contradecían el corte fundamental de su espíritu; de modo que las gentes empezaron a dudar cuál era, en rigor, la característica principal de aquel hombre, fuente inagotable de iniciativas.

Una injusticia algo más resonante que las mil que a diario se cometen; un atropello de la autoridad; un desacierto gubernativo que costaba la vida a muchos hombres y cargaba con nuevos gastos a la nación empobrecida; un abuso patronal que hacía más miserable la miseria de los obreros; un acto de fanatismo que revelaba la ignorancia supina de la masa y el engaño de unos cuantos explotadores: cualquiera de las innumerables formas que en el mundo tienen la inhumanidad, el egoísmo, la incultura o el error, encendían en Juan cóleras terribles, que acabaron por expresarse en llamamientos a la acción, no puramente negativa, sino reformadora, en que a la protesta enérgica que destruye el mal se unía inmediatamente la idea del régimen nuevo que había de evitarlo en lo sucesivo. Y era cosa hermosísima el ver cómo toda la ciencia trabajosamente adquirida por el que parecía soñar en la soledad de las bi-

bliotecas, se mostraba de pronto abrumadora, convincente, en una aplicación práctica al caso real; mientras que la elocuencia apocalíptica de aquel joven que sin querer ser orador lo era hasta en las conversaciones familiares, tronaba violenta, llamando a la lucha, no sólo ideal, sino material, puño contra puño. Así revertió Juan su intelectualismo a los afanes de la vida diaria.

Pero a medida que pasaban los años, se le iba haciendo menos posible el triunfo. A pesar del arranque, del fuego de indignación que impulsaba su oratoria, cuando llegaba la ocasión de hacer acometía con miedo, no personal y mezquino (ese no lo conoció nunca), sino miedo al fracaso de la acción misma, recelando cada vez más de los otros, de las fuerzas auxiliares, de los compañeros de lucha, y agotándose en el gigantesco y vano empeño de acudir a todo y poner en todo su mano. Cada derrota le restaba auxiliares para el próximo intento, quitándole ductilidad a su espíritu, irritándolo y esquinándolo contra los que no respondían como él quisiera al impulso, haciéndolo rígido y absoluto. Afinado su sentido moral hasta un grado que haría imposible la vida, fue negando primero su amistad, luego hasta el saludo y, por supuesto, toda concomitancia para la acción y toda alianza aún momentánea, a los que creía —y lo eran, de fijo, casi siempre— malos elementos, hombres nocivos por su egoísmo o su cobardía. Duro para los mismos a quienes quería redimir, creyendo que mejor se alzarían a trallazos de sinceridad, echándoles en cara crudamente sus vacilaciones, su resignación ante el atropello y sus propios vicios que dificultaban la mejora, que con halagos en cuya eficacia ya no fiaba, despertó recelos en todos y en muchos ese odio que el corrigendo siente para el que, sin miramientos, le pone delante el retrato de sus lacerías.

La irresistible sugestión de su palabra, cuando estaba

presente; la inflexible lógica de sus argumentos; la verdad de sus acusaciones y la seducción de sus planes ricos de ideas, que todavía henchía el invencible optimismo del pensador, parecían mover en un principio a las gentes; pero luego, el recuerdo de los fracasos pasados, la imprudencia de una palabra o de un gesto, destruían la potente sugestión y la reducían a la nada. Los fieles, los creyentes absolutos en la generosidad de aquel corazón inmenso y en la fecundidad inagotable de aquella inteligencia siempre activa, iban siendo cada vez menos; y Juan volvía a su retiro, con creciente desilusión de los demás y descontento cada vez mayor de sí mismo, sin saber sustraerse a las solicitaciones de la lucha y sin creer (salvo en los momentos de exaltación) que pudiera traer el triunfo. El peso de contradicción tan agobiante; la fatiga de tanto esfuerzo que no hallaba compensación alguna, ni aun en la satisfacción íntima, que no descansaba jamás ni en el deber plenamente cumplido a su juicio, crearon al fin en Juan aquel estado de cansancio constante, para el que buscaba ahora remedio.

Pero el cansancio le perseguía, cuando más seguro estaba de haberlo vencido; y con las formas abultadas del sueño, doblemente dolorosas, se renovaba atormentándolo con la visión de todos sus trámites y la clara conciencia de todos los errores cometidos. El sueño fue acentuando sus líneas y convirtiéndose en pesadilla abrumadora. Perdido ya el hilo de lo real, Juan se vio empeñado en una última lucha formidable, en que era la vida lo que se jugaba. Vio el motín aullando en las calles; se vio él dirigiendo a las masas vengadoras, y despertó sobresaltado al oír la voz de los fusiles y de los cañones que atronaban el aire.

VI

En los primeros momentos, dudó Juan si soñaba o no. Creía estar despierto, sentado en la cama, abiertos los ojos y escuchando atentamente. Volvieron a sonar golpes que parecían en efecto cañonazos lejanos, pero eran rítmicos: primero uno y, tras brevísima pausa, tres, seguidos y más fuertes. Se echó de la cama, y al ir a descorrer la cortina, el sonido dulce y vibrante de unos hierrecillos, acompañados del rasgueo de guitarras, le hizo darse cuenta inmediata de la situación.

—Rondalla tenemos —se dijo recordando las costumbres de su tierra.

Aliviado el peso enorme que el ensueño le había echado en el alma, se vistió rápidamente y abrió con tiento los cristales, para no ser advertido de los músicos. No los vio. Debían estar al otro lado de la casa, junto a la puerta. La luna había desaparecido, y en su vez apuntaba por Oriente indecisa claridad, precursora del día, que sólo lograba empalidecer las estrellas más próximas. El jardín y la explanada continuaban envueltos en sombra. Los golpes fuertes volvían a sonar, mezclados con los del triángulo y las guitarras, en medido acompañamiento; y al punto conoció Juan que eran de un bombo, cuya maza movía mano vigorosa y ligera. Un coro de voces, en el que se notaba haber juntamente hombres y mujeres, entonó la estrofa siguiente,

de ritmo lento y suave melodía:

A la Aurora tenéis a la puerta,
pidiendo limosna
si la queréis dar.

No era rondalla profana, desahogadero del buen humor y el ansia amorosa de los mozos, sino rondalla mística, que iba por los campos solicitando la caridad de las gentes para el culto de la Virgen de la Aurora.

Juan no era creyente, a lo menos, en la forma en que lo es el vulgo[12]. Desconfiaba por sistema de todas las exterioridades religiosas, que suelen encubrir la vaciedad de verdadero sentimiento piadoso, u obedecen a motivos muy diferentes de los que el acto mismo parece expresar. Pero aquel coro que sonaba misteriosamente en las sombras de la noche próxima a su fin, le pareció, no sólo armónico, a pesar de lo ineducado de las voces, sino también hijo de un poético simbolismo que los mismos cantores no comprendían, pero que les avasallaba con fuerza irresistible. Ellos eran, en efecto, los hijos de la Aurora, que venía a despertarles para que recomenzasen la jornada y fecundaran la tierra que da el pan. El culto de un pueblo madrugador, que se acuesta a prima noche y despierta antes que el sol alumbre, tenía que ser forzosamente el de aquella advocación de la Virgen cristiana que les hablaba del nuevo día, de la luz renaciente, de la vuelta a la vida rumorosa y fecunda. Aquellos hombres y aquellas mujeres, que habían caído rendidos horas antes sobre el jergón de maíz, buscando en el sueño letárgico que da la fatiga corporal nuevas fuerzas para el mañana y suplemento a su alimentación deficiente, hallaban arrestos y entusiasmos en su alma primitiva para quebrar el reposo bien ganado y recorrer el ámbito todo el pueblo, con sus caseríos y barrios diseminados en una gran extensión, llamando a los conveci-

nos a una comunión fervorosa en sus creencias e ilusiones.

Juan no pensó en los motivos secundarios que individualmente podían mover —como siempre ocurre en casos tales— a este o el otro de los cantores: el inocente afán de exhibición; el espíritu movedizo y aventurero, que se goza con las correrías nocturnas; los celos y vanidades de comadres. No veía más que el lado poético y sentimental del acto; la expresión ideal de aquella orquesta rudimentaria y de aquel coro en que la fuerza del sentimiento, más que el arte, acordaba las voces y dulcificaba su natural acritud. En el silencio solemne de la madrugada —la hora más silenciosa de los campos—, la música adquiría una suavidad que aumentaba la sensación de reposo, de paz augusta esparcida en el ambiente. Tranquila emoción iba inundando el alma de Juan, y borrándole los recuerdos del sueño, volviéndole al estado de felicidad que le dominó durante la velada.

El coro seguía cantando:

> Para hacerle una ermita a su hijo
> que no tiene casa ni donde habitar.
>
> ---
>
> San Domingo se perdió una tarde,
> sus hijos llorosos le van a buscar,
> y le hallaron en el Paraíso
> cogiendo una rosa del Santo Rosal.

Crujió una ventana al abrirse y la voz de doña Micaela dio las «buenas noches». Paró la música y entablóse un apagado cuchicheo entre los de la rondalla y la señora. Una mujer empezó a reír, sin duda de algún chiste que se le ocurrió a otro de los del coro; pero se notaba que hacía por contener la risa, cuando menos por apagarla, poniendo una mano delante de la boca. Un hombre dijo: —«Mu-

chas gracias»— «Adiós», contestó doña Micaela. La ventana volvió a crujir y durante unos segundos reinó el más profundo silencio.

La luz de Oriente iba siendo más viva. Comenzaba a distinguirse individualmente los árboles del jardín. Ladró un perro a lo lejos y en la carretera próxima sonaron los cascabeles y el ruido de las ruedas de un carro. Todavía cantó otra estrofa el coro y luego se oyó el murmullo de un rezo: «Dios te salve, Reina y Madre, Madre de misericordia...» El final se perdió entre el rechinar de los pasos en la arena. Y volvió a dominar el silencio, poderoso calmante en que se sumía el alma de Juan.

Soñador, hondamente emocionado por las impresiones recibidas, dejando vagar el pensamiento libremente a compás del ritmo perezoso del cerebro, que iba adormeciéndose otra vez, siguió en la ventana, sin fuerzas para sustraerse al encanto singular del crepúsculo. Por entre el ramaje de los árboles adivinábase el resplandor rojizo de Levante. El cielo era ya azul en su primer término, de un azul débil, transparente. Los pájaros empezaban a cantar cruzando los aires, alborotando y rebullendo entre las hojas. Ahora uno, luego otro, los ruidos familiares del día resucitaban y parecían responderse, de caserío en caserío. Y de nuevo sonó, lejano, como con sordina, el coro de la Aurora, sostenido por los oscuros golpes del bombo y el timbre metálico de los hierros, que ahogaban el rasguear de las guitarras.

En la espadaña de la iglesia, una campana comenzó a dar toques acompasados, llamando a la primera misa.

VII

El desayuno lo tomaron en el jardín, bajo el toldo del cenador formado por una parra frondosísima y un limonero, repleto de dorado fruto. Como era consiguiente, hablaron de la «Aurora».

—¿Te despertó la música? —preguntó doña Micaela.

—Sí —dijo Juan—; y me asomé a la reja.

—Pues no oí nada.

—Lo supongo; procuré no hacer ruido. Quería gozar plenamente, sin que se enterasen los cantores, de la belleza de ese acto.

—No creas que se les da más a ellos —observó Eugenia—. Esta gente no se corta por nada. Ya verás, cuando les hables. Como si toda la vida te hubiesen visto.

—Ya, ya sé. Los aldeanos son muy serenos. Probablemente, es que temen descubrir sus impresiones... ¿Es cosa tradicional, la Aurora?

Antiquísima —dijo el tío Vicente—, pero ya va de capa caída. Cada vez hay menos devotos que se presten a trasnochar. Sin ser la Aurora la patrona del pueblo, se le hace todos los años gran fiesta. La limosna que recogen los sábados es para eso; pero la fe se va, y la crisis económica pone tiento en las manos más limosneras.

—¡Lástima! La poesía de ese canto debería hacer que

se conservase siempre. Si yo fuera rico, subvencionaría todas esas cosas.

—Te lo agradecerían mucho los curas —apuntó Cristóbal sonriendo.

—No lo creas, porque mi subvención sería puramente para los cantores. La fiesta quedaría encomendada a los devotos.

Doña Micaela y Eugenia amenazaron cariñosamente con las manos.

—¡Judiotes! No empecéis con esas bromas.

—Prometo la neutralidad y el respeto a todas las creencias —dijo Juan con seriedad cómica, riendo entre dientes.

Y volviéndose al tío, preguntó:

—¿Qué va usted a hacer ahora?

—Quedarme en casa. Para mí es hoy un día ocupadísimo.

—Entonces, tomo por *cicerone* a Cristóbal. ¿Quieres? Deseo andar un poco por el campo.

—Bajad al pueblo —insinuó la tía.

—No, al pueblo no. Quédese para otra vez. Necesito campo, campo. La humanidad vendrá más tarde.

Y salió del jardín, seguido por Cristóbal.

—Tú guías —dijo Juan dándole una palmada en el hombro a su primo.

—¿Qué prefieres, la montaña o el mar? —preguntó el adolescente.

Vaciló Juan un momento.

—Vamos a la montaña.

Entraron en el cauce de una acequia, desprovista de agua en aquel momento, y bordearon un plantío de seculares olivos y algarrobos. Juan iba alegre, animoso, interesado por la novedad del paisaje. Cristóbal sentía un doble placer en aquel paseo. Acompañaba a su primo, por quien experimentaba una admiración sin límites y cuyas palabras

oía como las de un oráculo; y gozaba de lo que rara vez solía concederle la excesiva solicitud de sus padres: caminar libremente de aquí para allá, alejarse del área de terreno inmediato a la casa, que aburría de puro sabido, buscar impresiones nuevas a su imaginación ardorosa, que las lecturas constantes arrojaban, por reacción natural en los adolescentes, hacia los espectáculos de la naturaleza, en los que soñaba hallar algo extraordinario, correspondiente al instintivo anhelo aventurero de los muchachos lectores de novelas. Su familia lo consideraba como un niño. Para todos era «el chico», que necesitaba tutela continua, como si todavía fuese infante. Su personalidad, que surgía potente, se rebelaba contra aquella amorosa esclavitud y le hacía figurarse aún más bellas de lo que en la realidad eran, todas las cosas de que se veía privado, especialmente la libertad, tan querida de los jóvenes. Su contento expresábase en charla continua, atropellada, con que iba explicando a Juan todas las particularidades de los campos por donde avanzaban.

—Ese olivar es nuestro... hasta aquella viña de allá abajo, que es del alcalde... Fíjate en este algarrobo. Tiene el tronco hueco. Siempre me he figurado que ha de esconderse en él alguna serpiente... En esa casa de las palmeras, por donde vamos a pasar, vive el tío Llanto, uno de los labradores más viejos del pueblo. Todas estas tierras las lleva él en arriendo y las cuida muy bien... ¿Sabes lo que son esas plantas?... Melones, hombre. Están muy atrasados.

Parecía un niño, realmente. Sus observaciones eran de un candor extraordinario, y Juan las oía con el mismo placer con que se oyen las de un infante, para quien todo el mundo es novedad y se figura que también lo ha de ser para los otros; y complacíase en provocarlas, con incesantes preguntas y llamadas de atención. Aquel contacto con

un espíritu fresco, todo espontaneidad, aumentaba la impresión de sosiego, de vida sencilla y sin sobresaltos que desde la llegada del coro de la Aurora se había apoderado de él.

Pasaron por delante de la casa de las palmeras. El sol la inundaba, cubriendo con un tono rojizo brillante, el revoque de los muros, agrisado por la acción del aire y las lluvias. La puerta, abierta de par en par, dejaba ver un trozo de la cocina, que por contraste con el exterior parecía una mancha negra. Sentada en el suelo, con las piernas recogidas a usanza árabe, una mujer, cuyos ojos, rasgados, llenos de luz, eran la única nota viva en la cara demacrada e intensamente morena, retorcía fibras de esparto entre las manos para fabricar cordelillo[13]. En el fondo, la nota blanca de unas cantarillas de barro colocadas sobre un vasar de madera, alegraba la vista y producía una sensación deliciosa de frescura. Juan y Cristóbal dieron los buenos días. La mujer miró, deteniendo su faena un instante; y luego, sin contestar, bajó la cabeza y siguió trabajando.

Poco después, salieron los dos primos a un camino carretero, en uno de cuyos lados se abría una acequia ancha y profunda, llena de agua.

—Es la dula —dijo Cristóbal.

—¿Y qué es la dula? —preguntó Juan, mirando el agua terrosa que corría sin ruido, pero con gran velocidad.

—El riego —contestó el muchacho—. Con ésto se riegan las tierras. Mira los martaveros.

A unos cien metros, tres hombres, sentados sobre el ribazo, a la sombra de un algarrobo, fumaban con aire indiferente, sin hablar palabra. Iban los tres en mangas de camisa, uno de ellos sin chaleco y otro en zaragüelles blancos[14] y descalzo. Los tres expresaban en sus caras tranquilas, perezosas, un supino desprecio del tiempo; dejaban correr la vida sin afán por el minuto venidero, sin tristeza

por el que pasaba. Eran la representación genuina de una raza imperturbable, a lo menos en la apariencia, que no tiene nunca prisa, como si esperase que cada cosa se ha de cumplir cuando conviene que se cumpla.

—Son los guardas de la dula —continuó Cristóbal—. Cuentan los minutos que cada labrador riega y los apuntan, para cobrar luego.

—¿Se vende, pues, el agua aquí? —preguntó Juan excitada su curiosidad.

—¡Claro! —dijo Cristóbal, como extrañado de la pregunta—. El que no tiene, la compra a los otros y riega.

—Has de explicarme eso, que no conozco.

—No sé. El papá te dará detalles. Él sabe mucho de esas cosas.

Siguieron andando un trecho por el camino. A un lado y otro continuaban los campos de arbolado, con raros trazos de huerta, plantada de maíz, pimientos y melones. El sol calentaba ya mucho y la vegetación toda tenía un aire de sequedad, de agotamiento, que daba pena. A cada paso levantaban ambos primos nubecillas de polvo calizo, que una brisa ligera llevaba a los bancales cercanos. Algunas casas, muy raras, construidas de espaldas al camino, parecían desiertas.

De pronto, Cristóbal torció a la izquierda por una senda llena de arena, como si el mar estuviese próximo. A poca distancia atravesaron una rambla pedregosa, en cuyo suelo crecían matojos enanos, de un verde gris que contrastaba con la blancura deslumbradora de los cantos rodados. En medio del cauce alzábase lozana una adelfa de flores rojas, que parecían sangrar. El aspecto de desolación de aquel terreno, sobrecogía el ánimo.

—Es el barranquillo —dijo Cristóbal—. Cuando llueve fuerte en la montaña, hay que temerle.

El silencio era entonces abrumador, pero sedante. Ni

voces de hombres, ni cantos de pájaros, ni rumor de insectos. La montaña, que cerraba el horizonte por el Norte, parecía tocarse con la mano y convidaba con sus recodos de sombra violácea. Ganoso de prolongar aquella sensación de reposo casi mortal, Juan, despreciando el sol que caía a plomo, trepó por la colina más inmediata, pisando las matas de tomillo que exhalaban fuerte perfume, ensanchador de los pulmones.

VIII

TRASPUESTA la colina, el terreno volvía a bajar, formando una hondonada en que se repetía el constante plantío de almendros y algarrobos, pero más espaciados que en la llanura. Los bancales, en escalones protegidos por muretes de piedra seca, aprovechaban todos los trozos posibles de tierra vegetal. Más allá empezaba el monte, de laderas ásperas y repliegues profundos, orientados todos del mismo modo, marcando el camino secular de las aguas. Juan y Cristóbal siguieron subiendo, encantados de la soledad del paisaje, hasta llegar a una estrecha garganta donde crecían algunos juncos alrededor de charcos verdosos, vivienda de ranas y sapos.

—Por aquí debe haber una fuente. Será la que llaman de los Pastores. Si nos sentamos un poco, oiremos las perdices —dijo Cristóbal.

En una de las laderas de la garganta, alfombrada de tomillo y romero, elevábase un colosal algarrobo. Al amparo de su sombra recostáronse ambos primos, el uno dominado por la grandiosa tranquilidad de la Naturaleza, excitado el otro por lo que era para él novedad tanto más gustosa, cuanto más vedada.

Veíase desde allí toda la llanura, que la perspectiva hacía aparecer como un bosque ininterrumpido, de cuya superficie verdosa emergían remates de casas blancas, te-

jados rojos y la espadaña de la iglesia, con sus dos arcos. La limpidez del ambiente y la fuerza del sol, permitían apreciar menudos detalles a gran distancia. El mar, de un azul intenso, tendía al Sur su ancha faja, en que no se advertía movimiento alguno. Un vapor de cabotaje dibujábase en el horizonte como una miniatura, coronado de humo negro; y era preciso referirlo a un punto fijo de la llanura, para notar que andaba muy de prisa, proa al Nordeste. El conjunto, inundado por el torrente de luz de aquella mañana estival, de cielo limpio y profundo, parecía sumido en una modorra pesada, como si durmiera sofocado por el calor cada vez más intenso; y esta impresión de soñolencia era todavía más fuerte en la fresca sombra del algarrobo, que una brisa suave, henchida de los olores del monte, oreaba de continuo.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo Juan, lanzando un suspiro de satisfacción—. Nada nos turba, nada nos apremia, todo convida al reposo y al olvido de los afanes de la vida. ¿Cómo habrá quien desdeñe el campo? Una casita en estas alturas, lejos de los hombres, rodeada de silencio, y el gran libro de la montaña, del mar, de la Naturaleza toda, abierto ante nosotros, para que lo hojeemos sin fatiga, siempre nuevo. ¿Para qué felicidad mayor?... ¿No te parece, Cristóbal?

—Es uno de mis deseos más vivos. Figúrate que no me dejan venir aquí casi nunca. Siempre en el jardín de casa, o en el pueblo, dando conversación al cura, al alcalde, a los labradores, una colección de fastidiosos que no saben hablar de nada. Algunas veces vamos a la playa, pero no me dejan embarcar. Mamá tiene miedo de todo y papá cree que voy a quebrarme al menor movimiento que haga fuera de su presencia. Y eso que él no para un instante, y con sus setenta años corre todo el término casi diariamente... Luego me predican que no lea tanto, que deje los

libros a menudo. ¿Para qué? Los prefiero a la monotonía de lo archiconocido.

—Tienes razón. Pero así y todo, tu vida es envidiable. Si yo pudiese estar siempre en una casa como la vuestra y como tú estás, ajeno a todo cuidado, dejando que corran los días unos tras otros, entre el placer del estudio y los espectáculos de la Naturaleza, créeme que no apetecería más.

—Yo sí —repuso el mozo, brillándole los ojos—. Me gustan mucho los libros; apetezco mucho andar libre por el monte y por el mar, pero también quisiera ir a Madrid, al mundo en que tú vives, para luchar, para ser algo, para conquistarme un nombre... Luego, en los momentos de descanso, volvería aquí, a buscar fuerzas nuevas.

—¡Ay, no! —interrumpió Juan—. Te engañas. No sabes lo que es la lucha aquélla. Es como una máquina enorme, de engranajes muy complicados. Si te dejas coger un dedo, te arrebata y te destroza entre los dientes de sus ruedas. Ya no sales de allí. El vértigo mismo del movimiento te seduce; y se necesita llegar a un grado de agotamiento supremo en que, a veces, apunta la conciencia dormida, del peligro, para poder hacer un esfuerzo, grande, muy grande, y arrancarse a la seducción. No, no desees cambiar de vida. Tu padre está en lo cierto. Sigue aquí; herédalo en el cuidado de vuestras tierras. Conténtate con la dorada medianía que gozáis. Si sales de aquí de vez en cuando, hazlo como viajero que va a satisfacer su curiosidad, pero que suspira siempre por las comodidades y el reposo de su casita. Y, puesto que la vida de la inteligencia te atrae, cultívala en tu retiro, y si tienes que decir algo al mundo, échaselo como por una ventana, pero no salgas al arroyo.

Calló Juan, dejando a Cristóbal pensativo, la mirada fija, inmóvil, en el mar lejano.

—Pero si todos hiciéramos eso —objetó tras de una

larga pausa, en que su pensamiento estuvo rebajando la réplica—, ¿cómo marcharía el mundo?

—Tranquilízate, no lo harán todos, ni los más, siquiera. Pero el que puede salvarse, ¿por qué no se ha de salvar? —contestó Juan con vehemencia que tenía algo de dolorosa—. Y luego añadió: —También hay hombres, muchos, que conservan su serenidad, que no sufren en medio de la lucha: unos son egoístas, que van a su provecho propio y todo lo sacrifican a él; otros, fanáticos, que caminan con una venda en los ojos y no ven los tropiezos ni sienten los dolores; algunos, de un temple de alma fortísimo, en que no hacen mella los zarpazos de la vida. Pero son los menos. Aun los que parecen gigantes, acaban por rendirse; y si te tumban, las oleadas de la gente que sigue caminando pasan sobre ellos y los pisotean. Hay que apartarse de la vía ordinaria, que venirse aquí, aquí. Y los que no somos bastante fuertes para resistir mucho, no podemos perder tiempo, confiados en que llegará la hora del reposo. Si no huimos, no llegará nunca o llegará tarde.

De nuevo calló, sintiendo que se exaltaba, que iba a perder la serenidad que había encontrado su espíritu. Miró a todos lados como buscando en el paisaje nuevas fuentes en que beber la paz que ansiaba. El monte parecía agitarse con un rumor de hojas removidas. Una ráfaga de viento, más fuerte que las anteriores, se coló por la cañada con murmullo halagador, agitando los árboles y los juncos, y trajo consigo el suave tintineo de las esquilas de un ganado, qua pacía en alguna hondonada próxima. Luego se volvió el silencio, y Juan entornó los ojos para entregarse más aún al sosiego con que le brindaba la Naturaleza.

IX

CUANDO volvieron, era ya cerca del mediodía. Llegaron mojados en sudor, deslumbrados por la claridad irritante del sol que se reflejaba crudamente en la tierra caliza; y el sombrío interior de la casa, resguardado por las cortinas que cerraban todos los huecos, les pareció más delicioso y atractivo que nunca.

En el zaguán, dos mujeres y tres hombres aguardaban, sentados en el ancho banco de madera: ellas, con el pañuelo de colores echado sobre los hombros; ellos, con el sombrero calado y el cigarro en la boca. Saludaron a Cristóbal con marcada alegría, algunos hablándole de tú. A Juan le sonrieron sin decir palabra y le pasaron revista de pies a cabeza, no a hurtadillas, sino con todo desembarazo. Mientras subían la escalera los dos primos, oyeron claramente estas palabras, que, no obstante haber sido dichas en voz muy baja, resonaron en el silencio plácido del zaguán como si las reforzase una caja sonora: —«Es guapo»—. «Y no se le nota que esté enfermo».

Juan sonrió, comprendiendo que aquellos juicios se referían a él; e instintivamente, por un movimiento muy hondo y oscuro de vanidad satisfecha, que no pudo evitar, miró hacia el sitio de donde parecía haber salido la voz y sorprendió a las mujeres cuchicheando.

Arriba, en el comedor amplísimo envuelto en plácida

sombra, estaban doña Micaela y Eugenia; la primera, leyendo un libro; la segunda, colocando sobre la mesa una larga fila de panes que acababan de traer del horno y exhalaban ese olorcillo característico del pan caliente, que lleva consigo todos los aromas de las leñas del monte.

—¡Caramba, y cómo abre el apetito ese perfume! —dijo Juan adelantando hacia la mesa.

—¡Vamos, hombre! —exclamó la tía dejando su lectura—. Por fin habéis llegado. ¡Qué calor debe hacer por ahí fuera!... ¿De dónde venís?... Pero ¡si estáis sofocadísimos, os va a dar algo!

Y la buena señora hizo sentar a los dos primos en el sofá que ocupaba uno de los lienzos de la habitación, al resguardo de la ventana por donde se colaba la brisa sutil de Levante, agitando la cortina blanca, de fleco rojo. Luego se puso a secar con su pañuelo el sudor que inundaba la frente de Cristóbal.

—No debíais salir a estas horas. El sol abrasa —siguió diciendo—. Y volvió a preguntar: —¿Dónde habéis ido?—.

En su solicitud maternal, en la condición afectuosa de su carácter, confundía en un mismo amor a su hijo y a su sobrino, olvidando que éste era un hombre hecho y derecho, acostumbrado a vivir sin tutela hacía muchos años. Pero Juan no sintió la más mínima extrañeza al verse tratado de aquel modo; por el contrario, la sequedad afectiva en que había vivido hasta entonces, le hizo acoger con delicia infinita aquella imposición de un cariño cuidadoso, que renovaba en él los dormidos recuerdos de la adolescencia, cuando, en la temporada de vacaciones, regresaba a su casa y, a la vuelta de cada paseo por el monte, de cada correría con los amigos, iba a besar a su madre y a restregar contra el pecho de ella, como un becerrillo novel, su cabeza, que ya ardía con los sueños de la lucha intelectual. Por primera vez después de mucho tiempo, sintió nue-

vamente la necesidad de las caricias; y sin darse cuenta de lo que hacía, alargó una mano y golpeó con mimo el hombro de doña Micaela, quien le sonrió, comprendiendo lo que aquello significaba.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Eugenia, que se había quedado de pie junto a la mesa—. ¿Te apetece un pedazo de pan tierno?

—¡Ya lo creo! —contestó Juan, levantándose.

—¡No, no! —dijo doña Micaela—. El pan caliente es indigesto. Más vale que toméis un poco de agua con aguardiente, para quitaros esa sofoquina que traéis.

—¡Vaya por el agua! —asintió Juan, quien realmente sentía tanta sed como hambre—. Pero supongo que no tardaremos en comer.

—Ahora mismo se pone la mesa; y en cuanto tu tío suba, a sacar el arroz.

—¿Qué hace el tío?

—Está de consultas. Es su labor diaria; pero los domingos, la gente carga que es un primor.

—¿Y de qué son esas consultas?

—De todo —dijo Cristóbal—. Papá es como el agente de negocios de Villamar. No hay cuestión que no le consulten y en que no busquen la mediación suya. Ahora verás. Bajaremos al despacho.

Como si estas palabras le hubiesen evocado, sonó al pie de la escalera la voz de don Vicente, que gritaba:

—¡Juan, Juan!

—¿Qué hay, tío?

—Baja un momento. Haces falta.

—Ya te ha caído que hacer —dijo Eugenia riéndose.

Pero Juan no la oyó. Lleno de curiosidad, había bajado muy deprisa los dos tramos de la escalera y penetró en el despacho. Era éste una habitación contigua a la biblioteca, no muy espaciosa y alumbrada por una reja que daba

al jardín. Las paredes blancas, con zócalo azul claro, no tenían más adorno que unas cuantas fotografías de paisajes levantinos y dos cuadros de Murillo, grabados por Carmona. Frente a la reja, un armario de pino, pintado de nogalina, guardaba libros, muestras de tierras encerradas en frascos de cristal, un bote de hojalata lleno de pólvora y una langosta disecada sobre un óvalo de madera. La mesa era grande, antigua, de las de pupitre, chapeada de caoba, y estaba llena de papeles. A su derecha, en sendas sillas de paja, las dos mujeres que antes esperaban en el zaguán, sonreían al recién llegado. Juan se fijó en ellas. A primera vista ofrecían el más vivo contraste. Era la una viejísima, de cara arrugada hasta lo inverosímil, ojos hundidos pero inquietos, talla corta y cuerpo magro. Vestía una falda que debió ser, cuando nueva, azul, con flores estampadas de igual color, más intenso, y justillo de la misma tela. Sobre los hombros, y con las puntas atadas por delante, llevaba un pañuelito de seda, muy ajado, color de café. Con las manos, largas, delgadas, quemadas por el sol, sujetaba sobre el regazo un mantón de lana, cuyo solo aspecto hacía sudar. La otra era joven, una de esas campesinas de Levante altas, fuertes, de carne apretada y morena; ojos pardos que a veces brillaban con cierta picardía, labios gruesos y sensuales y dientes blanquísimos. Su juventud, su frescura, eran gratas a la vista; hablaban de salud, de fuerza, de alegría franca; pero, a su lado, la imagen de la vieja, triste residuo de las brutales faenas del campo, de la miserable sobriedad de los labradores, era como la predicción del pronto agostamiento de aquella lozanía, flor liviana cuyos pétalos marchitan prontamente el precoz matrimonio, las privaciones de la casa y el beso constante del sol, que reseca la carne y resquebraja la piel.

—Aquí tienes al Jeremías de Villamar —dijo don Vicente señalando a la vieja y dando a su voz un acento de

burla cariñosa—. De todo se apura, de todo llora, y me tiene frito a peticiones.

—No haga caso, señorito —exclamó la vieja agitando una mano como quien rechaza una cosa que no vale la pena discutir—. Don Vicente está siempre de broma conmigo.

—¡Figúrate que en el pueblo le llaman la Llorona! —continuó el tío frotándose las manos.

—Pues ¿qué he de hacer, señor? —interrumpió la vieja—. Todo son calamidades lo que cae sobre mí. No tengo quien me ampare. ¡Si no fuera por este santo de Dios, que aquí tenemos! Es mi paño de lágrimas. Dice que le aburro, pero siempre me atiende, ¿oye? Soy viuda. Tengo dos hijos. Uno es marinero y va a casarse con ésta, que es sobrina mía, para salvarme al otro de la quinta; pero yo no sé qué jaleos hay en eso de las leyes que el gobierno hace, y unos me dicen que no puede ser y otros que el chico irá a servir... ¿Yo qué sé de esas cosas? Don Vicente lo arreglará todo.

—Sí, ¡don Vicente, don Vicente! —exclamó éste, cada vez más gozoso del giro que tomaba la conversación—. Mucho acudir a don Vicente en los momentos de apuro, y luego no nos acordamos de él para nada. Di, Llorona del diablo (al decir esto, guiñó un ojo), ¿dónde están las brevas que me prometiste sin que nadie te pidiera nada? ¿Se perdió la cosecha?

—¡Ay, Reina Santísima! —exclamó la vieja sin mostrar la más leve perturbación en su semblante—. Primero faltaría el sol, que yo dejar de traer las brevas, don Vicente... Pero ¡si viera lo que me ha pasado! Como la higuera está al borde del camino y yo soy una pobre vieja, que está sola casi todo el día, los chicos no dejan madurar el fruto. Siempre hay allí dos o tres encaramados, o tirando piedras. Mi hijo lleva ya dos noches de quedarse al sereno, para evitar que roben las que los chicos no alcancen; pero ayer se durmió y... ¡ni una dejaron, señorito!

—Camandulerías no faltan —contestó el tío—. Pero ya veo que las brevas no vienen.

La vieja continuó sus excusas, segura por otra parte de que no hacían falta, de que todo aquello era la repetición de una broma que a cada visita suya le daba don Vicente.

Juan estaba sorprendido de aquella escena, reveladora de una familiaridad afectuosa en que desaparecía toda distancia social, dejando brotar libremente, como el agua fresca de los manantiales serranos, la fecunda vena del sentido democrático, cooperador, que parece salir de lo más hondo del espíritu de nuestro pueblo, no obstante el anárquico individualismo que otras veces revela. Nunca un burgués adinerado de otros países, un lord de Inglaterra, un noble alemán que aún guarda vivo el recuerdo de los tiempos feudales, consentiría esa aproximación familiar del pueblo que aquí es tan frecuente, ni la comprendería siquiera. El alma española, la vieja, la genuina, revelaba en don Vicente uno de sus aspectos más simpáticos, con que lava muchos vicios y errores seculares.

—Veamos ese asunto —dijo el tío volviendo a la seriedad—. No acabo de entender estas leyes y te he llamado para eso. Aquí está el Alcubilla[15].

Explicó el caso con todos sus pormenores, uno de esos casos complejos, enredadísimos, en que la incuria y la ignorancia de los labradores complican la realidad y la enmarañan haciéndola más débil ante la penetración tentacular de la ley escrita. Leyeron, discutieron, animado Juan por el deseo de hacer el bien, de vencer los obstáculos, sintiendo renacer en él los ardores de sus luchas ciudadanas. La vieja se había levantado y, junto a ellos, miraba el libro, aventuraba opiniones, ingería datos, embrollando de nuevo la cuestión a cada momento.

—¡Siéntese, mujer, y déjenos! —acabó por decir don Vicente.

Al fin, vieron claro y convinieron en un procedimiento, tío y sobrino. Dio aquél sus instrucciones a la Llorona y le volvió a bromear sobre sus peticiones constantes, a la vez que le daba seguridades de éxito.

—Todo se arreglará. Hablaré al cura, al comandante de marina, a todo el que haga falta... Y casaremos a esa moza, que ya tendrá ganas, ¿eh?

La joven alzó los ojos, sonriendo. Miró a Juan, enrojeció vivamente y salió del despacho sin hablar palabra, como hasta entonces.

X

¡VAYA! —exclamó don Vicente—. No quedan más que dos; digo, se me figura que dos. ¿No había ahora dos hombres en el zaguán?

—Sí —dijo el sobrino—. Pero ¿usted sabe la hora que es?

—Debe ser tarde. Empiezo a sentir cosquilleo de estómago; pero acabamos enseguida, enseguida...

Era la eterna ilusión de don Vicente, que de una vez para otra olvidaba la calma desesperante de los huertanos, su charla espaciada, diluída, que alargaba indefinidamente las conversaciones.

Sin que nadie los llamara, los dos hombres acababan de entrar en el despacho. Eran dos tipos completamente diferentes. Uno de ellos alto, corpulento, cuadrado de hombros, cara roja y afeitada: hubiera podido tomarse por el símbolo de la fuerza bruta, a no ser por la mirada tímida de sus ojos azules y la sonrisa bonachona que contraía sus labios. Vestía como los marineros: camisa de franela gris, sin chaleco ni chaqueta, pantalón de tela azul sujeto por un cinturón de cuero y boina. El otro era de muy poca estatura, seco, avellanado, de cara enérgica, dura y mirar inquieto y atrevido. Se quitó, al entrar, el ancho sombrerón que le cubría la cabeza, perfectamente rapada, mientras el

marinero permanecía con la boina puesta sobre un bosque de cabellos sin peinar.

—¡Hola, Gamba! —exclamó don Vicente adelantándose a dar un golpecito amistoso en el hombro del marinero—. ¿Te has atrevido por fin a venir? ¡Tenemos que ajustar cuentas, buena pieza!

Aunque don Vicente sonreía al decir esto, el color habitualmente subido de la cara de Gamba se trocó en un rojo intenso. Su mirada no fue ya tímida, sino suplicante.

—Me alegro que haya usted venido también, tío Luna —continuó don Vicente, dirigiéndose al del sombrerón—. Usted, que es muy justo, dirá si tengo o no razón en lo que digo.

—Si el señorito no tuviera razón, no hablaría —dijo sentenciosamente el tío Luna, tomando asiento en una silla.

—¡Puedo engañarme, hombre!

—Todos nos podemos engañar, señorito.

—Pues va usted a ver. Fíjate tú, Juan. Este pillo de Gamba (el marinero continuaba de pie, avergonzado) lleva en arrendamiento dos bancales míos. Es un buen arrendatario, paga muy bien, es decir, pagará cuando pueda, que lo que es hasta ahora... Pero no es ese el caso. El caso es que, sin pedirme permiso, ha edificado en uno de los bancales, y por cierto, según me han dicho, una casita muy mona, ¿no es eso?

—No señor —balbuceó el marinero—. Aquello vale poco... cuatro tejas...

—No me fío —siguió don Vicente—. Los que la han visto dicen que es cosa buena. Pero lo que tú no sabes, es que esa casa es mía, porque la has edificado de mala fe. ¿Estoy en lo cierto, tío Luna?

El tío Luna dio varias vueltas al sombrerón, que mantenía en la mano, y al fin dijo:

—Como ser, el terreno es del señorito y lo que hay en él también será suyo... digo, menos las cosechas.

—¡Así es! —afirmó don Vicente—. Conque ya lo sabes, Gamba, en cuanto yo la necesite, la tendrás que desalojar... o mejor será derribarla. ¿Qué te parece?

Quedóse mirando al marinero, con severidad que a duras penas fingía, y concluyó por reírse estrepitosamente.

—Bueno, bueno. Ya arreglaremos ese negocio —dijo cuando cesó de reír, sentándose de nuevo tras de la mesa—. Acabaré por tener que regalarte la tierra. ¿Y qué te trae ahora?

Gamba, en cuanto don Vicente dejó de mirarle, se había serenado, y era él quien miraba al anciano con un aire de cariño tan intenso, que a primera vista se adivinaba ser expresión de una de esas fidelidades caninas, que van más allá de la muerte. Por fin se atrevió a hablar:

—Venía por los albalaes[16]. Esta martava no los he recogido.

—¡Ah, vamos! quieres regar... Espera, los debo tener aquí.

Hurgó en uno de los cajones don Vicente y sacó dos papelitos blancos.

—Aquí están. ¿Cuándo te toca la vez?

—Esta tarde.

Juan recordó la escena de por la mañana: los martaveros sentados indolentemente a orillas de la acequia, el agua oscura y veloz, que corría sin ruido en el cauce tapizado de yerbas, y el espectáculo de aridez de la rambla y de los campos vecinos.

—¿Y usted, tío Luna? —preguntó don Vicente. ¿Qué te trae por aquí?

—Nada, señorito. Me dijo éste que venía, y como hacía tiempo que no veía al señorito...

—¡Muchas gracias, hombre! ¿Qué tal va la almendra?

Se enzarzaron en una conversación muy animada, sobre agricultura. Juan, a quien no interesaba el asunto, se acercó al armario y se puso a contemplar los libros. Arriba debían de estar impacientes, porque sonaban pasos precipitados, ruidos de vajilla movida como con intención de que sirviera de aviso, cuchicheos que, ora se acercaban a la escalera, ora se alejaban, debilitándose. Gamba había cogido los albalaes y se le veía evolucionar lentamente, con el indudable propósito de salir del despacho. Una vez conseguido esto, se le oyó subir pesadamente los dos tramos que conducían al comedor, donde fue recibido con ruidosas salutaciones de Cristóbal y Eugenia. Juan estuvo a punto de abandonar el despacho en igual forma; pero ya Luna se levantaba, en ademán de despedirse.

—Que se mantenga bueno, señorito —dijo sacudiendo la mano que don Vicente le tendía.

—Adiós, Luna. Ya sabe dónde me tiene, ¿eh?

—Gracias, don Vicente.

Dio dos pasos hacia la puerta y enseguida, retrocediendo y rascándose la cabeza:

—Ahora que me acuerdo —añadió—. Tenía que preguntarle una cosa...

Tomó asiento nuevamente y expuso su consulta. No había venido a otra cosa; pero la táctica inveterada de los labradores consiste en disimular que piden, como para quitarle importancia al favor que se les hace.

Don Vicente, habituado a estas marrullerías, disimuló una sonrisa que quería decir: —«¡Ya pareció aquello!» Juan, impaciente, nervioso, se decidió al fin y salió del despacho. Los del comedor estaban ya hartos de esperar y a duras penas entretenían conversación con Gamba que, acostumbrado a los grandes silencios, no se ofendía de que le hablasen poco.

—¡Pero tío es un héroe! —exclamó Juan, verdadera

mente asombrado—. ¿Cómo puede aguantar ese desfile de gentes que no acaban nunca de decir lo que desean?

—Pues para él es una delicia —dijo doña Micaela—. Desde que os marchasteis esta mañana, no ha salido del despacho. Y cuando no vienen a buscarle, va él por las casas... ¡Si le dejaran siquiera comer a sus horas! Pero ¡cuántas veces se levanta de la mesa para recibir a los visitantes! Ya es demasiado.

—No, no —repuso Juan—. A mí me parece muy bien. Lo admiro y me pasma su resistencia. Ya pueden querer-lo, en Villamar.

—En cuanto a eso, no hay qué decir —observó Cristóbal—. Se dejarían hacer pedazos por él. En los períodos de elecciones, todos vienen a preguntarle por quién votan. Y habías de ver la cara que ponen cuando, invariablemente, les contesta que voten a quien más les guste. No pueden comprender que se les hagan favores sino al precio de la servidumbre política.

—Así es! —murmuró Juan—. Y de ello no han de redimirse sino a fuerza de beneficios desinteresados.

El recuerdo de todas sus luchas pasadas renació nuevamente y le sumió en una meditación llena de melancolía. La manera como llenaba su tío la tutela social confiada a los que saben y pueden, sorprendíale vivamente. Aún no conocía de ella más que la superficie; pero era lo bastante para que se sintiera dominado por el ambiente de serenidad y alegría que la rodeaba, alejando toda idea de guerra, de excitación y de egoísmo.

XI

DESPUÉS de comer, todos, menos Juan, se recogieron a dormir la siesta. El forastero prefirió salir al jardín, desafiando la temperatura. El sol caía a plomo, iluminando vigorosamente todas las cosas, envolviéndolas como en una niebla rojiza que no empañaba los contornos pero tenía todos los colores, y acusando con dureza las sombras, negras en unos sitios, en otros azuladas, sobre la caliza del suelo. Un silencio pesado, todavía más adormecedor que el del monte, reinaba por todas partes. La brisa había caído, y sólo una cigarra se atrevía a entonar su canto metálico y monótono, que aturdía.

Refugiado bajo una bóveda de jazmines, Juan se entretuvo al principio mirando los árboles y las flores, que las desgarraduras de la enredadera dejaban ver a trechos. El tono verde de las hojas variaba mucho, y sobre él destacábanse crudamente las notas vivas de los claveles, de las rosas blancas, pálidas o encendidas, de las dalias azotadas de mil maneras, y de los frutos dorados o rojos. Era el jardín, no sólo una sinfonía de colores calientes que deslumbraban, sino un alarde de energías, que parecían transmitirse al cuerpo humano y darle impulsos nuevos, como si deseara él también brotar, extenderse en cien direcciones distintas, multiplicarse en flores y frutos numerosos bajo la caricia ardorosa del sol. Y lo que más admiraba a Juan,

era la intimidad silenciosa de aquella vida, que desarrollaba su enorme fuerza de expansión calladamente, evocando la imagen de un motor poderoso cuyas piezas girasen todas sobre cojinetes de terciopelo. Un espectador superficial se engañaría seguramente acerca de la medida de una fuerza que no se revela con estrépitos; pero quien se parase a observar, experimentaría la misma sensación de un poder gigantesco que emana, cuando en él nos fijamos atentamente, del cielo profundo cuajado de estrellas.

A Juan le parecía ver, tras la corteza de los troncos, la savia fecunda que corría como un río de vida, diseminándose por los mil canalillos de las hojas y de los tallos para cuajarse en brotes preñados de color, de perfumes y de azucarados jugos. La atención cada vez más intensamente aplicada, descubría a cada paso nuevos motivos de admiración y nuevas fuentes de belleza, gozándose en pormenores antes inadvertidos, hallando placer en distinguir matices y formas que antes se confundían, y sintiéndose subyugada por la poesía inefable que emanaba de todas las cosas, aun las más vulgares en apariencia. El oído, aguzado, empezó a notar ruidos sutiles que henchían el silencio del jardín: un fruto maduro que, rozando hojas y ramas, caía al suelo sordamente; una flor carnosa que se desprendía del tallo; un revuelo de pájaro que medrosamente se escondía entre el follaje; un zumbido de insecto que volaba después de libar, y en cuyo brillante caparazón ponía tornasoles la luz de lo alto... La vida de la Naturaleza traducíase en sonidos; pero apagados, discretos, sin bulla, con una calma majestuosa que revelaba la plenitud de fuerzas, la confianza inalterable en su poder y en su eternidad.

Por momentos, Juan iba sintiéndose dominado, empequeñecido por aquella energía misteriosa, que más se agigantaba cuanto más penetraba en ella el análisis; sin que la percepción creciente de los pormenores disminuyese la

impresión del conjunto, que antes bien se nutría con ellas y dominaba. Ante ella, cada cosa de por sí perdía el valor de su sustantividad y mostrábase como una parte subordinada al todo, por quien vivía. La idea de la contingencia individual y de la permanencia de la masa, le pareció a Juan que estaba escrita con caracteres visibles aun para el más ciego, en aquel trozo de Naturaleza que variaba sin cesar, inalterable por la muerte, de que volvía a sacar nueva vida. Y Juan creyó ver, por primera vez desde que le preocupaban estas cuestiones, la inutilidad de las luchas humanas, lo efímero y despreciable de los intereses individuales y el profundo error, ante cuya ara había consumido su juventud entera, de aquellos empeños dolorosos que le arrebataron el reposo de su espíritu. Con horror que se agrandaba cuanto más pretendía analizarlo, contempló la pérdida de tantos años, que pudieron ser fecundados, no sabía bien para qué, pero seguramente para cosas distintas de las que los llenaron con ansias dolorosas, y el vacío irreparable de una existencia que no recobraría ya las horas pasadas.

Una angustia cruel, hondísima —la angustia de las almas honradas cuando, al preguntarse, en momentos de descanso, qué hicieron en el mundo, hallan la nada por respuesta—, se fue apoderando de él e infundiéndole desprecio hacia todas las inquietudes que le habían atormentado hasta entonces. La fatiga de su espíritu era la de una fuerza que se mueve inútimente, en un trabajo infructuoso y deleznable. Había que olvidar todo aquello, que venir a sumirse en el reposo solemne de las cosas, dejando que las energías naturales del espíritu fuesen cumpliendo su fin, acertando instintivamente su camino como lo acertaban los demás seres del mundo, desde los más pequeños e insignificantes, arrastrados por la corriente del orden universal. En esto estaba el descanso verdadero, el término de toda conturbación y de toda fatiga.

La vida artificial de las ciudades, rompiendo con la naturaleza y con el desarrollo normal de la existencia humana, hacía nacer necesidades nuevas, superfluas, deformando el espíritu, enfebreciéndolo, hinchándolo de vanidades y segregándolo del resto del mundo, de donde procedía y al cual estaba ligado por lazos que no podían quebrantarse sin grave pena. Era preciso restaurar la unidad rota, volver de nuevo a la comunidad con los demás seres, dejar que, sin perturbaciones ni ingerencias extrañas, fueran apuntando regularmente y encarrilándose por su vía propia todas las manifestaciones de la vida individual, acordándose las unas con las otras, adaptándose al diapasón común, que la madre Naturaleza hace vibrar para todos sus hijos. Entregado a sí propio el espíritu, en la plácida intimidad de su propia vida, sabría orientarse hacia lo que es eterno y volvería a encontrar el ritmo sosegado y firme de los actos conformes con la esencia de las causas[17].

En aquella hora solemne de meditación, en que el secreto de la vida se le había revelado con claridad inesperada, Juan hizo renuncia de todas sus aspiraciones de antes, mejor dicho, sintió que se desprendían de él como cosa pegadiza y que le libraban definitivamente de su peso. Repasando las impresiones recibidas desde su llegada a Villamar, le pareció que cada una de ellas había sido como una preparación para que comprendiese el sagrado misterio, la voz augusta de la realidad que le llamaba a nueva existencia: y las sensaciones de reposo, de placidez, de suave poesía que habían ido acumulándose en su alma, se fortalecieron más y más y se completaron con un nuevo sentido del valor de las cosas. La vida patriarcal de sus tíos, que se deslizaba dulcemente, sin saltos ni zozobras; la idealidad poderosa que latía bajo los cantos tradicionales del culto a la Aurora, tuviesen o no de ella conciencia los campesinos y, quizá, mejor porque no la tenían; la indolencia de las

gentes, que sin quitarles ánimos para el trabajo imprimía a toda su conducta un sello de reposo y de confianza en el éxito, que había de llegar sin precipitarlo; la adormecedora influencia del clima, que arrastra hacia el ensueño y la contemplación; el amable silencio del monte y la calma majestuosa de la vasta llanura limitada por un mar que ondeaba sin ruido; el espectáculo de aquella tutela cariñosa y desinteresada que don Vicente ejercía sobre los que necesitan, más que ayuda de pan, caridad de consejos, de instrucción y de defensa: todo volvió a vivir nuevamente en la imaginación del que había llegado en busca de paz, y cada cosa fue repitiéndole su sensación de reposo, de «descansada vida», de honda y tranquila conformidad con lo que se halla sobre la voluntad de los hombres. Una serenidad profunda le refrescó el alma y le renovó las fuerzas. Creyó haber logrado plenamente lo que apeteció mil veces, entre lágrimas, en los momentos de depresión que las luchas le traían; y lo creyó con fe inmensa, que parecía venir de las cosas exteriores, dominando y subyugando el espíritu e inundándolo con la alegría de una felicidad sin reservas y sin temores.

XII

A MEDIA tarde, comenzó a llegar gente. Era la costumbre de todos los domingos; la visita obligada de los arrendatarios, de los agradecidos y de los notables del pueblo, a quienes recibían doña Micaela y don Vicente en la explanada anterior al jardín, a cubierto del sol Poniente por la casa, cuya sombra iba alargándose de momento en momento, portadora de una deliciosa sensación de frescura. Según iban llegando, tomaban asiento en bancos y sillas, y concluían por formar un círculo enorme, en que la conversación unas veces era general, otra se dividía y particularizaba.

Cristóbal solía huir de esta tertulia, que le fatigaba pronto. Eugenia, por el contrario, la prefería al paseo, gozándose en hablar el dialecto del país, en escuchar los cuentos y chascarrillos de los labradores y, a veces, también, en obligarles a expresarse en castellano, con graciosísimos provincialismos de una variedad infinita.

En la disposición de espíritu en que Juan se hallaba, aquel espectáculo le había de ser agradable y se dispuso a participar de él, tomando asiento al lado de su tío. Los visitantes llegaban, saludaban a los «señores», generalmente sin dar la mano y, por supuesto, sin descubrirse, y tras un momento de silencio, la charla se animaba más y más. De vez en cuando, un hombre o una mujer se levantaban, acer-

cábanse a la cisterna que a la puerta del jardín erguía su brocal protegido por una caperuza de madera y, sacando con tiento el cántaro rezumante, bebían a la catalana, recibiendo con admirable habilidad el menudo chorro que sonaba en la boca alegremente.

La tertulia tenía sus diversiones favoritas, que solían repetirse todos los domingos, sin aparente cansancio. El alcalde —que, por lo regular, no faltaba—, refería invariablemente los mismos «sucedidos», que había inventado él, con esa gracia natural que parece compañera constante de la socarronería aldeana. El barbero («cirujano», decía él y decían todos) contaba, con seriedad imperturbable, mil mentiras de cuando había estado en Cuba: terribles trances con culebras de cientos de metros; aventuras misteriosas en los bosques, etc., etc. A costa del miedoso del pueblo —un mozo medio alelado, que tenía aire de explotar su cobardía—, se inventaba mil farsas y, por fin, se procuraba enzarzar al cura y a la Llorona en una discusión teológica que hacía desternillar de risa a los oyentes.

Aquella tarde, el primero que llegó fue el cirujano. Era un vejete alto, delgadísimo, con aires de persona fina. Hablaba muy bien, con cierto tono doctoral en cuanto se tratase de cuestiones relacionadas con su profesión; fuera de esto, con gran sencillez y con vena inagotable de mentiras, que constituían en él vicio incorregible. Usaba antiparras con armazón de acero y, tras ellas, sus ojillos inquietos y penetrantes parecían medir el fondo de credulidad de los oyentes para graduar el alcance de sus invenciones. Como era obligado, se le pinchó para que soltase su vena en obsequio al forastero; y lo hizo sin violencia, seguro, por otra parte (era hombre que calaba pronto a las gentes), de que Juan «estaba en el secreto» y no creía una sola palabra de todas aquellas historias. Pero el cirujano, cuando llegaban casos tales, renunciando a la sugestión de

la credulidad trataba de que admirasen su ingenio. Y lo conseguía, casi siempre. Cuando la mentira era muy gorda, o nueva, don Vicente solía interrumpir al orador:

—¡Cirujano, esa no pasa!

—¡Don Vicente! —replicaba él con aire de dignidad ofendida—. Puede creerme. Es el Evangelio. Hay que ir a Cuba para ver cómo es aquella tierra.

Y seguía dando gusto a su pasión favorita que, por lo demás, nunca usó en daño de nadie. Era hombre, aunque seco, en la apariencia, servicial y bondadoso. No se enfadaba jamás, a menos que se pusieran en tela de juicio su destreza quirúrgica y sus conocimientos médicos. Los aldeanos le querían; pero por lo común, no le pagaban las curas; así, que andaba mediano de recursos. Gracias a la barbería y a un trozo de viña, iba sacando adelante a los hijos, que eran seis y que se habían quedado sin madre poco después de nacido el último.

Cuando el cirujano estaba en lo mejor de sus invenciones, apareció el maestro de la escuela con el Estudiante. Era éste un mozo como de treinta años, hijo único de uno de los labradores más ricos de Villamar y debía su mote a la circunstancia de haber estudiado la carrera de Leyes. En sus años de Universidad sintió aspiraciones intelectuales y adquirió mediana cultura. Luego se empozó en la aldea, requerido por los cuidados de la hacienda paternal y acabó por olvidar la abogacía y dedicarse a la agricultura. Su padre decía a todas horas: —«Mi hijo ha estudiado por lujo. No necesita del bufete para comer». Y en el fondo, se alegraba de que el mozo hubiese vuelto a las faenas que a él le habían enriquecido y hacia las que sentía ese amor especial que caracteriza al buen labrador. El Estudiante seguía sin embargo leyendo, comprando de vez en cuando libros, por lo común, de literatura; pero deprimido por el medio, sin tener con quien comunicar sus ideas, había he-

cho de su afición como un culto secreto, cuyas ceremonias nadie veía y cuya fe inspiradora se iba consumiendo lentamente, falta de aire libre en que avivarse. Conocía el mozo muchos escritos de Juan, y acudía gozoso de ver al autor y chispeándole en el fondo del alma algo de sus anhelos antiguos.

El maestro era joven, algo pedante, pero correcto y cuidadoso de su escuela. Iba bien vestido, aunque sucio, con la dentadura terriblemente descuidada y las uñas de luto perpetuo. Simpatizaba poco con el cirujano, cuyas mentiras le disgustaban, y las discusiones entre ambos solían ser tormentosas. Llamábase Federico y las gentes del pueblo le anteponían siempre el don. A las pocas palabras, Juan se sintió repelido por aquel hombre que presumía de saber bien casi todas las cosas del mundo, aun las que no hubiese sido maravilla que ignorase. En cambio, el Estudiante le atrajo. A pesar de la depresión que en él había producido el medio, conservaba un sincero interés hacia la vida intelectual, mezclado a una tristeza resignada por verse fuera de ella y sin ánimos para reanudar los ensueños de otro tiempo. Juan, además, creyó ver en él un ejemplo vivo de la renuncia a las luchas ciudadanas y del cultivo, en la paz del retiro campestre, del amor a la naturaleza y a los ideales más puros del espíritu. Se engañaba en esto; pero, por de pronto, el engaño le acercó al joven y le hizo más grata la tertulia.

La conversación se generalizó, por haber sacado el maestro el tema de los consumos. Los villamarinos andaban acongojados por el reparto que, según se decía, habían convenido el arrendatario y el alcalde. Villamar dependía de la capital y no tenía fielatos[18]. Se acusaba al alcalde de haber distribuído mal las cuotas, favoreciendo a unos y perjudicando a otros. Los propietarios pequeños y los braceros quejábanse amargamente y anunciaban su

imposibilidad de pagar. Como en la tertulia había de todo, alzóse discusión, que fue encrespándose rápidamente. Pero don Vicente intervino:

—Dejaos de eso. Ya se arreglará.

—¡Parece que no conozca usted al alcalde, don Vicente! —se aventuró a decir el maestro.

—Sí, hombre, ¿no lo he de conocer? Dejadme a mí eso y no andéis dificultando las cosas con habladurías.

Cuando hablaba a un grupo, don Vicente solía emplear el tú. Era como una nueva expresión de su cariño a los de Villamar, y siempre traía consigo la sumisión más completa. Convencidos de que don Vicente lo arreglaría todo bien, callaron los discutidores y se pasó a otra cosa. Juan pensaba entretanto: —«¿Qué tiene mi tío que sabe llevar la paz donde quiera que interviene? ¿Qué poder calmante hay en su voz, en su gesto, en su sonrisa?» Y de nuevo se sintió dominado por aquella sorpresa que horas antes le habían producido las escenas del despacho.

XIII

La Llorona y el cura llegaron casi juntos. Una y otro venían de un entierro. Saludó el cura con gran timidez y se sentó en el punto del corro que le pareció menos visible. A Juan le hizo, al principio, la impresión de un hombre corto de alcances, burdo de maneras y adocenado en el ejercicio de su mismo ministerio. Tenía el vicio de inclinar ligeramente la cabeza hacia el hombro izquierdo y entornar los ojos, lo cual le daba un aire de misticismo que no concordaba con las demás señales. Se expresaba mal, mezclando las palabras castellanas con las valencianas y avergonzándose a cada momento de su torpeza; así, que era preciso instarle mucho para que hablase. Los de Villamar lo despreciaban. No sabía predicar y apenas se relacionaba con las gentes. Recordaban todos al cura anterior, un gigante, animoso y bromista. Cuerpo y alma de labriego, que lo mismo empuñaba el arado que se remangaba los puños de la sotana para imponer el respeto a trompazos a cualquier feligrés que pretendiera insubordinársele. Pero ¡don Felipe!... Se reían de él y no le pagaban.

La Llorona comenzó a contar a doña Micaela detalles del entierro. El muerto era un pobre anciano, pescador de oficio, que días antes había dado una fuerte caída desde

un peñón de la costa. Un buen hombre. Había confesado y recibido al Señor.

—Pues ni por esas se libra —dijo el jardinero, buscando ya el modo de excitar a la vieja.

—¿De qué, hombre, de qué? —exclamó la Llorona—. Ya extrañaba yo que tu mala lengua no pinchase.

—Conque mala lengua, ¿eh? —repuso el jardinero—. Que lo digan todos los presentes, si el tío Vericas no era hombre de historia. En el infierno está ya, de seguro.

—¡Calla, calla! No sabes lo que dices. Dios perdona a todos los pecadores.

—Atiende, Juan —dijo el tío, guiñando un ojo como era su costumbre cuando iniciaba una broma—. Ahí tienes a una beata que no cree en el infierno. ¿Has visto nunca cosa parecida?

Tímida, casi murmurante, se alzó la voz del cura:

—Déjela, don Vicente... Ya sabe...

—¡No, no! —siguió el amo de la casa—. Quiero yo ver si al fin la convertimos. Es un caso de conciencia.

A pesar de que era ya la centésima vez que se suscitaba esta conversación, don Felipe se turbó ante las palabras de don Vicente. Para él, realmente era aquello un caso de conciencia que le acongojaba, pero al cual temía, porque sentíase débil para convencer a nadie.

—Usted diga en qué se funda, tía Llorona —dijo el cirujano—. El señor (señaló a Juan) es persona de mucho saber y puede que le dé a usted la razón, puede.

—Mire, señor —empezó la vieja, cayendo como siempre en el garlito—. Yo digo esto. Dios es nuestro padre, el padre de todos. Ha de querernos como yo quiero a mis hijos, es un decir... Figúrese que usted tiene un hijo, vamos, y que sale un Fierabrás. Se marcha de casa, lleva mala vida y al cabo de los años mil vuelve, enfermo, derrotado, hecho una lástima. Usted, ¿qué hace? Pues olvidar todos

los disgustos, perdonarlo y cuidarlo. ¿Tendría usted alma para castigarlo encima?... Yo no, señor; creo que ninguna madre y ningún padre la tendría. Bueno. Pues el Señor, todavía más, porque es el Señor... Y entonces, no hay infierno, ni penas eternas. ¿No lo parece?

—No sé, no sé —contestó Juan sonriendo.

La voz del cura volvió a sonar, suplicante:

—¡Vamos, no diga tonterías!... Una buena cristiana como usted...

—Cristiana lo soy —afirmó la vieja—. Todos saben que no falto a ninguna misa, a las novenas, a los sermones, a los entierros... ¿Digo verdad o no?... Pero eso del infierno, no puede ser, señor cura.

—Tiene usted obligación de creerlo —dijo don Felipe.

—No puede ser —repitió la Llorona—. Un padre no castiga a su hijo de ese modo que dicen que pasa en el infierno.

—¡Pero, mujer! —exclamó el cura levantando un poco la voz...— ¿Qué diferencia habría entonces entre los buenos y los malos?

Era su argumento supremo, que repetía siempre, con las mismas palabras. La Llorona calló. Nunca sabía qué contestar a esto; pero su escepticismo respecto del infierno era inquebrantable. Los del corro reían. Sólo Juan estaba pasmado de aquella lógica primitiva, sentimental, que tan sinceramente arrastraba a una mujer piadosa fuera del dogma católico, al cual, no obstante, no creía negar en lo más mínimo. Y, refiriendo el hecho, como ya lo refería todo, a su estado de espíritu, admiró la simplicidad de aquella conciencia, cuya paz no era bastante a perturbar lo que para otros hubiera sido caso terrible de conturbación.

Aún duraban los comentarios acerca del incidente de la Llorona, cuando se presentó el alcalde. Venía con el alguacil que era, a la vez, carnicero, y que por de contado

atendía, más que a su cargo, a su industria; y como, por otra parte, era miedoso y no gustaba de enemistarse con sus convecinos, dejaba que cada cual hiciera lo que le viniese en gana. El alcalde era otra cosa. Su cara afeitada, llena de arrugas, contraída constantemente por una mueca que le hacía aparecer sonriente en todo momento, revelaba un espíritu astuto y socarrón. Aunque vestía como los aldeanos, tenía un aire de medio señorito que predisponía a desconfiar de él; y cuando se quitaba el sombrero, la calva enorme de su cabeza le daba el tipo convencional de un escribano de comedia, maestro en marrullerías y complaciente con las personas adineradas.

En cuanto le vio llegar, don Vicente se levantó.

—Véngase un momento al despacho, alcalde. Tenemos que hablar —le dijo.

—¡Allá voy, don Vicente!

Dio las buenas tardes a todos, saludó especialmente a Juan y entró en la casa.

El Estudiante hizo historia.

—¿Qué le parece a usted nuestra primera autoridad?... Cualquiera diría que es un veterano en el oficio, ¿eh? Pues no, señor. Es un novato. Labrador toda su vida, poseedor de bastantes tierras, ha ido arruinándose poco a poco, no se sabe bien por qué. Cuando las cosas fueron mal, intentó varios negocios con gentes de Levantina e hizo relaciones entre los mangoneadores de la capital. Por fin, de la noche a la mañana se metió en política. Es fino para las elecciones, por supuesto; y parece que el bienestar va volviendo a la casa...

—Uno como los demás, vamos —interrumpió Juan.

—Sí, y de casta —afirmó el Estudiante—. Su familia es una de las cuatro o cinco que constituyen el tronco fundacional de Villamar. Los Lloret son innumerables y todos aprovechados. Sus enlaces constantes con los Verdú,

gente comerciante y trabajadora, les ha ido arraigando y elevando, y cuando uno se cae, como este don Quico, no tarda en levantarse de una manera u otra... Pero me callo, porque ha de saber usted que el alcalde es tío mío.

Juan miró con sorpresa al Estudiante.

—Sí, señor. Nosotros no somos Llorets ni Verdús, sino Rocas; pero como el pueblo es pequeño se han ido cruzando las familias y hoy todos somos parientes más o menos cercanos.

—Y el cura ¿es de aquí?

—No —dijo el Estudiante—. Es forastero y hace poco que vino. ¡Si supiera usted la historia de ese pobre hombre!

—No es simpático a primera vista —confesó Juan.

—Ya me figuraba que opinaría usted así. Pero variará usted en cuanto sepa. Es un desgraciado. Vive solo, sin ama. Come mal, casi por caridad de algunos vecinos, de los pocos que se compadecen de él. Duerme sobre un jergón de maíz que él mismo mulle...

—¿Tan escasa es la dotación del curato?...

—No es una canongía... Pero la causa es otra. Don Felipe tiene una deuda enorme, que lo aniquila. Una infamia, a que él, no sólo se ha resignado, sino que considera como el primordial deber de su vida. Le digo a usted que es digno de admiración.

—Cuente usted; ¿qué es ello?

Las palabras del Estudiante habían despertado el interés de Juan. La humildad y el apocamiento de don Felipe empezaban a parecerle algo grande y simpático.

—Don Felipe fue, antes que de aquí, cura de un pueblecillo de la montaña, pueblo rico, cosechero de arroz y de uva. La iglesia era antigua, se desmoronaba por todas partes. Don Felipe excitó la piedad de los fieles para que contribuyesen a las obras de reparación. Al obispo no había quien le sacase un cuarto. Prometieron casi todos, se

formó una lista y, fiado en ella, el cura contrató las obras. Cuando llegó el momento de pagar, apenas si tres o cuatro pobretes dieron lo ofrecido. El resto se excusó o dio una miseria. Don Felipe rogó, suplicó, acudió a Palacio... Todo fue inútil, no le oyeron. Y ahora va pagando de su sueldo mezquino el déficit, para él enorme, de las cuentas.

—¡Pero eso es una iniquidad! —exclamó Juan indignado.

—Tremenda, sí señor. Y lo admirable del caso es que don Felipe no lo cree así. No quiere hablar de ello. Considera su obligación sagrada, justísima, y para cumplirla cuanto antes, se priva de lo más necesario. «Ahora tengo que salir de esto» —me dijo un día en que insistí sobre el asunto—. «Luego me quedará tiempo de pensar en mí, si el Señor me concede vida».

Quedó Juan profundamente impresionado de aquel ejemplo de resignación. La figurilla vulgar y tímida del clérigo se había agigantado a sus ojos y le pareció un nuevo símbolo de la paz interior con que le brindaba a cada paso la vida y el paisaje de Villamar. Aunque el Estudiante cambió de conversación e hizo por distraerle con mil cuentos y secretillos de la crónica villamarina, Juan siguió pensando en el sacrificio de don Felipe. De vez en cuando, miraba a hurtadillas al mísero cura, que seguía en su mutismo; y cuando se disolvió la reunión, no pudo contener un movimiento de calurosa simpatía hacia aquel humilde. Con gran asombro de casi todos los presentes, se acercó a él, le dio la mano y le acompañó, hablándole afectuosamente, hasta el final de la alameda que conducía a la entrada de la finca. En aquel mismo instante aparecían en la puerta de la casa don Quico y don Vicente. La cara de pascua de éste daba a entender que había vencido.

XIV

ESTANDO comiendo, se le ocurrió a Eugenia decir:

—¿Cuándo vamos a ver a Isolina?

—Cuando quieras. Un día que tu padre no tenga que hacer —contestó doña Micaela.

—Por mí, hoy mismo —asintió don Vicente.

—Pues hoy. El día está hermoso. Sopla el Levante y no tendremos calor.

Don Vicente miró a su sobrino:

—Tú dirás que quién es Isolina, ¿no es eso? Pues una amiga antigua de tu tía, una solterona adinerada, cuya casa de campo es el principal centro de reunión de los veraneantes en dos leguas a la redonda... ¡Cosa buena! Si quieres estudiar tipos del país, de los burgueses, por supuesto, allí los encontrarás admirables, verdaderamente representativos.

—Ya sabe usted —dijo Juan— que me aburre la gente y hasta me da algo de miedo. Estoy tan bien aquí, he alcanzado tal reposo, que me asusta la idea de perder algo de él volviendo al roce con el mundo.

—Por eso no te apures. No será entre esa gente donde renazcan tus preocupaciones y tu excitación madrileña. Les estorba lo negro, por lo general; y en cuanto a problemas sociales, jurídicos, etc., etc., *vade retro!* En cambio, es gente alegre, contenta de vivir y graciosa, a ratos. Anímate.

Vaciló Juan un momento:

—¿Vamos todos? —preguntó.

—Si tú vienes, sí. Voy yo también —dijo el tío—.

—Pues voy.

Apenas terminados los postres, salió Cristóbal disparado, a dar órdenes al jardinero para enganchar la tartana. Excursiones como aquella constituían para el adolescente uno de los episodios más gratos de la vida. Veía de nuevo a muchos de sus antiguos camaradas de Instituto, polleaba entre las chicas y lucía su ingenio que, como es natural, se manifestaba frecuentemente en versos amatorios, gratísimos al público femenino. Aunque faltaban todavía dos horas para salir, metió mucha prisa a sacar el carruaje de la cochera. Entrando y saliendo en la cuadra para dar palmaditas animatorias al caballo, cerciorarse de que el pesebre estaba bien provisto, etc. Juan miraba con simpatía aquella actividad alegre, entusiasta, que encontraba satisfacción en cosas tan menudas y fáciles.

Minutos antes de las cuatro, ya estaba todo listo. La pesada tartana, de la que el jardinero, destrozando el castellano, solía decir, para encarecer su holgura, que tenía «mucha comunidad», esperaba a la puerta misma de la casa, haciendo brillar al sol su charolada cubierta. Cuando el pesado carruaje empezó a rodar con sordo rechinamiento de la arena del piso, Cristóbal estuvo a punto de palmotear de entusiasmo. Siempre asomada en él, por bajo de las apariencias del hombre, la sencillez del niño.

La carretera caminaba al principio por entre viñedos, bordeados de almendros y algarrobos, cuyas sombras alargadas cortaban, con manchas de un negro azulado, el blanco deslumbrador del polvo calizo. Durante medio kilómetro, las casas eran frecuentes al linde mismo de la cuneta, y de ellas salía constantemente un saludo afectuoso para los viajeros. Las puertas, abiertas de par en par, dejaban ver la primera pieza de la casa, formada generalmente por una

especie de zaguán más o menos ancho, en cuyo fondo vislumbrábase la entrada al corralón o a la cuadra, y en cuyo primer término no faltaba nunca el cantarero, de piedra o de madera, sobre el cual erguíanse los cántaros amarillos, rezumantes, cerrados por cantarillas de ancha boca y entreverados, a veces, con tiestos de albahaca. Las mujeres, sentadas en el suelo o en sillas de poca altura, cosían, trenzaban esparto o se peinaban unas a otras. Los chicos revolcábanse en los bancales o corrían por la carretera. A la puerta de un ventorro estacionaban dos carros del país, con largas filas de mulos que movían continuamente la cabeza y las patas, ahuyentando las moscas; y al lado, bajo el copudo ramaje de una higuera, cuatro hombres en mangas de camisa jugaban a los naipes, sobre una mesa enana.

Pasado el ventorro, la carretera comenzaba a bajar en cuesta rápida hacia el río, franqueado por un puente de piedra: río seco, de ancho cauce pedregoso, lleno de enormes cantos rodados que acusaban la violencia de las avenidas, en días de temporal. Más allá del puente, el terreno volvía a subir en bancales pobres, mezcla de arenas y piedras en que arraigaban algunos árboles miserables, contrastando con el migajón enorme de tierra labrantía que formaba la pared derecha del río. Aquella hondonada, sequerona y triste, parecía otro mundo. La perspectiva de la frondosa llanura perdíase por completo, y la barrera de montañas peladas que por el Norte y Oeste cerraba el horizonte, creeríase que iba a tocarse con la mano.

Vencida la cuesta, volvió el panorama alegre de la arboleda, tras cuya masa empezaban a verse las quintas de recreo, de fachadas enlucidas con yeso de color. Por encima de los muros de cerramiento, o al través de las cercas de caña, asomaban los botones dorados de los aromas, las campanillas blancas o azules de las enredaderas y los pámpanos verdes y rojos de las vides, todo ello velado por el

polvillo calizo del camino. De pronto, la tartana torció a la derecha y se metió por una alameda de terebintos y acacias, sustituida a poco trecho por una doble fila de algarrobos. Después, volvieron los campos de sembradura, en rastrojo unos, cubiertos de alfalfa o de maíz naciente otros. Por fin, apareció una gran verja de hierro pintada de blanco, tras cuyos arabescos veíanse trozos de un jardín y de una gran casa, pintada de amarillo.

Antes de que la tartana llegara, sonó una voz de mujer todavía fresca, pero chillona, que gritaba:

—¡Jaime, Jaime! ¡Abre la verja!

Asomó un labriego, vestido con una de esas blusas azules, cortas, que los arrieros suelen gastar, y pantalón de pana, color café.

Tras él llegó una señora alta, gruesa, envuelta en amplísima bata oscura, de cola.

Doña Micaela gritó:

—¡Isolina!

Abrióse de par en par la puerta y los visitantes empezaron a bajar.

—¡Qué milagro que estás sola! —dijo doña Micaela besando a su amiga.

—Nada de sola, hija. Tengo allí dentro la mar de gente: Doña *Antigua,* Ramoncito Llorca, Amparo, don Ciro, *Las Tres Gracias* y un batallón de pollos y pollas. Cristóbal va a estar en grande... ¡Ah! ¿este es tu sobrino?

Le tendió una mano con aire tal de franqueza, de cariñosa acogida, que Juan no pudo menos de estrechársela con repentina efusión.

—Micaela es como hermana mía —dijo Isolina— y aquí, ella y los suyos están como en su propia casa. Aunque me han dicho que es usted un poco hurón, espero que se encontrará a gusto entre nosotros y, al fin, habrá de quererme... Todos me quieren —añadió con sinceridad

exenta de coquetería. Y volviéndose a doña Micaela, mientras la cogía del brazo para dirigirse a la casa, le dijo ingenuamente:

—Me gusta. Es ya un poco coscón, pero hemos de buscarle novia. Y se echó a reir con toda su alma, como se ríen los que no tienen preocupaciones y consideran la vida por el lado alegre.

—¿Has visto cosa igual? —preguntó don Vicente a su sobrino—. Es una niña, con sus cincuenta largos de talle. Algo sin sustancia; pero a su lado no es posible estar triste. Ejerce la caridad del buen humor... y ¡tiene una gracia para burlarse de las gentes! Ya habrás notado algunos de los apodos con que designa a sus amigas.

Sonrió Juan y, sin darse cuenta de que repetía lo que Isolina había dicho de él, confesó francamente:

—Pues me gusta... A la verdad, esperaba encontrar una vieja con pretensiones, y el desengaño ha sido gratísimo.

Echaron a andar detrás de las señoras.

Eugenia y su hermano habían desaparecido momentos antes, y se oía ya la algazara con que la gente joven saludaba su presencia.

XV

TODA la parte delantera de la planta baja, formaba un gran salón, decorado con lujo, donde Isolina recibía las visitas en las horas de sol. Las esterillas finas que cerraban los huecos, adornados con macetas, filtraban la luz suavemente, dejando la habitación en una penumbra agradable que, al principio, no permitía ver claro. Distinguíanse los bultos, las manchas claras de las carnes, el brillo de los ojos, y oíanse las voces, de timbres discordantes. Medio a ciegas, Juan hizo saludos, contestó a las presentaciones, estrechó las manos que se le tendían. Luego trató de buscar un rincón; pero Isolina le hizo sentarse a su lado y le obligó a contestar a sus preguntas inacabables. Mientras hablaban, Juan, cuyos ojos se habían por fin atemperado a la semioscuridad del salón, fue observando a los contertulios.

Al lado del ama de la casa, sentada en una marquesina, erguía su busto rígido, seco, una señora, manifiestamente vieja, pero llena de afeites y postizos, que pretendían ocultar los años. Se la veía hondamente preocupada por no descomponerse, y para ello, no se movía apenas, aunque tuviese trabada conversación con alguien colocado a su espalda.

—Esta debe ser doña Antigua —pensó Juan.

Más allá, otra señora, joven todavía, de cara picares-

ca pero antipática, charlaba con tres más de un feo subido, que a la legua se denunciaban por solteronas y por hermanas. A Juan se le figuró que debían ser *Las Tres Gracias*, y oyó que llamaban a su interlocutora con el nombre de Amparo. Visiblemente, Amparo, aunque parecía muy interesada en hablar con las solteronas, se perecía por dejarlas y venirse junto a Isolina. Miraba mucho a Juan y, seguramente, espiaba la ocasión de levantarse y meter cucharada en el diálogo del forastero e Isolina.

Junto a una ventana, doña Micaela entreteníase en examinar varias macetas de cactus, uno de ellos en flor, cuyas propiedades parecía explicarle un caballero anciano, grueso, de cara bondadosa, que hablaba lentamente, moviendo sin cesar unos ojillos avispados tras los cristales de las antiparras, que iban resbalándole por la nariz.

En el sofá, don Vicente escuchaba a un mocetón rubio, colorado, de mirar duro e insolente, que charlaba por los codos, atropellándose a cada momento y levantando la voz cada vez que don Vicente le interrumpía diciendo:

—¡No exagere usted, Llorca!

Frase que se repetía cada pocos minutos.

Por fin, en un ángulo del salón, cerca del piano, había un grupo de gente joven, mujeres y hombres —entre ellos Eugenia y Cristóbal— que cuchicheaban, reían, se levantaban y se volvían a sentar, como si les corriera azogue por las venas. Juan detuvo su mirada en el grupo, complacido por aquella explosión de vida que evocaba en él la dormida conciencia de su juventud.

Por resultado del aislamiento a que le habían llevado sus aficiones intelectuales y de lo especial del círculo en que se desarrollaron las luchas absorbentes de los últimos tiempos, Juan había ido dejando correr los años sin darse cuenta de que eran los de un joven, a quien el mundo ofrecía atractivos y placeres, que ya no se repiten. Vivió ajeno

a las ilusiones de su edad, abstraído en sus preocupaciones, sin ver más que un aspecto de la vida; de tal modo, que el sentido de la juventud se atrofió en él cuando todavía no había traspuesto el límite de ese período de la existencia en el hombre.

Si alguna vez recordaba —a impulsos de lecturas novelescas— sus años de estudiante, en que los anhelos de la inteligencia iban mezclados con otros, removedores de afectos muy íntimos, le parecía mirar a un mundo muerto, dejado muy atrás, como cosa que estorbaba en el camino y que no había de recoger nuevamente. A su lado pasaba el amor sin que él le concediese una mirada, como no se la concedía a los soldados de plomo con que jugaban los niños. Más de una mujer, de las que incidentalmente se relacionaban con Juan, había sentido una contrariedad molesta al ver aquel joven que en lo físico conservaba todas las energías de su edad y en orden al sentimiento parecía helado; y más de una, también, sintió deseos de atraerlo, de reanimarle la vida afectiva, de sondear un corazón que, para otras cosas, era tan grande y tan generoso. Pero él se escurría, hurtaba el cuerpo, no por sistema, ni por horror a la mujer, sino arrastrado por la obsesión de sus luchas, de sus trabajos, comprendiendo que no tenía tiempo para otra cosa, falto, también, de interés bastante hacia ellas; de tal modo, que, al fin, las gentes se habían acostumbrado a ver en él un solterón insensible a las emociones amorosas y absorbido por la vida intelectual.

Y ahora, no sabía por qué, aquel grupo de muchachas, alegres, bulliciosas, traspirando calor de juventud, le atraía, despertando en su espíritu un movimiento simpático. Sin disimular su impresión (cosa que, por otra parte, le hubiera sido imposible), las miró largamente. Una de ellas, morena, de ojos grandes, negros, febriles, la boca fresca y sonriente, quiso sostener la mirada. Parecía atrevida, se-

gura de su poder; pero acabó por ruborizarse intensamente y volver la cara a otro lado.

—¡Mucho cuidado, Juan! —dijo en voz baja Isolina, que había visto aquel incidente—. Blanquita es una de nuestras morenas más peligrosas.

Rehízose Juan, molestado porque le hubiesen sorprendido aquel movimiento, que ahora consideraba como una debilidad. Se creyó un ridículo ante aquella reunión de personas en su mayor parte desconocidas, pero que, seguramente, no podrían ver en él lo que él mismo no veía: un hombre todavía joven, que tiene derecho a sentir como los jóvenes. Disimuló un gesto de disgusto, poniéndose muy colorado, y no contestó a Isolina. Sin comprender la causa verdadera de aquel aturdimiento, la dueña de la casa tuvo la discreción de procurar a Juan una salida.

—Me ha dicho Micaela —dijo— que habla usted divinamente el inglés. Aquí tenemos también quien lo habla a la perfección... aquella señora... ¡Amparo!

La señora vio el cielo abierto al oirse nombrar. Bruscamente, se levantó, dejando con la palabra en la boca a una de las *Gracias*, y vino a sentarse al lado de Juan.

—No crea usted a esta aduladora —exclamó con marcada coquetería—. He hablado mucho el inglés, por necesidad, cuando estábamos en la emigración; pero aquí no hay casi con quien practicarlo... ¿Ha estado usted en Inglaterra?

—Sí, señora, varias veces. En 1876, la primera...

—En ese año estaba yo también, con mi difunto marido. ¿Conoció usted quizá al marqués de Urguelles? Muy amigo nuestro... Pero no, no lo conocería usted, no podía conocerlo. Ya sé que usted es de los de la cáscara amarga[19], de los que no quieren migas con nosotros, los pobrecitos reaccionarios, defensores de la tradición genuinamente española.

Quedóse Juan atónito ante rociada semejante; y buscaba ya una contestación cortés, que no se le ocurría buenamente, cuando Isolina intervino, dando explicaciones.

—Amparo, ahí donde usted la ve, es una heroína de nuestras guerras civiles. No se ha batido nunca, por supuesto; pero ha seguido la suerte de su causa, ha comido el «negro pan» de la emigración y ahora se dedica a escribir en *El Lábaro*[20] contra los pícaros liberales... y liberalas, como yo, por ejemplo.

—No empieces con bromas, Isolina —interrumpió Amparo—. Es verdad que escribo, y ¿cómo no, ante la furia de la marea ascendente de impiedad y descreimiento que amenaza inundarnos? No me meto en política propiamente dicha; pero la educación cristiana de la mujer, la conservación de la familia española tradicional, que se va perdiendo, eso sí me preocupa... ¿No es justo que me preocupe?... —Dirigióse a Juan nuevamente y añadió: —Hemos de discutir mucho, mucho. A mí me gustan los hombres de talento, aunque no sean de mis ideas y experimento en ellos la fuerza indestructible de mi doctrina: a todos los he vencido, créalo usted; todos tienen que confesar su carencia de argumentos contra los principios de orden, de modestia, de religiosidad que defiendo.

Hablaba la dama cada vez más alto, y a su voz habían ido acercándose los demás contertulios, excepto la pollería, que estaba a la sazón ocupadísima en decidir cuál sería el juego de prendas con que se inauguraría la tarde. Juan sentíase cada vez más molesto por el giro que había tomado la conversación y por tener que contestar a una señora. Pero Llorca le ahorró el trabajo. Había sido carlista y ahora figuraba en el partido conservador, echándoselas de oportunista y combatiendo por perturbadores a sus antiguos correligionarios. Tenía particular inquina a Amparo, cuyos pujos periodísticos le fastidiaban, parte, porque era enemigo del feminismo y, parte, porque Amparo le había criticado alguna vez en sus

artículos. La discusión se enzarzó al punto; y de tal manera hubo de absorberles, que Juan, ayudado por una hábil maniobra de Isolina, pudo escurrirse y cambiar de sitio, con pretexto de ver unos paisajes de Haes[21], que la dueña de la casa tenía en gran estima. Unióseles don Vicente y el señor de las antiparras, que comenzó a hablar con gran tino de la historia de la pintura. Pero como amenazaba prolongar mucho el discurso, Isolina le interrumpió:

—Don Ciro, ¿cómo no va usted a la barraca? Va siendo la hora de los pájaros.

—Tiene usted razón, señora, tiene usted razón —exclamó don Ciro, en quien aquel recuerdo produjo una excitación singular. Saludó y salió, apresurándose todo lo que pudo.

—Es un alma de Dios —dijo don Vicente—. Dale cazar pájaros con liga y ya lo tienes contento.

—¿Y qué le parece a usted Amparo? —preguntó Isolina en voz baja.

—No sé qué decir —contestó Juan con toda franqueza.

—Me lo figuro. Pero todavía se asombrará usted más si le digo que esa partidaria del orden y de la familia, no tiene orden ni concierto en su casa.

Sonrió Juan y dijo:

—Pues no me asombro.

Isolina lanzó una carcajada tan sonora, que todos los que estaban en el salón volvieron la cabeza sorprendidos.

XVI

Se sirvió la merienda en pleno jardín, cubierto ya de sombras, bajo un pino gigante que olía a resina fresca. Las señoras, al tiempo que comían, hablaban de teatros y de vestidos. Llorca procuraba explicar a Juan, que le oía con gran aburrimiento, el mecanismo de la política provinciana. La gente joven, en que Eugenia figuraba por su humor bromista, prefirió coger su ración y comerla sin cesar de correr por el jardín. Don Vicente había desaparecido.

Como era natural, Llorca aprovechó la ocasión para hablar pestes de Amparo.

—Es una pedante, amigo mío. Cree saber de todo y no sabe de nada. ¿Y manirrota? No puede usted figurarse. Aquella casa es una desdicha. Gracias que no tiene más que una hija, una beata que no sale nunca de la iglesia... Ya habrá usted notado que la madre es muy mundana... No tardará usted en oirla suscitar alguna conversación picaresca. Lo que es para eso, ¡ya tiene gracia, ya!

Juan contestaba con monosílabos, cada vez más aburrido y ganoso de marcharse.

—Atienda usted ahora —observó Llorca—. Hablan de novios. Verá usted qué bromitas se le ocurren.

Juan no escuchó; por el contrario, trató de llevar a otro terreno la conversación. Le repugnaba todo género de es-

pionaje. Por otro lado, las señoras hablaban muy a menudo a coro, o a dúo por lo menos, y era difícil coger una frase completa.

Llorca concluyó por comprender que Juan no le hacía caso; y como era mujeriego, algo más que platónico según decían los murmuradores, se acercó al grupo de las señoras, con ánimo de secuestrar para sí a Isolina. A pesar de sus años, la dueña de la casa conservaba cierta frescura que, unida a la simpatía de su cara y a lo abierto de su genio, producían un conjunto atractivo. Llorca, aunque joven, era ya viudo de dos mujeres y no le acababa de disgustar Isolina para reincidir.

Juan aprovechó la ocasión y dio media vuelta, buscando una salida que le llevase lejos de la tertulia sin que se percatasen de ello los demás.

Como siempre, Isolina vino en su auxilio:

—¿Busca usted a su tío? —preguntó—. Siga usted ese andén de la izquierda, todo seguido, y mucho me engaño o encontrará a don Vicente.

Con una inclinación de cabeza, agradeció Juan el aviso y tomó el camino indicado. El andén era estrecho, sembrado de grava menuda multicolor, traída de la playa, y lo cubría como un dosel doble fila de árboles frutales, muy bien cuidados, detrás de cuyos troncos asomaban los macizos de heliotropos, geranios, verbenas y dalias. Un suave perfume, compuesto de las emanaciones de mil flores, aromatizaba el ambiente y excitaba cierto prurito soñador en la imaginación, aumentado por la sombra misteriosa de la arboleda, silenciosa e inmóvil. Caminaba Juan sin prisa, ganoso de prolongar aquellos momentos de soledad, doblemente agradables después del barullo y la insulsez de las conversaciones con Amparo y Llorca. Al mismo tiempo iba pensando:

—¿Por dónde encontrará mi tío alegre y graciosa esta

reunión? Nada más triste que ver juntas las eternas vulgaridades de la vanidad, la coquetería, la soberbia, la ligereza y la futilidad, sin ningún chispazo de elevación que las contrarreste. Esa Amparo es una marisabidilla insufrible. Llorca me parece un cuco mal intencionado. Doña Antigua pospone todo lo del mundo a mostrarse menos vieja de lo que es. Las *Tres Gracias* son unas charlatanas agriadas por su fealdad... No, seguramente aquí no renacerían mis preocupaciones de antes; pero, en cambio, me consumiría el aburrimiento... La única persona simpática es esa Isolina que, en medio de su ligereza, es franca, alegre, y procura que todo el mundo lo pase bien a su lado.

Se detuvo para comtemplar una mata de claveles que echaba sus flores rojas, como gotas de sangre, sobre el borde del camino. Cogió una de ellas y la aspiró con delicia. El perfume dulzón evocó en Juan las imágenes de juventud que, poco antes, le había despertado la morena de ojos febriles; y al mismo tiempo, por extraña coincidencia, sonaron muy cercanas las frescas voces de la turba jugueto-na, que corría por el andén próximo. Juan tuvo un momento de vacilación. Le atraía aquel bullicio, que se armonizaba extrañamente con la dulce serenidad de su alma y el apacible silencio del campo. Había en él como un llamamiento, que levantaba ecos oscuros en rincones polvorientos y olvidados de la memoria; y por un instante, le pareció a Juan que encontraba en sí algo perdido; que frente a la conciencia de su persona actual erguíase otra que no había muerto y que aspiraba a vivir plenamente. Tuvo que hacer un esfuerzo grande para no correr en busca de los jóvenes. Veía claramente que, en la paz actual de su espíritu, volvían a dibujarse con trazos enérgicos aspiraciones y ensueños que en otra época constituyeron lo más hondo de su intimidad; a la manera que en un estanque cuyas aguas han sido removidas, la vuelta al reposo hace que se deposite el limo

oscuro, permitiendo que se reflejen de nuevo con limpieza los contornos de las orillas y se transparente el suelo cubierto de algas y bullente de vida.

Pero otra vez la conciencia de lo presente venció a la evocación de lo pasado. El temor al ridículo tuvo más fuerza que la sugestión de la juventud, que pugnaba por reconquistar sus fueros; y Juan siguió adelante, acariciando por un movimiento inconsciente la barba espesa, que seccionaban por cien partes los hilos plateados, evocadores de ideas de vejez.

El camino torcía hacia la izquierda, abandonando el jardín y entrando en un bosquecillo de pinos, cuyos troncos se destacaban en negro sobre el fondo de luz rojiza con que el sol poniente manchaba el horizonte. A trechos, la intensidad del rojo era tal que deslumbraba y hacía ver todas las cosas teñidas del mismo color. Juan avanzó, resbalando sobre la espesa capa de hojas secas que crujía bajo los pies, en dirección a un claro del bosque desde el cual se dominaba el grandioso espectáculo del crepúsculo; pero no había andado muchos pasos cuando oyó un suave «¡chist! ¡chist!» que parecía dirigirse a él. Miró a todos lados, sin encontrar alma viviente; pero como el llamamiento continuaba, avanzó más, y a poco si no tropieza con el tejadillo de una casa diminuta, que parecía hundida en el suelo. En el muro, muy escaso, que sobresalía, abríase una puerta capaz, a lo sumo, para dar entrada a un niño. La puerta se abrió, dejando ver un espacio subterráneo del cual emergían el corpachón venerable y la cara bondadosa de don Ciro. Hizo seña con la mano para que entrase Juan, encogiéndose, metió las piernas por la estrecha abertura y bajó tres escalones. Inmediatamente cerró don Ciro, y arrimando mucho su cara a la de Uceda, cuchicheó levemente estas palabras:

—Perdone usted que le haya detenido... Iba usted a

espantarme los pájaros; y hay un jilguero precioso que quiere beber.

Juan estuvo a punto de echarse a reír; pero al momento se sintió ganado por la candorosa expresión que tenía la cara de don Ciro, en quien parecía retoñar algo de aquella misma alegría de los niños y de los adolescentes cuya sencillez de motivos había ya seducido a Juan más de una vez en pocas horas. El contraste era verdaderamente curioso, entre aquel don Ciro que momentos antes revelaba ser un hombre de cultura, y el que ahora se entretenía en cazar jilgueros como un rapaz de pocos años. Había tal ingenuidad en esta diversión, irradiaba tal gozo, intenso y puro, de aquella cara abolsada y rugosa, que no hacía falta más para ver tras estos signos un alma sencilla, de gustos modestos, que, en medio del artificio de la vida social, cuya acción, año tras año, debía haberle impreso honda huella, mantenía cierto amor a las cosas naturales y refrescaba sus energías caducas con placeres primitivos, de un ritmo sosegado y apacible.

—¿Quiere usted saber cómo se caza? —siguió diciendo don Ciro con el mismo misterio de antes.

Hizo el joven un signo afirmativo con la cabeza, y se asomaron ambos a una especie de mirilla abierta en la pared opuesta a la entrada, a la altura de los ojos. Delante del apostadero, el claro del bosque ensanchábase, formando los árboles como un semicírculo en el centro del cual había excavada una fosa poco profunda, recubierta de cemento y llena de agua. A uno de los lados de ella veíase recogida una red finísima, que parecía estar en relación con ciertos soportes metálicos de pocos centímetros que de trecho en trecho se levantaban alrededor de la fosa.

—Aquí vienen a beber —dijo don Ciro—; y cuando están dentro, tiro de estos cordeles que pasan por el agujero que usted ve y la red cierra rápidamente la boca del be-

bedero. Pero, por si acaso, uso también varitas con liga... No se mueva usted; ahí está el jilguero.

En uno de los pinos revoloteaban varios pájaros, con gran algarabía. Distinguíase bien el bullicioso vocear de los gorriones y las notas argentinas, melódicas, del jilguero codiciado. Dos de ellos bajaron a poco, con gran resolución, deteniéndose en el linde de la fosa. Con incesante movilidad, miraban a uno y otro lado, daban saltitos a la derecha, a la izquierda, de frente, como vacilando, positivamente recelosos. El jilguero bajó también, muy decidido, moviendo su cabecita roja y negra. A don Ciro le temblaban las manos; y Juan advirtió también que la cabeza venerable se movía igualmente, con un temblorcillo nervioso. Cogió el anciano las cuerdas, preparándose para el momento crítico; y ya se disponía a tirar, cuando sonó muy cerca la voz de don Vicente, que a grandes gritos llamaba a Juan. Los pájaros volaron, y don Ciro quedó por un momento inmóvil, sin soltar los cordeles, con una expresión de contrariedad tan grande, que rayaba en lo cómico. Al fin, desahogó el mal humor dando una patada en el suelo y exclamando con un tono que quería ser enfadado, pero que más bien parecía próximo a terminar con lágrimas:

—¡Caranches! ¡Qué inoportuno ha sido ahora don Vicente!

Juan sintió una lástima profunda de aquel anciano, que veía quebrada su ilusión de toda la tarde; y a la vez que abría la puerta para contestar a los llamamientos, trató de consolarle como podía haberlo hecho con un niño. En el fondo, él también se sentía contrariado por aquella brusca interrupción de una escena que tan perfectamente se acomodaba con el tono apacible de su espíritu, inclinado cada vez más a las distracciones sencillas y solitarias, en que el cerebro trabaja poco y apenas se siente vivir.

XVII

ENTONCES, te has aburrido en casa de Isolina, ¿no es eso? —preguntó doña Micaela a su sobrino en cuanto la tartana comenzó a rodar camino de la quinta.

—Sí, tía, lo confieso. Salvo Isolina, no me interesan las gentes que allí se reúnen. Digo mal, don Ciro también me ha sido muy simpático... Crea usted que cuando llegó el tío, estaba yo gozando verdaderamente, sólo con ver cómo gozaba el pobre viejo...

—¡Ah sí! —dijo don Vicente—. Es su manía y siento haberle hecho tan mal tercio. No recordé que estaba cazando... Pero todavía no conoces más que un aspecto de la persona. Eso que has visto es lo único malo que en su vida se le conoce, digo, para los que tienen por cosa mala el cazar. En lo demás, es como los mismos pájaros, a los cuales cuida como si fueran chiquillos.

—Me ha parecido un hombre de cultura —observó Juan.

—Un gran latinista —apuntó Cristóbal—. Ha sido profesor mío.

—Y no es eso solo —añadió el tío—. Cuando hables con él despacio, verás lo que sabe. En cuanto empieza a discurrir sobre los clásicos, que conoce al dedillo, parece otro. Va a ser un gran compañero tuyo, se me figura, y

lo verás con frecuencia, porque es amigo de visitas, y si le has entrado por el ojo derecho...

—Me gustaría —dijo Juan—. Hay en esa puerilidad de don Ciro algo que se acomoda muy bien con los gustos que se van despertando en mi alma.

—Te vas curando, ¿no es eso? —preguntó don Vicente con visible satisfacción.

—Me creo curado —contestó Juan—. El efecto de esta vida ha sido en mí rapidísimo y profundo. Me siento tranquilo, equilibradas las fuerzas, y hallo placer en mil cosas de esta existencia campestre, sencilla, que antes me hubieran fastidiado quizá y ahora me hablan un lenguaje apaciguador y atractivo.

—¡Ya te lo decía yo, hombre, ya te lo decía! —interrumpió don Vicente, cada vez más satisfecho—. Y aún te falta mucho por ver y por gozar. Hasta que no te divierta la conversación con los campesinos, bien puedes decir que no has entrado plenamente en la nueva vida.

—¡Ay, tío! —dijo—. Se me figura que eso ha de costarme todavía un poco. Haría falta tener el carácter bondadoso y pacienzudo de usted.

—Tienes razón, hijo —asintió doña Micaela.

—No lo creas —protestó don Vicente—. Basta desprenderse de la preocupación intelectual que traemos de las ciudades. En cuanto se mira la vida de estas gentes como ella es, no con el criterio de la nuestra, nos descubre todo lo interesante que contiene. Es la distancia la que nos equivoca, la distancia artificial que hemos puesto entre ellos y nosotros, alejándonos de su lado y creyendo que, porque no lean a Platón y a Víctor Hugo, no puede haber nada de común que nos ligue y que nos permita hallar placer e interés en su compañía.

—Posible es que tenga usted razón, tío; y quizá el *summum* de la tranquilidad que yo busco se halle en el trato

con los pobres y los ignorantes, que han sido siempre los compañeros de los grandes humildes de la historia, cuya vida se deslizó apacible y serena, libre de las tempestades que agitan el mundo.

Por unos instantes, reinó el silencio en el interior de la tartana. Luego la conversación se reanudó entre doña Micaela y sus hijos, acerca de las diversiones de la tarde; pero ya Juan no oía. Meditaba acerca de lo que acababa de decir, tratando de convencerse a sí propio, de descubrir *a priori* las excelencias de aquel nuevo rumbo en que no había pensado hasta entonces. Al principio, buscó en el campo lo que más falta le hacía, el reposo, sin preocuparse más de sí mismo, con el designio latente de vivir aislado, curándose y gozando de la reconquistada salud del alma, extraño a todo lo demás. Las palabras de su tío, que evocaban nuevamente las escenas vistas el domingo en el despacho, le revelaban súbitamente otro aspecto de la vida, lleno de promesas.

Aquella renuncia a las exterioridades y a las luchas tumultuosas; aquel abandono a las corrientes naturales de la existencia, a que había llegado días antes en sus meditaciones solitarias del jardín, resultaban secas, estériles, egoístas en fin de todo. Era preciso hacer más, como habían hecho los que en otras edades huyeron del «mundanal ruido», tomando la «escondida senda»; era preciso llegar a la acción propia en aquel mundo, a vivir, no sólo con las fuerzas naturales, sino también con las humanas que allí escondían su miseria y su ignorancia; era necesario completar la obra tranquilizadora del medio con la profunda paz del bien realizado serenamente, en forma de bien, sin luchas con los demás hombres. Se acordó de Fausto[22], del momento de reposo, único, que había hallado en su vida haciendo feliz a un pueblo, y se le figuró que esto podía conseguirse dentro de la serenidad misma en que se halla-

ba, sin renovar las terribles crisis que le obligaron a salir de Madrid. Con la inquietud fundamental de su espíritu, que seguía latiendo por bajo de la placidez exterior, hubiera querido empezar en aquel instante la obra que, de pronto, se alzaba ante él gigante y bella, halagadora y fecunda. Su antiguo instinto de luchador se manifestaba nuevamente, transformado, oculto bajo apariencias de cosa muy distinta; pero, como antes, nervioso, febril, subyugador, arrastrando a la acción. Nuevos horizontes se abrían ante sus ojos soñadores, y la imaginación, espoleada por el afán, comenzó a dar forma y color a las imágenes de un porvenir lleno de luz y de alegría.

XVIII

El sol todavía muy alto, cuando Juan y su tío emprendieron el camino de la playa. Evitando todo lo posible las casas, para no retrasarse con detenciones que hubiesen sido inevitables, se metieron por entre los campos, sembrados unos de maíz, plantados otros de hortaliza o viña, en rastrojo algunos, utilizando esas mil sendas con que el labrador, no obstante su codicia del suelo, divide y cruza las tierras profusamente, buscando el atajo. Don Vicente guiaba, con paso ligero, saltando fácilmente las acequias sin más apoyo que un bastoncillo de roble, que llevaba por costumbre, hacía ya treinta años. Iba, como siempre, contento, bromeando con su sobrino, explicándole cosas del campo y de los aldeanos con la misma minuciosidad y sencillez que si se dirigiera a quien por vez primera viese aquellas cosas.

De pronto, al salir de un viñedo que cruzaron oblicuamente, encontráronse frente al mar. Faltaba todavía un buen trecho para llegar a él. El terreno seguía llano por un centenar de metros; luego descendía bruscamente, formando una faja pedregosa, de bastante anchura, hasta el límite mismo de la playa propiamente dicha, que era de cantos rodados en unos sitios, de arena en otros. En aquella faja levantábase un numeroso grupo de habitaciones, todo un barrio, el barrio de los marineros, con sus corralones por

cuyas bardas asomaban palos de barcos, trozos de red y remos viejos, y sus puertas azules, verdes o rojas. La playa corría casi en línea recta, perdiéndose a lo lejos por el Sudoeste; mientras que por el otro lado, a poca distancia del caserío, formaba un seno cerrado por un promontorio que, sin prolongarse mucho mar adentro, cortaba el horizonte por el Nordeste. En lo alto, y sobre la ensenada, nuevas casas perfilaban sus contornos sobre el cielo azul, de una limpidez admirable, que se reflejaba en el agua, de un tono más intenso.

Juan se detuvo antes de bajar, subyugado por la grandeza de aquel paisaje sencillo, de líneas prolongadas, cuyos dos factores, el mar y la tierra, no obstante la oposición de sus colores y sus masas, fundíanse en un conjunto armónico bajo la luz enérgica que los inundaba por igual.

Por su gusto, Juan se hubiera quedado allí un largo rato, para gozar, lejos de la presencia humana, de la calma que emanaba del mar, desierto aquel instante, y de las casas silenciosas, que parecían inhabitadas. Pero don Vicente tenía prisa.

—Vamos, vamos. Luego lo verás mejor.

En vez de bajar directamente, costearon la altura en dirección al cabo y fueron descendiendo por la depresión que formaba la desembocadura de un barranquillo estéril, poco profundo, cuyas dos laderas estaban sembradas de diminutos caracoles marinos, blanqueados por el sol. Siguiéndolo, desembocaron a los pocos segundos en la playa, que por allí se prolongaba mucho, tierra adentro. La cortadura era más alta a medida que avanzaban hacia el cabo, pero se dividía en escalones; y Juan observó que en ellos se abrían, de vez en cuando, cuevas provistas de cierres de tablas y a las cuales se subía por senderos en zig-zag.

—¿Vive ahí gente? —preguntó el joven.

—En unas sí, en las menos —contestó don Vicente—.

Por lo regular, sirven de almacén para los pescadores, que guardan ahí los útiles de su oficio. Nosotros vamos a una que está habitada. Ven por aquí.

Comenzó la ascensión, muy trabajosa porque la pendiente era rápida. En el polvillo amarillento en que se deshacía la arenisca, resbalaba la suela de las botas de campo.

—Aquí hay que venir de alpargatas —dijo don Vicente—. Nuestros calzados no sirven.

Pero él seguía, afianzando el bastón de vez en cuando y sin mirar atrás, con el ímpetu de un muchacho que emprende una excursión apetecida. Llegaron a una de las cuevas y, sin detenerse a llamar, don Vicente abrió el cierre de tablas y entró. Una sola pieza tenía la cavidad. A la derecha, en primer término, un resalto de la misma roca servía de banco de cocina. En el fondo, sobre un jergón de maíz, sin catre ni tablas, adivinábase un cuerpo rebujado en una manta oscura. De allí salió una voz cascada y temblorosa:

—Don Vicente, ¿es usted?

—¡Vaya, mujer, siempre has de conocerme! ¿Cuándo podré entrar aquí sin que des cuenta de ello? —dijo el anciano en tono de broma.

—No se canse, señor. Desde antes de abrir la puerta, ya lo conozco en las pisadas.

Adelantó don Vicente hasta el jergón, seguido de Juan.

—¿Quién viene con usted? —preguntó la mujer.

—Un sobrino mío. A ése sí que no lo conoces.

—¡Dios lo bendiga! Siendo cosa de usted ha de ser bueno.

—Puede que te equivoques, Isabel. Vaya, venga ese pulso.

De la manta salió un brazo desnudo, seco y rugoso, casi negro, terminado por una mano espartosa, que no parecía tener más que la piel y los huesos. Cogióla don Vi-

cente y Juan se acercó todavía más, tratando de ver la cara a la enferma, en la semioscuridad de aquel rincón. Cuando la vio, un estremecimiento de piedad le agitó todo el cuerpo. La mujer era ciega. Sus dos ojos, hundidos profundamente en las órbitas, rodeados de un cerco sanguinolento, carecían de luz, inmóviles, mates sin expresión alguna. La cara toda denunciaba una espantosa demacración. La nariz, desmesuradamente aguileña, bajaba su pico hasta cerca de la barba, y la boca sumida, casi sin dientes, descubría el armazón de los maxilares como en un esqueleto.

—Parece que esto va mejor —dijo don Vicente—. Veamos el termómetro.

Lo sacó de un bolsillo, se cercioró de que estaba en regla y él mismo lo colocó en el sitio conveniente. Mientras esperaba a que pasase el tiempo necesario para hacer la observación, se estuvo paseando por la cueva, sin dejar de hablar al mismo tiempo.

—¿Y Martín? En la pesca, supongo.

—Sí, señor, allá fue. No tardará. Pero cada día puede menos con el trabajo.

—¡Naturalmente! Oye, Juan. Estas pobres gentes viven solas, marido y mujer. Él es mucho más viejo que ella... ¿Cuántos años dirías que tiene Isabel?... No, no caviles, te engañarías. Muchos menos de los que representa. Si tú la hubieras visto cuando vivía en casa (Martín fue jardinero nuestro), no dirías que era la misma. Mujer más alegre y más traviesa no la he conocido. Siempre estaba de broma. Y qué bien bailaba la danza, ¿eh, Isabel?

—¡Ay, señor, quién volviera a aquellos tiempos! Daría cualquier cosa —dijo la enferma con voz que tenía realmente acento de tristeza.

—Yo también, mujer. ¡Mira tú si me vendría bien qui-

tarme veinte años de encima! Pero... ¡dale voces! A ver ese termómetro.

Se acercó a la puerta para examinarlo, porque en el rincón no era posible apreciar la altura de la columnita de mercurio. Juan, mientras tanto, curioseaba por la habitación. Aparte de la cocina, sobre la que había varios cacharros viejos, veíase por todo mueblaje una silla baja de cordelillo, un cántaro de barro y una mesita pequeña, con cajón, muy sucia y desvencijada. La impresión general era de miseria, confirmando la que se experimentaba al ver a Isabel en aquel jergón echado en el suelo.

—¡Vaya, vaya, esto marcha bien! —dijo don Vicente, volviendo al fondo de la cueva—. Por ahora no te mueres. Sigue con lo que te mandé y no te aflijas. Hasta otro día.

Dio algunos pasos como para salir; pero al instante retrocedió hasta la cama. Juan le vio echar la mano al bolsillo, sacar una moneda, y con la mayor naturalidad, sin dar importancia a la cosa, ponerla en manos de Isabel.

—Dale eso a Martín.

—¡Don Vicente! —gimió la enferma—. ¿Cómo le pagaré yo sus caridades? El Señor le dé mil bienes.

Sin contestar, el anciano salió. Juan, en vez de seguirle, acercóse a la cama, hondamente emocionado, y sin decir palabra, dejó sobre la almohada otra moneda. Pero la ciega adivinó el movimiento y, alargando la mano, cogió la del joven y la apretó fuertemente. Sintió Juan la presión de aquellos huesos, revestidos de una piel sudorosa y caliente, y su primer movimiento fue repulsivo; pero al instante, por una rápida reacción, contestó a la caricia apretando también amorosamente la mano de la enferma.

—Adiós, adiós —dijo—. Cuídese mucho.

Y salió apresuradamente, sin escuchar lo que Isabel le decía, balbuceando su sopresa y agradecimiento[23].

XIX

DON Vicente caminaba ya cuesta abajo.

—¡Qué gente más desdichada! —dijo en cuanto Juan se unió a él—. Tenían un mediano pasar. Su único hijo se les casó muy joven y dio con una mala pécora. Por ella riñó con otro y lo mató. Ya puedes figurarte las consecuencias. Él en presidio; los padres arruinados y esa pobre Isabel consumida y, para colmo de penas, ciega de la noche a la mañana, como quien dice... Martín se ha tenido que coger a cualquier cosa, a lo que puede, y mejor será decir que a la caridad de un patrón de barca. Y esa Isabel se muere cualquier día, como si lo viera. Apenas tienen para comer y no hay quien la cuide... En fin, ¡miserias de la vida!

—Yo creí que usted no visitaba ya —observó Juan.

—Y no visito. No soy más que un labrador. Pero aquí no tienen médico, ni nos lo envían por más que se pide a la capital. Ese infeliz de cirujano sirve para pocas cosas. Los ricos pueden hacer venir a quien quieran; pero los pobres ¿iba a dejarlos morir tontamente? Para ellos sí soy médico; pero gratis. A quien me puede pagar, ya no le sirvo; y encima, doy dinero. No cabe hacer otra cosa. Muchas veces lo que tienen es hambre.

Calló un momento, y con ánimo evidente de variar de conversación, añadió en otro tono:

—Por fortuna, esos casos son los menos. La propiedad está aquí muy dividida. Apenas si hay alguien que no tenga su trocito de tierra... y van viviendo. Ahora verás un tipo de familia acomodada, que es una delicia. Da ganas de ser así.

Habían llegado a la playa y caminaban sobre un lecho de algas ennegrecidas por el sol, en que el pie se hundía muellemente. Luego seguía la arena, mezclada con cantos rodados y adornada con matojos de barrilla, de un verde oscuro. Delante del caserío, que no distaba ya más de cien metros, algunos faluchos varados se tostaban al sol, mal defendidos por esteras y por la pintura de los cascos. Sobre uno de ellos, dos chiquillos, medio desnudos, corrían con gran algazara, y otro hacía esfuerzos por encaramarse, colgado de la borda y apalancando los pies en las cuadernas lisas, manchadas de alquitrán.

Todas las puertas de las casas estaban abiertas y, en algunas, la gente había salido a la calle y tomaba el fresco, charlando o trabajando en faenas marinas. Casi todos eran hombres. A las mujeres se las veía, de vez en cuando, aparecer en el umbral o traginar en las habitaciones enfiladas, sin puertas, que conducían, de adelante atrás, hasta el corralón o el huerto. Todas las casas eran en esto iguales, reservando para los lados de aquella especie de pasillo de dos o tres tramos donde suelen estar el comedor y la cocina, las habitaciones de dormir y la sala que los más acomodados suelen tener de respeto, para las visitas de campanillas.

Como era de rigor, don Vicente tuvo que pararse a saludar, grupo por grupo. Lo recibían sonrientes, con una familiaridad cariñosa, muy lejana del aire de sumisión forzosa que suelen tener, respecto de los señoritos, la clase popular de las ciudades y los colonos de ciertas regiones. Veíase bien que, para aquellas gentes, el anciano era un

amigo, uno de los suyos; pero que apreciaban a la vez su superioridad, cuyas ventajas eran ellas las primeras en recibir. Y para todos tenía don Vicente una broma o una frase de afecto. Una mujer le dijo:

—Hemos tenido carta de Pepe.

—Me alegro. ¿Cómo le va?

—Bien. Está muy contento en el cañonero. El comandante lo llamó y le dijo que usted le había escrito y que allí estaba él para... vamos... para lo que se ocurriese... Pero él quisiera venir, si fuera posible, a Levantina.

—¡Ya, ya! Todos quieren lo mismo, pero hay que esperar. Acabo de pedir el favor de que lo pasen al cañonero y no puedo molestar a las gentes con otra petición. Además, por ahora no hay plaza. La goleta está llena de mozos de Villamar.

—Así es, don Vicente. Todos acudimos a usted. Como no tenemos otro que nos valga...

—Bueno, bueno. Ya se verá cuando pueda ser.

Llegaron, por fin, a donde se proponían. Era un gran caserón, largo y estrecho, de solo planta baja, sin divisiones. La única habitación, que ocupaba todo el espacio cubierto, estaba casi llena de redes, velamen, barricas de salazón, palos y cuerdas. De las vigas del techo pendían algunos melones, colgados de sendos clavos por trozos de tomiza. En un rincón se levantaba el banco del hogar. Todo ello respiraba un aire de dorada medianía y de pulcritud, que encantaba. El suelo estaba cuidadosamente barrido.

No había nadie; pero por la puerta, entornada, que daba al corralón, salían voces de hombres, risotadas y juramentos. Allá se fue don Vicente seguido de Juan, quien, desde la visita a la ciega, sentíase arrastrado por la sugestión moral de aquel hombre, como un niño que corre en pos de alguna cosa que le sorprende y le atrae, sin fuerzas para resistir ni para razonar el movimiento.

El corral era grande. A la derecha, un cobertizo, que ocupaba toda la extensión del muro. A la izquierda, en una faja de tierra vegetal, varias parras y algunas matas de tomates. Cerca de ellas se levantaba el brocal de un pozo, y por todos lados, apoyándose en las paredes, veíanse montones de objetos análogos a los observados en la primera habitación. A la puerta del cobertizo, un hombre, cubierto de un mandil de tela de saco, machacaba con una especie de pala de madera, estrecha y larga, una masa negruzca, aceitosa, mal oliente, depositada en un barreño de piedra. A pocos pasos, y alrededor de una tela blanca colocada en el suelo, había otros hombres, sentados en tierra o en sillas muy bajas, excepto uno que, de pie, hablaba a gritos, gesticulando, en el momento en que don Vicente entró.

Al oír el ruido de la puerta, todos miraron hacia la entrada y al ver a los visitantes el saludo fue general; pero nadie se movió de su sitio. Tan sólo el orador, que estaba de espaldas, dio media vuelta y alargó una mano. Era un hombre viejo, muy enjuto, con los ojos hundidos y enfermos, algo encorvado ya, pero que conservaba todavía gran parte de la dentadura; lo cual daba a su cara una singular expresión cuando reía o cuando, al hablar, abría mucho la boca, lo cual era frecuente. Adivinábase en él una naturaleza dura, curtida por las campañas pesqueras. Después de estrechar la mano de los visitantes, ordenó a un mozo de los que a su lado estaban:

—Trae sillas, Quico.

—No hacen falta —dijo don Vicente—. Nos vamos enseguida. Sólo hemos entrado para darles las buenas tardes.

—Venga, hombre, no tenga tanta prisa —replicó el otro—. Siéntese un rato o, si quiere, iremos fuera, a tomar el fresco.

—Prefiero quedarme aquí, y supongo que Juan también, porque verá cosas que son para él nuevas.

Quico había traído ya dos sillas, con asiento de esparto; pero don Vicente, en vez de sentarse, se acercó al hombre de la pala, haciendo seña a su sobrino para que le siguiese.

—Mira, Juan. Aquí machacan sardina para cebo. —Y comenzó una serie de explicaciones minuciosas. La pasta se iba poco a poco endureciendo por la adición de salvado, que se removía con la pala hasta que pudiera amasarse sin peligro de que se deshiciera. Luego se partía en trozos, que se amasaban sobre el trapo extendido en el suelo y se subdividían, a lo largo de un cordel de tomiza, con otros cordelillos; y, por último, las tiras que así resultaban, colocábanse en unos cestos o polleras de mimbre, en que Juan no se había fijado todavía. Eran las *nansas*, aparejos de pesca de la *boga*, que se sumergen en el mar y se dejan fondeados, pendientes de unos corchos que funcionan a manera de boya.

Mientras hablaba don Vicente, el de la pala había ido sacando trozos de la pasta, y los demás pescadores comenzaron el amase, arrodillándose o inclinando el cuerpo sobre el trapo. En un principio, trabajaban silenciosos. Luego, se reanudó una conversación que, sin duda, era la que tan acalorado puso al viejo. Éste, que se había apartado del grupo para enseñar a Juan el artificio de las nansas, se volvió bruscamente, encarándose con el grupo:

—Os digo una y cien veces que hubo traición, cosa de dinero, como si lo viera —exclamó moviendo los brazos y engallando la voz—. De otro modo no puede ser que nos ganaran. No; lo digo yo, que sé lo que es la marina.

—¿De qué se trata, Nardo? —preguntó don Vicente.

—De lo de siempre —dijo Quico, que era, al parecer, quien se atrevía más en la contradicción—. El abuelo no quiere oir hablar de los de Santiago de Cuba.

—No, no quiero oír hablar y tampoco tú debías que-

rer... Señorito —añadió dirigiéndose a Juan—: Casi éstos estuvieron allí: mi hijo más pequeño, que es ese, dos sobrinos míos, que son esos rubios. Y se ríen de que yo me enfade de aquella traición; porque lo fue, señorito. Yo estuve en el Callao y sé lo que son esas cosas. La marina española no la vence nadie, ¡rediós! si combate de veras.

Y el viejo, excitado, balbuciente, empezó a contar una vez más su campaña en la *Numancia*, el bombardeo del Callao, las heroicidades de aquel episodio sangriento e inútil de nuestra política americana. El amor al uniforme que vistiera, el sentimiento de orgullo patrio que la guerra acentúa desmesuradamente, hablaban en él y prestaban cierta elocuencia a su peroración, dicha en dialecto, con palabras vulgares, incoherentes a veces. Se acaloraba, apostrofando a los jóvenes, echándoles en cara su frialdad, acusándoles poco menos que de haberse vendido a los enemigos de España. Era una escena que se repetía cada poco desde que, en una tarde como aquella, mientras preparaban el cebo en el corralón, llegó la noticia del terrible desastre, a las pocas horas de un telegrama equívoco, que parecía anunciar, por lo menos, la evasión feliz de la escuadra.

Nardo sufrió uno de los choques más terribles de su vida, en lo más hondo de sus convicciones y de sus amores. Pensó al punto en su hijo, en sus sobrinos; pero lo que le hizo arrancar las lágrimas más calientes, fue el bochorno de la derrota. El sentía con toda claridad que aquello tocaba a todos, a los marinos como él en primer término y, en fin de cuentas, a España; pero no cabiéndole en la cabeza una explicación racional del hecho, lo atribuyó enseguida, por tendencia natural en el vulgo, a una traición.

Y su amargura fue todavía mayor cuando, vueltos de allá, sin heridas siquiera, los de la familia, los vio tranquilos, indiferentes, contar sin indignación el terrible trance y sonreír, como ahora lo hacían, ante las voces en que el

pobre veterano exhalaba su rabia, el quejido de su alma dolorida, maltratada en las fibras más sensibles.

Juan adivinó todo esto al través de las palabras balbucientes de Nardo; y aunque él no era patriotero ni militarista[24], sintió un escalofrío singular, un malestar análogo al que sentimos cuando, con una objeción imprevista o con una brusca negación de hecho, nos desbaratan toda la serie de ideas tradicionales que creíamos indiscutibles, al presenciar aquel careo de dos generaciones que representaban dos estados tan diferentes del alma nacional.

XX

ALGO costó a don Vicente calmar a Nardo. Era éste, por lo común hombre pacífico y bonachón; pero en cuanto tocaban aquel registro del honor patrio, se disparaba violentamente. Quizá había en ello, también, una segunda causa: la irritación que los viejos sienten por las contradicciones de los jóvenes, cuyo estado de espíritu no suelen comprender, de ordinario, y les parece puro afán de contradecir o pedantear. En aquel caso era tanto más verosímil el juego de este motivo, cuanto que para todas las demás cosas de la vida la subordinación y el respeto al padre era, en aquella casa, un principio inalterable de conducta. Todo marchaba allí como un reloj, por subordinación espontánea de las gentes todas, que tenían confianza y cariño en su jefe y muy clara conciencia del deber de cada uno en la obra común. Esto explicaba el tono ordenado de aquella familia y su encumbramiento en la posición social. Era gente que no se metían en nada, que estaba en paz con todo el mundo, que rehuía compromisos y querellas y trabajaba uno y otro día, pacientemente, sin chistar, formando como un rancho aparte en la clase marinera. Jamás habían debido nada a nadie; y paso a paso, iban fundando una fortunita que no se manifestaba en lujos y superfluidades, sino en comodidades sólidas y positivas y en engrandecimiento de la vida exterior del oficio: la casa

ancestral sustituida por otra nueva; los faluchos de pesca renovados y aumentados con otro más; el *almacén* próximo a la playa, donde se disponían las expediciones y se guardaban los utensilios, donde se trabajaba y se dormía en las horas cortas de intervalo de una a otra salida.

Todo esto, que ya se traslucía al entrar en la casa, se significó plenamente una vez pasada la discusión de Santiago de Cuba. El abuelo volvió a ser lo que era de ordinario, y la gente siguió su faena con un ardor alegre, simpático y atractivo, del cual irradiaba una sensación de bienestar que convertía en grata la presencia en aquel sitio. Pero esta sensación, que Juan experimentó a poco de restablecida la calma y que se fue acentuando luego, cuando llegaron las mujeres (la de Nardo, con sus hijas y nueras) que habían ido a bañarse; cuando les fue ofrecida a tío y sobrino una merienda frugal, de pescado, vino y aceitunas, a que no hubo otro remedio que hacer los honores, y cuando, en fin, salieron todos juntos camino del pueblo, con aquella suave pereza, llena de placidez, que tienen los regresos en el crepúsculo; esta sensación de una vida familiar tranquila, ordenada, fuerte en el trabajo, que parecía refrescar el espíritu, en el de Juan mezclada a aquella otra, perturbadora y violenta, que le había producido la risa de los jóvenes ante los entusiasmos del viejo. No sabía bien qué, pero una cosa flotaba, doliente y vacilante, en lo íntimo de su sentir. No podía razonar, pero positivamente le hacía daño el recuerdo de aquella indiferencia, que quizá era lógica, justa, ante desgracias de la patria, que es decir de todos. Y en la conquistada serenidad de su ánimo, veía formarse un núcleo de agitación que la empañaba, como la brisa empaña la superficie cristalina de una laguna con los rizos que levanta al pasar. Súbitamente le sobrecogió el miedo de perder lo ganado, de que se renovasen, ya que no exteriormente, en su interior, aquellas luchas, aquellas preo-

cupaciones que habían atormentado su espíritu hasta reducirlo a un extremo de tristeza y desánimo intolerables. Fue como un relámpago que ciega los ojos, como un golpe de maza que aturde y hace vacilar todo el cuerpo. Le pareció a Juan que el edificio de su reposo crujía por todas partes y amenazaba venirse abajo de pronto. Procuraba evocar todas las impresiones sedantes que, un día tras otro, había recibido desde su llegada a Villamar; se representaba la placidez con que su mismo tío llevaba una vida llena de abnegaciones y de afectos que dulcificaban todas las tristezas; pensaba en la familia de Nardo, cuya cohesión fundamental, cuya felicidad asentada en el trabajo visto como un deber y como una fuente de engrandecimiento, no se perturbaban por escaramuzas como la que acababa de ocurrir; pero todos estos ejemplos y motivos de tranquilidad le parecían ahora de escasa eficacia, ante la presencia de un ligero torbellino que empezaba a remover sus espirales inquietantes en el cerebro, amenazando con renovar la fiebre de las excitaciones pasadas.

Con esta gota de amargura en su alma, Juan iba caminando, llevado maquinalmente por la impulsión del grupo y la vaga conciencia de que él se dirigía al mismo sitio, siguiendo a los otros; pero, en rigor, ajeno a todo lo que le rodeaba. Ni la charla, siempre alegre y animadora, de don Vicente; ni las risotadas de los marineros, que celebraban algún chiste; ni la voces de las mujeres jóvenes, que habían tomado la delantera para cantar a sus anchas, lograban arrancarle a su ensimismamiento.

La luz del crepúsculo decrecía rápidamente. Las figuras humanas, los árboles más cercanos y altos, dibujábanse en negro sobre el pálido fondo del Poniente; y la noche cayó al fin sobre la tierra, borrando líneas y colores, sin que su silencio majestuoso, que invita al descanso, trajera ningún consuelo al que sufría, con la poética sugestión de sus misterios y la grandeza de su dosel violáceo, tachonado de estrellas de oro.

XXI

A crisis fue pasajera. Un sueño tranquilo, preparado por unas horas de intimidad en familia, junto a la solicitud cariñosa de doña Micaela —quién advirtió al punto la preocupación de su sobrino— y la fortificante animación de don Vicente, volvió a Juan la calma y le hizo reírse, a la mañana siguiente, de su nerviosidad, que convertía en montes los granos de arena. Sin embargo, todavía tuvo un movimiento de precaución, que denotaba cierto temorcillo de volver a las andadas.

A los dos días de su llegada a Villamar, comenzó el correo a traer correspondencia, reexpedida desde Madrid. Habíase venido Juan sin despedirse más que de dos amigos muy íntimos, a quienes indicó vagamente el punto donde iba, rogándoles, aun así, que lo callaran. El portero de la casa quedó encargado, con igual reserva, de enviar cartas y periódicos. Pero Juan dejó que se amontonaran, sin abrir unas ni otros, sobre los estantes de la biblioteca de don Vicente. A los periódicos les temía, por la pasión con que suelen estar escritos y que fácilmente arrastra a los excitables. Quiso, además, aislarse del mundo en que había vivido hasta entonces, por la supresión de noticias. Respecto de las cartas, Juan había tenido siempre un temor verdaderamente extraño e invencible.

El carácter batallador de su vida, daba, como es natu-

ral, tonos vivos a la mayoría de su correspondencia. Por lo común, eran sus contestaciones duras, aunque corteses en la forma, o de una ironía que mortificaba hondamente. Su pluma nerviosa corría a impulsos de la indignación, del desengaño, de la crítica, comunicando a las palabras la energía de golpes que parecían herir, no ya el amor propio, sino la carne de las gentes. Pero cuando después de un desahogo así, después de arrojar a la cara las verdades con una claridad que desconcertaba, venían las réplicas, Juan sentía una pereza especial de renovar el esfuerzo hecho, de repetir la excitación pasada y el disgusto que le traía siempre. Y antes de abrir la carta, presumiendo ya lo que diría, le daba cien vueltas, la dejaba y la volvía a coger y, por último, solía guardarla en un cajón sin leerla, sin querer verla siquiera, con la misma repugnancia con que quitaría de delante de los ojos un insecto horripilante o la fotografía de una enfermedad de la piel, de una operación quirúrgica que evoca todos los terrenos de los menos aprensivos, imágenes que dan por anticipado el escalofrío de las grandes lacerías del cuerpo. A veces, cuando, transcurrido algún tiempo, y no sin vencerse mucho, leía la carta, hallábase con una sorpresa que le hacía reír. La supuesta réplica era, por el contrario, una palinodia o un discreto reconocimiento del error cometido, acompañado de todo género de excusas. Pero estos chascos no corregían aquel instintivo terror que le llevaba a dilatar tiempo y tiempo la lectura de gran parte de su correspondencia.

Naturalmente, ese terror era más grande desde que, en Villamar, había encontrado la serenidad de alma que apetecía. Una o dos veces tuvo, sin embargo, la veleidad (tal vez hija del secreto deseo de no cortar todos los lazos con su antigua vida) de romper algún sobre y enterarse de lo que contenía. Eso sí, lo hizo con aquellos cuya letra conocía bien, letra de amigos, de los que jamás podía espe-

rar ni una frase molesta. Y notó, con alegría inenarrable, que, a excepción de las manifestaciones de afecto que expresaban, en lo demás, en las noticias de vida madrileña, en las alusiones a problemas y trabajos que preocupaban al que escribía, su espíritu quedaba frío, indiferente, ayuno de todo interés hacia aquellas cosas que ahora le parecían como de un mundo lejano, al cual él no perteneciera, como cosas de historia muy remota, que no acaloran ni mueven. La plenitud de reposo en que vivía; las solicitaciones constantes de la Naturaleza y del medio familiar que le rodeaban, absorbían toda su atención y ceñíanlo de una muralla impenetrable a todo otro género de cuidados.

Pero el incidente de Nardo hizo que Juan redoblara sus precauciones. Dejó dormir y empolvarse periódicos, revistas y cartas, y se prometió convertir en absoluto, por algún tiempo, el aislamiento que en parte había quebrantado.

Pasó la mañana en el jardín, en aquel mismo cenador donde sintiera, por primera vez en su vida, la voz íntima y solemne de las cosas. Había cogido de la biblioteca un libro de viajes, con ánimo de leer un rato, a la sombra del limonero y la parra. Por extraño maridaje en aquel hombre de espíritu rigurosamente investigador, de sentido realista y práctico, pulido en las luchas positivas de la sociedad, avezado al cultivo de ciencias que, cuando se toman en serio, tienen poco de imaginativas, y acostumbrado a vivir entre libros de alta especulación, o de tono tan prosaico como la Colección legislativa y la *Gaceta*, las narraciones de viajes y las novelas de aventuras que a ellas se equiparan, constituían uno de sus encantos mayores en las horas de descanso. Parecía como si la imaginación, oprimida de ordinario por la inflexibilidad del dato histórico, de la regla lógica o del precepto legal, tomase el desquite en aquellas escapadas al mundo de lo extraño, de lo imprevisto y de las invenciones atrevidas. Cuanto más accidentado fue-

ra el viaje y a países más exóticos y menos cultos, más agradaba a Juan; y en las novelas prefería siempre las más maravillosas, con tal que tuviesen una base aparentemente científica y real. En su adolescencia, Fenimore Cooper, Aimard y otros tales, había sido su mayor encanto. Luego vinieron Julio Verne, Poe, Stevenson, Wells..., con la particularidad de que no era en ellos el problema lo que le atraía, sino el elemento inventivo; pero con la condición, siempre, para que esta lectura le agradase, de una gran fatiga en los estudios o de un desengaño que momentáneamente le disgustase de su vida ordinaria. Entonces, cuando no podía leer sus libros habituales, ni tenían para él atractivo las ocupaciones de todos los días, la imaginación reclamaba sus derechos y se dejaba llevar por las invenciones más estrambóticas, con un afán ciego de la novedad, de lo extraordinario, de lo fantástico. Y era singular el efecto sedante que esto le producía, calmándole la excitación, curándole el hastío y refrescando las energías marchitas de la inteligencia. Por eso eran esas lecturas, también, su ocupación en los breves períodos que antes robaba a la fiebre de su vida madrileña para volver a su rincón de Albarracín, cuando aún vivían sus padres, o para viajar por algún sitio de España. Que no le dieran entonces libros «serios», como él decía. No le era posible soportarlos.

La mudanza experimentada en Villamar recrudeció en él la afición a esta literatura de aventuras. Nunca se había sentido en mejor disposición para saborear sus bellezas, ni nunca las halló más en armonía con las impresiones del medio y el ambiente ideal en que se movía su alma. Eran como un nuevo aislador —el refugio en los momentos críticos de la vida pasada—, que contribuía a mantenerlo fuera del mundo de que había desertado.

Tuvo sin embargo pocas ocasiones para leer, hasta entonces. Sus tíos y sus primos, llevados del afán de que co-

nociese el país, de procurarle distracciones y de que no estuviese solo, por miedo a una recaída en las preocupaciones mentales, le procuraban diariamente un motivo para salir, para andar y ver cosas nuevas. Dos o tres noches, en la cama, leyó capítulos sueltos de libros cogidos al azar; pero aquella mañana sentíase especialmente atraído por las lecturas de su predilección. Cristóbal le había dicho que, por la tarde, irían de paseo a una antigua almadraba poco distante de Villamar. La mañana era libre.

Los planes de Juan salieron fallidos. En los primeros momentos leyó, con gusto, con interés. Luego, empezaron a distraerle las cosas del campo. Desde el sitio que había escogido para sentarse, en una mecedora de lona, veíase en toda su extensión el andén central del jardín, sombreado por las parras, cuyos sarmientos, enroscados en el varillaje de hierro y madera, dejaban colgar por todos lados, entre los pámpanos verdes, rojos o amarillentos, los racimos de la uva, que ya empezaba a tomar color y a recibir la visita de las avispas y de los pájaros. Al final, una gran mancha de luz resplandecía vigorosa, en contraste con la penumbra del emparrado; y tras ella, dibujábanse enérgicamente, rodeados por el nimbo dorado del sol, los accidentes de un trozo de huerto, plantado de manzanos y perales, a cuyos troncos se alzaban los tallos quebradizos, jugosos, de solanácea y leguminosas. Había una riqueza tan grande de color y de juegos de luz en aquel horizonte, que la vista, sorprendida a cada momento por nuevos detalles, concluía por sentirse subyugada, como si obrase sobre ella una atracción misteriosa. Y era, en efecto, la atracción del sol esplendoroso que cegaba y de las coloraciones vivas, calientes, cada uno de cuyos matices resplandecía como un color nuevo, excitando el instinto artístico que hay siempre en el fondo de toda inteligencia cultivada. Una vez más, la Naturaleza se imponía; pero no por

la grandiosidad de su conjunto, como en otros momentos, sino por la variedad inmensa de los detalles, cada uno de los que se descomponía en otros y otros, en sensaciones múltiples, sutiles, que iban hasta las más delicadas finuras de la línea y la mancha.

El libro cayó sobre la arena, olvidado por quien antes buscaba en él solaz para el espíritu; y Juan se entregó, todo entero, a la contemplación de aquellas bellezas que muchos hombres tienen ante los ojos pero muy pocos saben ver y gozar plenamente, sin lirismos, como ellas son, no como las contrahacen los que viven haciendo de sí mismos el centro del mundo, que se convierte así en un puro reflejo de prejuicios egoístas.

XXII

De tal manera se abstrajo, que no sintió rechinar la puerta del jardín y que alguien se acercaba, pisando fuerte, hacia el cenador. Fue preciso que el visitante llamara:

—¡Don Juan!... Buenos días.

Se volvió bruscamente, con cierta rabia por lo importuno del llamamiento; y aunque vio ante sí al Estudiante, que le alargaba sonriendo una mano con aquel gesto de sincera admiración que ya le había sorprendido anteriormente, no pudo corregir en su cara la iniciada expresión de contrariedad.

—Pasaba por aquí cerca —dijo el visitante— y no quise dejar de saludar a usted... Hemos estado toda la mañana batiendo la almendra de unos campos que tiene mi padre a espaldas de Ronesa. No se puede dejar solos a los trabajadores —añadió como para explicar el traje que llevaba—. Usted dispensará la franqueza.

Llevaba el Estudiante pantalón gris de hilo, alpargatas con cinta negra, chaleco desabotonado, dejando ver la sudada camisa blanca, y un sombrerón de palma, de alas enormes. La chaqueta pendía de un hombro, como prenda de respeto, pero demasiada calurosa para vestida en aquella ocasión.

—Veo que no es usted un labrador teórico —dijo Juan,

sintiendo que su contrariedad se fundía ante el porte simpático de su visitante.

—No señor, no. Cuando se vive de las tierras, hay que vigilarlas. Creo que si no las trabajara yo también, no serían tan mías, es decir, no me llenaría el pedazo de pan que les saco... Y me gusta, créame usted, don Juan, me gusta pelear con el sol, con los árboles, con el agua.

—Usted es entonces partidario de que el suelo debe pertenecer a quien lo cultiva —observó Juan.

—Naturalmente —contestó el otro, sentándose en un banco y sacando la petaca—. Eso me parece elemental. ¿Qué lazo une a la tierra con el dueño que ni la fecunda, ni la visita ni, a veces, sabe siquiera dónde está? ¿No le parece a usted que esos señores que andan por las capitales sin acordarse de sus campos más que cuando cobran la renta, son como el perro del hortelano, que ni hace ni deja hacer a los demás? Ellos no trabajan y vician el trabajo del verdadero labrador, que jamás cuida la tierra, cuando es arrendatario, como debe cuidarla y que, por otra parte, es el único que suda y produce... ¿Quiere usted un cigarro?

—No, gracias. Creo que tiene usted razón en lo que me dice; pero cuidado con afinar el argumento, porque tampoco usted cava todas sus tierras. Utiliza usted braceros, y esos son los que sudan y producen.

El Estudiante, que había sacado de una bolsita eslabón y pedernal y se disponía a encender la yesca, quedó suspenso, con una mano levantada, sin saber qué contestar. Juan sonrió, como para desvanecer el efecto de sus palabras.

—No haga usted caso de mi observación. Puede ser no más que una sutileza —dijo.

—No, no —exclamó el Estudiante dejando el eslabón sobre una de sus rodillas y quitándose el cigarro de la boca—. Me interesa eso que dice usted. Precisamente quería

hablarle de esas cosas. Yo creo que tengo razón, que basta ocuparse de las tierras como yo me ocupo, sumando mi trabajo con el de los braceros (porque yo trabajo corporalmente), para tener derecho al producto; pero me preocupan todas esas teorías modernas, eso del socialismo y del colectivismo que pone en tela de juicio todas las formas de propiedad actuales...

Hizo una pausa para volver a coger el eslabón, y encendió al fin el cigarro.

—Le choca a usted —dijo sorprendiendo una mirada curiosa de Juan—, que use todavía estos chismes, en vez de las cerillas. En primer lugar, son muy cómodos en el campo, donde casi siempre hace aire; pero, además, tienen para mí el encanto de la tradición, de lo que he visto hacer a mi padre toda la vida, y el olor de la yesca me gusta mucho... Pero vuelvo a lo de antes. ¿Cuándo piensa usted regresar a Madrid?

Juan hizo un gesto de sorpresa todavía mayor que el que había hecho el Estudiante. La pregunta ponía ante él una cuestión en que no había pensado poco ni mucho. Tenía perdida la noción del tiempo, no se preocupaba del mañana y creía haber resuelto ya la forma de su vida futura. Pero, de pronto, aquella pregunta tan natural le recordaba lo anómalo de su situación. No podía permanecer indefinidamente en casa de sus tíos y, por otro lado, los mil hilos de su vida pasada estaban pendientes, sin que, en rigor, los hubiese cortado en forma que no pudiesen ya tirar de él. La necesidad de resolver el problema de su conducta permanentemente, se le mostró con toda claridad y con todas las dificultades que en sí llevaba; pero, al mismo tiempo, tuvo la conciencia perfecta de que le faltaban ánimos para resolverlo, que la pasividad en que había caído su alma le emperezaba para toda acción. Vaciló un poco. Estuvo a punto de confesar sus dudas; pero se rehizo y contestó simplemente:

—No sé. No he pensado en ello todavía.

—Lo preguntaba —siguió el otro— porque deseo que, cuando usted esté allá (ahora no, está usted descansando), me oriente en esas cosas y me indique libros... Quiero saber lo que dicen esas teorías. No estaré tranquilo hasta que no vea sus argumentos, que no pueden ser razonables. Pero necesito convencerme de mi derecho contra toda negación.

—Sí, comprendo.

Pero Juan ya no atendía a su interlocutor. Interiormente, estaba sosteniendo consigo mismo un diálogo que le interesaba en extremo. ¿Qué le tocaba hacer? ¿Cómo consolidaría su situación? ¿Tendría que volver a Madrid para liquidar toda su vida pasada? Y daba vueltas alrededor de la cuestión, embarazado por la presencia del Estudiante, que no le dejaba razonar libremente.

El visitante comprendió que Juan estaba distraído.

—Me marcho, don Juan —dijo levantándose—. Ya hablaremos de eso otro día ¿eh?

—No se vaya tan pronto —contestó Juan maquinalmente, por costumbre de cortesía cien veces empleada como pura fórmula.

—Sí, marcho —afirmó el Estudiante—. Son las doce, y en el campo ya sabe usted que se come a esa hora.

Juan se había levantado también, y caminaron juntos hacia la salida.

—Si esta tarde quiere usted ver coger la almendra —observó el Estudiante al despedirse—, ahí detrás encontrará usted a mi gente. Y a mí también, por supuesto.

—Iré —dijo Juan.

—Pues entonces —añadió el otro—, acompáñeme unos pasos y le enseñaré el camino.

Habían llegado al espacio descubierto entre el jardín y la casa, inundado de sol que se reflejaba crudamente en

los muros. En vez de tomar la alameda de salida, dieron la vuelta al edificio y, por un portillo de cañas, salvaron la cerca que por aquel lado rodeaba la finca.

—Ahí es —dijo el Estudiante.

Alargó un brazo y señaló el bancal próximo, a la izquierda, primero de una larga serie plantada de almendros. Juan miró. En el linde de aquella tierra crecía, aislado, un algarrobo, cuyo frondoso ramaje proyectaba casi un círculo completo de sombra. Arrimados al tronco, varias mujeres y hombres comían, sentados en el suelo.

—Son mis jornaleros —murmuró el Estudiante.

Acercóse Juan, movido por una curiosidad irreflexiva que no se daba bien cuenta de su objeto. Ninguno se movió y pocos contestaron al saludo del joven. Tan sólo una mujer dijo:

—¿Gustan?

—Buen provecho.

Comían pan moreno acompañado de cebolla, tomates o bonito salado. Algunos tenían junto a sí una calabaza pequeña con vino.

Juan miró al Estudiante, pensó en la teorías de éste y le alargó la mano para despedirse.

—Adiós, don Juan. ¿Hasta la tarde?

—Veremos, veremos. Tal vez sí.

Cuando llegó al ángulo de la casa, se volvió de nuevo para mirar, al través de la cerca de cañizo, el grupo de trabajadores. Seguían devorando su almuerzo con la indiferencia del que ejecuta un acto habitual, consagrado por el tiempo y que, por esto sólo, parece a los hombres natural e invariable en la forma que siempre tuvo a sus ojos.

XXIII

PASARON varios días sin que ningún incidente turbara la vida normal, tranquila y ordenada, de los moradores de Ronesa. Algunos paseos al monte y a orillas del mar, una partida de pesca con Nardo y su gente y la repetición de la tertulia de los domingos, ayudaron a pasar el tiempo y a evitar el hastío que don Vicente temía a cada paso ver aparecer en Juan. Pero éste, lejos de aburrirse, hallaba cada vez mayor número de ocupaciones que llenaban su espíritu.

Consecuente con sus propósitos de tranquilidad y aislamiento del mundo, había ido creándose, en el seno mismo de la familia, una independencia especial, que todos respetaban. Cuando se metía en su cuarto o salía de la casa sin decir nada a nadie, ya para errar por los campos, ya para leer en el jardín, ni sus tíos ni sus primos trataban de turbar aquella misantropía pasajera, que siempre concluía por ser el propio Juan quien iba a buscarles. Comprendían que necesitaba aquellos apartes consigo mismo para que fuese calando en su alma la impresión sedante de la nueva vida, para que le penetrase profundamente la influencia bienhechora del campo, con sus grandes silencios adormecedores. Después de uno de aquellos ratos de soledad, hallábanlo más dispuesto a las excursiones en común, a la intimidad alegre de la casa.

Alguna vez, sin embargo, no volvía solo de sus flaneos[25]. Si encontraba al cirujano o al cura, no sentía escrúpulo alguno en acompañarles y charlar largo y tendido. Con el primero, la conversación era fácil, porque el ingenio y la gracia para mentir del vejete no se agotaban nunca, y era él quien hacía principalmente el gasto. Con don Felipe ya era otra cosa. Juan sentíase atraído por la humildad de aquel «alma de Dios», que tenía el encanto de todas las cosas naturales y primitivas. No era la humildad del místico o del que, tras meditar mucho o sufrir grandes contratiempos en la vida, reconoce su pequeñez y se dobla resignado ante la fuerza insuperable de los hechos; no había en ella nada de reflexivo, mucho menos de erudito y que oliera a gazmoño. Era la sumisión del esclavo, que se ve inferior al hombre que lo domina y cree que todo derecho está de parte de los demás: la escrupulosidad misma en cuanto a la conducta propia, para no herir a nadie, y la tolerancia más amplia para la ajena. A veces, Juan sentía deseos de sacudir aquel espíritu débil, de infundirle el soplo de la rebelión, gritándole que no era digno ni humano dejarse pisotear de aquel modo; pero le desarmaba la tranquilidad de don Felipe, que no padecía por nada de lo que a otro hombre le hubiera levantado en alto, y le detenía el miedo de perturbar aquella sencillez, quitándole el reposo que ahora disfrutaba, quizá para que se estrellase en la lucha.

—¡Quién sabe! —decía—. Puede que, como dijo el poeta, valga más ser carne que ser cuchillo.

Intentó repetidamente sacar la conversación de lo de la iglesia, que el Estudiante le había contado; pero don Felipe supo esquivarle siempre, con evasivas o con el silencio. Se comprendía bien que le molestaba hablar de este asunto. La misma molestia dejó notar las primeras veces que Juan se unió a él para seguir paseando juntos. Estaba

tan acostumbrado a ir siempre solo, a que los demás lo despreciasen o se aburriesen con él, que le chocaba aquella cortesía del joven. Temía, además, las murmuraciones de los campesinos, el gesto de sopresa que hacían al ver que el «señorito de Madrid» acompañaba al cura. Concluyeron por calificarlo de chiflado; pero como era sobrino de don Vicente, no dejaban de saludar, aunque pasease con don Felipe. Sin embargo, Juan comprendía que, en lo más granadito del pueblo, iba abriéndose paso cierta rectificación en punto a la manera de considerar al cura; y esto le llenaba de alegría, haciéndole encontrar mayor agrado en aquellos encuentros y aquellas conversaciones de que siempre volvía con un contentamiento interior que le ensanchaba el alma.

Procuraba esquivar al Estudiante, cuya curiosidad erudita le trastornaba un poco. En cambio, deteníase con mucha frecuencia a contemplar las faenas agrícolas; y como el labrador meridional es comunicativo, solían entablarse diálogos en que Juan iba adquiriendo lentamente una impresión personal, rica en pormenores, de la situación económica, de las costumbres y de las quejas de los campesinos.

La situación general era, sin duda, como la había pintado don Vicente. La propiedad estaba muy dividida y casi todos los vecinos disfrutaban, como dueños, algunos bancales. Los mismos pescadores eran, por lo común, propietarios; así es, que los pobres de solemnidad no existían más que excepcionalmente, en casos como el de la ciega Isabel. Pero en el fondo de este bienestar, puramente exterior, había una miseria efectiva. Las partes de tierra de los más eran insuficientes para las necesidades elementales; y sólo vivían los villamarinos merced a una sobriedad extremada y a la ayuda de trabajos suplementarios, como el de la tomiza[26] y el jornal en tierras ajenas; y aun el pri-

mero iba rindiendo menos cada día y haciéndose más difícil. La concurrencia del esparto argelino por un lado, y la conversión en propiedad privada de algunos montes en que tenían antes los vecinos el derecho de arrancar libremente la primera materia del cordel, habían herido mortalmente aquella industria doméstica, cuyos productos servían de moneda en las panaderías y tiendas de ultramarinos.

Pero lo que más chocó a Juan fue la sobriedad de los labriegos, cuya base de alimentación eran las hortalizas en crudo, solas o dispuestas como ensalada, las salazones baratas y el pescado, si no estaba a gran precio. Comida caliente no solían hacer más de una al día, por la noche, y reducíase a un guisado de patatas o un arroz. Carne, rarísima vez, y en algunas casas, nunca. Las aves de corral las criaban para la venta, y los conejos domésticos, abundantes, eran plato de regalo en ocasiones solemnes.

Las quejas no correspondían a esta situación. Las más agudas iban contra los consumos, contra el reparto de contribuciones y contra la falta de agua. El país era seco, llovía poquísimo y las plantaciones se agostaban rápidamente bajo aquel cielo azul, en que triunfaba el sol esplendoroso. Fuera de esto, el campesino demostraba una resignación tranquila por su suerte, de la cual no hacía responsable a persona alguna, careciendo el país de grandes propietarios territoriales y de grupos numerosos de jornaleros sin más ayuda que sus brazos. Consideraban su estado como mera consecuencia de las condiciones del suelo, y la diferencia de clases veíanla como cosa natural, que se perpetuaría hasta el fin del mundo. No había entre ellos los odios que en la ciudad apuntaban con dureza temible; y Juan creyó ver que una de las causas de esto era el espectáculo frecuente de fortunitas creadas por el espíritu avaro, ahorrativo, del labrador, que más de una vez fundaba sobre su

miseria presente, haciéndola más sórdida de lo que debía ser, un porvenir cómodo[27].

El ejemplo de la familia de Nardo, de la del alcalde, mantenía en todos cierta esperanza de llegar también, más o menos pronto. No demostraban impaciencia; y cuando las cosas se ponían muy mal, emigraban al África, donde, además, iba todos los años buen número a las faenas de la siega.

Por todas estas condiciones, Juan no experimentaba exaltación ninguna a la vista del problema económico de aquellos aldeanos. Se interesaba, veía la necesidad de su remedio; pero pensaba en éste, por imposición de la misma actitud de los interesados, como en una cosa llanamente factible, sin sacudidas, en medio de la paz en que vivieron hasta entonces los espíritus. En lugar de las excitaciones y las cóleras que las injusticias sociales levantaban antes en su alma, hallaba en el estudio de aquella miseria un motivo de interés cuyo ritmo se acomodaba perfectamente a la serenidad que había conquistado; y de cada vez comprendía mejor, no sólo la utilidad de la acción que su tío ejercía sobre aquella gente, sino el tono patriarcal y conciliador que la caracterizaba.

Las quejas tocantes al agua le interesaron especialmente. Se había hecho explicar con detalle la organización de los riegos, que ya, desde su primera excursión al monte con Cristóbal, venía excitando su curiosidad. La llanura se regaba con agua de un pantano vecino. Cada unidad de medida de tierra tenía adjunto el derecho a un minuto de agua; pero lo había también independiente de toda posesión territorial, la que se llemaba «agua vieja»; y como el minuto no bastaba para las necesidades de la agricultura, imponíase la compra de otros suplementarios, ya de agua vieja, ya de labradores que no regasen en aquella ocasión sus plantíos. El resultado de esto era un verdadero merca-

do o Bolsa de valores hidráulicos, que oscilaban con tanta irregularidad como los valores públicos y que, a veces, ponían la hora de riego a precios enormes, que el labrador no podía pagar.

Las explicaciones de este hecho eran, sin embargo, contradictorias. Los campesinos no sabían bien sino que tenían que pagar cara el agua, muchas veces. Pero Juan no se contentó con esto. Quiso ver un mercado, y pidió a su tío que le procurase ocasión para ello.

XXIV

La ocasión llegó, dos días después, motivada por un viaje de don Vicente a Levantina. Se convino en que le acompañaría Juan y que a la vuelta harían alto en Samanet, pueblecito donde era costumbre celebrar el mercado de agua. De Villamar salieron algo tarde, entretenido don Vicente por una consulta de varios labradores y la visita de un enfermo; y el caballejo de la tartana tuvo que apretar el paso para que no les cogiese la fuerza del sol en el camino. La mañana era despejada excepto por el lado del mar, en que una larga cadena de cúmulos pequeños se movía lentamente, empujada por una brisa ligera.

Cerca ya de la ciudad, encontraron a Gamba con una de sus hijas. Marchaban a pie entre el polvo de la carretera: él, sin más defensa contra el sol que la boina, ella arrebujada la cabeza con un mantón negro, cuya sola vista hacía sudar. Don Vicente les mandó subir. Era su costumbre siempre que hallaba en el camino a gentes de Villamar, y lo mismo hacía con las cigarreras que todas las mañanas acudían a la Fábrica de Tabacos[28] desde los pueblecillos de la llanura, distantes, algunos, más de una legua. Las pobres mujeres conocían ya desde lejos la tartana de don Vicente y daban un suspiro al verla, doliéndose de que esto no ocurriese a menudo, pues el dueño escaseaba todo lo posible, en su odio a las ciudades, las visitas a la capital.

—¿A qué vas a Levantina? —preguntó don Vicente;

—Vamos a ver si pagan la lactancia de ésta —contestó Gamba.

—Trabajo os mando ¡La Diputación está siempre tan mal de dinero!... Y de lo último que se acuerda es de las nodrizas de los hospicianos.

La última parte del camino se hizo muy fatigosa. La carretera descendía por una cuesta larguísima y en curva, encerrada entre el promontorio del Castillo y sus estribaciones. Juan recordaba bien el calor que habían sufrido al pasar aquel trozo, el día de su llegada. También ahora picaba el sol, y el polvo formaba nubes asfixiantes al paso de las diligencias, repletas de gentes, y de la carretería pesada, con sus interminables tiros de mulas de andar calmoso, que los conductores dejaban marchar libremente, mientras ellos dormían tendidos sobre la carga de cajones y sacos.

De pronto, al volver un recodo, apareció el mar de un azul intenso, moteado de blanco por la espuma que el oleaje levantaba; y la brisa, cada vez más fresca, azotó el rostro de los viajeros y ensanchó sus pulmones. A medida que avanzaban, el trozo de mar iba ensanchándose, alargando la línea de su horizonte luminoso, en que aún vagaban los cúmulos de blancura deslumbradora; y, a poco, aparecieron los balnearios, detrás de cuyos techos de madera, engalanados por gallardetes, se perfilaba la muralla del puerto, coronada por los palos y jarcias de los buques anclados.

La tartana paró a la puerta del Hotel Miramar, donde don Vicente se alojaba siempre que iba a Levantina.

—Tengo mucho que hacer y no puedo detenerme —dijo el anciano a su sobrino—. A la una vendré a almorzar. Supongo que preferirás quedarte solo a venir conmigo de oficina en oficina o de casa en casa...

—Por supuesto —afirmó Juan.

—Mira a ver si nos dan una habitación que tenga vistas al puerto. Te distraerá mucho ver desde allí el movimiento de embarque y desembarque. Y si no, ahí enfrente tienes el paseo de palmeras.

Juan se sonrió. Chocábale aquel modo que don Vicente tenía de tratar a todo el mundo, como si fueran niños, y veía en él una manifestación más del natural cariñoso, lleno de candor, que caracterizaba al anciano.

—Bueno, bueno. Vaya usted tranquilo. Ya trataré yo de no aburrirme.

Pero don Vicente, no obstante su prisa, vacilaba. Concluyó por entrar en la fonda y hacer al dueño, antiguo amigo suyo, todo género de recomendaciones; resultado de las cuales, un camarero guió a Juan hasta uno de los cuartos del piso segundo, que reunía las condiciones deseadas. Sólo entonces se decidió a marchar don Vicente.

A la puerta del hotel esperaban, como dos doctrinos, Gamba y su hija.

—¿Todavía estáis ahí? —dijo el anciano al verlos—. ¡Pero hombre, qué calma tienes! Anda a lo tuyo y déjame a mí... No, no me haces falta... Si encuentras dificultades, ven a buscarme. Abur.

Juan se había asomado al balcón. La persiana verde, echada por fuera de los hierros, permitía contemplar desde la sombra el panorama admirable de la dársena y la bahía... En primer término, la fila cuádruple de palmeras extendíase paralelamente a la línea de casas, como un inmenso toldo erizado, en cuyo color verde polvoriento reposaba la vista. Más allá, la vía férrea, llena de vagones, ocultaba en un gran trecho el camino por donde desfilaban al trote largo, sin cesar, los carros repletos de mercancías, o vacíos, en busca de carga. Luego venían los barcos veleros de cabotaje: en primera fila, con la popa casi tocan-

do a tierra, los laúdes y faluchos carboneros de las Baleares, los andaluces y valencianos porteadores de frutas y hortalizas, y los pesqueros; detrás, los bergantines y brik-barcas panzudos, uno de los cuales, pintado de blanco, daba al aire todas las banderas y gallardetes, en son de fiesta. Más lejos, pero a un lado, siguiendo la curva del muelle de Levante, los vapores mostraban la sucesión de sus chimeneas, pintadas, por lo general, de negro, con listas blancas o rojas. El más próximo, inglés a juzgar por la bandera, ocultaba, con su casco enorme color de plomo, los cascos de los que le seguían, menos altos y largos; de modo tal, que sólo por las chimeneas podía contarse su número. Al otro lado, ya casi de frente al balcón, dos grandes veleros suecos elevaban al aire sus mástiles altísimos, cuyas jarcias formaban a manera de un encaje sutil e intrincado sobre el fondo azul luminoso del cielo. Más allá aún, extendíase la bahía inmensa, cuyos dos cabos de Levante y de Sudoeste tenían coloraciones amarillas y grises. Inundábala el sol, cabrilleando con chispas de oro sobre las aguas que la brisa alborotaba de vez en cuando, arrojándolas sobre la escollera, coronada de espuma. Y bajo aquella luz intensa, de una tonalidad rojiza brillante que obligaba a entornar los ojos, la legión de cargadores y marineros hormigueaba en el muelle, sobre el polvo calizo mezclado de carbón y de regueros de vino que dejaba escapar alguna pipa mal cerrada, o sobre los carros y los vagones del ferrocarril, que parecían a punto de chocar a cada momento. Por las planchas que unían los vapores a tierra, subían y bajaban continuamente hombres cargados, que desaparecían bajo el toldo de los buques o entre los montones de mercancías; y de las profundidades de la cala veíanse subir enormes fardos, que se balanceaban un momento sobre el agua, suspendidos de las cadenas de los elevadores, para bajar enseguida a las barcazas que el remolcador llevaría lejos, poco

después. Todo aquel mundo del trabajo movíase febrilmente, con prisa, avaro del tiempo, sin preocuparse por el sol, que caía a plomo. Las palpitaciones de su vida elevábanse al espacio en forma de chirridos de poleas, de silbatos de máquinas, de trepidar de vagones, de estruendo de cadenas, de voces y gritos; y el humo, ya blanco, ya negruzco que a intervalos lanzaban las chimeneas, parecía como el vaho condensado de cientos de cuerpos, que respiraban afanosos y regaban la tierra con gotas de sudor caliente.

A los pocos minutos de mirar, Juan sintió que se mareaba. Habíase acostumbrado de tal modo a los movimientos reposados de las labores campesinas, al silencio y la placidez de los paisajes de Villamar, que aquella agitación incesante y ruidosa le aturdía. Recordó la impresión indefinible de mareo que le produjo, en su primer viaje a París, el río de gente y carruajes del bulevar, cuya masa se le venía encima, turbándole la visión y suscitándole un cansancio enorme, como si hubiera andado leguas y leguas. Relativamente a Villamar, el puerto de Levantina era como París, y Juan no supo ver la belleza de aquella manifestación grandiosa de cooperación y de orden, de fuerza y de actividad que producía, en poco tiempo, una suma enorme de trabajo útil, condición de la riqueza de todo un pueblo. Para Juan, la impresión del ruido y del movimiento incesante excedía a toda otra, quitándole libertad para pensar, mejo dicho, forzándole a ver en todo aquello un alarde inútil, un afán sin razón, hijo de la codicia, en aras del cual sacrificaban los hombres lo más preciado de su vida: la sencillez, la modestia de las aspiraciones y el dulce reposo no turbado por ambiciones del egoísmo.

Se retiró del balcón, buscando en la sombra y soledad del cuarto un alivio para el aturdimiento que empezaba a oscurecerle la vista.

XXV

CUANDO Juan contó a su tío las impresiones sentidas ante el espectáculo del puerto, don Vicente se echó a reír.

—¡Bravo, bravo! Veo que eres todavía más enemigo que yo de la ciudad. Yo no llego a tanto. Todo eso es quizá indispensable para la vida y, por lo menos ahora, tal como está organizado el mundo, hace falta que se trabaje así... con tal de que luego se descanse racionalmente, en el campo. Yo prefiero otra vida, la mía, por supuesto. Por lo que a ti toca, creí que tendrías más firme la cabeza. Habrá que curar eso. Si el campo, además de reposo, no te da energías para resistir el choque del barullo ciudadano, aunque no participes de él, ¿qué va a ser de ti cuando vuelvas a la Corte?

—Ahí está mi problema, tío —dijo Juan—. ¿Y si no vuelvo?

—¡Ah! eso es otra cosa.

—No, no afirmo nada. Es que no sé qué hacer. Tengo miedo de volver allá. Mis ideas han variado mucho y creo que no sabría vivir como antes. Pero ¿qué voy a hacer en Villamar o en donde sea, y cómo romperé con lo que yo he sido hasta ahora para ser cosa distinta?

Reflexionó don Vicente un momento, sin saber qué contestar.

—Vamos por partes —dijo al cabo—. Me explico esa dificultad que tienes para cambiar decididamente de vida... No, ya sé que no es dificultad ideal, ni de intención, sino de modo. Eso pasa a muchos y por ello retrocede el noventa por ciento en el camino de la reforma. Ya soy viejo y tengo experiencia de estos conflictos... Pero tú lo resolverás cuando estés maduro para ello. Ahora, de nada te servirían consejos ni impulsos ajenos. Eres tú mismo, por propia convicción, quien ha de resolver. Deja trabajar a las causas que obran sobre ti y, sin darte cuenta, llegará un día en que un tironcito suave te desligará del último lazo y te verás de repente libre, pronto a la mudanza como si fuese la cosa más natural del mundo. Hasta que ese momento llegue, es inútil hablar de las formas de tu nueva vida. Aunque no te lo parezca, aun tira de ti el pasado por la fuerza de la adaptación tradicional. Ya no te gusta, pero no sabes cómo romper con él. Te hacen falta aún muchas duchas de Naturaleza.

—¡Pero si estoy encantado con lo que veo y lo que siento en Villamar! El reposo de mi espíritu es como un bálsamo que ha curado mi fatiga y mis penas.

—No lo dudo. Ya te lo pronostiqué el día que llegaste. La influencia del campo y de la vida sosegada es segura. El espíritu tiende a ella por propia inclinación; y esas neurastenias, esos cansancios terribles que consumen rápidamente a los hombres modernos, son el castigo lógico de contravenir una ley natural. La inquietud es un estado enfermizo que se cura o que pasa pronto en la vida ordinaria, porque es hijo del medio que nos rodea y nos agita. Quien no procure, a tiempo, apartarse del excitante, es hombre perdido; pero el que vuelve a la Naturaleza, recobra al punto el equilibrio de su alma. Una vez recobrado en firme, puede asomarse a contemplar la locura de los otros sin temor al mareo, pero nada más que asomarse.

—Así lo creo firmemente, tío. Tengo fe en mi curación y mis ojos se han abierto a la verdad, cuya voz me habla a cada paso desde que estoy al lado de ustedes.

—Bueno; pues a no preocuparse de ello. Las cosas caen del lado que se inclinan. Siga el régimen, y ten paciencia.

Después de almorzar, don Vicente volvió a salir para dar término a sus gestiones. Juan tomó café en la terraza de la fonda, libre ya de sol y defendida del reflejo del mar por grandes persianas. Al principio, estuvo solo; luego fueron llenándose las mesas de jugadores de dominó, damas y ajedrez, que hablaban y discutían en voz alta, como si fuesen sordos. Juan pidió la *Ilustración* y se puso a mirar los grabados; pero se cansó pronto de verlos y de oír aquella algarabía. Se decidió a salir al paseo de palmeras.

Los paseantes eran escasos en aquella hora, y Juan halló cierto consuelo en la soledad relativa de los andenes, abovedados por las ramas de los árboles que se cruzaban sombreando el piso, regado minutos antes.

Anduvo largo rato, pausadamente, como hombre que no tiene qué hacer, mirando a uno y otro lado las gentes que cruzaban o que consumían su tiempo dulcemente a orillas del mar. Dos o tres veces el agudo silbato de las sirenas de vapor le hizo fijarse en el puerto; y vio salir los grandes barcos, cuyas hélices batían ruidosamente las aguas, salpicando de espuma la bandera de popa.

Poco después comenzaron a asomar por la esquina exterior del muelle las velas blancas de los faluchos de pesca, que iban volviendo al puerto. Entraban ligeros, sin ruido, con el trapo hinchado en curva majestuosa; y, de pronto, lo dejaban caer, recogiéndolo rápidamente para moderar la marcha y no chocar con los buques anclados. Parecían grandes aves marinas, de alas inmaculadas, que patinaban sobre el mar para zambullirse de pronto, borrando la mancha brillante de sus plumas iluminadas fuertemente

por el sol. Aquel espectáculo recordó a Juan la escuadrilla pesquera de Villamar, que muchos días recalaba en Levantina para vender el pescado u obligada por el viento; y se sintió atraído por la simpatía que siempre despierta en nosotros lo familiar, abstrayéndose de las demás cosas que le rodeaban.

Cuando cesaron de entrar los faluchos, Juan se sentó en un banco, cara al puerto, que cada vez parecía menos ruidoso a medida que avanzaba la tarde. La intensidad de la luz iba siendo menor, aunque el sol daba todavía oblicuamente en la masa de los buques, arrancando destellos a los palos bruñidos, a la pintura de los cascos, y avivándose en resplandor como de incendio en los cristales de la Comandancia, que cerraba el horizonte por la izquierda, con su fachada de piedra arenisca, de un amarillo intenso.

Don Vicente no tardó en aparecer.

—¡Vaya! —dijo sentándose y lanzando un suspiro—. Ya terminé... por ahora; quiero decir, hasta la noche.

—¿También de noche hay asuntos que tratar? —preguntó Juan sonriendo.

—No; pero hay gentes que sólo se dejan ver después de encendidos los faroles. Maldita la gracia que me hace dormir fuera de casa; pero, por hoy, no nos queda otro remedio. Mañana saldremos temprano y llegaremos a Samanet a tiempo para que veas lo que quieres del mercado de agua. ¿Te has aburrido mucho?

—No. He visto entrar y salir barcos.

—Hoy es día de movimiento, según parece... Mira, ahora entra un vapor.

Con el brazo extendido, don Vicente señalaba la bocana del puerto, a cuyos lados, en los remates del muelle y contramuelle, agolpábanse varios curiosos. En plena ba-

hía, pero con la proa enfilada hacia la dársena, veíase un vapor que por momentos crecía en tamaño, acercándose rápidamente a tierra. Blanca nube de humo le rodeaba y su proa levantábase y se hundía rítmicamente, cortando las olas. Don Vicente lo reconoció al punto.

—Es el de Orán —dijo—. Basta ver su chimenea. Mira qué bien entra[29].

Traspasó el vapor la bocana y refrenó su marcha, virando hacia la izquierda. Presentaba ahora uno de sus costados y pudo verse con claridad que venía repleto de pasajeros, apiñados de proa a popa como un rebaño en el cual, sobre la masa gris dominante, brillaban a veces vivísimas manchas de color, blancas y rojas, que el sol acentuaba con dureza. Detúvose el buque en mitad del puerto y lanzó al fondo el ancla, cuya cadena se deslizó con ruido estridente, hundiéndose en el mar; y a poco, la pesada mole comenzó a virar de nuevo, con lentitud, orientando la popa hacia el muelle. Enseguida paró como si no hubiera de pasar de allí; pero la lancha de amarre se acercaba a fuerza de remos para recoger el cable que le tiraban desde la borda y, una vez recogido, remolcó al vapor, que comparado con ella parecía ahora un coloso, hacia la línea de los demás buques atracados. Antes de llegar a ella, el oranés hizo alto nuevamente, y entonces vióse mejor el numeroso pasaje que traía, todo él ya sobre cubierta.

—Acerquémonos al muelle —dijo el señor de Galvis—. Es seguro que vienen ahí muchos de Villamar.

La escalerilla de desembarque hallábase ya obstruida por un grupo numeroso de desocupados y de parientes de los viajeros. En primera fila veíase a Gamba.

—¿También tú por aquí? —preguntó don Vicente.

—Creo que viene un sobrino mío —contestó el marinero.

El vapor permanecía parado y empezaban a dirigirse

hacia él numerosas lanchas, que llegaron a formar un cordón a lo largo del casco. Abrióse camino a través de ellas el bote de la Sanidad, seguido por el de los carabineros cuyas guerreras de verano, rayadas de azul, contrastaban vivamente con el pantalón negro franjeado de rojo. Vióse bajar por la escalerilla al capitán del vapor con un papel en la mano y, a los pocos minutos, volvió a subir con los médicos. Arremolináronse los pasajeros sobre cubierta; y enseguida empezó el desembarque. Era un hormiguero continuo de gente, que iba llenando las lanchas, hundiéndolas con su peso hasta tocar con la borda la superficie del mar, inmóvil y de un color verdoso, como la de una charca, en aquel sitio. Casi todos los viajeros eran segadores. Venían unos en mangas de camisa, tostados por el sol y manchados por la carbonilla y el humo del buque. Otros llevaban camiseta y blusa, que caía sobre el pantalón de lienzo azul o de lanilla gris. Al hombro, sendos sacos con ropa; en la cabeza, sombrerón negro o de palma y en la mano un paraguas o un palo. La nota dominante en aquellas caras era la del cansancio y la indiferencia. Tenian prisa por desembarcar y llegar a sus casas. Aunque algunos hallaron sobre el muelle a sus familias, no demostraron la menor emoción. Se saludaban sin abrazarse, sin darse las manos. Tan sólo las mujeres lanzaban gritos y lloraban besándose. Luego, se acercaban todos a la Comandancia de carabineros para que registrasen los sacos, maletas o baúles. Un poco más allá, nueva parada ante la casilla de consumos; y enseguida los grupos iban desgranándose, tomando cada viajero su camino, unos hacia la estación del ferrocarril para esperar la salida del tren de la noche, otros a las posadas y algunos emprendían a pie la carretera, para ahorrarse el precio del coche.

De Villamar sólo desembarcaron tres hombres. El sobrino de Gamba, no.

—Vendrá en el otro vapor —dijo el marinero alzando los hombros. Y sin ocurrírsele preguntar a sus paisanos, dio la vuelta hacia la ciudad, detrás de don Vicente y su sobrino, que regresaban a la fonda.

—Es pintoresco el desembarque, ¿no te parece? —dijo el anciano.

—Sí —contestó Juan—. Pero me da tristeza esa pobre gente, miserable, que tiene que ir a sudar bajo el sol africano unos ahorrillos que en la patria no puede reunir.

—Es verdad. Pero no creas que tienen por qué arrepentirse. Les va bien y muchos se quedan allá, años y años.

—Siempre les dolerá vivir lejos de los suyos.

—No sé. ¡Sienten de una manera tan distinta a nosotros!

Llegaban al mercado, a cuya puerta estacionaban varios puestos de hortalizas y de cacharrería barata. Juan se detuvo un momento para contemplar la decoración de unas jofainas vidriadas, que le traían a la memoria ejemplares antiguos de Talavera. La dueña del puesto, una viejecita desgreñada y rechoncha, hacía media, sentada en un cajón vacío. Se levantó al ver a Juan, husmeando una venta; pero enseguida, su cara miró a otro lado, iluminándose con un relámpago de curiosidad alegre. Uno de los segadores recién desembarcados pasaba en aquel momento frente a la cacharrería.

—¡Hola, Pedro! ¿Qué hay? —preguntó la vieja.

Detúvose el hombre y contestó fríamente:

—Hemos venido.

—¿Te vas al pueblo?

—Sí.

Ni una palabra más. El hombre siguió su camino pausadamente, sofocado por el lío de ropa que llevaba al hombro.

—¿Es paisano de usted? —preguntó Juan dirigiéndose a la vendedora?

—Es pariente mío —contestó la vieja—. Hace un año que se marchó a Orán y no sabíamos nada de él... ¿Le gustan a usted esas jofainas? Son baratas.

XXVI

SERÍAN las nueve de la mañana cuando llegaron a Samanet tío y sobrino. En la plaza, frente a la iglesia, y en los sitios de sombra, veíanse numerosos grupos de gente, parados unos, entrando y saliendo otros en las horchaterías y tabernas. Don Vicente se dirigió hacia una de aquéllas, en cuya puerta dos grandes heladoras incitaban a refrescar con el agua de la cebada[30] o de limón, tradicionales en el país.

—Vamos a pedir que nos saquen afuera una mesita y unas sillas —dijo el anciano— y presenciarás las ventas cómodamente.

El horchatero, que era, a la vez, expendedor de café y de vino, conocía a don Vicente y salió en persona a servirle.

—Buenos días, don Vicente y la compaña —dijo mientras enjugaba con un trapo la mesa—. ¿Vienes de Villamar?... Todavía es temprano. Hay poco movimiento. Se me figura que esta martava el agua no ha de subir mucho.

Sacó los vasos, empañados por el frío de la bebida, de un color de miel que en las partes escarchadas era más oscuro.

—¡Este es el refresco de los refrescos[31]! —dijo el anciano, chispeándole los ojos—. No le pierdo la afición y hasta creo que, mientras me guste, es que me queda algo

de juventud. Y aquí lo hacen admirablemente. Es una especialidad de este hombre.

Mientras bebían, los grupos iban animándose. Mezclábanse en ellos los labradores y los señoritos, que llegaban en carruaje, con sus sombreros de paja y sus quitasoles rayados. Juan oía de vez en cuando frases como estas:

—Me faltan diez minutos. ¿Quién tiene agua?

—El *Plantao* ofrecía, ahora poco.

—¿A cómo está?

—No sé.

Y el peticionario se apartaba, buscando al *Plantao* o a otro que le vendiera albalaes.

—¡Eh, tío Luna! —gritó don Vicente, viendo al labriego que cruzaba la plaza.

—¿Ahí está, señorito? —dijo el otro acudiendo.

—Siéntese y tome algo.

—No, señor, gracias; tengo prisa.

—¿Viene usted a comprar?

—No, vengo a vender. Me sobraron unos minutos. Pero está muy barata, a cuatro pesetas. Subirá de seguro.

Acercáronse a la mesa otros labradores y amigos de don Vicente; pero ninguno paraba mucho tiempo. Saludaban, encendían un pitillo y luego volvían a su peregrinación, de grupo en grupo, o entraban en la taberna donde los martaveros aguardaban la liquidación de cuentas de los regentes.

De pronto, corrió la voz de que no había agua.

—Nadie vende. Por lo visto, han regado todos —dijo una mujer que pasaba con aire de aturdimiento, como quien teme algo—.

—No transcurrirán cinco minutos sin que vendan, pero subiendo el precio —dijo en voz baja don Vicente.

Juan observaba las caras de los que entraban y salían en la taberna o formaban grupos en sitio próximo. Notá-

base al momento quienes eran labradores y venían a comprar agua, por la expresión ansiosa de su mirar y el afán con que preguntaban a diestro y siniestro.

Alguno, más astuto, se hacía el indiferente por miedo de que subiera demasiado el tipo de cotización; pero se le veía ir, de aquí para allá, procurando sorprender conversaciones y frases sueltas. Los poseedores de grandes cantidades de agua esperaban tranquilamente el momento oportuno para lanzar al mercado, haciéndose, por de pronto, los desentendidos; y Juan creyó adivinar que dos sujetos, de tipo medio ciudadano medio rural, que se llevaban aparte a las gentes celebrando conciliábulos misteriosos y cuchicheando, a veces, entre sí, eran acaparadores que iban comprando en secreto, a campesinos que tenían prisa o necesidad de cuartos, los albalaes sobrantes.

Al poco tiempo de esta maniobra, alguien empezó a ofrecer agua a seis pesetas. Se produjo un remolino de compradores, que pedían a ese precio; pero casi instantáneamente se agotó la oferta. El grupo se disolvió lentamente y volvió a pasar junto a Juan la mujer de antes, más azorada y temerosa, murmurando:

—Tienen, tienen, como si lo viera; pero a los pobres siempre nos toca pagar caro.

La escena se repitió varias veces. La hora de agua seguía subiendo, porque acudían cada vez más regantes y los poseedores de albalaes se reservaban todo lo posible.

Don Vicente y Juan habían concluido por levantarse y paseaban, observando la marcha del mercado y comentando los incidentes de él. En la iglesia vecina sonó una campana, anunciando que en la misa mayor se había llegado al ofertorio. Como movidos por un resorte, los hombres todos se descubrieron y cesaron las conversaciones. El silencio fue breve, pero absoluto. Luego, las voces volvieron a sonar, haciendo el efecto de que eran más altas

y numerosas. Oíase ya pregonar a diez pesetas la hora y a este precio las ventas se animaron mucho. Temían unos que el agua bajase, y algunos compradores, que habían esperado esto inútilmente, se resolvieron a tomar los minutos que necesitaban. Avanzaba el día, y a muchos les quedaba aún bastante que andar para volver a sus aldeas o a las granjas de que eran caseros.

El agua, en efecto, tuvo una ligera oscilación, que hizo sacar a luz gran número de albalaes; pero al momento se repuso y volvió a subir. Por tercera vez, la mujer pasó al lado de Juan, y éste, por un movimiento que no pudo reprimir, la detuvo.

—¿Compró usted al fin? —dijo.

—Sí, señorito, al fin, pero a doce pesetas.

Lanzó un suspiro y añadió mirando a Juan afanosamente:

—¿Me habrán engañado, señorito? Yo no entiendo de esto. Mi marido cayó enfermo ayer y he tenido que venir en vez suya. Vea si está bien: quince minutos.

Le alargó los albalaes, que Juan revisó de una ojeada.

—Sí, son quince minutos. Supongo que está bien, ¿eh, tío?

Don Vicente, distraído en aquel momento por un coche que pasaba al trote largo y por poco atropella a dos niños, volvió la cabeza.

—¿Qué es? —preguntó—. ¡Ah, sí! Albalaes... quince minutos... Pero no son de esta martava.

—¿Qué dice, señorito, qué dice? —exclamó la mujer con un acento de terror que hizo volver la cabeza a las gentes más próximas.

—Que no valen. ¿Quién se los vendió a usted?

La mujer se había echado a llorar. Temblábale el cuerpo y miraba a todos lados, como espantada.

—Diga, diga. ¿Conocería usted al que se los ha vendido?

—No sé —balbuceó la infeliz—. Creo que no; nunca lo he visto antes de ahora.

Iba formándose un grupo al rededor de ella y de don Vicente y su sobrino.

—¿Qué señas tenía? —preguntó un hombre que parecía guardia jurado por algún detalle de su vestimenta.

—No sé, no sé —repetía la mujer—. Era un viejo... un labrador. ¡Dios mío, Santísima Faz! ¿Qué va a ser de mí?... ¿Cómo daré la cuenta al martavero?

El grupo se hacía cada vez más numeroso, y corría de boca en boca la noticia de la estafa. Pero nadie recordaba haber presenciado la venta. La figura de la mujer, sí, les era conocida de verla pasar, preguntando. Alguien la reconoció como mujer de un amigo suyo, habitante en una alquería próxima, y trató de consolarla. Ella seguía gimiendo sin saber qué hacer.

Juan tuvo un arranque y exclamó en voz alta:

—¿Quién vende quince minutos? A cualquier precio.

Sonaron al punto varias voes: yo, yo.

—Venga.

Cogió los albalaes y los puso en manos de la mujer.

—Tome. Sosiéguese. Ya está arreglada la cosa. Vaya a dar su cuenta.

La mujer cogió los papeles con mano temblona y se quedó mirando a Juan, atónita, sin saber qué decir.

Juan la empujó, impaciente, deseoso de sustraerse a la espectación pública.

—¡Vaya, vaya!

Y sin aguardar a más, se apartó presuroso de aquel sitio, seguido de don Vicente que no había tenido tiempo de intervenir en la rápida escena. Mientras apretaba el paso para alcanzar a su sobrino, iba el anciano sintiendo que

le subía a la garganta el ahogo de una dulce emoción, de las más grandes de su vida. Juan iba preocupado, triste. Apuntaba en su alma una de aquellas amarguras que, en otro tiempo, producían en él las injusticias y las durezas de la vida y que le excitaban a grandes cóleras.

XXVII

DESDE el día siguiente, Juan empezó a revolver la biblioteca. Encontró, mezclados con las novelas y los libros de viajes, varios folletos y hojas sueltas del siglo XVIII y del XIX, que se referían a los riegos. Los leyó todos, y de allí pasó a Cavanilles, al *Viaje* de Jaubert, al estudio técnico de Aymard y otros de igual carácter[32], que fueron apareciendo. A medida que leía, la oposición entre el agua vieja y la nueva iba mostrándose cada vez con mayor relieve, como una lucha secular, altamente dramática, entre el labrador y el que, no siéndolo, poseía derechos en el pantano.

El agua vieja fue al principio hija de la codicia de unos pocos, que comenzaron a considerar el derecho de riego como independiente de la tierra y a usarlo como mercancía que en los momentos críticos lograba precios altos. El cebo de la ganancia así obtenida, trajo los acaparamientos. Los ricos aprovechaban los apuros de la gente pobre y le compraban el agua, acumulando grandes cantidades de ésta, cuyo uso se veía luego obligado a readquirir el regante, a mayor precio. En vano se opusieron a este agio varias disposiciones reales, suscitadas por quejas de los labradores. La cuestión se complicó a fines del siglo XVI con la construcción del pantano[33], que en vez de cambiar el régimen anulando toda propiedad de agua sin tierra, lo

sancionó, reconociendo ampliamente los derechos adquiridos. Dos siglos más tarde, la cantidad de *agua vieja* o separada de la tierra aumentó en veinticuatro horas próximamente, creadas y vendidas para atender a los gastos de recomposición del pantano, y la explotación se hizo cada vez más dura, en perjuicio, no sólo de los labradores pobres, mas también de la agricultura misma; pues los poseedores del agua privilegiada, aunque fuesen propietarios de tierras de labor, preferían vender aquélla a cultivar y regar éstas, dejándolas yermas en su mayor parte. Se trató de redimir ese agua a fines del siglo XVIII, pero sólo se consiguió que se le fijara tasa en el precio de venta; y aunque un gran número de disposiciones posteriores procuró evitar o reducir la abusiva separación del riego y el cultivo, no se consiguió poco ni mucho.

Hubo entonces episodios de un alto interés dramático en la contienda. La masa general de regantes, exasperada, redobló sus esfuerzos para acabar con el agua de privilegio; el municipio de la capital se ponía al lado de los labradores; hombres de corazón, colocados en puestos importantes de la administración pública, tomaban sobre sí la defensa de la justicia, peleando contra el privilegio, que resistía hábilmente. Los años pasaban sin que llegase una resolución favorable, sin que la oposición se resolviera, pero también sin que cejara el labrador, tenaz en sus reivindicaciones que, a veces, tomaban caracteres agudos, casi revolucionarios; hasta que el desengaño sufrido en un esfuerzo supremo trajo consigo el pesimismo, enfrió los ánimos y fue desvaneciendo poco a poco el recuerdo de la lucha secular y debilitando el resquemor de la explotación diaria.

Pero Juan la seguía viendo, al través de la historia, como uno de tantos episodios del drama universal de la miseria. Su antigua afición a las investigaciones minuciosas, reaparecida en aquella rebusca de papeles, se complicaba

ahora con el interés humanitario que la naturaleza de la lucha despertaba, y que venía a conformar plenamente con la dirección de la vida y de los afanes pasados de Juan. Todos aquellos datos, cifras, peticiones, quejas, remedios ineficaces, reconstruían en su imaginación un cuadro vivido, cuyo fondo los constituían tristezas y lágrimas, caras famélicas y puños levantados en son de protesta y de amenaza por las generaciones explotadas, siglo tras siglo. No veía más que eso; y al referir su reconstrucción histórica a los momentos actuales, pasmábase de ver la resignada pasividad de aquellos descendientes de luchadores, que habían abandonado el campo de batalla.

—¡Quién sabe! —se dijo, dominado aún por sus propósitos de conformidad y de paz, por la gran presión sedante de la Naturaleza—. Puede que tengan razón, que sea mejor eso, que así se resuelvan más pronto y mejor, por el empuje de las costumbres que se humanizan, conflictos que las contiendas seculares no lograron decidir en pro de lo justo; quizá, también, las condiciones han variado, el mal no es ya tan agudo como antes.

Pero al llegar aquí en su razonamiento, aparecíesele la figura atribulada y miserable de aquella mujer que, tras una larga persecución de los minutos de riego que necesitaba, repitiendo de grupo en grupo su frase postulenta, estremecida a cada nueva alza del mercado, había concluido por caer en manos de un estafador sin conciencia. A este recuerdo, temblaban heridas las fibras más sensibles de aquel adorador exaltado de la justicia, y su visión del pasado se proyectaba, palpitante, en el presente, que le atraía como un abismo. Más de una vez retrocedió ante esa idea, con la presciencia clarísima de que, si se dejaba arrastrar por ella, perdería toda la felicidad de su reposo presente.

Haciendo un esfuerzo poderoso, abandonó sus lecturas, esquivó hablar de ellas y trató de ahogar su preocupa-

ción sumiéndose de lleno en los espectáculos naturales. Salió de caza, al amanecer, para contemplar, desde lo alto del monte, la salida majestuosa del sol, de entre las aguas teñidas de rojo; y la calma del crepúsculo matutino, la creciente alegría de la luz nueva, echaron sobre su alma sensaciones de quietud y de olvido. Frecuentó el trato de Nardo, y con los pescadores bogó horas enteras en la bahía azul, que parecía inmóvil, oyendo la charla primitiva de aquellos hombres entregados plenamente al trabajo y satisfechos de él; menudeó las conversaciones con don Felipe, alma inocente, que le hablaba de paz y de resignación... Pero cada vez que veía regar; cada vez que entraba en la biblioteca y su vista se fijaba en el sitio donde había guardado los documentos reveladores de la pasada lucha, sentía como un pinchazo en el corazón y como una oleada de sangre que le subía a la cabeza, signo de que, bajo la ceniza amontonada para apagar el fuego, ardían aún brasas capaces de engendrar un incendio imponente.

XXVIII

Pocos días después de la excursión a la capital, Isolina devolvió a doña Micaela su visita. Como de costumbre, traía escolta: Amparo, que no perdonaba ocasión de curiosear en casas ajenas; la santurrona de su hija, a quien la mamá, por caso raro, llevó consigo; el bueno de don Ciro, que iba con el propósito de ver a Juan, y Paquito Verdú, uno de los pollos más alegres, graciosos y holgazanes de Levantina, alumno ambulante de todas las Universidades de España, firme en su buen propósito de no estudiar aunque lo hiciesen trizas, pero de una simpatía personal invencible, que se imponía a las gentes y daba a Paquito el primer puesto en todas las reuniones.

Juan no vio a los visitantes, por hallarse aquel día de caza. Dejaron para él sinnúmero de recuerdos y de frasecitas afectuosas; e Isolina prometió volver pronto, a las fiestas de Villamar, que aquel año serían notables, dado el rumbo de los mayordomos a quienes correspondía la dirección.

Esa notabilidad era, naturalmente, relativa.

Por lo común, las fiestas reducíanse a salvas de petardos o *masclets*, función religiosa, más o menos solemne, procesión y fuegos artificiales sueltos. Muy rara vez había toros de cuerda, y aquel año era de los carentes; pero, en su lugar, habría danzas al estilo del país, diversión que de

día en día iba perdiéndose, sustituida por los géneros burgueses que van unificando el baile en todas partes.

El día de la Virgen amaneció espléndido. Aunque mediaba septiembre y las vides amarilleaban, próximas a la vendimia, la temperatura era veraniega. El buen tiempo se prolonga ordinariamente, en la costa de Levante, casi hasta Navidad, en un declinar suave del otoño que parece nueva primavera, cortada por chubascos tormentosos pero de escasa duración. La melancolía de los meses otoñales no se conoce allí sino excepcionalmente, y cuando se presenta, llevada por las brumas que desde la serranía bajan al valle y lo cubren al atardecer, protestan los indígenas, asombrados de aquel rigor, no obstante la dulzura del ambiente, que maravillaría a un castellano.

Por sistema, Juan evitaba bajar al pueblo, es decir, al grupo principal del caserío, donde se apiñaban la iglesia, la escuela, los más de los comercios y las viviendas de algunos vecinos ricos. Pero aquel día se sintió arrastrado por la animación general, por el aire de fiesta que expresaban las caras de las gentes y que parecía irradiar al campo y al cielo, y por la excitación que suele producir el ruido y el olor de la pólvora. Bajó a la hora en que debía terminar la misa con sermón, que doña Micaela y Eugenia no perdonaban nunca a pesar del calor sofocante que se desarrollaba dentro de la iglesia, sobrado reducida para el gran número de concurrentes; por lo cual, la mayoría de los hombres se quedaba fuera, con la turbamulta de chiquillos escoltadores del cohetero.

La plaza, inundada de sol, salvo en trozos reducidos, apenas bastaba para que se moviesen con cierta libertad los grupos de paseantes y compradores. Delante de las casas, obstruyendo casi las puertas, los tenduchos de juguetes, de dulces, de avellanas, garbanzos tostados y chufas, de telas y de zapatos, amenazaban venirse al suelo con los empu-

jones de la gente, que hacían oscilar el improvisado mostrador de cajones y mesas. Más adelante, formaban nueva fila los puestos de verdura, de melones, de higos y de loza barata. La carnicería, servida por la mujer del alguacil, tentaba la sobriedad de los labriegos con el espectáculo de dos carneros recién degollados, gran parte de los cuales, obedeciendo a lo extraordinario del día, estaba ya cociendo o asándose en las casas pudientes. Del gentío acumulado en la plaza así reducida, elevábase un fuerte murmullo, producto de cien conversaciones, sobre el cual destacábanse los gritos y chillidos ensordecedores de la tropa menuda, el agudo son de los silbatos de que iban provistos los más de los chicos, el pregón discordante de algunos vendedores, y el timbre metálico de las tapaderas y los cazos que el horchatero, instalado casi a la puerta de la iglesia golpeaba a cada momento, llamando la atención del público hacia su mercancia. Todo el mundo parecía alegre, feliz, sin reserva alguna, contagiado cada cual por la influencia de la masa; y Juan sintió también aumentársele el buen humor que había comenzado a bullirle en las primeras horas del día.

A pesar de su amor al silencio, aquellos ruidos de muchedumbre alborozada no le producían excitación alguna, sino que, más bien, le traían nueva placidez y satisfacción al ánimo. Entre codazos y pisotones, avanzó hasta el centro de la plaza, a tiempo que estallaban los *masclets,* anunciadores de que la función religiosa había terminado. Cada estampido promovía nueva algazara en los chicos, que esperaban sonase el último para correr a levantar las cápsulas de hierro, tumbadas por la explosión; y al mismo tiempo, la puerta de la iglesia empezó a vomitar gente que inundaba más y más la plaza, haciendo replegarse a los que antes la llenaban casi por entero. El contingente femenino era numeroso. Viejas y jóvenes lucían sus mejores pañuelos

de seda y las tradicionales mantillas negras y blancas, con franja de terciopelo, que contrastaban singularmente con los velillos de encaje de algunas contaminadas por la moda de la ciudad. Los hombres solían llevar traje negro, de forma común y corriente, salvo la chaqueta, por lo general más corta que de ordinario. Pasaron también algunos que conservaban prendas sueltas del traje antiguo: el chaleco con botones de plata colgantes; el zaragüell con media blanca o sin ella y el sombrero de pana, cuya copa, en forma de cono truncado, llevaba a la derecha madroños negros.

Distraído Juan con el desfile de aquellos restos de una vida pasada, que excitaban su curiosidad y su interés, no vio salir por la puerta lateral de la iglesia, que daba acceso a la sacristía a doña Micaela y a Eugenia, acompañadas por varias mujeres y unos cuantos hombres. Fue preciso que Cristóbal le llamase; y al volver la cabeza, se vio ya frente a frente del grupo. Venían en él la alcaldesa con dos hijas suyas; la madre del Estudiante; una nuera de Nardo y la Llorona, que no dejaba nunca de ir hasta Ronesa. Detrás seguían el alcalde y sus colegas, los mayordomos, el maestro, el cirujano, el alguacil y el Estudiante con su padre.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó Juan a su tía, después de los saludos.

—Todavía no —dijo doña Micaela—. Vamos a entrar un poco con la alcaldesa y, mientras, daremos tiempo a que venga tu tío, que fue no sé dónde. ¿Nos esperas?

—Por supuesto.

Juan estuvo a punto de contestar que iría con ellas pero, enseguida, la idea de meterse en una casa y de soportar los obsequios consiguientes a la festividad del día, le hizo variar de opinión. Quedaron formando corro con él, al resguardo de la sombra que un tenducho proyectaba, casi todos los hombres.

XXIX

Se habló del sermón, que había venido a predicar un canónigo de Levantina; de la *cordá* o fiesta de pólvora preparada para la noche y que prometía ser de órdago; de la procesión, y, por fin, de política. Juan escuchaba distraído, atendiendo principalmente al espectáculo de la plaza y contestando casi con monosílabos a las preguntas que le hacían. Cuando oyó sonar los nombres de Sagasta, Romero, Silvela[34], etc., todavía se distrajo maś. El tema le fastidiaba soberanamente y lo rehuía, sobre todo con la gente del pueblo, porque no cesaban de apelar a su juicio y a su experiencia de cortesano para satisfacer la curiosidad, o encontrar apoyo a las respectivas opiniones.

El cirujano era escéptico en esta materia, lo cual quiere decir que votaba por quien, en cada momento, convenía más a sus intereses. Cuando se le argüía, contestaba recordando la frase de un antiguo pedáneo de Villamar, labrador adinerado, metido por fuerza en la política, el cual, preguntado cierta vez, allá por los años anteriores a la Revolución de 1868, a qué partido pertenecía, respondió, expresando su suprema indiferencia:

—Dicen que soy de la Unión.

Ahora, el cirujano usaba, además, argumentos de otro género, hijos de lecturas periodísticas recientes.

—No me habléis de política: administración, fomento

de los intereses morales y materiales, eso es lo que hace falta. A nosotros, por ejemplo, ¿qué es lo que nos importa? Pues una ley rural; policía rural, para que no nos saqueen los huertos y los plantíos; la vuelta al pueblo de los montes de esparto; mucha agua para regar, y como condición de que todo esto se cumpla bien, que nos den autonomía, que formemos un Ayuntamiento nuestro, de los de Villamar sólo.

—En esto estoy conforme —saltó el alcalde que tenía sus miras para el futuro—. Así como estamos no podemos seguir. Los de Levantina no nos hacen caso ninguno. ¡La saliva que yo trago cada vez que voy a la ciudad!

—Eso tiene arreglo —observó el padre del Estudiante, que no podía ver a su pariente—. Deja la vara si tanto te incomoda.

—¡No es eso, hombre! —repuso el alcalde socarronamente—. ¿Qué más da que la tenga yo que tú, pongo por caso? La cuestión es que allá no nos atienden poco ni mucho.

—Pues yo creo que perderíamos con ser independientes —dijo el maestro, a quien la idea le parecía mal por ser del cirujano y, un poco también, porque temía por su sueldo, si quedaba a merced de los de Villamar—. Ahora, esas otras cosas que aquí se decían, ya llevan otro camino. Lo del agua, por ejemplo, es capital. Sin agua no hay agricultura, y el pantano, tal como está, no sirve para mucho.

—¿Y cómo cree usted que se remediaría eso, don Federico? —dijo de pronto Juan, a quien la palabra «pantano» había hecho volver de su distracción.

—No sé qué decirle a usted —contestó el maestro—. El asunto necesita saber más de lo que yo sé de esas cosas; pero los males presentes, esos los sentimos bien todos.

—Mire, don Juan —interrumpió el cirujano—. Usted ha visto que hemos tenido un verano muy seco. No ha llo-

vido arriba de cuatro días y, para eso, de tormenta, una o dos horas; total nada. Pues ya tiene usted el pantano en las últimas. La dula[35] viene mermada, los albalaes valen la mitad y en la última martava he gastado yo, para regar una tahulla, tantos minutos como en tiempo de abundancia para regar diez o quince. Y además, el agua, por las nubes de cara.

—¿Y usted sabe eso en qué consiste? —preguntó Juan que por momentos se iba exaltando interiormente.

—En las condiciones del clima —dijo el maestro— y en la falta de arbolado en los montes.

—¡No señor! —exclamó Juan—. Consiste en el agua vieja. Si el volumen total de agua que forma las dulas perteneciese a los labradores, a la tierra, todos tendrían bastante.

La observación cayó como una bomba en el grupo. Todos ellos se habían visto, más de una vez, en la necesidad de comprar agua vieja, suplementaria de sus albalaes; les molestaba esta dependencia a veces, cuando los precios subían mucho; pero nunca habían considerado la cosa tan grave como Juan pretendía. Y ahora, parecíales que el señorito tenía razón, que debía ser así.

—El remedio es sencillo —continuó Juan—. Hay que acabar con el agua vieja, que suprimirla, que expropiarla. Verán ustedes entonces cómo se regulariza el riego y el pantano sirve.

—Recuerdo —dijo el cirujano, que era el de más edad de los presentes— que siendo yo niño se habló de eso en Villamar, en Samanet y en todos los pueblos de la llanura.

—¿Que si se habló? —exclamó Juan—. ¡Pues si esa es la historia eterna de estos campos, la lucha entre pobres y ricos, entre cultivadores y no cultivadores, desde tiempo inmemorial! Sólo que antes había empuje, había alma para la pelea y ahora los hombres no se mueven aunque

les vaya en ello el pan de cada día. El labrador se ha convertido en un borrego.

—Bueno, sí, don Juan, puede que tenga usted razón —dijo el alcalde, a quien el latigazo pareció haber producido cierto desasosiego—. Los tiempos no son los mismos, y ahora, el que más y el que menos se mira mucho antes de meterse en un lío de esa naturaleza.

—Precisamente es lo que yo digo —repuso Juan, que sin darse cuenta iba levantando la voz y personalizando la discusión—. Que no tienen ustedes coraje para hacer lo que sus abuelos hicieron.

—Como coraje —observó el maestro—, no crea usted que falta en Villamar. Pero hace falta saber si valdría la pena gastarlo para luego quedarse con tres palmos de narices.

—¡Ah, eso no, don Federico! —replicó Juan—. Que la gente se moviera de veras y ya le diría yo a usted de quién era el triunfo.

—Yo creo que puede ser verdad eso que dice el señor —apuntó el padre del Estudiante—. Pero también digo que hay que andar con tiento.

—¡Pero si son ustedes la mayoría! —exclamó Juan.

—Conforme —dijo el alcalde—. Pero somos los peor armados. ¿Quién nos defendería y cómo nos defenderíamos en la ciudad y en Madrid? En cuanto empezaran las instancias y los papeles, ¡figúrese la de recomendaciones que harían jugar los otros! Nos darían cien vueltas...

—Eso sería según procedieran ustedes. Si enseñaran un poco los dientes y los puños, se mirarían un poco —interrumpió Juan, lanzado ya a todas las impetuosidades de su carácter.

—¡Ay, ay, don Juan! Eso es más gordo —dijo el Estudiante, que hasta entonces había callado sintiendo vacilar sus ideas, pero inclinándose mucho, por el prestigio de

Juan, a lo que éste decía—. Nos reventarían de mil maneras: la contribución, los consumos, ¿qué se yo?, y al cabo, la Guardia Civil.

—Ya sería algo menos —insistió Juan—. Pero en fin, el caso es éste: o se conforman ustedes a que los exploten o se rebelan contra ello, sintiendo el bofetón de la injusticia. Si lo primero, entonces no he dicho nada; buen provecho con la mansedumbre. Pero tengan por bien entendido que la culpa de lo que pasa es más de ustedes que de los otros.

Dijo esto Juan con tal fuego, con acento tan incisivo, que por algunos minutos ninguno de los interlocutores supo qué contestar. Pasmábales la agitación del señorito, a quien tenían por hombre mesurado, metido en sí y no de armas tomar. El alcalde, que era muy mal pensado, llegó a suponer si Juan habría bebido un poco. «Ello ha de ser algo así —se dijo—, porque, ¡cosa más rara que este repente!» Por si acaso, y a todo evento, acudió a su marrullería.

—Vaya, señores —dijo rompiendo el silencio—. Falta poco para mediodía y hay que ir pensando en comer. Por ahora, eso es lo positivo.

Los otros se cogieron a esta salida para resolver lo embarazoso de la situación.

—Vamos —asintió Juan, que empezaba ya a reaccionar con su *ex abrupto* y a sentir cierto desasosiego por todo lo dicho.

El grupo se disolvió rápidamente, a tiempo que aparecían de nuevo en la plaza doña Micaela y los suyos.

—Ya veo ahí a mi familia —dijo Juan, alargando una mano al alcalde—. Hasta luego.

Y echó a andar cada vez más confuso, llevando en el alma una inquietud indefinible, que trocaba en tristeza la alegría y el contento de antes.

XXX

TRATÓ de disimular su estado de ánimo y lo consiguió durante el camino de vuelta a la casa y en la comida; pero luego temió descubrirse en las conversaciones de sobremesa, y se levantó apenas servidos los postres, pretextando que tenía algo de neuralgia y quería tomar el aire libre del campo. Como ya estaban todos acostumbrados a estas cosas, le dejaron ir sin objeción ninguna. Salió de la finca y encaminándose al azar, por las acequias y senderos, apartándose de los sitios en que había casas.

Combatíanle ideas opuestas. Por un lado, disgustábale no haberse sabido dominar delante de gentes extrañas, y sentía miedo de sondar su alma y hallarla invadida nuevamente por la intranquilidad; por otro, el interés, que la cuestión del riego le había despertado, acrecido por las lecturas, por el recuerdo de las escenas de Samanet y por el hecho mismo de sus palabras de aquella mañana hacíale ver como meritoria y digna su preocupación y le llevaba a fortalecerse en la idea de convencer a los labradores de lo necesario que era reanudar la antigua lucha.

De nuevo, todo el fondo batallador de su carácter se revelaba, amenazando reconquistar muy de prisa el anterior predominio. Las mismas ilusiones de justicia y de éxito; la misma creencia en el deber de luchar y en la vergüenza

de la resignación, que le habían impelido por tantos años a comsumir su vida en esfuerzos que se estrellaban, las más de las veces, en la enorme resistencia pasiva de los vicios seculares que quería desarraigar, repetíanse en lo hondo de su alma y trataban de arrastrarla a la excitación, venciendo la tendencia al reposo. Pero éste era, todavía, un enemigo formidable. Todos sus halagos, todas las dichas gozadas con él, resurgían y acentuaban sus líneas en la memoria, como justificando su valor y su derecho al respeto. Las horas de íntima comunión con la Naturaleza; los propósitos en ocasión tal nacidos; el inefable descanso que trajeran al dolorido ánimo y la grata perspectiva de un mañana lleno de paz y de contento de sí propio, revivían también en el espíritu y obraban como señuelos de la voluntad. Todos los argumentos empleados en favor de la nueva vida y contra la anterior, repetíaselos Juan, reforzándolos con otras razones para oponer fuerte muralla al desasosiego, al prurito de lucha que le invadía, procurando no oír sus voces, negándose a dejarse llevar por él. Y en todo esto, aterrábale singularmente la repetición de un estado que, ya por dos veces desde su llegada a Ronesa, había venido a turbar el reposo conseguido con la conciencia del peligro de perderlo. La inseguridad de su curación, lo deleznable de su triunfo, que así se revelaban, entristecíanlo hondamente.

El rápido cambio de los primeros días ¡le hizo confiar de tal manera en la victoria! ¡Se creyó tan otro, tan dueño por el ambiente de paz que le rodeaba! El contraste con la pasada vida ¡era tan grande y tan consolador, tan lleno de promesas, tan abierto de horizontes serenos e insondables! Y con todo eso, ¡había bastado oír una conversación entre pescadores, presenciar una escena de miseria y de dolo como tantas que en el mundo hay, leer unos papeles de historia, para que el edificio entero se bambolease y

perdieran todo su efecto las influencias acumuladas y que parecían invencibles!

En la ceguera que suele acompañar a todos los momentos de crisis, Juan no se explicaba aquellos retrocesos. Resistíase a creer en la ineficacia de los sedantes buscados; continuaba afirmando plenamente el carácter ocasional y pasajero de las inquietudes del espíritu, que tiende por sí mismo a la serenidad, responde a toda acción que hacia ésta le empuja y sólo la rompe cuando el medio le rodea de excitantes. Cada vez que en su desorientación actual apuntaba una explicación base de decisiones y remedios, inclinábase Juan a curarse de imprudencia, de puro descuido, de no haber apartado con tiento las ocasiones de perturbación, las pocas que allí podían encontrar y con las que había chocado inmediatamente. Aferrábase a esta idea, que hacía consistir en las causas exteriores y en la pura casualidad de su encuentro, las oscilaciones del espíritu, los retornos a la antigua fiebre de combatividad, duramente pagada. Ayudábanle a pensar así las doctrinas comúnmente oídas, la importancia otorgada por éstas, y aun por la opinión vulgar, al medio ambiente como determinador de las acciones humanas; y, a medida que reflexionaba sobre semejante explicación, le parecía más y más plausible, pues su consecuencia lógica era que el procedimiento sencillo y natural para restablecer el reposo consistía en prever las tentaciones, en huirlas y en acentuar el aislamiento.

Ni por un instante se le ocurrió que la causa pudiera estar en sí propio y necesitara otras prevenciones y remedios. Recordaba a Horacio, a Fray Luis de León, al Marqués de Santillana, con sus elogios del campo y del apartamiento del mundo, y volvía a las ilusiones de un vivir sencillo y apacible, con penetración de la Naturaleza mucho más honda e íntima que sus modelos, tal como había llegado a sentirla en instantes de verdadera libertad de

su espíritu, dejándose dominar por el espectáculo de las cosas.

Pero ante todas estas reflexiones y seguridades, estaba el hecho de la intranquilidad actual, la mordedura de aquella dramática cuestión del agua que una y otra vez venía a deslumbrarle con sus cualidades de lucha por el derecho. Y que tenía fuerza en su espíritu, lo demostraba bien la explosión de por la mañana, promovida por una simple frase incidental, sin que respondiese a una excitación previa de los interesados. Al volver aquí, en el curso de sus meditaciones, Juan quedaba perplejo y recomenzaba la lucha entre las dos inclinaciones que se disputaban su ánimo.

Largo rato vagó así por la llanura, y de pronto se sintió fatigado por el continuo caminar, sin rumbo y sin objeto. Miró a todos lados para darse cuenta del sitio en que se hallaba, y advirtió que había remontado el barranquillo hasta un punto en que los elevados ribazos encajonaban el lecho pedregoso, sembrado de adelfas. El lugar era triste y sombrío. Buscó Juan un sendero para dominar la altura; y ya en ella, se sentó en el borde del mismo, de cara al pueblo, cuyas casas destacábanse como manchas blancas y rojas, de contornos interrumpidos por el follaje de la arboleda.

La diafanidad del aire dejaba llegar con pureza extraordinaria el timbre de las campanas, que volteaban alegremente. A él se unió bien pronto el estampido de los petardos; y en cuanto cesó, elevóse tenue y quejumbroso el sonido de la dulzaina, preludiando la Marcha Real.

XXXI

CAÍA la tarde, en un crepúsculo prolongado, opalino, que ni una sola nube velaba, cuando Juan llegó a Ronesa. Le pareció oír rumor de muchas voces en el piso alto y estuvo a punto de meterse en su habitación y esperar a que los visitantes marchasen. El largo paseo y el descanso en pleno campo, solitario y tranquilo, le habían aliviado algo la pesadumbre de sus cavilaciones, y quería conservar aquel semiequilibrio el mayor tiempo posible. Pero cuando ya tenía puesta la mano en el picaporte de su alcoba de la planta baja, en aquel momento desierta, sonó arriba el piano con las primeras notas de un concierto de Mendelsshon[36]. Hacía muchos años que Juan no oía aquella música, familiar para él en cierto período de su vida, y se estremeció al escucharla de nuevo, allí, en su casa, donde menos podía esperarlo. El piano era en Ronesa un mueble de lujo. Doña Micaela, que había sido muy aficionada a él, lo tenía abandonado; y ni Eugenia ni Cristóbal heredaron la afición. Juan, apasionado por la música como la mayoría de los intelectuales, se vio privado de ella en absoluto desde su llegada a Villamar; y con esto, la novedad le pareció más sabrosa y atractiva.

Cambiando de propósito, subió la escalera y se detuvo en la puerta de la sala, sin dejarse ver de los de adentro. Quería oír tranquilamente la música, indeciso todavía

en punto a entrar o marcharse una vez terminada, pero resuelto a no interrumpirla. Y mientras escuchaba, los recuerdos de su juventud se le agolpaban en la memoria, trayéndole nuevamente la visión de personas y escenas que había procurado olvidar con poderoso esfuerzo sobre sí mismo. La impresión de tristeza y de disgusto que al principio le originaban esos recuerdos, habíase trocado, años ha, en un placer melancólico, vago y romántico, de que jamás gozaba en la vigilia, llena de preocupaciones muy diferentes, pero que en sueños solía presentarse a su espíritu, dejando en él un rastro de suave poesía que, alguna vez, se prolongaba en las primeras horas del día siguiente. Desde su llegada a Ronesa, Juan no había experimentado aquel retorno misterioso de ilusiones y tristezas de su juventud; pero ahora la música les daba un relieve extraordinario, evocando a cada momento nuevos pormenores que, de los rincones oscuros de la memoria, iban saliendo a plena luz, pasmando al mismo Juan de que aún existiesen y pudieran mostrarse en primer término.

El piano seguía desarrollando los diferentes tiempos del concierto, cuyas dificultades brillantes atravesaba de vez en cuando la frase melódica, henchida de sentimental poesía, que los espíritus soñadores prefieren y esperan con impaciencia. No era preciso ser muy entendido para estimar que el pianista tocaba con verdadero arte: sobrio, expresivo, dominado por la emoción que de la obra misma emanaba y entregado a ella sin preocuparse del público.

Cuando cesó la música, Juan no pudo contener un movimiento de curiosidad y entró en la sala, donde todo el mundo aplaudía. Isolina, que estaba sentada cerca de la puerta, no le dio tiempo más que para mirar rápidamente hacia el piano, en cuya banqueta le sorprendió ver a la morenita que días antes le había llamado la atención.

—¡Venga acá, misántropo! —gritó la solterona con su

voz aguda, que hizo volver la cabeza a todo el mundo—. ¿Dónde se ha metido usted? ¡Perder la ocasión de oír a una pianista tan notable!

Acudió Juan al llamamiento, después de saludar, con una frase común de cortesía, a las gentes que llenaban la habitación, entre las cuales vio algunas desconocidas para él.

—Si yo hubiera sabido que venían ustedes —dijo sentándose al lado de Isolina— no me hubiese marchado...

—Bueno, déjese usted de cumplidos —interrumpió la solterona—. Vamos a lo importante. ¿Ha oído usted algo del concierto?

—Todo —contestó Juan.

—¡Ah, vamos, estaba usted escondido!... ¿Y qué le parece?

—Admirable.

—¡Por supuesto, hombre, por supuesto! Y conste que la cosa es a mi a quien tiene usted que agradecerla. Soy yo quien ha traido a Blanquita.

—Aunque usted no lo dijera... —apuntó Juan.

—¡Vamos! Está usted de broma. Buena señal —dijo Isolina—. A mí me gusta la gente alegre. Pero, al grano. ¿Me agradece usted o no que haya traido a Blanquita?

—Desde luego. No podía usted ofrecer cosa mejor a un aficionado a la música.

—Conque a la música, ¿eh? Pues se me figura que la pianista no le parece a usted costal de paja.

—¡Ya me guardaré yo de comparar con un costal de paja a una señorita!

—¡Vaya, hoy está usted ocurrente!... Y no quiere usted soltar prenda. Paso por ello; pero acabará usted por hablar, estoy segura.

Juan había seguido la conversación por pura cortesía, procurando desviarla con el tono burlón de sus contestaciones. Al llegar aquí, cortó resueltamente. No sólo le mo-

lestaba el asunto, sino que su cerebro estaba, en aquel instante, lleno de imágenes que necesariamente habían de convertir en inoportuna e ingrata toda broma del género de la que intentaba Isolina.

—¿Quiere usted decirme —preguntó iniciando otro asunto— quiénes son esos visitantes que no conozco?

—Verá usted. Es mi caravana de hoy. Aquel muchachito de bigote y labios gruesos, es Paco Verdú... habrá usted oído hablar de él. Vino el otro día con nosotros, cuando nos encontramos a ustedes. El señor de barba blanca que hay a su lado es don Zacarías Roig, un tipo admirable, que se dedica exclusivamente a cobrar su jubilación de empleado y a escribir anónimos a todo el mundo. Los que le conocemos ya no le hacemos caso; pero el éxito de su mala intención es segura en los forasteros. ¡Mucho ojo!

—Advierto un vacío —dijo Juan—, y perdone usted que la interrumpa. ¿Y Amparo?

—No pudo venir con nosotros, porque tiene forasteras. Pero tranquilícese usted; hará todo género de esfuerzos para no perder las danzas de esta noche.

—No, no; ya puede usted figurarse que no me impresiona su ausencia.

—¡Ingrato! Sepa usted que ella tiene gran simpatía hacia usted. Dice que quiere convertirle... Y espere, espere. En nombrando al ruin de Roma... Apuesto algo a que es ella.

Oíase el ruido de un carruaje que se acercaba a la casa. Eugenia, que estaba cerca de una de las ventanas, se asomó y dijo en seguidaz:

—¡Amparo!

—¿Viene sola? —preguntó Isolina.

—No —contestó Eugenia—. Trae gente.

Se produjo algún movimiento entre los que había en la sala. Isolina fue de las primeras en asomarse, picada por la curiosidad. Juan la siguió y pudo ver que se detenía en la explanada una jardinera cerrada por cortinas blancas.

—Es la jardinera de Llorca —dijo al punto Isolina—. Vendrá también Ramoncito.

Bajó éste, en efecto, y tras él una señora joven que, instintivamente, miró hacia las ventanas. Su rostro aniñado y gracioso, de expresión un poco dura y mirar hondo y severo, se coloreó vivamente al sentir sobre sí la curiosidad impertinente de tanta cara desconocida; pero al momento palideció de una manera tan intensa, que el contraste fue advertido y extrañado por todos.

—¿Qué le pasa a esa mujer? —pensó Isolina—. ¿Se ha puesto enferma?

Pero ya Amparo saludaba a gritos a los mirones y cogía del brazo a la desconocida para entrar en la casa.

—¡Ya habrá usted descansado amigo! —exclamó Isolina volviendo la cabeza para mirar a Juan y continuar la broma.

Pero Juan ya no estaba allí.

XXXII

DON Vicente se había llevado al jardín a varios de los visitantes y allí, cómodamente sentados en las mecedoras y sillas rústicas del cenador, estuvieron charlando y oyendo la música, que, con algunas lagunas en los pianísimos, llegaba con toda claridad. Cuando cerró la noche, abandonaron el sitio y volvieron a la casa, unos para despedirse, otros para continuar en Ronesa hasta la hora de las danzas. Al pasar por la explanada, le pareció a don Vicente que había luz en el cuarto de Juan.

—Ya está ahí ese muchacho —se dijo—. Voy a ver.

Pidió venia a sus acompañantes y entró. Juan se paseaba por la inmensa alcoba, alumbrada por una sola bujía que daba un tono tristón a los objetos próximos y proyectaba grandes sombras en los extremos.

—¿Cómo estás? —preguntó don Vicente.

—Bien, tío.

—¿Cómo no subes? Hay mucha gente arriba y vamos a merendar todos juntos. Merienda-cena, para ir luego a las danzas.

—Estuve ya —dijo el joven, vacilando antes de hallar la excusa que buscaba—. Pero me mareó un poco el barullo de la sala.

—Eso es otra cosa... Supongo que volverás en cuanto te haya pasado. Hay allí unos señores que quieren conocerte.

—Sí, sí, iré... iré.

Dos deseos contrarios agitaban en aquel instante el alma de Juan, sin que acertara a decidirse por uno de ellos. Contestó a don Vicente sin estar seguro de cumplir lo que prometía, por el afán de no traicionar su estado y de quedarse solo nuevamente; pero no dejaba de ver lo anómalo y ridículo de su situación.

—¿Qué pensarían de mí, si no vuelvo? —se decía.

Y, juntamente, otro interés más poderoso que el de no dar lugar a murmuraciones, le tiraba también hacia fuera, hacia el comedor donde ya sonaban las voces de los convidados. Quería volver a ver a la acompañante de Amparo, cuya aparición precisamente le había hecho huir de la sala; pero temía no tener bastante dominio de sí propio para verla sin que los demás traslucieses lo que él por nada del mundo hubiera confesado. Y de nuevo, y con más fuerzas que antes, volvieron aquellas memorias del pasado que la música de Mendelsshon evocara.

Veíase Juan en lo más florido de su juventud, lleno de ilusiones y de ensueños sentimentales, construyendo, al par que el castillo de sus ambiciones de la inteligencia, el cuadro de otras felicidades, iluminadas por el amor de una mujer. Juan había amado, con toda la intensidad de un corazón puro y apenas abierto a los azares de la vida, y aquel amor había sido el compañero de sus años de aprendizaje, de luchas gratas y animadoras que tenían tras de sí el señuelo del triunfo, en que no deja de soñar ningún joven cuando cree —con esa petulancia de la juventud que constituye una de sus fuerzas mayores— que lleva algo dentro. Juan lo creyó también; y a pesar de su intelectualismo, sintió plenamente esa poesía instintiva y dulce del afecto sexual, que nunca llama en vano a las puertas de los que tienen el alma pronta a las grandes bellezas reales o ideales. Fue propiamente un poema, en que Juan puso aquel

mismo tono vehemente y exaltado de su carácter que en los negocios de otra índole le impulsaba a la acción: el poema de la intimidad de su espíritu, en que hallaba avivadores para el batallar diario, para el esfuerzo duro y continuo con que iba formándose su inteligencia y abriéndose paso en el mundo. ¡Aún lo recordaba, como una fuente, que parecía inagotable, de alegrías infinitas, en que se dulcificaba la acritud de los apasionamientos mundanos y hallaba apacible contraste la sequedad del trabajo intelectivo!

¡Y todo aquello había muerto, como tantas otras ilusiones de su vida, sacrificado precisamente a las tristezas y miserias de la lucha diaria, del desequilibrio, quizá, de su carácter y sus fuerzas! Tenía tal viveza el recuerdo, que Juan parecía sentir nuevamente todas las angustias, todos los dolores morales sufridos entonces. Un desaliento mortal le había invadido el ánimo. Tras los ensueños de la vida estudiantil, que ignoraba lo que le aguarda al otro lado de la Universidad y cree estar armada plenamente para el triunfo, vino el terrible choque con las dificultades reales, mayor en Juan por aquel olvido en que estuvo de las cosas prácticas, por cierta imposibilidad constitucional para pensar en ellas y una facilidad extraordinaria para dejarse llevar por el halago de las ocupaciones mentales libres, a las que no se les pregunta su valor económico. El fracaso de la Revolución y la crisis profunda para que sus adeptos fieles representaron los años primeros de la nueva monarquía, pusieron a Juan frente a frente del problema material de la existencia.

El esfuerzo enorme que su padre había hecho para enviar y sostener en Madrid al muchacho durante sus estudios, no podía continuarse indefinidamente; y Juan, además, tenía la conciencia clara de su deber en este caso. A él le tocaba ahora completar por sí mismo la obra empezada y responder al sacrificio de su familia. Vinieron entonces los

días amargos, en aquella miserable posada de la calle de Jardines, lóbrega y mezquina, donde se comía mal y se vivía incómodamente, en molesta comunidad con gentes ineducadas y groseras. Para evitarlas en lo posible, Juan no salía de su cuarto sino lo estrictamente indispensable; y en aquella habitación reducida, alcoba y gabinete al propio tiempo, cuyo único desahogo era un balcón a la calle estrecha y oscura, pasó Juan días y días, consumiendo sus fuerzas en traducciones mal pagadas o en la preparación desagradable y brutal de oposiciones de todo género, decidido a presentarse a todas y a resolver de alguna manera el problema de su vida, capital por lo que se refería a sí propio y a la realización de sus ensueños de amor. ¡Cuántas y cuántas veces, tiritando de frío, envuelto en la manta de viaje y con los pies en un montón de paja a guisa de alfombra, había visto Juan nacer el nuevo día, que allí tardaba mucho en iluminar los cristales, blancos de escarcha, y había oído el sordo pisar de los barrenderos sobre el piso de la calle cubierto de nieve! Pero en medio de aquellos apuros y de aquellas tristezas, seguía brillando para él la fe profunda en su porvenir, en el temple inquebrantable de su voluntad.

Los hechos vinieron pronto a desmentirle. Las primeras tentativas para alcanzar un puesto en la jerarquía de las profesiones liberales, fracasaron completamente. Al principio, Juan se creyó responsable del fracaso, atribuyéndolo a su falta de habilidad para hacer valer, en tales luchas, todo lo que suponía su preparación concienzuda; pero luego se convenció de que no estaba en él, sino en los otros, el obstáculo. Había empeño en no dejarle pasar, en que el Estado no tuviese, en ninguna de sus esferas, un funcionario de la significación ideal de Juan, en lo político y en lo científico. Ante tal oposición, otro hubiera claudicado; Juan se afirmó más en sus ideas, hizo alarde de profesarlas,

desafió a los enemigos, convirtió las pruebas de su suficiencia en terribles acometidas, en que se exhalaban la amargura de su alma y el desprecio a las pequeñeces de los hombres. En vez de limar asperezas, presentó los puños y acabó de cerrarse todo camino.

Al llegar aquí y reflexionar acerca de la situación creada, comprendió que se le imponía un sacrificio doloroso, terrible, pero inevitable. Podía él ofrecerse en holocausto a la sinceridad de sus ideas, y quizá también, a los defectos de su carácter; pero no tenía derecho a llevar consigo, en los azares de una vida eventual en todos sentidos, a quien podía gozarla mejor. Juan estaba resuelto a no cejar; pero estaba también seguro de que la sentencia contra él formulada continuaría indefinidamente en pie. En este sentido, vio invadida su alma por el más terrible desaliento y, a la vez parte por repugnancia a los miserables que le negaban su derecho, parte por temor de sí mismo, de la irritación que cada contienda le producía, de la falta de destreza para mantenerse en los límites del escándalo y del ridículo de nuevas derrotas, que herían su amor propio vivamente, abandonó la lucha en el terreno en que la había planteado y se dejó arrastrar por la corriente de pesimismo y de inacción a que fácilmente se abría su alma dolorida. Y a medida que semejante estado de ánimo arraigaba más y más en su espíritu, oscureciéndole todo el horizonte de su vida futura, la necesidad de aquel sacrificio de su corazón se le fue presentando como más y más inevitable y urgente.

Al fin, lo hizo. Como era lógico, aquella última y heroica prueba de un amor profundo tomó, a los ojos de los que ignoraban su causa, un sentido diametralmente opuesto. Y Juan sufrió, callado, ese último golpe, el más duro, quizá, de todos los sufridos, viendo como se levantaba contra él, en la persona a quien más amó en el mundo, un sentimiento de odio, fundado en lo que parecía ser abandono

injusto y frío. Muy pocas palabras hubieran bastado a Juan para explicar su conducta; pero el pronunciarlas equivalía a inutilizar su sacrificio y a reforzar más y más el lazo que ataba a su porvenir, desnudo de esperanzas y preñado de peligros, la vida de quien no debía ser arrastrada a sufrimientos que el joven consideraba irredimibles.

—Que sea feliz, si puede, que sí podrá ella sola —se dijo—. Yo ni aún tengo una esperanza que ofrecerle para justificar la espera.

Juan se consideraba sinceramente perdido, arrojado en las filas miserables y tristes del proletariado intelectual, que acaba por no tener fuerzas para salir de su estado cuando, pasados ya los días de coraje y de ilusión, las ocasiones vuelven, fáciles pero desnudas de toda poesía.

No obstante, aquella depresión tenía que ser transitoria. Hombres del vigor intelectual y del temple enérgico de Uceda, no se rinden nunca en absoluto, y acaban, más o menos pronto, por resurgir e imponerse, sin que ellos mismos se percaten del cambio hasta después de ser éste un hecho. A que así ocurra contribuyen, no sólo las condiciones del hombre mismo, que se sobreponen al ánimo, en fuerza de su propia intensidad, sino las circunstancias exteriores, que mudan y se transforman, arrastrando consigo aún a los que permanecen apartados y quietos. Juan se salvó merced a ellas. Renunciando a la lucha en el terreno en que había sido derrotado y al que temía y le repugnaba volver, siguió trabajando en silencio, dando expansión a su actividad irrestañable en estudios que, poco a poco, ensanchaban su esfera de influencia, calando primero en las gentes desapasionadas, y más tarde en los mismos enemigos de otros días, a quienes el transcurso del tiempo y la presión de las nuevas circunstancias habían hecho más dúctiles y más permeables a la penetración de ideas que en un principio rechazaron temerosos. Lentamente, la re-

habilitación de Juan se fue haciendo, sin que nadie, y él menos que nadie, se diera cuenta; y de pronto, una de esas ocasiones inesperadas de la vida, que le obligó a salir momentáneamente de su retiro y a presentarse en plena luz, ante el público de los grandes acontecimientos, trajo consigo la revelación de la estima que rodeaba ya su nombre y su obra. La reacción del ánimo fue rápida e intensa. No ya la esperanza, sino la certeza del triunfo, alumbró de nuevo la vida de Juan, mostrándole un camino mucho más fácil y más independiente que antes; y por él entró en aquel período febril de trabajo y de lucha que su mismo exceso vino a inutilizar y destruir totalmente.

Pero en aquella larga peregrinación al través de la desgracia y el pesimismo, Juan había ido perdiendo lo más dulce y jugoso de su alma, la poesía del sentimiento. El esfuerzo doloroso que le produjo su sacrificio, cuyo recuerdo lo arrancó más de una vez lágrimas devoradas secretamente, sin el desahogo de una sola expansión, concluyó por secar la fuente misma de los afectos. La imposibilidad de satisfacer el que había sido la ilusión de su juventud, le hizo huir de cualquier otro análogo; y la obra de enfriamiento, de olvido, la fueron completando los años y las penas. Cuando llegó la hora del triunfo, aquel pasado de luz y de alegría era cosa muerta. No se le ocurrió a Juan volver la vista hacia él. No podía pensar en que reviviera; y la misma ignorancia en que había querido permanecer, años y años, respecto del paradero y la suerte de aquella que fue alma de sus ensueños juveniles, para no ceder ni aun a la tentación de acariciar la esperanza de volverse atrás en el sacrificio, ayudó a borrarla del campo de sus preocupaciones y de las posibilidades para un porvenir en que no creyó por mucho tiempo y que, cuando se le ofreció, bruscamente, al alcance de la mano, venía ya tarde, sin traer en su horizonte los tonos de rosa y azul que tienen su hora

en la vida y no suelen repetirse dos veces ante los mismos espectadores.

El único rastro que las ilusiones pasadas dejaron en el alma de Juan, fue aquel extraño y melancólico recuerdo que jamás salía afuera en las horas de vigilia, pero que, de vez en cuando, venía a embellecer las de la noche, enseñoreándose de la imaginación, libre, por el sueño, de las preocupaciones diurnas y del peso ahogador de la voluntad fría y orientada hacia las únicas cosas que para ella tenían importancia.

XXXIII

La aparición, repentina e inesperada de aquella mujer, produjo en Juan un retorno brusco, en plena conciencia, de los recuerdos que poco antes había comenzado a despertar la música. Cuando acabaron de pasar uno tras otro, reconstruyendo el cuadro de los amores juveniles, Juan, algo más sereno, se interrogó a sí mismo acerca del valor de sus sentimientos actuales. ¿Acaso amaba todavía a aquella mujer? Lo que consideró muerto y enterrado en el fondo de su alma ¿tenía aún fuerza bastante para retoñar, renovando las alegrías de la lejana primavera?

Si consideraba la impresión enorme producida por la sola presencia de la que compartió sus ensueños de amor, inclinábase a pensar así. Sentíase atraido hacia ella con la fuerza enorme del recuerdo redivivo, más hermoso siempre que la misma realidad. El tiempo quedaba anulado por virtud de la imaginación, madre de encantamientos, y con él borrábase igualmente la serie de amarguras que habían ido acumulando capas de frialdad y de olvido entre dos existencias, separadas violentamente. A medida que analizaba más y más la impresión recibida, afirmábase Juan en esta creencia, sin parar mientes en que no era de ella, sino de un deseo que inconscientemente trabajaba para que así pareciese, de dónde venían las seguridades de un estado que, poco a poco, iba convirtiéndose en cosa distinta de lo que

fue en un principio. Era una substitución inadvertida, pero real, de un sentimiento por una idea, que aspiraba a que las cosas tomasen un rumbo determinado para concordar con la poesía de una evocación de vida pasada. Y a Juan parecíale sentir, efectivamente, no la añoranza melancólica de felicidades que fueron y ya no habían de repetirse, sino la sugestión enérgica de una dicha que se renovaba, juntando, al través del tiempo que todo lo disuelve y modifica, dos momentos de vida que se empeñaban en ser continuación el uno del otro.

Llegado ya a este grado de creencia, Juan experimentó, redoblada, la necesidad de acercarse a la que venía a resucitar de tal manera las ilusiones más íntimas de la juventud, para saber, ante todo si en ella también revivían los sentimientos que en otro tiempo les habían unido; y en cuanto pensó en esto, fue esa idea la que se adueñó de él, removiendo la inquietud febril de su espíritu. De poder cumplir su deseo, en aquel mismo instante la hubiera secuestrado a la reunión de gentes extrañas que entre ellos se interponía, para preguntarle lo que era ya condición de su tranquilidad; para repetirle, con las mismas palabras de pasión que en otro tiempo le subían espontáneamente a los labios y ahora también creía que no le habían de faltar, los conceptos de amor a los cuales ignoraba que clase de eco respondería en el corazón que trataban de conmover. El ansia de hacer esta pregunta era tanto mayor, cuanto más temía Juan que lo inexplicable de su ruptura, cuyos verdaderos motivos nunca dijo, hubiera podido crear en el amor propio lastimado de la mujer, con la amargura del desengaño injusto, una muralla de desprecio, imposible de salvar. Pero ahora sí, lo diría todo, estaba dispuesto a decirlo con tal elocuencia que sería forzoso creerle; y la necesidad de esta reivindicación, trajese o no consigo la vuelta de la intimidad perdida, le enfebrecía también, ganoso

cuando menos, de lavar su conducta de una mancha que, en rigor, no era cierta. Y como, al fin y al cabo se sentía culpable, puesto que de él se había apoderado con el tiempo el olvido y no supo encontrar en su corazón un impulso que, en el momento de la regeneración de su vida, le llevase nuevamente hacia lo que sólo el pesimismo de la desgracia le hizo abandonar; como no podía menos de verse reo de la creencia en la muerte de lo que ahora se revelaba como vivo, agigantábase en él por momentos el ansia de hablar para sincerarse, ahogando en sutilezas del ingenio, que le parecían justificadas con la realidad del sentimiento presente, el hecho innegable de su culpa, de la inconsistencia de su amor, que el tiempo se había llevado.

Y aquí llegaba en sus reflexiones, cuando se le ocurrió una idea naturalísima, que en rigor hubiese debido ser la primera en la serie de las que le preocupaban, y que le dejó helado, confuso. ¿Tendría ella libertad para escucharle y para sentir lo que él sentía? ¿Sería aún dueña de sí misma o estaría ligada a otro hombre? El supuesto afirmativo de esta segunda pregunta, le produjo una oleada de amargura que le inundó el corazón y le turbó la cabeza. Toda la ansiedad primitiva se trocó en un miedo terrible, que le hizo temblar como por efecto de un susto. Cayeron una a una sus ilusiones, faltas ahora de base; y, por reacción natural, se inclinó a la solución contraria a sus deseos. ¡Habían pasado tantos años! ¡Su abandono había sido tan grande! Como siempre que esperamos fundadamente una mala noticia, quería retrasar el momento de saberla, agarrándose al consuelo de la ignorancia, de los minutos ganados a la realidad. Pero el tormento de la duda reapareció bien pronto. Luchó Juan consigo mismo, vaciló. Una y otra vez hizo el ademán de salir y se contuvo.

Hasta él llegaban las voces, cada vez más altas y alegres, de los convidados. Creyó oír de pronto, entre ellas,

la vocecita metálica, un poco ronca y grave, que le hablaba de tantas cosas bellas en sus vacilaciones, salió de la habitación y subió velozmente las escaleras.

XXXIV

En la puerta del comedor detúvose Juan un momento. Le palpitaba el corazón violentamente y quiso estar seguro de su presencia de ánimo, antes de exponerse a las miradas de los visitantes. En cuanto entró, empezaron los llamamientos y las recriminaciones amistosas.

—¡Pero hombre! ¡Es usted de lo más raro que conozco! —exclamó Isolina con su habitual franqueza—. Tan pronto está usted hablando con las gentes, como las deja con la palabra en la boca.

—Mil perdones —contestó Juan—. La creí a usted ocupada en otras cosas y recordé de pronto un encargo urgente que había de llevarse Gamba, a quien vi marchar por la alameda.

—Bueno, perdonado. Y ahora, siéntese usted a merendar.

—¡Aunque usted no quiera, amigo mío! —gritó al otro lado de la mesa la voz de Amparo, con cierto dejo de reproche.

Juan había visto desde el primer momento a la viuda, a cuyo lado estaba sentada la forastera; pero buscó el modo de retrasar un poco más el temible encuentro, haciéndose el desentendido. Al ser llamado, ya no cabía más demora. Hizo un nuevo esfuerzo para dominarse comple-

tamente y se dirigió hacia Amparo, sonriendo. La forastera fingía comer con gran tranquilidad un racimo de uvas; pero si alguien se hubiera fijado en ella de una manera especial, hubiese notado que palidecía, y que su rostro acentuaba la expresión de dureza que tan mal se combinaba en él con los demás rasgos característicos.

Juan extremó sus cumplidos para con la viuda pero ésta le interrumpió a las pocas palabras.

—Voy a presentarle a usted... ¡Andrea!

Juan sintió que le aumentaban las palpitaciones. ¿Qué haría aquella mujer? ¿Demostraría conocerle? ¿Fingiría no haberle visto en su vida? Se miraron; y a pesar de la enorme presión que cada cual quiso hacer sobre sí mismo, la emoción interior se transparentó en sus caras. Juan balbuceó un saludo cortés. Andrea se limitó a inclinar ligeramente la cabeza, como si se tratase de un desconocido. Pero la viuda no se dejó engañar. Su experiencia del mundo y su malicia adivinaron algo de lo que realmente pasaba y se prometió averiguarlo completamente. Trató, por lo pronto, de que Juan se sentase en una silla próxima. Pero don Vicente había acudido ya y solicitaba venía para llevarse a su sobrino:

—Perdone usted, Amparo. Hay allí unos señores que desean conocer a Juan. Se lo devuelvo a usted pronto.

De pie, junto a una mesita llena de botellas y vasos y de bandejas de dulces, un grupo de hombres bebía y fumaba, charlando alegremente. Eran todos, a excepción de Llorca, que se había unido a ellos, personas formales, más o menos entradas o próximas a la vejez. Don Vicente hizo las presentaciones. Estaban allí el señor Roig, el de los anónimos; don Wenceslao Franchinetti, un médico homeópata de Levantina[37], de origen italiano; Pepe Samper, comerciante de raza, ejemplo vivo de los encumbramientos rápidos a fuerza de laboriosidad y de ingenio, y orador im-

penitente en cuantas ocasiones se ofrecían, y don Ciro, que se había arriesgado a perturbar sus costumbres moderadas, una de cuyas reglas consistía en acostarse a prima noche, sólo por el gusto de ver a Juan. Como no podía menos, éste se convirtió en centro de las conversaciones. Cada cual quiso, en competencia laudable, ilustrar al señor de Uceda respecto de su respectiva persona y de las ideas que profesaba tocante a puntos de trascendencia suma. El señor Roig habló mal de todos los ausentes, como era su costumbre. Franchinetti preguntó a Juan si creía en el espiritismo, aunque de antemano suponía que sí, pues persona «de tanta ilustración», ni podía desconocer las obras de Allan-Kardec[38] y sus continuadores, ni dejar de hacer la debida justicia a doctrina tan admirable. Samper era republicano, pero gubernamental, por lo que solía mantenerse fuera de la política activa, porque «el partido estaba deshecho» y no quería comprometerse sin saber a dónde iba y con quién; pero se desquitaba de esta reserva en la Cámara de Comercio, donde siempre estaba inventando «iniciativas» que paraban, o mejor dicho, que empezaban y concluían en sendos discursos suyos, sembrados de flores retóricas, de palabras mal pronunciadas y de frases hechas, recogidas de los discursos de «don Emilio»[39], que había sido su ídolo, y de los cinco o seis periódicos que leía a diario. Pero, con esto y todo, se veía al momento en él al hombre franco, sencillo y trabajador, que lo mismo tomaba el tren para concertar una venta de géneros en todo sitio que le pareciera a propósito, como desclavaba cajones a la puerta de un almacén, en mangas de camisa y sudando la gota gorda. Eso sí, ni martillo en mano abandonaba sus pujos oratorios; pero vendía que era un contento.

Don Ciro traía un regalo a Juan: una preciosa edición elzevir de Virgilio, que era una joya tipográfica.

—Soy un pobre viejo —le dijo— y ya no puedo ni aun

leer mucho tiempo seguido. Usted, que es hombre de gusto, apreciará este recuerdo que, además, le puede ser grato hojear en esta ocasión. Ahí están las *Geórgicas*. ¿se acuerda?

Y empezó a recitar versos, con una precisión admirable.

—¿Y los pájaros, don Ciro? —preguntó Juan, después de agradecer mucho el obsequio.

—Apenas cazo, amigo mío. Me va faltando la vista. En la caseta de Isolina, donde usted me vio, se está cómodamente; pero también me cuesta trabajo salir y entrar en aquel agujero. Ahora estoy adiestrando en el arte a un sobrinito mío... Pero los chicos son crueles para los pájaros. Tengo siempre el alma en un hilo... Ha de venir usted a ver mi pajarera —siguió el anciano, brillándole los ojos de gusto—. Es muy grande y la tengo bien cuidada. Casi todos son pájaros de otros países. Aquí hay pocos, a no ser gorriones...

—¿No caza usted gorriones?

—No, no. ¿Para qué? No cantan...

—Pero se comen —saltó Samper, que buscaba la manera de terciar en la conversación para apoderarse de Juan y exponerle sus ideas político-económicas.

—¡Dios me libre! —exclamó don Ciro—. Jamás he matado un pájaro, ni sería capaz de comerlo.

—Pues fritos están de primavera. ¿Verdad, don Juan? Algunos he comido yo en la esquina de la plaza de Santa Ana, al lado del teatro...

Franchinetti, que era hombre solemne, mesurado, de pocas palabras y éstas sentenciosas, rabiaba también por atraer nuevamente a Juan, para sondearle en punto al espiritismo. Le parecía imposible que aquel señor tan ilustre no fuese en poco o en mucho espiritista. Mientras espiaba la ocasión oportuna, aparentaba escuchar a Llorca, hacia

quien sentía el más profundo desprecio, por «reaccionario», y con quien solía discutir alguna que otra vez, no muchas, pues ambos eran violentos y se enfadaban pronto. Aquel día Llorca no estaba de humor. Le dominaba el erotismo y hablaba de mujeres, pasando revista a las de la reunión. Cuando llegó a Andrea se expresó en términos calurosos.

—Me gusta mucho esa mujer, mucho. Fíjese usted, don Wenceslao. No cumple ya los treinta, por supuesto; pero ¡qué joven, qué fresca está! Mirándole la cara, cualquiera diría que es una niña. ¡Qué labios más rojos!... ¡Y si viera usted cómo habla!

—¿Mucho, eh? —preguntó el médico con algo de socarronería.

—No, hombre. Habla bien. Revela cultura; algo más que esa pedante de Amparo. Las he traído en mi jardinera, y durante el camino, le digo a usted que daba gusto escucharla.

Desde que había oído el nombre de Andrea en labios de Llorca, Juan no atendía ya ni a Samper, ni a don Ciro, ni a Roig quien, de vez en cuando, soltaba a don Vicente y terciaba en la conversación de los otros. Le molestó mucho que aquel hombre hablase de Andrea. Hubiese querido imponerle silencio, gritarle que nadie más que él, Juan, tenía derecho a ocuparse en aquella mujer. Y arrebatado por unos celos repentinos e insensatos, miraba alternativamente a Andrea y a Llorca, como queriendo sorprender entre ellos algún signo de inteligencia. Llorca advirtió estos movimientos, pero hubo de interpretarlos de manera bien lejana de la realidad.

—¿También a usted le choca la forastera, eh? —dijo en voz baja a Juan—. ¿No es verdad que es muy simpática y que está muy joven? ¿Cuántos años le echaría usted?

—Ninguno. Eso de los años es una descortesía tratán-

dose de señoras —contestó Juan secamente—. Y el ocuparse en ello, también.

Dio media vuelta y salió del grupo, acompañando a don Ciro, que se acercaba a la mesa grande.

Llorca quedó atónito.

—¿Qué mosca le habrá picado a Uceda? —se dijo—. No, pues yo no me quedo con esta en el cuerpo. Ya me llegará la vez y verá don Juan cómo sabe devolver Llorca las groserías.

XXXV

Ni una sola vez miró Andrea hacia donde estaba Juan. Amparo no echó en saco roto esta circunstancia, verdaderamente chocante, porque su amiga hablaba con todo el mundo y aparentaba un humor alegre, bromista, que le hacía cruzar frase de un lado a otro de la mesa.

Cuando se levantaron para marchar al pueblo, donde ya se oían los toques de la dulzaina llamando a las bailadoras, Amparo hizo por encontrarse con Isolina y cuchicheó un momento con ella.

—Me parece que aquí hay misterio —dijo—. ¿Quieres ayudarme a descubrirlo?

—¿De qué se trata?

—¿Te has fijado en Andrea y Juan?

—No. ¿Se han gustado el uno al otro? ¿Hay un caso de amor repentino?

—Más que eso. El uno y el otro han afectado no conocerse. Pero para mí, no es la primera vez que se ven. Procuraré sonsacar a Andrea. Trata tú de hacer hablar a Juan.

—Conformes.

El pacto estaba hecho; y desde aquel instante, Uceda y su antigua amiga iban a ser vigilados estrechamente.

La noche era sin luna, pero despejada y caliente. Las

estrellas brillaban con esa fuerza peculiar de los países levantinos, de ambiente diáfano, que recuerda el brillo traicionero de las noches de helada en Castilla. Don Wenceslao, muy fuerte en astronomía gracias a las frecuentes lecturas de Flammarion[40], halló motivo para repetir, a propósito de la habitabilidad de los mundos, sus tanteos propagandistas, en lo que era infatigable y a prueba de desengaños; pero Juan hurtó el cuerpo hábilmente, y Franchinetti tuvo que contentarse con hablar del asunto a Samper, que era oyente seguro de todos los hombres en quienes reconocía autoridad y ciencia, aunque tomaba luego desquites tremendos.

Juan iba buscando un acompañante que le distrajese poco y a quien pudiese abandonar en el momento oportuno. Su plan consistía en aprovechar la confusión que naturalmente se produciría en la plaza, mal alumbrada y llena de gente, para acercarse a Andrea y tratar de hablarle. Buscó primero a don Ciro; luego acompañó un poco a doña Micaela que, por uno de esos movimientos naturales en todo grupo numeroso, quedó momentáneamente sola; y fue así distanciándose de los hombres que, salvo Cristóbal, Verdú y otros pollos, iban a retaguardia.

A medida que se acercaban al pueblo, aumentaba el número de gentes que de todas partes acudían al baile. Se las oía andar y hablar a larga distancia; y de pronto, al penetrar en el estrecho horizonte que traza la levísima luz nocturna de los campos, destacábanse los bultos como masas informes, negras, que, por lo general, según uso y costumbre tradicionales, pasaban sin dar las buenas noches. Tenía aquel aparecer continuo de hombres y mujeres que, al punto, se sumían de nuevo en la sombra, cierto misterio poético, que convidaba a soñar y a buscar sentido oculto a cosas perfectamente naturales. No obstante su preocupación, Juan llegó a sentir esa impresión misteriosa y poé-

tica que, sin saber por qué, no obstante la alegría que en todos rebosaba, le entristeció, refluyendo sobre su ánimo inquieto. Delante de él, muy cerca, caminaba Andrea, con Eugenia y Amparo. Casi no las veía; pero las oía hablar, volvía a oír aquella voz que, en lo más característico, no había variado de como era en otros tiempos y que sobreexcitaba la evocación del pasado. La reserva de Andrea, negándose a reconocerlo, la juzgaba muy diversamente, según el flujo y reflujo de sus esperanzas y pesimismos. Por un lado, creíala prudente y hasta necesaria para evitar averiguaciones de terceros; por otro, parecíale signo de un profundo rencor o de un desprecio humillante. Sentía con esto más y más vivo el deseo de saber, por fin, a qué atenerse.

Cuando llegaron a la plaza, la animación era grandísima. Los bailadores empezaban a acudir y se reunían hacia el centro, al lado de la dulzaina y el tambor, que seguían tocando rodeados de chiquillos, algunos de los cuales sostenían antorchas encendidas que arrojaban un resplandor rojo y vacilante, proyectando sombras enormes en el suelo y en los muros de las casas próximas. Salvo algunos puestos de dulces, terraos y avellanas, todas las tiendas habían desaparecido y se podía circular más libremente que por el día. En cuanto don Vicente y sus convidados fueron vistos por los del pueblo, empezaron los saludos, acercáronse el alcalde y los demás contertulios de costumbre. El alcalde se empeñó en que fueran a su casa, a sentarse y «a tomar algo». La mayoría prefirió quedarse allí, al aire libre, esperando que comenzase el baile. Juan procuraba mantenerse aislado en la sombra, o trababa conversaciones rápidas, preocupado por su propósito de acercarse a Andrea. Cuando menos creía conseguirlo, un movimiento de la gente, que reculaba para formar el círculo dentro del cual habían de colocarse las parejas, separó a Andrea de sus acompañantes y la llevó al lado de Juan, sin que se diera

cuenta de ello. Él la sintió, pegada a su cuerpo por el empuje de los otros; aspiró el levísimo perfume de violeta que se escapaba de sus vestidos y, al intentar hablarle, un temblor nervioso le hizo vacilar, a la vez que la garganta parecía secársele y dolerle como si se la oprimieran. Fue un instante de orgasmo y de vacilación no más; pero cuando Juan recobró su presencia de ánimo, la ocasión estaba ya perdida. Amparo, a fuerza de codazos, había avanzado hacia ellos y Juan comprendió que toda palabra suya sería imprudencia. Quiso entonces alejarse y la viuda no le dejó. Quería ella carearlos, y suscitó una conversación en que necesariamente tenían que intervenir los dos jóvenes. Fue para ambos un suplicio terrible que, de haber más luz, se les hubiera conocido en la cara; pero Andrea mantuvo su voz serena e indiferente, y Juan, que al principio contestaba con monosílabos, consiguió al fin dominarse.

El baile había empezado. Sonaban las castañuelas acompasadamente, rimando los golpes del tambor sobre los cuales se elevaba la tranquila melodía de la dulzaina, que sólo en algunos compases adquiría cierta animación dentro de su mismo ritmo. Las parejas movíanse con cierta gracia serena, sin descomponerse nunca, ni aún cuando hacían uno de los pasos rápidos, ligeros, que los espectadores jaleaban con gritos. E iban pasando, una tras otra, combinándose dos a dos en ciertos momentos de las antorchas de esparto y brea que se consumían muy deprisa, arrojando chispas brillantes a cada sacudida de los muchachos. Una de las parejas iba vestida con el traje clásico; él, de pantalón corto, negro, chaleco bordado en colores y chaquetilla con botonadura de plata; ella, de falda de seda rameada, delantal finísimo, justillo vistoso, grandes arracadas y alta peineta, que brillaba sobre el moño alto, de un negro intenso. Al verles, pensábase en lo que serían aquellas danzas cuando los aldeanos conservaban íntegros, con sus

costumbres, sus trajes pintorescos, que el siglo XVIII animó con los más luminosos colores y enriqueció con sus sedas y bordados. Ya era poco frecuente el hallar esas supervivencias; y a la vez que el vestido caía en la uniformidad vulgar de los tiempos presentes, el arte de la danza perdíase atropellado por los bailes de salón, menos artísticos y poéticos[41].

Ni Andrea ni Juan gozaron realmente de aquel espectáculo. Uno y otro pensaban en su situación respectiva, violenta y oscura en cuanto a la solución. Andrea había comprendido que Juan buscaba ocasión para hablarle. Al principio, se rebeló contra este propósito. No quería oírle, no. La herida de su alma sangraba aún y le producía oleadas de rencor, que la apartaban de aquel hombre. Luego, sin darse cuenta, fue cediendo a la idea de que Juan se le acercase, halagada, en el fondo de que volviese a ella, de que su recuerdo viviese aún en él y, ganosa, por otro lado, de lanzarle a la cara todas las frases de enojo que se le agolpaban en los labios. Pero estaba resuelta a no hacer por su parte nada para que esto ocurriese. Al revés de Juan, la poesía de los recuerdos no producía en ello un retorno del afecto antiguo, sino del desengaño que le hizo sufrir tan profundamente. El amor propio podía en ella más que nada; y, juntamente con él, la conciencia clarísima de que Juan ya no era, no podía ser, después de tantos años de apartamiento, lo que había sido cuando la ilusión embellecía los sentimientos.

Juan sí; a medida que avanzaban las horas, iba sintiendo que se levantaba más fuerte y avasalladora la poesía de aquel amor, que parecía resucitar en su alma con la energía de antes.

XXXVI

CUANDO terminaron las danzas era ya tarde, y las señoras no quisieron esperar más. Las forasteras deseaban volverse a sus quintas, y aunque alguien indicó que sería curioso ver la fiesta de pólvora, los más se negaron, sobre todo porque sabían lo que era una *cordá*, y con toda razón les infundía respeto.

—Es un espectáculo bárbaro —dijo don Wenceslao—. Disparan cohetes sueltos, y cuando no restallan bien y no hieren o chamuscan a unos cuantos espectadores, éstos gritan que la fiesta no vale nada, que es de salvado en vez de pólvora.

Regresaron, pues, a Ronesa para montar en los coches. Apenas salieron del pueblo, Isolina que había estado observando lo ocurrido durante el baile, creyó la ocasión oportuna para sondear a Juan.

Habíase éste apartado de Andrea, convencido de la inutilidad de sus tentativas mientras Amparo estuviera presente; y caminaba solo, lleno de tristeza y malhumor, desasosegado también por las dificultades mayores que preveía para conseguir al día siguiente lo que era ya para él necesidad imprescindible.

—¿Qué le pasa a usted? —dijo Isolina de buenas a primeras, abordando de frente el asunto.

—Nada —contestó Juan con sequedad que no pudo reprimir.

—¡Ay, amigo mío! —exclamó la solterona, sin darse por ofendida—. No valen coplas. Soy ya vieja y he visto mucho mundo... Vaya, sea usted galante; deme el brazo para no tropezar en este camino que parece una rambla.

Se cogió de Juan, quien formuló entre dientes un cumplido.

—Le he visto a usted de gran charla —siguió Isolina— con Amparo y la forastera. ¿Tendremos amor?... No proteste usted, es inútil. Andrea lo merece (digo Andrea, porque supongo que Amparo...) Es bonita, está en la edad en que dice no sé qué novelista francés que las mujeres llegamos al apogeo, y parece despejada, ingeniosa...

—¡Pero si no hay nada de eso! —interrumpió Juan.

—No vaya usted a creer —repuso Isolina— que lo digo con retintín. Aunque soy de ordinario bromista, ahora hablo de veras. Confieso que esto trastorna algo mis planes. Quería inclinar a usted hacia Blanca; pero Andrea tiene mejor derecho, a título de paisana; porque creo que es paisana de usted.

Juan no esperaba esta salida y se turbó un poco.

—Sí... no sé... En el acento, parece.

—No, no; lo es, me consta. Se lo oí ayer a Amparo cuando me dio la noticia de su llegada. La encontró en Levantina con su madre y una hermana menor. Son amigas antiguas y llevaban ya muchos años sin verse. Amparo se las ha traído a su huerta; pero la madre y la hermana no han querido venir a Villamar. Son gente huraña y de poco humor...Andrea es de otro modo; y como Amparo también es alegre y no se para en barras, se vino con ésta y dejó a las otras con la beata de la hija. ¡Se habrán divertido!... Conque, ya ve usted si sé cosas de ellas.

—Perfectamente; pero aun siendo paisanas mías, no veo la necesidad...

—¡Hombre! necesidad, claro que no. Pero siempre hay mayores simpatías por los paisanos; y como los recuerdos de juventud suelen jugar en estas cosas y embellecerlas...

—¿Recuerdos? —exclamó Juan poniéndose en guardia, porque temió haberse descubierto con alguna imprudencia.

—Recuerdos digo —insistió Isolina mirando fijamente a su acompañante, para ver si sorprendía algún gesto o expresión denunciadores en su cara—. Lo más seguro es que usted tuviera novia en su pueblo, o en uno de las cercanías. Aquello acabó, como casi siempre acaban los amores primerizos. Pero queda la buena memoria, ¿no es verdad que queda? Y esa buena memoria sirve para lo futuro, aunque la persona sea distinta. Así, pongo por caso, pues a él vengo refiriéndome, Andrea no fue novia de usted en la juventud...

—No, no. ¿Cómo se le ocurre a usted? —interrumpió Juan con precipitación que a Isolina le pareció sospechosa.

—Tenga calma, hombre, y déjeme terminar el argumento. Andrea no fue novia de usted; pero como es paisana de la que ocupó ese sitio, habla como hablaba ella, o parecidamente, y hasta tiene los rasgos generales que, supongo yo, distinguirán a las aragonesas del Sur, resulta que posee más probabilidades que nadie de interesar a usted.

Salvo su interrupción de antes, Juan había sabido reprimirse y ocultar la emoción mezclada de disgusto que aquellas averiguaciones de Isolina le producían. Comprendió que trataba de sonsacar la verdad, tal vez sobre la base de alguna indiscreción cometida por él y advertida por la solterona. Puso por esto mayor empeño en cerrarse; pero su irritación iba aumentando y le ponía a dos dedos de cometer una descortesía. Venciéndose con un esfuerzo gran-

de, echó a broma el asunto y procuró suscitar otros. Isolina, que era mujer de mucha correa, le siguió por este camino, aparentando olvidar lo hablado; pero cuando, al llegar a Ronesa, se separaron para la marcha, le dijo, como previniéndole que no estaba convencida:

—Otro día hablaremos de Andrea. Por hoy no insisto. Veo que no hay quien le saque a usted ahora una palabra del cuerpo... Pero, ¡mucho ojo con Amparo! Es mala castellana para dejarse sorprender, y más valdría, si usted se decide, tenerla por aliada.

—No será necesario, créalo usted —contestó Juan, procurando sonreírse. Pero, en el fondo, esta advertencia de Isolina, que confirmaba sus temores, le turbó hondamente.

Amparo no dejó tampoco de inquietarle, con toda intención, al despedirse.

—Tiene usted que venir por mi casa —le dijo—. Hemos de discutir en serio nuestras ideas; y si no es usted remolón, podrá también ver a sus paisanas y recordar el terruño. ¿No es verdad, Andrea?

Disponíase ésta a montar en el carruaje, esquivando la despedida directa con Juan. La pregunta de Amparo le obligó a detenerse un momento, vacilante, pero sin volver la cara. Comprendió que era preciso contestar algo, para no favorecer más las sospechas de su amiga que en la escena del baile había traslucido, con esa intuición rápida que las mujeres tienen para penetrarse las intenciones. Su estado de ánimo no era, sin embargo, propicio a una disimulación perfecta, de las que hacen dudar aun a los más perspicaces. Contestó, pues, vulgarmente, dejando adivinar la precipitación y la inquietud:

—Sí, sí. Con mucho gusto.

Uno tras otro partieron los carruajes, amortiguando con el ruido de su marcha las voces con que se despedían por última vez los que se iban y los que quedaban en Ronesa.

La explanada quedó silenciosa, oscura, produciendo, por contraste del bullicio que acababa de cesar, una sensación de vacío entristecedora. Todavía permaneció Juan unos minutos absorto, con la vista perdida, escuchando el tintineo de los cascabeles que sonaban ya lejos, en la carretera. A tiempo que se perdían por la distancia, restallaron, formidables, los primeros cohetes en la plaza del pueblo.

XXXVII

CONTRA lo que esperaba, Juan durmió bastantes horas aquella noche. Su preocupación se tradujo en ensueños continuos, todos ellos optimistas y halagadores, por una reversión a los tiempos pasados que oscurecía toda las impresiones del presente. Cuando despertó, sintióse fortalecido en las ilusiones que desde el primer instante le habían provocado los recuerdos. No se preguntaba siquiera si, realmente, el amor volvía a retoñar con toda la fuerza de un sentimiento nacido en la juventud y despertado en los momentos más críticos para el hombre: cuando apenas se atreve ya a llamarse joven y ve el fin próximo de esta edad de la vida. Dejábase arrastrar sin resistencia por el encanto intelectual del recuerdo mismo, cediendo a su poesía, engañadora las más de las veces, concediéndole mayor virtualidad de la que tiene en rigor, y afanosa por agotar el proceso entero de sus consecuciones. Sin comprender que fuese así, en el fondo lo que sentía Juan era la impaciencia, tan frecuente en los jóvenes, de experimentar sus deseos, de probarlos en la realidad y en la práctica, antes de estar seguro de su consistencia y de su valor; era el afán de la acción, que se sobrepone a todo en la juventud y que explica muchos de los fracasos de ésta.

Puesto ya en semejante tensión, Juan rechazó los escrúpulos y miedos del día antes. Era preciso ver a Andrea,

de cualquier modo, fuese como fuese, y tener con ella una explicación a solas. No le importaba ya que se enterasen Isolina, Amparo, el mundo entero. Lo importante era verla, hablarla, no sabía bien en qué medida y con qué criterio, porque todo intento de plan se le desvanecía apenas formado, en una vaguedad de pensamiento irreductible; pero hablarle de su amor, de la felicidad gozada, haciendo revivir el tiempo pasado. El resultado de esta conversación no le preocupaba ni aun podía pensar en él, no estando cierto de su propia actitud. Iba a la ventura, fiando en las consecuencias naturales de los hechos tal como la visión del pasado se los hacía ver; apeteciendo por lo pronto, únicamente, la entrevista, la emoción turbadora de hallarse de nuevo frente a frente de aquella mujer que había sido todo su encanto en un período imborrable de la vida. Había perdido toda su prudencia, la discreción que siempre guiaba sus actos. Quería satisfacer su deseo del momento; quería dar rienda suelta al ensueño poético que le embargaba; y este querer, enérgico, brioso, incontrastable, se sobreponía a toda reserva reflexiva. Aun teniendo seguridad de su fracaso, hubiese ido. La inquietud de su alma empujábale, con el señuelo de un reposo inasequible de otra manera, al cumplimiento de lo que apetecía.

Sin decir nada a nadie, apenas almorzó encaminóse Juan hacia la quinta de Amparo, lindante con la de Isolina. Según el tipo común de las haciendas de Levante, la de la viuda consistía en una casa habitación para el dueño; otra pequeña, para los caseros; un jardincito cerrado por muros y cañizo, y tierras de labor no muy numerosas (porque el desgobierno de Amparo había ido disminuyéndolas poco a poco) y sin más separación con las vecinas que las acequias de riego o los márgenes de tierra apisonada con el azadón. Por uno de sus lados, esta parte de la hacienda venía a lindar con el bosque de pinos pertenecientes a Iso-

lina. Pensó Juan que éste sería el mejor punto para acercarse a la casa de Amparo y espiar las entradas y salidas de los que la habitaban. Su deseo de ver a Andrea era tan vivo, que se le convertía en esperanza de que ella saliese de paseo, sola, de manera que él pudiese hablarla con toda comodidad. Recostóse en el tronco de un árbol, que le ocultaba en gran parte, y esperó. La mañana era fresca, algo nubosa, con rápidos contrastes de sombra y de luz, de tonos grises y desgarraduras azules en el cielo. El campo amarilleaba, en unos sitios por bajo de los árboles que iban perdiendo la hoja, dibujando en negro hasta los perfiles más finos del ramaje; en otros, los terrones removidos y las superficies resquebrajadas del barbecho y las rastrojeras tomaban un tono oscuro, que contribuía a producir esa sensación de tristeza amable, característica del otoño y propicia a la meditación. En medio de la nota gris dominante, el verde blancuzo de los olivos parecía haber ganado en intensidad, y el grupo de los pinos adquiría un relieve enorme en su verdor aterciopelado.

No necesitaba Juan de estas excitaciones para entrar en sí mismo, ni aun se daba cuenta de ellas. Vivía entonces exclusivamente para una idea que, según iba pasando el tiempo, se adueñaba de él más y más, excitada por la impaciencia de la espera que es, como el insomnio, una gran removedora del pensamiento. Los minutos pasaban, lentos, perezoso, llenos de sobresaltos, porque de continuo creía oír Juan pasos y voces que se acercaban. Hacía unas veces por dominarse, deteniendo el movimiento espontáneo que le llevaba a mirar afanoso hacia el mismo sitio donde poco antes había mirado, diciéndose que no habría nada, que aquellos ruidos eran pura figuración de su deseo; otras veces cedía al afán y buscaba ansioso, dando forma a sus imaginaciones sobre la base de un accidente cualquiera del terreno, de un revuelo de hojas, de una ven-

tana que se abría, haciendo brillar los cristales. Y como pasa siempre que domina la inquietud, traduciéndose en movimientos continuos, febriles, le sorprendió de pronto la aparición de alguien que llegaba ya muy cerca sin que Juan lo hubiese advertido. Pero no era Andrea, sino Isolina, que avanzaba sonriendo, con aire de triunfo.

—¡Tengo yo unas corazonadas! —dijo alargando la mano a Juan—. Desde anoche estoy viéndole a usted venir... He soñado con ello.

—No creí que le preocuparía a usted tanto —contestó Juan no sabiendo todavía cómo tomar la cosa.

—¡Ay, amigo! Olvidaba usted el gran vicio, o lo que sea, de las mujeres: la curiosidad.

—Pero curiosidad, ¿de qué?

—¿Todavía se empeña usted en hacerse el bobo?... Vaya; juguemos a cartas descubiertas... y véngase un poco más acá que no nos vean desde casa de Amparo. Usted viene por Andrea. ¿No?

—Sí —dijo resueltamente Juan, comprendiendo que con Isolina era mejor ser franco desde luego.

—¡Gracias a Dios, hombre! Así me gusta. Le confieso a usted que tengo el flaco de las confidencias. Debe ser cosa de la edad y de la soltería —exclamó ella recobrando el tono alegre y burlón que era su preferido—. Pero no voy a ser exigente. El tiempo apremia y necesita usted andar listo.

—¿Y eso? —preguntó Juan algo alarmado.

—Una mala noticia. Acabo de saberla por una criada de Amparo. Se marchan hoy mismo.

—¡Se marchan!

—Ni más ni menos, y usted debe saber por qué. Me figuro que en todo esto hay algo muy complicado y curioso. Ya me lo dirá usted otro día. Ahora cumplo mi deber de amistad avisándole. Precisamente le vi a usted venir hacia

el bosque desde la ventana del comedor, en el momento en que acababa de saber eso que digo.

La noticia había sorprendido mucho a Juan, y con la sorpresa, germinaba en su espíritu una sorda irritación contra aquella mujer que le huía; contra Isolina que se mezclaba en cosas ajenas, y contra sí mismo, que tan ridículamente se ofrecía como pasto a la curiosidad de las gentes. Dio algunos pasos sobre la alfombra escurridiza de hojas secas y se paró de nuevo, mirando vagamente hacia la copa de los árboles.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó Isolina.

—No sé, señora. Presumo que nada, que no podré hablar con Andrea.

—¿Quién sabe?... ¿Por qué no va usted a casa de Amparo?

—No, eso no. De ningún modo.

—¡Entonces! ¡Como no haga usted salir a Andrea al balcón por medio de una mandolinata, como los trovadores de teatro! Pero eso tiene el peligro de que se entere el público.

Juan callaba, cada vez más contrariado.

—¿Cuándo marchan? —preguntó al fin.

—Creo que esta tarde, después de comer, para ganar el tren mixto de la noche. Supongo que Amparo hará su escapada para contarme pormenores.

Hubo un nuevo silencio, que Isolina cortó de pronto, diciendo a Juan en voz baja:

—Ocúltese tras ese tronco si no quiere que le vean. Amparo acaba de salir de la casa. ¡Si conoceré yo a la gente! Por fortuna, toma por otro camino, para entrar por la puerta del jardín. Creo hacerle a usted un favor marchándome... Adiós, y buena suerte.

Se echó a reír, y alargó la mano a Juan, diciendo:

—No me guardará usted rencor porque haya descubierto su secreto ¿eh?

—Todo lo contrario —contestó Juan.

Y en efecto, la irritación que había comenzado a sentir hacia aquella mujer que así se mezclaba en sus asuntos más íntimos, fundíase al calor de la franqueza afectuosa con que Isolina se hacía perdonar todos sus actos.

XXXVIII

Como un náufrago que se coge al primer objeto que flota a su alcance, Juan se cogió a la coyuntura que se le presentaba y trazó rápidamente su plan, decidido a jugar el todo por el todo.

Dio tiempo a que Amparo entrase en el jardín de Isolina, y a campo travieso se dirigió rápidamente a la casa de la viuda. Según avanzaba, iba sintiéndose más y más agitado, tembloroso. Nadie que lo hubiera visto entonces hubiera reconocido en él al antiguo luchador, que se crecía en los combates y en los momentos difíciles. Esquivó la fachada principal, desde donde le hubiesen descubierto enseguida, y se acercó a una de las laterales, para dar vuelta al edificio, esperanzado de hallar a Andrea en alguna de las ventanas. Pero apenas había caminado unos pasos, cuando la vio avanzar hacia el jardín, cuya cerca comenzaba a la derecha de la casa. Se ocultó prontamente tras la esquina, para dejarla que pasase. Vaciló un momento. Su deseo y la seguridad que tenía de lo fugaz de aquella ocasión, luchaban en él con los restos de su prudencia. Se decidió al fin por rodear el muro, buscando una puertecilla de escape, menos abierta a las miradas de la gente que la entrada principal.

—Es posible que la haya —se dijo— o tal vez el muro no cierra por completo.

La puertecilla no existía; pero sí un trozo de encañizada fija, que terminaba con una cancilla movible. Entró. El jardín era pequeño, medio francés, con su boj recortado y su rocalla, y medio parque, de árboles frutales y macizos de flores. Vislumbró al punto el vestido claro de Andrea, que asomaba tras un rosal de flor tardía. Con ese instinto que da el peligro, dio Juan un rodeo para cortarle la retirada hacia la casa, y avanzó trémulo y demudado. Andrea lo vio cuando ya estaba muy próximo. Dio un grito y dejó caer las rosas que acababa de cortar.

Sin atreverse a hablar, Juan permaneció un momento contemplándola. Conservaba los rasgos de su cara de niña; pero el cuerpo había adquirido la plenitud que los años suelen traer consigo a las solteras, comunicándole cierta seriedad imponente, una hermosura sazonada que rompía las imágenes del pasado, desconcertando los recuerdos por la presencia de algo nuevo que no parecía de ella, de la Andrea de las ilusiones juveniles. El día antes, Juan no se había hecho bien cargo de esta mudanza. Ahora sí, la veía claramente, acusada por la luz cruda del sol que, triunfando de las nubes, subía esplendoroso al cenit. Pero lo que más le impresionó fue el aire de tristeza, más que de tristeza de amargura y desencanto, que los ojos de Andrea, sombreados de azul, tenían, y la dureza del gesto con que contrajo la boca.

Pero fue ella la primera que habló, con tono seco, que acentuaba el timbre ronco de su voz.

—¿Qué quieres? —dijo.

—¡Qué quiero! —contestó él—. ¿Y me lo preguntas? Quiero sincerarme y ver si todavía hallan eco en ti las palabras que en otro tiempo respondían a sentimientos muy hondos, tuyos y míos.

Movió ella la cabeza, negando.

—¡Es tarde! —dijo—. ¡Llegas muy tarde!

—¡Si supieras! —siguió Juan—. Lo que tú creíste abandono, fue sacrificio hecho por amor a ti. Quise que. tú a lo menos te salvaras del naufragio de mi vida, en momentos en que me creí perdido para siempre... ¡También he sufrido yo, y mis horas amargas han sido muchas!

De nuevo movió Andrea la cabeza, negando.

—No. Si hubiese sufrido de veras, como yo, con sufrimiento que avivaba cada vez más el recuerdo de lo perdido, hubiese vuelto a mí... ¿Crees que no sé tu historia? La he seguido paso a paso, día tras día. No has dicho un palabra, no has escrito un renglón, no has realizado un acto, que yo no los haya sabido, porque, a pesar de todo, mi corazón iba tras de ti y necesitaba llenarse de tu vida para no morirse... Yo tenía fe en ti, más fe que tú mismo. Sabía que la victoria sería tuya, al cabo. Y no me engañé... ¿Quieres que te lo confiese todo? Lo diré, puesto que esta ha de ser la vez última que nos veamos. Conservaba, muy escondida, una esperanza de que el triunfo, devolviéndote la confianza en ti propio y en la vida, te traería el arrepentimiento de la iniquidad que cometiste conmigo, resucitando las ilusiones de nuestros años de felicidad... No protestes. Acepto la explicación que has indicado. Es lo mismo y, por mejor decir, es peor. Si te apartaste de mí a la fuerza, con sacrificio, ¿cómo no quedó en tu alma calor bastante para deshacer lo hecho y recuperar lo que habías abandonado?

Calló Andrea, fatigada por aquel arranque en que había puesto todo el vigor de su espíritu, toda su indignación que, exaltada, rebosaba de adentro. Su voz, cada vez más agria y dura, se había hecho silbante a la postre, como si azotara el rostro de Juan. Palpitábale el pecho, agitado, y su rostro, pálido de ordinario, al colorearse por el esfuerzo tomó una expresión de belleza maligna que aterraba.

Comprendió Juan lo falso de su situación.

—Pero ahora —dijo queriendo despertar nuevas ideas—, puesto que vuelvo a ti, arrepentido, dispuesto a renovar las cosas que fueron...

—¡Cómo te engañas! —interrumpió ella, y en su voz había ahora un tono de lástima, de conmiseración hacia las ilusiones de Juan—. Esas cosas no vuelven, no resucitan, cuando han muerto a impulsos de la frialdad y del desengaño. ¿Crees posible que yo tenga en ti la confianza que tuve en otro tiempo? ¿Crees que nos vamos a entender como nos entendíamos cuando el amor era para nosotros una realidad sin mancha y sin fin concebible...? Nada hay capaz de cerrarme la herida por donde se ha ido toda la credulidad, toda la poesía de mi alma. Es una herida ya vieja, incurable. Ha estado abierta demasiados años. Ni puedo quererte, ni puedo estimarte... Y aunque te quisiera, aunque yo también hiciese un sacrificio, no por ti, por la ilusión de lo pasado, que vale más que tú, aunque ahogase por completo la voz de mi desconfianza, no podríamos ya ser felices, porque hemos vivido alejados demasiado tiempo, durante el cual cada uno de nosotros ha seguido camino distinto quizá en todo, y ¡quién sabe hasta dónde serán divergentes nuestros modos de ver la vida!

Avanzó un paso hacia él, como si quisiera que sus palabras le impresionaran más directamente.

—Ya no soy —dijo— aquella cuyo espíritu tú formaste con tus palabras, con tu ejemplo, con tu dirección. Ya no soy como tú querías que fuese para ti, para que nos compenetrásemos, para que nos entendiésemos. Tu obra, a medio hacer, ha recibido ya impulsos muy diferentes. Es seguro que no te satisfaría; pero tampoco tú a mí. Aparte de tu traición, de tu abandono, hay muchas cosas en tu vida de tantos años que no sé, porque son de las que se ocultan, y tengo miedo de saberlas, hasta de figurármelas. Sería inútil que me jurases una y mil veces. Siempre me queda-

ría el temor de que no dijeses verdad y viviría esclava de él. Cuando estabas a mi lado, sabía que eras mío. Después...

Se detuvo, indecisa. Parecía querer seguir hablando para acentuar su pensamiento, para pintar todo el horror que a su corazón causaba aquel pasado desconocido, en que la conducta de Juan para con ella autorizaba todos los supuestos que más hieren el amor propio y la delicadeza de una mujer pura. Sus labios se movieron como si murmurasen algo. Pero, de pronto, retrocedió y huyó locamente en derechura a la puerta del jardín. Antes de que Juan, sobrecogido por aquel acto y por las razones que le precedieron hubiese podido intentar detenerla, había desaparecido.

XXXIX

Lo primero que se le ocurrió a Juan, apenas pudo pensar en algo, fue escapar de aquel sitio y eludir el encuentro con Isolina que, seguramente, estaría espiando el momento de verle reaparecer en el pinar o en el camino. Tomó a campo travieso, alejándose de las casas, sin saber a dónde iba, ganoso de verse solo y de analizar el desconsuelo profundo que las palabras de Andrea le habían producido. Dos o tres veces intentó detenerse y tomar asiento al pie de un árbol, sobre un margen o una piedra; pero mirando hacia atrás, le parecieron aún muy próximas las casas, muy insegura la probabilidad de librarse de Isolina o de Amparo. Anduvo mucho tiempo, quizá una hora, y de pronto halló cortado el paso por el río, cuyo cauce aparecía allí encajonado y profundo, en una gran cortadura del terreno, de paredes poco accesibles. Buscó Juan con la mirada sitio por donde bajar y halló al fin una depresión de la altura, que parecía indicar una senda. Lo era, aunque resbaladiza y muy pendiente; pero Juan se decidió a seguirla, porque le apeteció aquel sitio solitario y salvaje, invisible para los que anduviesen por la llanura. Bajó. El cauce era estrecho y mostraba descubierta la capa de caliza, que las arroyadas[42] habían lavado y pulido, año tras año. Un hilo de agua corría por en medio, en una canal estrecha cortada por escalones, en los que resonaba dulcemen-

te aquel residuo de las últimas avenidas; y algunos metros más allá, recogíase en una hoya más ancha que profunda, que llevaba señales de servir de lavadero a las mujeres del contorno, por la espuma de jabón que la bordeaba en algunos sitios.

Sentóse Juan en un resalto de la peña sombreado por la altura más próxima, que parecía querer desplomarse, y dióse a pensar en su entrevista con Andrea. Las palabras de ésta resonaban aún en los oídos, repitiéndose una y otra vez como si golpeasen para penetrar profundamente en el cerebro. Sentíase vencido por la lógica de aquellas razones con que Andrea había probado, más que lo justo de su resentimiento, la imposibilidad de restaurar una relación cuyas bases más íntimas habían ido quebrantando profundamente el desengaño, la ausencia, la disparidad de direcciones en la vida y el frío mortal del tiempo, que todo lo aniquila y disuelve. La pérdida absoluta de su influencia sobre Andrea; la desaparición de aquel afecto apasionado que Juan vio nacer en ella y a cuyo crecimiento asistió día tras día, gozándose en el despertar de un corazón virgen por obra suya y a impulsos de su cariño; el reflexivo desprecio que se transparentaba por bajo de las palabras todas de una mujer para quien él había sido durante años la suprema creencia, el director y guía indiscutible: todo ello le llegaba al fondo del alma, haciéndole sentir una amargura inmensa, mezclada con las tristuras del arrepentimiento por la parte de culpa que le correspondía. Pero con ser muy grande el desconsuelo que de aquí provenía, aún era mayor, más hondo y más irreparable, el del convencimiento que en sí mismo se había producido, de golpe, por el solo efecto de aquellas razones con que Andrea quiso cerrar el camino a toda esperanza, de que el hermoso sueño de restaurar las cosas de la juventud era un puro lirismo, una ilusión forjada por la poesía de la memoria, cuyo privilegio

de suprimir el tiempo necesariamente tenía que estrellarse contra las condiciones irreductibles de la realidad. Ese, ese era el punto más doloroso de un dolor profundo y sincero. A medida que hablaba Andrea, había ido sintiendo Juan que, una tras otra, caían las paredes del fantástico edificio que su exaltación forjó, trabajando sobre sí misma, en el ímpetu de sus creaciones irreflexivas; había ido comprendiendo que, aunque Andrea participara de sus ilusiones, lo que él pretendía era imposible, porque mediaba solución de continuidad en ambas vidas, porque el vacío, la cortadura que muchos años habían puesto entre ellas, les impedía ya acercarse y entenderse como si hubieran seguido juntas, paralelas, la marcha que juntas comenzaron; se había convencido en fin, de que tampoco él, pasadas las burbujas de aquella embriaguez ideal que le arrastró, hubiera hallado en Andrea la mujer que soñaba, es decir, la mujer de veinte años, tal como la amó y como la veía aún en la magia de los recuerdos, y de que era precisa otra adaptación, otro esfuerzo, más grande que el primero porque le faltaría la savia de la juventud, para que casasen nueva y realmente aquellos dos espíritus, esfuerzo cuyo fracaso casi seguro había de poner miedo en quien mirase estas cosas con la seriedad que pide lo que lleva consigo la felicidad de toda la vida. Y esa impotencia de la ilusión para rehacer lo real; ese engaño de la fantasía, que le recordaba tantos otros de su vida pública; esa derrota del poder del recuerdo en que él había creído tan firmemente durante algunas horas, le herían en lo más hondo de su amor propio y de sus confianzas ideales, le arrojaban a la cara su ligereza y la condición impaciente de su voluntad, y le sumían de nuevo en aquellos temores, que ya más de una vez le habían asaltado en poco tiempo, de no poder reducir las cualidades de su espíritu, causantes del desasosiego y la fiebre cuya curación buscó y le pareció haber encontrado en Villamar.

Desconcertado, desconfiado de sí mismo, temeroso del porvenir, Juan se humilló ante la lección recibida; y en el fondo de su alma se renovaron las hieles que más de una vez, en horas de desaliento, cuando se creyó vencido y rechazado por todos, le habían traído terribles amarguras, que nunca recordaba sin estremecerse y que creía imposibles de renovar. Parecía como si su vida reculase, repitiendo, tras las dichas amorosas, las miserias de los días tristes, que arrastraron consigo todas las esperanzas. Los recuerdos, que no habían podido proyectarse en nuevas creaciones reales cuando les animaba el soplo de la poesía, convertíanse ahora en la efectividad de un sufrimiento doblemente doloroso, porque en él se juntaban el desengaño presente con las tristezas pretéritas, redivivas. De nuevo experimentó Juan aquella sensación de aplanamiento y rendición invencibles que apocaron su espíritu y le hicieron renegar de la acción, llevándole a buscar en la pasividad, en la renuncia a la vida activa, un consuelo que parecía huir de él cuando más seguro creía estar de haberlo conquistado.

XL

Al llegar la hora de comer, Juan no había aún regresado a Ronesa. Al principio, nadie dio importancia a este retraso; pero a medida que el tiempo pasaba, surgía en todos una inquietud especial, que no se atrevían a confesarse, pero que les llevaba irremisiblemente a las más graves suposiciones. Varias veces estuvo don Vicente a punto de ordenar al jardinero y a otros hombres que trabajaban en las tierras, que salieran en busca de Juan; pero se contuvo por miedo a la chismografía campesina, fácilmente exaltable por la menor causa.

Por fin, y a media tarde, Juan apareció. Venía pálido, decaído, andando lentamente; pero con el firme propósito de ocultar las causas de su ausencia.

—No es nada, no ha pasado nada —contestó a las preguntas con que le asaltaron todos los de la familia—. Paseando, me alejé mucho sin darme cuenta de lo que andaba ni del tiempo que transcurría, hasta que el cansancio me rindió. Entonces preferí descansar a doblar la fatiga; y me encontraba tan bien, tan tranquilo tumbado en tierra, a la sombra, que las horas se me han pasado sin sentir.

—¡Pero estás muy pálido! —dijo doña Micaela.

—Naturalmente, tía; es el hambre. Supongo que algo habrán ustedes dejado para mí, aunque ha pasado la hora de comer.

El tono festivo con que Juan hizo esta réplica, disipó la preocupación de todos y no se habló más del asunto.

Al día siguiente, Juan salió muy poco de su habitación. Había pasado la noche intranquilo, durmiendo a ratos, a ratos leyendo para ocupar su atención y sustraerse a las preocupaciones que amenazaban adueñarse de él por completo. Pero éstas eran superiores a todos los esfuerzos de la voluntad y se impusieron al ánimo, comunicándole una melancolía a la que Juan se entregó, rendido, hallando cierta complacencia en aquel estado de abatimiento, preferible, después de todo, a las exaltaciones de otras veces. Como de costumbre en casos tales, buscó el aislamiento, creyendo que en él, descartadas las excitaciones de la relación social, era más fácil restablecer el equilibrio del espíritu. Pero el golpe había sido demasiado fuerte; y la soledad sólo trajo consigo una meditación más continua y profunda, una insistencia en las mismas ideas que, bajo mil aspectos, reaparecían constantemente, haciendo que la imaginación se consumiera en aquella labor monótona, en que no se renovaban las excitaciones.

La conciencia del peligro que había en esto llevó de nuevo a Juan al campo, a repetir aquellos paseos de los primeros días en que procuraba abandonarse a la influencia del medio ambiente, para que éste le librase de la esclavitud de sí propio. Pero la naturaleza no ejercía ya sobre él más que un escasísimo dominio. Los mismos espectáculos que antes le conmovían y reposaban, le eran ahora indiferentes, se ofrecían a sus ojos sin despertar eco alguno en el alma. Era como si no los viese. La atención, ocupada en contemplar las preocupaciones interiores, volvía la espalda a las imágenes de afuera y las dejaba infructíferas, en los linderos de la impresión; y si las miraba y parecía dejarse arrastrar por ellas, era por poco tiempo y para

volver, como con añoranza, al tema absorbente que había abandonado.

La imagen de Andrea constituía el centro de aquellas preocupaciones, renovándose una y otra vez, siempre severa, acusadora, implacable para con el pobre soñador que se había dejado engañar por la poesía de los recuerdos; y cuanto más trataba de ahuyentarla Juan, más le perseguía y obsesionaba. El efecto de esta constante tensión de espíritu iba siendo el de cambiar poco a poco el estado de ánimo de Uceda.

El abatimiento, la depresión en que se había traducido primeramente el choque con la realidad, duraron dos días, sin alteración sensible; pero luego fue apuntando un comienzo de reacción que llevaba rápidamente a la protesta, a la no resignación con el daño sufrido, a rebelarse contra la fuerza misma de los hechos, sin reconocerla como invencible. La melancolía pasiva se trocó en exaltación, que aumentaba de momento en momento, reforzada mentalmente por el reflejo de sí misma, tomando proporciones gigantes e impeliendo el espíritu hacia todos los arrebatos; y así experimentó Juan la inquietud que deriva de la meditación a solas, sin nuevos excitantes exteriores que la expliquen, por propia idiosincrasia de espíritu.

XLI

Al volver Juan, ya anochecido, de uno de sus paseos solitarios, con la irritación de lo invencible de su inquietud, doña Micaela le llamó aparte y se encerró con él en la sala.

—Noto en ti —le dijo, de buenas a primeras— una preocupación que no sabría explicarme. Tu tío y yo hemos hablado de ello varias veces; pero ahora creo ya saber cuál es la causa. Isolina ha estado aquí.

—Era de esperar —interrumpió él bruscamente—. ¿No le basta con haberse mezclado en mis asuntos sin que yo la llamase y aun quiere averiguar más de ellos?

—Eres injusto —replicó la tía—. Isolina te aprecia. Ha sorprendido, sin querer, un secreto y le preocupa mucho el desenlance de una acción que presume muy confusamente.

—¿Qué más le da a ella? —exclamó Juan—. Nada puede hacer en obsequio mío, y no me encuentro con ganas de satisfacer su curiosidad ni la de Amparo.

—Conforme —insistió doña Micaela, en quien el tono agrio de las contestaciones de su sobrino excitaban más y más su interés cariñoso, ganosa de consolar y reducir el disgusto que adivinaba tras aquellas manifestaciones—. Pero no se trata de ella, sino de ti, de lo que te ha pasado y de mis deseos de serte útil. Si el afecto de esta pobre vieja

no te sirve en momentos de tribulación, ¿cuándo tendrá mejor empleo?

Juan se sintió conmovido por aquella dulzura que así respondía a sus brusquedades.

—Perdone usted, tía —dijo—. Estoy nervioso, no sé contenerme. Habré dicho algo que no esté bien, que la moleste a usted.

—No, hijo mío, a mí no me molesta nada. Si precisamente te he llamado para oirte, para darme cuenta del mal que sufres; y cuanto más sinceramente hables será mejor para que yo sepa hasta qué punto es grave lo que te preocupa.

—Por desgracia, tía —afirmó Juan con cierto dejo de tristeza—, nada puede usted hacer en mi obsequio. No lo puedo yo mismo, no lo puede nadie; porque lo que ha sucedido es lo que tenía que suceder, forzosamente.

—¿Has hablado con Andrea? —preguntó la anciana, yendo derechamente al asunto.

—Sí —contestó Juan. Y de pronto, sintió un deseo potente, avasallador, de contar su historia, de descargar en una confianza plena, íntima, todo lo que le pesaba interiormente, lo que quizá le ahogaba por no darle salida, para que alguien le ayudase a sobrellevarlo.

Con la perspicacia que da la experiencia, doña Micaela advirtió al punto este cambio en la disposición de su sobrino; y ayudó a que se cumpliese, con halagos que en ella eran sinceros, hijos de su noble afán de ayuda. En aquel instante animábanla, no sólo la natural inclinación afectuosa y dulce de su espíritu, sino el supremo interés de los Uceda, representados entonces por Juan, cuya situación recrudecía en la anciana el culto sagrado del apellido, la solidaridad de todos los que procedían del tronco común.

Juan habló largamente, sin reservas, poniendo al descubierto lo más íntimo de su alma, renovando la alegría

de sus tristezas que, efectivamente, tomaban, a impulsos de su exaltación, cualidades líricas, hinchando el sentimiento en alas de una facundia que no era sino otra manifestación de la inquietud imaginativa de su espíritu. Doña Micaela le escuchaba, asombrada. Su carácter apacible, sencillo, en que las impresiones se dibujaban siempre con gran fidelidad, sin abultamientos, o en todo caso, suavizadas las líneas y apagados los choques, no acertaba a comprender aquella ampliación enorme con que repercutían en el ánimo de Juan y se mostraban a los ojos de éste. Veía, claro es, en el fondo de la narración, una desgracia indudable, de las que imprimen honda huella en la vida; una equivocación de las que ya no pueden corregirse y dejan en la memoria una perenne gotita de hiel, una herida que, de vez en cuando, vuelve a abrirse y molesta con sus dolores; pero todo ello resolvíase en su ánimo, poco accesible al drama, en melancolías pasajeras, en resignaciones tranquilas que no embarazaban para nada el curso normal y ordinario del vivir. Todas aquellas exaltaciones de su sobrino parecíanle cosas de pura imaginación, que sólo se producen en el cerebro de los hombres atormentados por una labor intelectual continua. Así es que, cuanto más avanzaba Juan en su confesión y más alta y sentida era la queja por sus dolores, más se serenaba doña Micaela, segura de que era fácil reducir aquella exageración desprovista de fundamento, a su entender. Casi estuvo a punto de reírse, interiormente, de la tristeza de su sobrino, que a ella le parecía algo melodramática.

—No le dura veinticuatro horas más —pensó—. Es una nube de verano, que aparenta mucho y dura poco.

Pero, a la vez comprendió que no convenía chocar de frente con la exaltación que Juan revelaba.

—Si le digo todo lo que pienso, es capaz de creer que

no le hago caso. Suavicemos un poco, con bálsamo de cariño, y el tiempo hará lo demás.

Acertó por de pronto en cuanto al remedio. La misma naturaleza afectiva del desengaño que a Juan atormentaba, hacíale muy sensible a toda aplicación del cariño, a la manera suave, maternal, que su tía empleaba, con la doble experiencia que dan los hijos y los años. Por otra parte y sin que Juan se diera cuenta, la confesión le había desahogado y parecían dolerle menos las mismas cosas que antes le atosigaban. Confiadas ya, salidas de él, veíalas en parte como exteriores; y la misma fatiga del cerebro que, tras unos días de batallar con ellas, había tenido que esforzarse para expresarlas y había gozado en esto de una libertad absoluta que le permitió agotar su análisis, ayudó a completar el consolador efecto de la intervención de doña Micaela.

—¡Bueno, bueno! —dijo la anciana, para concluir—. Esa era una cuenta de tu pasado que tenías por liquidar y que más vale hayas liquidado de una vez. Si no ¡quién sabe cuánto tiempo te hubiese estado preocupando, para darte al fin, cualquier día, un disgusto mayor que el de ahora! Ya has visto las cosas como son y no volverás a pensar en ellas y a fabricar castillos en el aire. A olvidar, y se acabó. En cuanto a esas curiosonas de Isolina y Amparo, déjalas por mi cuenta. Ya sabré yo trastearlas.

XLII

DURANTE unos días, Juan volvió a su vida ordinaria. El otoño presentábase seco, despejado; y aunque a la caída de la tarde solía refrescar un poco, soplando desde la sierra airecillos sutiles que hacían pensar en el invierno, mientras el sol alumbraba la temperatura era deliciosa. Sentíase una voluptuosidad especial en caminar por aquellos campos, cubiertos en gran parte de hoja seca, y volver casi sudando, cuando el ejercicio era algo fuerte.

Entretuviéronle mucho a Juan las faenas preparatorias de la sementera, que le recordaban su aldeíta de Javalambre[43]. Más de una vez tuvo el capricho de manejar el azadón y ayudar a los jornaleros; y no obstante su impericia y la burla disimulada de los campesinos ante el ardor y la poca gracia con que «don Juan» hacía aquellas cosas, siempre salía de estos ensayos más alegre, más animoso, con cierta satisfacción de usar los puños en trabajos tan diferentes de los suyos usuales.

Las tertulias de los domingos eran algo menos numerosas que en los días de verano. Faltaban muchos marineros, que andaban ya con los faluchos en plena estación de pesca, y no pocos labradores aprovechaban el día para adelantar su labor, temerosos de que las lluvias les cogiesen desprevenidos. Juan buscaba sobre todo la compañía de don Felipe, quien, no obstante la asiduidad y el afecto con que

era solicitado, continuaba hablando poco, sin conseguir vencer su apocamiento. Pero a Juan no le importaba gran cosa aquella sobriedad de palabra del cura, ni siquiera lo difícil que era abordar con él conversaciones que implicasen un tema literario o científico, pues era hombre muy ayuno de cultura. Lo que buscaba era la impresión de calma, de conformidad placentera que don Felipe le producía, contrarrestando el fermento de inquietud que, a pesar de los solícitos cuidados de doña Micaela, habían dejado en su alma los hechos recientes.

Al Estudiante seguía esquivándolo todo lo que podía, y cuando hablaba con él procuraba cortar en flor los temas escabrosos, a que era aquél tan aficionado. No podía evitar Juan, sin embargo, cada vez que lo veía, el recuerdo de aquella pregunta que le dirigió cierta mañana en el huerto y que había tenido por consecuencia una conversación memorable con don Vicente, en la fonda de Levantina. El recuerdo le producía la misma molestia que a un perezoso le produce una orden para que corra inmediatamente a un sitio lejano. Sentía pereza de pensar en la solución de su vida. Estaba resuelto, en principio, a no volver a Madrid; pero seguía indeciso en cuanto al momento y al modo de romper con aquella forma arraigada de su existencia durante tantos años, y en cuanto a la manera de fijarse en Villamar. Aunque don Vicente no le había dicho una palabra de esto, comprendía que ni él ni doña Micaela permitirían que viviese sino en Ronesa, con ellos. Pero Juan prefería tener una casita aparte, con la independencia consiguiente. Además, y no obstante su decisión, en principio, de no volver allá, de vez en cuando los ecos de la crónica madrileña le producían cierta pesadumbre anticipada de perder lo que había sido sustancia de su vida durante largo tiempo. Era como una punzada, rápida y aguda, que daba a entender la existencia, en lo más hondo de las inclinaciones,

de una añoranza que, intelectualmente, Juan repudiaba por completo.

Pero a fuerza de pensar una y otra vez, acabó por convertirse aquella idea en un impulso bastante vivo para mover la voluntad, aunque no con gran energía. Comenzó a planear la resolución de sus asuntos en Madrid, de manera que no le produjese gran quebranto. Sus ahorros eran muy modestos y necesitaba, ya que no continuase su labor profesional, dejar abierto algún portillo en las ocupaciones intelectuales que le permitiese engrosar algo la renta, aun contando con la sencillez de la vida aldeana. Por otra parte, si renunciaba a su pasado madrileño, no podía en manera alguna, ni creía indispensable, renunciar a todo trato con el mundo en lo tocante a sus aficiones especulativas. Parecíale que esto era compatible con su retiro en el campo y que más bien le había de favorecer que perjudicar esa nueva situación para los trabajos que proyectaba, comunicándoles condiciones de serenidad, de equilibrio, con las necesidades físicas a que la fiebre madrileña era contraria.

Estos preparativos le llevaron unos días, con muy varia fortuna para lo que, en fin de todo, era su objetivo principal; pues, de un lado, le encantaban con la perspectiva de las novedades que iban a sobrevenir, y de otro le causaban alguna inquietud y desasosiego, cada vez que reaparecía aquella honda nostalgia de lo pasado o tropezaba con alguna dificultad en arreglo de sus asuntos. Entonces solía suspender todo trabajo y buscar, en otras atenciones, derivativos a la tendencia de su alma hacia la agitación.

En una de aquellas ocasiones, motivada por una carta de Madrid que le inquietó mucho, Juan, que vagaba por el jardín sin saber cómo distraerse, oyó sonar las campanas de la iglesia con el toque de muerto. Sin saber por qué, se estremeció, como si aquellos sones le anunciasen la pérdida de una persona amada. Reflexionando, le pareció

ridículo aquel movimiento. Podía estar seguro de que no era ninguna persona conocida, de las que a él pudieran importarle. Pero los nervios se sobreponían a la reflexión y concluyó por hacérsele insoportable aquel toque, que le excitaba cada vez más. Así, no fue extraño que al oír de pronto pronunciar su nombre en voz alta, a pocos pasos, se estremeciera de nuevo, realmente sobrecogido por lo que era cosa perfectamente natural. Volvió la cabeza, temeroso todavía de ver o saber algo desagradable, y vio llegar a don Vicente, que le abordó con esta pregunta:

—¿Sabes quién se ha muerto?

—No, tío, no sé nada.

—Isabel. ¿Te acuerdas de aquella pobre ciega...?

Juan respiró, como si le quitasen un peso de encima. A pesar de lo inverosímil del supuesto, hasta aquel mismo instante había temido oír un nombre querido. Pero su excitación sentimental se dirigió entonces por el lado de la simpatía piadosa que ya había promovido en él, cuando la vio por vez primera, aquella infeliz, tan probada por la suerte. Aceptó pues enseguida la invitación que don Vicente le hizo para asistir al entierro.

—La pobre, tendrá pocos que la acompañen —dijo el anciano—. Quizá al vernos a nosotros se decidan algunos.

Cuando llegaron a la iglesia vieron venir el ataúd, que conducían en hombros cuatro pescadores, compañeros de Martín. Detrás iba éste, acompañado por varias mujeres cuya cara ocultaban los grandes mantones negros, echados sobre la cabeza. De vez en cuando salían del grupo grandes lamentaciones, lloros estrepitosos, que a Juan, desconocedor de las costumbres locales, sobrecogieron tristemente.

—Mucho debían de quererla —dijo en voz baja, dirigiéndose a su tío.

—¿Lo dices por los lloros? —contesto éste—. No prue-

ban nada. Son ya costumbre antigua. Un resto de las plañideras clásicas o quizá una supervivencia de esa necesidad de las demostraciones ruidosas que tienen los pueblos primitivos.

Los lloros cesaron al llegar frente a la iglesia. La ceremonia religiosa fue breve; y una vez terminada, el cortejo se organizó otra vez, en dirección al cementerio, pero con mucho menor número de acompañantes. Los conductores del ataúd apresuraron el paso, porque la distancia era larga y convenía soltar el peso lo más pronto posible. Detrás iban tres mujeres, únicas que restaban del grupo y, por fin, el viudo, don Vicente y Juan.

El camino corría al principio por entre casas y huertos, próximos a la carretera; pero, de pronto, torció hacia la costa, en pleno campo cuyo horizonte era el mar, de un azul brillante moteado de espuma. El cementerio estaba situado en una colina oreada por los vientos marinos, desolada y pedregosa, sin un árbol, especie de desierto diminuto en medio de las tierras de labor, que llegaban hasta la playa. El interior impresionaba tristemente por su pobreza. Algunos nichos construidos en los muros comenzaban a desmoronarse y dejaban al descubierto trozos carcomidos de ataúdes y, a veces, huesos humanos que la lluvia arrastraba, uno tras otro. El suelo, desigual, lleno de altibajos, cubierto de cruces de madera colocadas desordenadamente, daba la idea de un amontonamiento confuso de cuerpos, en que se perdía la individualidad de cada uno y el recuerdo del sitio donde fue depositado. Ni una sola inscripción guiaba en aquel laberinto; y la carencia de flores hacía aún más solitario aquel paraje de eterno reposo. La idea negativa, de destrucción y aniquilamiento que la muerte evoca ante todo, era allí más visible, más hondamente conmovedora que en los cementerios lujosos de las ciudades; pero también emanaba de aquella sencillez, de aquel prescindi-

miento de todo artificio que ocultase la realidad o descubriese el roce de las vanidades humanas, una sensación más viva de descanso, de paz, de rompimiento con el mundo. Y Juan se sintió reconfortado por esta sensación, que le quitaba crueldad al hecho de la muerte, señalándolo como libertador. Para la ciega Isabel, así había sido.

Al salir nuevamente al campo, una de las mujeres que habían asistido al enterramiento se acercó a Juan y le tocó en un hombre:

—Buenas tardes, señorito.

Juan miró, sorprendido del saludo.

—¿No me conoce usted? —insistió ella.

Más que la cara, el timbre de la voz trajo el recuerdo; pero muy vago, sin precisar.

—Yo bien me acuerdo del señorito. No se me olvidará nunca la caridad que hizo conmigo en Samanet.

Rápidamente, el cuadro del mercado de agua volvió a presentarse a la memoria de Juan; y reconoció entonces a la infeliz labradora, víctima del engaño de los albalaes.

XLIII

CÓMO usted por aquí? —preguntó Juan.

—La difunta era parienta mía, de las pocas que me quedaban —contestó la mujer— y como mi marido no podía venir...

—¿Sigue enfermo?

—No está muy bien, señorito. Él es poca cosa y trabaja mucho... La pobreza no tiene otro remedio. Somos siete de familia, señorito. ¡Ya puede figurarse!

Reparó Juan en el traje de la mujer, que denunciaba claramente su miseria. Era negro, descolorido y remendado en algunas partes; y el mantón que cubría cabeza y busto mostraba, aquí y allá, agujeros y repasos.

—¿No tienen ustedes tierras? —preguntó de nuevo Juan.

—¡Ah, no señor! No tenemos nada. Estamos de caseros, y no nos dan más que habitación y los jornales, cuando hay trabajo. ¡Si no fuera por unos bancales que el amo nos deja en arriendo!... Pero a lo mejor viene una sequía, o un pedrisco y todo se pierde.

Hablaba la mujer con tono resignado; no como quien pide o protesta, sino como quien explica su situación, que cree invencible. Y seguramente, nada de lo que contaba era exagerado. A más de su traje, denunciábalo así la demacración de su rostro, en que era difícil traslucir los res-

tos de una juventud, indudablemente bella, a través de los destrozos de un rápido envejecimiento. Los ojos mostraban todos los signos de una oftalmia crónica, producida quizá por el esparto.

Aunque Juan intentó despedirse, para dejarla que siguiese a sus compañeras, la mujer insistió en acompañarle hasta el pueblo. Seguramente, creía que era esto una atención debida a quien tuvo misericordia de ella en momentos de gran apuro. Veíase bien que estaba profundamente agradecida y que buscaba el modo mejor y más expresivo de manifestarlo.

Las otras dos mujeres se quedaron por el camino, en casas distintas y Martín se había marchado apenas terminó el enterramiento. Siguieron, pues, hasta Villamar, don Vicente, su sobrino y la casera, hablando unas veces de la difunta, otras de las dificultades de la vida campesina. Pero la mujer volvía muy a menudo a su tema, que era recordar lo ocurrido en el mercado de Samanet. Repitió todos los pormenores, que le habían quedado hondamente impresos; refirió la sorpresa de su marido, cuando ella le contó lo que había pasado, y se excusó de no haber ido a dar las gracias expresamente a Juan.

—En aquellos momentos, no supe quién era el señorito. Luego me lo dijeron; y como a don Vicente lo conoce todo el mundo, hicimos ánimo de ir a Ronesa. Pero bien puede dispensarnos don Juan. Aparte de las faenas y las enfermedades, mi marido es muy vergonzoso. Considere el señorito que hasta tiene vergüenza de hablar con el amo, sobre todo si es cosa de pedir que aguarde para cobrar el arrendamiento.

A medida que avanzaban, la casera iba volviéndose más locuaz, creciendo en familiaridad, con ese aplomo que las gentes del campo adquieren prontamente, en cuanto se les otorga cierta confianza. Reaparecía en ella la comadre,

charlatana y entrometida. Contó una porción de cosas de sus amos, de los caseros y labradores vecinos, dejando entrever un vivo sentimiento de envidia hacia los ricos, a quienes, «salvo los presentes», creía incapaces de toda buena acción.

—Siempre ha sido así, ya lo sé —añadía, a modo de comentario—. El pobre siempre sale perdiendo.

Cuando se despidió, en el cruce que llevaba a Ronesa, anochecía.

—Me he entretenido mucho con los señoritos —dijo—. Todavía tengo que andar más de una legua y voy a llegar muy tarde. Pásenlo bien y dispensen.

—No hay de qué, mujer —contestó don Vicente. Pero así que anduvieron unos pasos, añadió bajando la voz:— ¡La Magdalena te guíe, hija mía! Creí que no acababas de hablar en una semana. ¡Vaya un pico!

—Sí, habla un poco más de la cuenta —observó Juan—. Pero la mitad de esa incontinencia, es hambre.

—¡Hombre, no tanto! —exclamó don Vicente—. No digo que si comiera mejor no disminuyesen algunos de los motivos de su chismografía. Pero el hablar demasiado es vicio independiente de la bucólica. Ahí tienes a Amparo y a Samper, pongo por caso.

—Verdad —dijo Juan, sonriendo de la ocurrencia de su tío—. Pero esa pobre gente es muy digna de lástima. Bien se vio, cuando lo de Samanet, lo que para ellos era gastar una peseta más.

Realmente, aquel encuentro con la casera había impresionado mucho a Juan. Volvió a traerle a la memoria sus lecturas sobre los riesgos y a recordarle, también, sus propósitos de intimar con la vida de los campesinos y de servirles de algún modo, a la manera que su tío hacía. Puesto que había determinado quedarse en Villamar, era preciso que no se quedase como un simple egoísta. La realidad

le estaba llamando la atención a cada momento sobre las infinitas miserias de todas aquellas gentes, que consumían su cuerpo inclinadas sobre el terruño. Era preciso hacer algo, coadyuvar a la tutela tradicional de los Galvis, mejor a la de don Vicente, que era más humana. E invenciblemente, a medida que daba vueltas y vueltas a esta idea, que ya no le abandonó en toda la noche, Juan veíase arrastrado otra vez a la cuestión del agua, obsesionado por las conclusiones a que llegó cuando la discusión famosa con el alcalde y el maestro, sintiendo otra vez la comezón de la lucha, el deseo (que en él convertíase pronto en necesidad) de convencer a todos aquellos infelices del deber en que estaban de renovar las campañas tradicionales para modificar el vicioso estado de derecho que sufrían ahora.

—No saben —decíase— no se han dado cuenta aún de la causa del mal y de la facilidad del remedio. Es una obra meritoria; en rigor, es un deber mío abrirles los ojos. En cuanto vean claro, es cosa hecha; ellos mismos la cumplirán.

Volvió a enfrascarse en la lectura de historias y alegatos, para afianzar bien su pensamiento, aspirando, como en las épocas de su mayor actividad madrileña, a dar, juntamente con la excitación para la reforma, el plan acabado del régimen que había de organizarse. Esta labor le sedujo y le entretuvo dos días, en un arrebato de productividad tanto más impetuoso cuanto más tiempo había tenido ociosas las fuerzas intelectuales. Encerrado en la biblioteca, trabajaba, procurando enterarse bien, atar todos los cabos, hacer una obra práctica que pudiese ser entendida por los labradores y por las oficinas públicas, de cuya perspicacia tenía pésimo concepto. Pero apenas trazadas las líneas generales que llegaban hasta determinar el articulado del Real Decreto o de la ley en que habría de resolverse el conflicto, observó que aún le quedaban muchas dudas y puntos obscuros a que los libros no sabían responder.

Volvió entonces a sus paseos por el campo, pero no para reflexionar, sino para preguntar a los labradores mismos una porción de cosas que, muchas veces, cogían de nuevas a los mismos interesados. Al principio, evitó hablar con su tío y con los pudientes del pueblo. Respecto de aquél, reteníale cierto inexplicable y secreto temor de que desaprobara sus gestiones. No sabía bien por qué, no tenía motivos concretos para afirmar nada; pero instintivamente ocultó sus planes a quien parecía colocado en situación de ser su más íntimo consejero. A los pudientes, les temía por otras razones. Todo el que tiene algo que perder, es prudente; no le gusta verse comprometido. Recordaba bien la conversación tenida el día de la patrona. Buscó, pues, con preferencia a los humildes; y al par que les sonsacaba noticias y juicios, ahondando en la conciencia social de aquella injusticia que perseguía, iba sembrando en ellos el germen de la persuasión en punto a la posibilidad de remediar el estado de las cosas y a la ventaja de lograr ese remedio.

Los más, desconfiaban. Otros, aleccionados por el espectáculo de los cambios políticos, suponían que don Juan, si tomase a empeño la cosa allá en Madrid, la lograría. El tío Luna fue de los más entusiastas y de los que más pronto se hizo cargo del plan. Era un labrador completo, fanático de la tierra. Para él, el refrán característico del país; «Arroz y sol nunca hay bastante», se trocaba en este otro: «Sol y agua, nunca hay bastante». En cuanto a lo primero, no había queja en la llanura de Levantina. Lo segundo faltaba y era preciso conseguirlo.

Juan volvía de sus paseos diversamente impresionado, según la acogida que hallaba: animado unas veces, porque veía apuntar el convencimiento sólido en aquellas cabezas poco avezadas a pensar, pero sutiles en punto a las cosas que tocaban el interés; desconsolado otras, notando

cómo fluctuaba el ánimo de muchos, temerosos siempre de las consecuencias y antes inclinados a echar todo el peso de la acción sobre el señorito que a conceder un concurso que no creían necesario. En rigor, esta era la nota dominante. Pero a medida que se dibujaba más y más claramente en el curso de las conversaciones con los labriegos, Juan iba acentuando su decisión, exaltándose en un grado mayor, creciéndose ante las dificultades. Concluyó por perder toda serenidad, por convertir aquella empresa humanitaria en un empeño personal, febril y terco, que nada podía detener; y cambiando de táctica, pensó en conquistarse el apoyo de los de arriba, de las contadas personas que podían pensar algo y ver la trascendencia del asunto.

Entonces, se dirigió nuevamente al Estudiante, al maestro, al cirujano y a los labradores más ricos de Villamar, cuyo interés en la solución proyectada le parecía a él indudable.

XLIV

DESPUÉS de almorzar, don Vicente bajó al despacho para escribir una receta que necesitaba uno de sus enfermos pobres. Apenas se había sentado, cuando apareció Cristóbal.

—Venía a ver si estaba usted aquí todavía —dijo.

—¿Pues qué hay? —preguntó el anciano.

—No sé. El alcalde acaba de llegar y dice que quiere hablar con usted dos palabras.

—Dile que entre.

En cuanto vio la cara del alcalde, don Vicente se dio cuenta de que traía algún mensaje o pretensión difícil. Don Quico parecía, en efecto, muy preocupado, y adivinábanse los esfuerzos que hacía para encontrar una manera discreta de decir su propósito. Pero don Vicente, a quien sobraba experiencia de la socarronería aldeana, no hizo nada por su parte para sacarle del apuro.

—Tú reventarás —se dijo.

Y esperó, mientras hablaban de cosas indiferentes, a que el alcalde diese luces. Al fin, éste se atrevió.

—Mire, don Vicente... yo no sé si lo que voy a decir le parecerá bien o mal. Si usted está enterado, entonces no he dicho nada... Veríamos, trataríamos... Pero yo creo que usted no está enterado... y, en fin... de todos modos, para mí es un conflicto.

—¿Y qué es ello? —preguntó don Vicente, sin sospechar aún de qué se trataba.

El alcalde se rascó una de las sienes, en que le quedaba algo de pelo. Luego sacó la petaca y encendió un pitillo, como quien busca ganar unos minutos antes de soltar una noticia grave.

—Pues... eso de don Juan —dijo al cabo.

—¿Qué de don Juan? ¿Qué le pasa a mi sobrino? —exclamó don Vicente levantándose de un salto como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—¡No se asuste usted, don Vicente! —dijo el alcalde levantándose también y extendiendo las manos como quien para una cometida—. No le pasa nada... No es cosa que le pase a él, sino que me puede pasar a mí... digo... me figuro.

—Explíquese, hombre.

—Pues mire. A lo que parece, a don Juan se le ha metido en la cabeza revolucionar al pueblo por eso del agua... y ya ve usted, don Vicente..., el conflicto...

El anciano se calmó un poco al oír esta explicación. Volvió a sentarse, y dijo:

—Bueno. Vamos a hablar tranquilamente. Entéreme usted de todo punto por punto. Se me figura que la cosa no ha de ser tan grave.

—¡Ay, sí, señor!, grave lo es. Pero, por lo visto, usted no sabe nada, absolutamente nada.

—Si no dice usted más...

—Allá voy. El día de la fiesta, don Juan tuvo conmigo y otros cuantos una discusión. Quería convencernos de que nuestro deber era trabajar para que desapareciese el agua vieja, y toda la del pantano se reparta entre las tierras que se cultivan. Estuvo algo fuerte, sí señor... Pero como oye uno tantas opiniones, y al fin, eso de discutir es cosa de todos los días, pasó aquello y ya no me volví

a acordar ni de las ideas del señorito. Ahora vuelve otra vez con lo mismo; pero, ¿cómo? Quiere celebrar una reunión de todos los vecinos, para explicarles su plan, firmar una exposición al Gobierno y qué sé yo cuántas cosas. Ya hay muchos entusiasmados con el proyecto y hasta decididos a llevarlo por la tremenda... Y don Juan lo hace, vaya si lo hace... Yo no digo que no tenga razón; pero, ya ve usted; si les calienta la cabeza a estos bárbaros destripaterrones y se arma otra como la de los consumos de hace tres años, ¿en qué apuro no me pone a mí? Considere, don Vicente, mi situación... Yo no quiero ofender al señorito en nada; pero, en fin, mañana es domingo; si don Juan mueve a la gente que acude al mercado y a misa... ya sabe usted cómo son, y a mí... a mí...

El alcalde sudaba la gota gorda, buscando el equilibrio entre sus temores y el deseo de no molestar ni a Juan ni a don Vicente.

El anciano le atajó, diciéndole con gran tranquilidad:

—Creí que era cosa más grave. Está usted ofuscado y exagera mucho. Mi sobrino no es ningún niño y sabe bien hasta dónde se pueden llevar las cosas para no cometer una indiscreción. Por ese lado, puede usted estar tranquilo.

—Dispénseme, don Vicente... —balbuceó el alcalde—; no es de don Juan de quien temo... sino de los otros... de los otros.

—Conforme. Pero los otros no se moverán sino en la medida en que se les excite; y mi sobrino tiene demasiada experiencia de esas cosas para no medir el alcance de sus excitaciones. Por otro lado, no me negará usted que, dentro de los límites que usted tiembla de ver excedidos, la iniciativa es muy lícita y muy laudable...

—No, si yo estoy conforme; créalo usted, don Vicente. A mí me parece bien eso del agua... Don Juan da prue-

bas de tener un gran corazón... Sólo que... que se me figura... ¡vamos!... se me figura trabajo perdido.

—¡Quién sabe! —concluyó don Vicente—. Pero, en fin, por ahora, vaya usted tranquilo, le digo. Yo intervendré en la cosa.

—¡Ah, si usted interviene —exclamó el alcalde, sonriendo por primera vez desde que empezara la visita—, todo marchará a pedir de boca!... Lo que a mí me preocupaba —añadió insistiendo en la adulación— es que usted no estuviese enterado y lo cogiera de sorpresa.

—¿Enterado? Sí, algo lo estaba, porque mi sobrino ha dicho y ha hecho delante de mí cosas que revelaban su idea... Conque, deje usted correr los sucesos y no se apure por adelantado.

Y con una palmadita en el hombro y una broma final, despidió al alcalde, quien salió de la casa, si no tranquilo del todo, confiado en que don Vicente conjuraría *el conflicto.*

XLV

QUIEN ahora estaba intranquilo era don Vicente. No le preocupaba mucho la cosa en sí, aunque su temperamento pacífico, su táctica social, habilidosa y suave, le hicieran poco simpáticos todos los movimientos, que llevaran, más o menos explícito, un sentido de imposición. Su experiencia de la vida le había dado a conocer una verdad innegable: la de que se consigue más pronto y con menos esfuerzo pidiendo amistosamente, como un favor, aun lo justo, que enseñando los puños desde el primer momento; y utilizaba esta enseñanza en favor de sus protegidos con habilidad suma, sin creerse rebajado por aquellas gestiones en que hacía servir a sus propósitos humanitarios las mismas pasioncillas y vanidades de gentes a quienes, en su fuero interno, despreciaba, o de quienes se reía en secreto.

Esta experiencia concordaba admirablemente con el carácter del anciano, de una serenidad a toda prueba que le permitía dormir de un tirón siete horas, no obstante su edad avanzada, cualesquiera que fuesen las preocupaciones de la vigilia. Su actividad incansable, que daba la impresión de un genio vivo, inquieto, se compensaba por aquella facilidad del reposo nocturno y aquel equilibrio de su ánimo, tan firme que reducía pronto a los más alborotadores.

No dejaba, pues, de temer que su obra de tantos años,

aquel ritmo suave en que se movía y fructificaba su tutela sobre Villamar, quedase destruido por un impulso demasiado enérgico, quizá imprudente y de muy probable fracaso; pero lo que sobre todo le intranquilizaba era la actitud de Juan. Chocábale la reserva que con él había tenido en asunto de tanta monta; temía que todo ello fuese un síntoma de haberse reproducido en el joven aquella irritación (neurasténica, a juicio de don Vicente) adquirida en Madrid; y maravillábase que, tras algunos meses de vida campesina en un medio tranquilo que, en su opinión, sólo encerraba elementos sedantes, pudieran volver excitaciones hijas de una manera de vivir muy diferente. Era preciso hablar con Juan, estudiar las condiciones de la llaga, para aplicarle un buen régimen curativo. Esto era lo más importante, lo que convenía atender en primer término.

No pudo, sin embargo, verle hasta la hora de comer. Juan había salido muy temprano sin que se supiese adónde. En el pueblo no le vieron en toda la mañana.

Durante la comida estuvo distraído, nervioso, muy parco de palabras, y apenas terminados los postres, se levantó con ánimo de salir.

—Espere un poco —le dijo don Vicente—. Tengo que hablar contigo un momento. Bajemos al despacho.

Juan adivinó al punto el motivo de aquella entrevista y se puso en guardia. Suponía que don Vicente estaría quejoso de su silencio; y efectivamente, por aquí empezó el anciano.

—¿Cómo eres tan reservado, hombre? —dijo apenas se vieron solos—. Tienen que venir los de fuera de casa a decirme lo que proyectas y, francamente, me ha humillado algo eso de no saber yo nada...

—No se ofenda usted, tío —interrumpió Juan—. En primer término, yo pensaba que los sucesos no le cogiesen a usted de sorpresa. Hoy mismo quería hablarle y usted

se me adelantó. Dirá usted que antes debía haber hablado. No. Expondré mis razones. Usted tiene en Villamar, respecto de las gentes, una posición muy definida que podría desnaturalizarse o sufrir perjuicio de comprometerla, aunque sólo fuese de un modo indirecto, en estas gestiones en que me he metido y cuyo carácter difiere mucho de la manera ordinaria de proceder que usted tiene. Si hay fracaso, que sea sólo mío y quede a salvo, íntegra, la respetabilidad en que se apoya esa tutela admirable que usted ejerce...

—Perdona —interrumpió a su vez el anciano— pareces hablar como si yo estuviera conforme con lo que haces, único caso en que me alcanzarían los efectos. Pero ¿qué sabes tú?

—Verdad es. Sino que aun en el supuesto de que no estuviera usted conforme... es decir, yo no puedo creer que a usted le parezca mal la idea matriz de la campaña emprendida...

Don Vicente sonrió.

—Bueno, supongamos que me parece bien —dijo—. ¿Entonces?

—Queda la cuestión de procedimiento, en que no sé si diferiremos, pero que resueltamente me parece inconveniente para la representación de usted aquí, que hay que salvar por encima de todo.

—Concedo. Pero todavía no me resulta justificado que no me hicieses saber tu idea. Conforme o no con tu procedimiento, participando poco, mucho o nada de tu acción, algo hubiera podido servirte mi experiencia de esta vida aldeana, de esta gente, de los factores que van a jugar en la lucha que inicias.

Juan se sintió cogido. Sospechaba que don Vicente no veía, en todas aquellas razones, más que lo que eran en rigor, subterfugios ingeniosos, y le veía ir derecho a evidenciar la falta de confianza de que había empezado que-

jándose. Trató de contestar por medio de alguna sutileza que le dejara a salvo o, por lo menos, que ocultase los verdaderos motivos de su reserva. Pero el anciano no le dio tiempo. Iba tras otro fin del que Juan presumía y la pareció momento oportuno para dirigirse a él.

—Dejemos esa cuestión —dijo—. Ya comprendes que, queriéndote como te quiero, mi queja no envuelve enfado, sino que, quienes como yo, están cerca de dejar este mundo, se vuelven algo celosos y absorbentes en punto a los suyos, cuya intimidad necesitan en todo momento y para todas las cosas. Dejemos también la cuestión de mi conformidad o disconformidad, que trataremos después si te interesa. Ahora, mi deseo es que miremos la cosa desde otro punto de vista. Quiero hablarte como médico.

Juan hizo un movimiento de extrañeza, que para don Vicente no pasó inadvertido.

—Como médico —afirmó nuevamente—. Tú has venido aquí para curarte, para restablecer el equilibrio de tus nervios, para encontrar el reposo que esa indiablada vida madrileña jamás hubiera podido darte. Apenas llegado, el medio empieza a producir su efecto. Te serenas, recobras la alegría, encuentras placer en los espectáculos naturales, en las costumbres pacíficas, ordenadas, rítmicas de esta casa y de este pueblo. Piensas en romper con Madrid, en seguir mi ejemplo de retiro... Y de la noche a la mañana vas a dar al traste con todas esas adquisiciones, que son tu salud y tu felicidad para mientras vivas, por el empeño de resolver de golpe y porrazo una cuestión que durante siglos ha dividido a las gentes de este país y que precisamente ahora, está apaciguada y a nadie preocupa. Ni me lo explico, ni lo apruebo.

—Sin embargo, tío —interrumpió Juan algo confuso por el giro que tomaba la conversación.

—Déjame acabar —replicó don Vicente—. Luego te

oiré. No lo apruebo, porque es tanto como suicidarte, como anular todo el valor educativo del régimen a que voluntariamente acudiste, y con gran motivo por cierto. Y no me lo explico, porque no puedo creer, porque no me cabe en la cabeza que aquí puedas sentir solicitaciones para volver a inquietudes y desgastes que, si no son como los madrileños, se les parecen mucho. Para mí, es que no estás bien curado, que no has puesto de tu parte todo lo que hace falta, en precauciones y en voluntad, sobre todo en voluntad, para arrojar en ti el veneno que traías y permitir que te domine este campo y esta manera de vivir, que no fallan nunca. ¡No puede ser, no puede ser eso! ¿Qué diferencia habría entonces entre Villamar y Madrid? ¿Cómo puede ser lo mismo, si no te empeñas tú en que lo sea, recibir o hacer diez visitas diarias, leer ocho periódicos, escuchar cien conversaciones, presenciar veinte injusticias o veinte necedades o imprudencias que levantan el ánimo, y pasear por esta llanura y estos montes, contemplar este mar, no leer más que libros de entretenimiento y no muy a menudo, oír a estos patanes que son la pasividad misma o a nuestro don Felipe que es un manso cordero, y acostarse todas las noches a una hora racional, sin que el ruido de los coches, los pitos de los vigilantes o el rumor de alguna pelea de matones te despierten y te exciten?... No; lo que hay es que no ayudas bastante, Juan; que no ayudas al medio.

—¡Pero, tío! —exclamó Juan, a quien las razones de don Vicente habían emocionado, haciéndole ver de pronto un nuevo aspecto de la cuestión—. ¡Si es todo lo contrario! Mi voluntad ha querido desde el primer momento someterse a todas las influencias de este lugar bendito. Mi espíritu se ha abierto a todas las impresiones que emanan de esta Naturaleza y de esta vida, las mismas que ustedes reciben y que les han hecho como son; creo haber sentido

emociones completamente nuevas, que sólo una intimidad hondísima con estas cosas puede producir; he refrescado mi ánimo con la sensación de placidez, de calma, que aquí se respira; ha llegado hasta el miedo y la repugnancia de volver a lo otro, a lo que dejé, temblando que de nuevo me cogiese el monstruo y me estrujara entre sus brazos; he puesto de mi parte todo lo que he podido y me he acongojado alguna vez al pensar que pudieran reproducirse las tristezas pasadas...

—¿Entonces, entonces? —exclamó don Vicente, a quien trastornaba la idea de que todo aquello pudiera ser ineficaz—. Es que no es bastante, Juan, créeme, hijo mío, no es bastante; y además, es que no has sabido huir de las tentaciones.

—¡Tentaciones! —dijo Juan vislumbrando un nuevo rayo de luz en la explicación de aquel aspecto personalísimo del problema, que tocaba a lo más íntimo de sus preocupaciones—. ¿Pero acaso no son las mismas con que usted está rozándose continuamente y desde hace mucho tiempo?

—¡Ah! pero yo soy un hombre sano; yo no estoy herido como tú por ese virus de las grandes ciudades, por esa «fiebre americana» de la vida moderna; en mí se embotan las tentaciones de romper la tranquilidad de mi conducta —repuso don Vicente con un ardor que no se dio cuenta de la importancia de lo que confesaba.

—Pues ahí está lo grave, y ahora lo veo claro —exclamó Juan con un acento de tristeza que daba la medida de la amargura que iba llenando poco a poco su alma—. Es que usted y yo somos diferentes, no por la vida que hemos llevado, sino por condición de nuestro carácter. Antes de retirarse usted a Villamar, ha residido muchos años en Levantina. Más o menos frecuentes y más o menos abultados que en la corte, habrá usted encontrado allí todos los motivos de excitación, de tristeza, de amargura, de pesimismo

que el trato social y las condiciones de la vida moderna llevan consigo. ¿Por qué usted ha conservado su serenidad ante esos excitantes y yo no ante sus análogos? Ha venido usted luego a Villamar, y las mismas miserias e imperfecciones que yo he visto las ha tocado usted, aun más profundamente y con la intimidad que supone la función de tutela que, sin darse usted cuenta tal vez, ejerce aquí. ¿Cómo usted acude a su remedio de una manera y yo de otra? ¿Cómo no han perturbado su serenidad y la mía sí?

Don Vicente se paseaba por la habitación, visiblemente agitado, contra toda su costumbre. Las razones de Juan desconcertaban sus ideas más firmes. Para él todos los hombres eran iguales, todos los espíritus capaces de llegar a idénticos estados, una vez sometidos al influjo del mismo medio, de la Naturaleza salvadora.

—No creo eso —exclamó—. Levantina no es como Madrid.

—Lo es, tío —insistió Juan, cada vez más seguro de su punto de vista—. Dejaría de ser la humanidad lo que es, si variase a tal punto. Que Madrid tenga vicios propios, enfermedades sociales exclusivas, derivadas de sus condiciones, quizá es cierto. Pero lo fundamental de las pasiones humanas es idéntico en todos lados. Difiere la cantidad; la calidad, no. Los padres de familia suelen decir: «No quiero que mi hijo vaya a una gran capital, porque se perdería», y con eso suponen que en las ciudades pequeñas no hay vicios ni ocasiones de perderse. El hijo se queda y, en efecto, a lo mejor resulta un vicioso.

—En eso estoy conforme —dijo don Vicente—. El que tiene malas tendencias o mala educación encuentra ocasiones en todas partes, porque en todas partes hay vicios. Pero la cuestión del reposo es muy otra.

—Voy creyendo que no, tío —repuso Juan—. Voy cre-

yendo que los que somos de cierta manera, encontramos y encontraremos siempre, en todas partes, motivos para vivir intranquilos[44].

—Pero entonces, ¿de qué serviría el campo, la vida sosegada, el retiro del mundo? ¿Acaso la historia y la experiencia de hoy nos dan testimonio de que muchas gentes se han salvado acudiendo a ese remedio?

—Es —concluyó Juan— que probablemente el remedio lo llevaban ya consigo, y sólo hacía falta una ligera ayuda exterior para que hiciese su efecto. De otro modo, ¿por qué unos se curan y otros, como yo, hallan nuevos excitantes en el lugar del reposo?

A pesar de sus afirmaciones absolutas, de lo arraigado de su punto de vista, don Vicente iba notando que se le embarullaban las ideas ante aquellas acometidas de Juan, tanto más fuertes cuanto más expresivas eran, no de un prurito de discutir, sino de una duda que hería lo más íntimo de los deseos de Uceda. Iba a entrar en una nueva serie de explicaciones y distingos que no era fácil presumir a dónde le llevarían; pero el fondo sereno de su carácter y el tacto casi instintivo que una larga experiencia de la vida le daba para resolver todas las cuestiones, le detuvieron a tiempo y le señalaron el camino más seguro para terminar aquella conversación difícil.

—No sé, no sé —dijo— si tienes razón o no; pero concédeme una última prueba. Creo tener derecho a que me la concedas. Entrégate por unos días, en absoluto, a mi dirección. Prescinde y aíslate de todo. Deja que yo te gobierne y te someta a un plan sostenido. Si fracaso, te devolveré tu libertad y harás lo que te parezca mejor. ¿Aceptas?

—Acepto —contestó Juan efusivamente, expresando todo el ardor con que su alma apetecía hallar de una manera definitiva el reposo que buscaba hacía tiempo.

XLVI

A LA mañana siguiente, muy temprano, llamaron a la puerta de la alcoba de Juan, quien no dormía en aquel momento; y sin esperar a que contestase, entró don Vicente en traje de camino.

—Vengo a proponerte una excursión —dijo—. Tengo que ir a un pueblo cercano, y si te decides, verás paisajes de primer orden.

—Me visto enseguida.

—Pon algo de ropa en una maleta pequeña, por si hacemos noche o por si nos quedamos dos o tres días. Si te gusta aquello, tal vez me decida a quedarme.

Cuando Juan salió; toda la casa estaba ya en movimiento. El sol acababa de salir e iluminaba las ventanas del piso alto, reflejando luces doradas sobre los primeros árboles del jardín, medio desnudos de hoja. La tartana esperaba frente a la puerta. Cristóbal corría de un lado a otro, como siempre, entusiasmado ante la idea de hacer un viaje, por corto que fuera.

En cuanto vio a su primo, le gritó:

—¿No traes la maleta?... Yo la sacaré. Anda vé tú a desayunarte. Se nos va a hacer tarde.

Doña Micaela llamó también, desde el comedor. Todo estaba listo para que no se demorase la partida; y Juan apenas si tuvo tiempo de hacerse cargo de las cosas, ni de

hablar con nadie en el apresuramiento de los últimos minutos. Cuando se vio metido en la tartana, camino de la sierra, le pareció aquello un sueño y miró con cierto asombro el paisaje de la llanura, que se alejaba cada vez más, velado por las nubes de polvo y por la niebla luminosa del sol.

Durante un largo trayecto, Cristóbal y don Vicente hicieron solos el gasto de la conversación. Juan callaba, hondamente preocupado. Apenas recobrada la reflexión sobre sus actos, había visto el aspecto grave, para él, de su comisión a don Vicente, que ahora se le revelaba con toda su crudeza. No se atrevía a decirlo, pero pensaba sin cesar en aquellas gentes a quienes él había excitado para que sacudieran su apatía y se decidieran a dar un paso enérgico, y a las cuales abandonaba al llegar la hora de concretar la acción.

Esta idea no le dejaba gozar del espectáculo, verdaderamente soberbio, que empezó a descubrirse a los pocos kilómetros de Villamar. Habían subido, por una cuesta agria que culebreaba en la ladera, a una de las primeras estribaciones de la serranía, cuya altura dominaba, a un lado, inmensa extensión de mar, y a otro, una serie de barrancos y de cerros pequeños, que daban al lugar el aspecto de una masa ondulada. Mar y tierra veíanse a una profundidad grande, mayor sin duda que la verdadera por el desnivel brusco que existía desde el sitio por donde caminaba la tartana. Aquel abismo parecía desierto. Ni una casa, ni una choza lo animaban con el signo, siempre alegre, de la presencia del hombre. Los cerros, apenas vestidos por matojos de romero y otras plantas aromáticas de muy escaso desarrollo, mostraban por cien partes la blancura estéril de las rocas calcáreas; y los barrancos y vallecitos que entre ellos se abrían tenían un aspecto lúgubre, con sus plantaciones de almendros cuyas ramas negras, desnudas, evo-

caban la idea de un incendio que hubiese devastado el país, carbonizando los árboles. Sólo el mar azul, chispeante bajo los rayos del sol, cuya elevación rápida sobre el horizonte podía apreciarse a simple vista en aquellas horas iniciales de la mañana, parecía reír, en su eterna juventud que el invierno no marchita.

Don Vicente hizo parar el carruaje y bajaron, siguiendo a pie algún tiempo para contemplar aquel panorama de una hermosura extraña y turbadora. Juan cedió, al cabo, a la sugestión enérgica de la Naturaleza y se abandonó a las emociones que despertaba en su alma soñadora, ávida de grandes sacudidas. Cuando una curva del camino, que se internaba en las sierras altas, les ocultó el paisaje, volvieron a montar, más animados que antes; y la conversación se hizo general.

—Ahora tenemos un buen trecho de carretera tristón —dijo don Vicente—. Vamos metidos entre montes, faldeando un barranco en que no hay más señal de vida que una posada, en la cual pararemos para tomar algo y para que el caballo descanse; pero luego, entraremos en una campiña admirable, llena de casas de recreo.

Y siguió dando pormenores acerca del país, que conocía palmo a palmo, y respecto del cual sentía un entusiasmo sincero. Para él, no había en España, quizá en el mundo, nada tan hermoso como aquellas costas levantinas.

—La gente del Norte —decía— acostumbrada al verdor de los prados, a la humedad constante, suele despreciarlas por sequeronas y polvorientas. Pero eso mismo les da una gran variedad, según los sitios y las estaciones. Nuestras sierras están desnudas y calvas; pero nuestras hoyas, nuestros valles amplísimos, crían las mejores frutas, azucaradas como confites, y se visten al cabo del año con los trajes multiformes de dos o tres cosechas diferentes. ¡Y luego, el mar, ese mar que trae el recuerdo de cien siglos de historia llenos de poesía!

Cuando hablaba de esto, don Vicente se transfiguraba. Al calor del entusiasmo, solía hallar, él, tan sencillo y llano en su conversación, frases de una elocuencia que arrancaba directamente del sentimiento y despertaba honda simpatía. Juan le siguió fácilmente por este camino, que le volvía a los entusiasmos de las primeras impresiones en Villamar. Y uniendo, por irresistible tendencia intelectualista, el placer provocado por la Naturaleza con los placeres directos del espíritu, comenzó a evocar las imágenes del poema del Mediterráneo que la Musa helena cantó, en versos siempre jóvenes, al narrar las aventuras del Ulises clásico. Y aunque no veía entonces el mar, parecíale tenerlo ante los ojos y que sobre su llanura inmensa, apenas rizada, corría la sombra augusta, gigante, de la diosa de ojos verdes, manantial de sabiduría y de prudencia.

Con estas y otras cosas que don Vicente supo provocar, el viaje se les hizo corto. Cuando entraron de nuevo en la campiña, Cristóbal llamó la atención hacia una montaña, al parecer muy alta, que frente a ellos, muy próxima al mar, alzaba su cono finísimo, cortado en la cumbre como por una dentellada profunda, de una regularidad geométrica pasmosa, vista desde allí.

—Mira Altona. Esa brecha la hizo la espada de Roldán, según dice la leyenda[45].

Los flancos del cono, cubiertos en algunas partes de bosque, que se distinguía perfectamente, parecían sonrosados bajo la luz del sol; y las sombras de los recodos y honduras, en vez de ser violáceas, como al caer de la tarde, dibujábanse en negro, acusando el relieve, mucho más complicado de lo que a primera vista parecía.

—Pues ahí vamos —dijo don Vicente—. Al pie de la mismísima cortadura.

La tartana corría ahora velozmente por un llano cubierto de plantaciones, algunas de las cuales conservaban

su verdor. El mar veíase de nuevo a la derecha, formando un seno profundo. Atravesaron un pueblecito, sin detenerse.

—Es Villarica —apuntó Cristóbal.

La carretera se acercaba al mar, cuyo rumor sobre la playa de guijarros oíase a veces. Altona iba poco a poco cambiando de sitio, como si caminara hacia el Norte, ocultándose por la izquierda de los viajeros. El caballo parecía animarse, quizá adivinando próxima la cuadra. Atravesaron otro pueblecito, que se prolongaba mar adentro, dando la impresión de un cabo artificial, en cuya punta se alzaba la iglesia, de muros fuertes, que la espuma salpicaba en días de viento. Más allá, rompía la superficie tersa del agua una isla, dorada por el sol. El camino torcía de repente tierra adentro, escalando una ladera, suave al principio; luego, aguda y agria, hasta rematar en unos picos oscuros a gran altura.

—¿A que no sabes qué montaña es esa? —preguntó Cristóbal.

Juan miró, queriendo reconocer.

—Altona —dijo don Vicente—. Parece mentira, ¿eh? Es que ahora la vemos por la espalda y la tiene menos erguida que el pecho. La cortadura no se ve bien desde aquí.

Abandonando la carretera, tomaron por un camino vecinal que seguía subiendo por junto a un barranquillo cultivado en escalones, con gran número de parras y árboles frutales. A intervalos, cuando el traqueteo de la tartana no era mucho, se oía el rumor de una corriente de agua invisible. Mirando hacia arriba, veíase a media ladera una casa de campo, con galería acristalada en el primer piso, que parecía asentarse sobre una faja de verdura tras la cual adivinábase la planta baja. De un campo vecino salió esta canción, cantada por una voz varonil que desafinaba horriblemente:

Si en el quinto no hay perdón
Y en el sexto no hay rebaja,
Bien puede Nuestro Señor
Llenar el cielo de paja.

El cantor decía «rebaca» y «paca», denunciando su poca costumbre de hablar castellano[46]. Cuando calló, después de repetir varias veces la cuarteta, prodújose la ilusión de que se llevaba consigo todos los rumores del campo; y en el silencio que se hizo, resonaron como en una habitación vacía los ejes y los cristales de la tartana, junto con el golpe sordo de las herraduras del caballo. La casa iba acercándose, sin que asomara en ella ninguna figura humana.

—Ya estamos en Benisala —dijo don Vicente.

Y a poco, el carruaje entró en un soportal sostenido por pilares revocados de yeso, y paró bruscamente.

Un hombre alto, escuálido, con la barba desaliñada, vestido como aldeano y con la cabeza cubierta por una gorra de las que suelen llevar los marinos en días de gala, se acercó entonces, y con acento que quería ser afectuoso sin poder ocultar su rudeza, exclamó:

—¡Bien venidos, señores!

XLVII

DON Jaime Selfa era un personaje singular, en quien se juntaban, por extraña concurrencia, muchas cosas distintas, cada una de las cuales hubiese bastado para ocupar la actividad entera de un hombre. Había sido, durante muchos años, capitán de un velero dedicado al cabotaje y conocía bien los sufrimientos y los azares de la vida del mar[47]. Celosísimo en el cumplimiento de su deber y, al propio tiempo, dotado de un ojo perspicaz para los negocios, no sólo había logrado ventajas para la casa armadora, sino que supo obtener repetidas veces ganancias importantes por propia cuenta. Los achaques y el deseo de comerse tranquilamente lo ganado, le hicieron abandonar la capitanía; pero como era de familia de labradores, y de la herencia paterna le había correspondido la haciendita de Benisala, en ella se refugió, después de ensanchar sus límites con algunas compras, decidido a sacarle el jugo lo mejor que pudiese. Era solterón recalcitrante; y aunque tenía algunos parientes lejanos, procuraba que no se le acercasen mucho.

—Ya se acercarán bastante cuando yo me muera —decía.

Como Benisala distaba poco del mar, Selfa, en los ratos que la agricultura le dejaba libre, se daba grandes paseos en una lancha aparejada de balandra, que causaba la

envidia de todos los vecinos del pueblo próximo, Benidacar. También era cazador y con seguridad de puntería admirable. En las horas calurosas del estío y en las de lluvia en invierno, se dedicaba a la marquetería, con una habilidad y una paciencia pasmosas. No era menos celebrada su pericia en ingertos y selección de frutales. Tenía temporadas. Unas veces le atraían los manzanos; otras las frutas de hueso. Últimamente, la uva constituía su especialidad. Gloriábase de tener la más temprana de toda la provincia, entre las cultivadas al aire libre, y la más tardía; de suerte, que en aquella casa se comía uva fresca la mayor parte del año; y para que hubiese de todo, dejaba unos cuantos racimos de corinto hasta que se convertían en pasa natural, de un paladar delicioso. Finalmente, de vez en cuando le acometían caprichos singulares hacia diversiones u ocupaciones muy diversas: la cría de palomos; la de abejas; la de cabras, con lo cual acababa de complicar su vida afanosa.

Era, por otra parte, un hombre buenísimo; honrado hasta la meticulosidad; amigo de servir a todo el mundo, con tal de que no le pidieran cosas injustas; decidor y bromista cuando se le pinchaba y siempre que el círculo de oyentes le inspirase simpatía; pero, fuera de esto, muy sobrio de palabras y, a pesar de su amabilidad efectiva, hosco de maneras. Por don Vicente sentía un respeto grandísimo. Le debía la vida, en forma de curación de una enfermedad grave del estómago. Su alegría fue, pues, muy grande cuando, en la noche anterior, llegó a sus manos una esquelita del señor Galvis anunciándole que iría a pasar con él unos cuantos días, quizá una semana. Esto bastó para poner en plena revolución la casa, movilizando todo el personal útil, consistente en el casero, su mujer, un hijo de ambos y una criada vieja, hábil en componer los guisos de la cocina regional.

Como los viajeros llegaron muy cerca de las doce, no

tardaron en sentarse a la mesa, preparada en la galería. La comida fue muy apetitosa; pero los convidados, más que a concederle todos los honores que merecía, se distrajeron en admirar el espléndido paisaje que desde allí se disfrutaba. Al frente, el mar, encerrado en una ensenada entre cuyas dos puntas y, aparentemente muy próxima, alzábase la isla, de un tono azulado que le daba el aspecto de algo aéreo, flotante a ras del agua. Un desnivel de la costa ocultaba la línea en que reventaban las olas sobre la arena, aunque se adivinaba por el sordo rumor característico, que de vez en cuando traía el viento. Enseguida comenzaba la pendiente, rápida y prolongada hasta la casa misma, desde la cual producía la impresión de uno de esos planos de montaña rusa, cuya sola presencia da el vértigo a las gentes nerviosas. La tierra era en todas partes de un gris oscuro: verdoso en los sitios por roturar, llenos de maleza; ligeramente rojizo en los cultivados, cuya superficie había sido labrada y removida recientemente. Por derecha e izquierda, el suelo subía formando como las paredes de un callejón, cuyo punto central era Benisala, uniéndose por detrás de ésta, al parecer, con los picos superiores de Altona. Y en toda aquella cuesta amplia y sombría, sólo dos casitas dependientes de Benisala, pero distantes de ella, servían para recordar que aquellos lugares tenían alguna relación con el mundo. Aun así, la impresión general era de aislamiento y soledad, de algo salvaje y apartado, que atraía y atemorizaba al propio tiempo. Juan pensó que cuando el mar estuviese en calma y los escasos trabajadores de aquellos campos no distrajesen su labor con canciones, lo cual sucedería con frecuencia, el silencio sería allí como el de las grandes alturas, donde sólo el viento, al rozar con las hojas de los árboles, remeda voces melodiosas, apagadas, llenas de misterio.

Bien había escogido el sitio don Vicente. Ninguno me-

jor para serenar el ánimo, para comunicarle el reposo profundo de la vida de las cosas, para separarle de las preocupaciones del mundo. Y Juan, que ansiaba volver al sosiego delicioso de los primeros días, agradeció en el fondo de su alma aquel viaje que le permitía luchar con ventaja contra la exaltación que tan enérgicamente había reaparecido en él. Sintió como un llamamiento que partía de la Naturaleza y le empujaba a sumirse en aquel sagrado silencio, henchido de bellezas, que pedían una contemplación honda, desligada de todo otro cuidado. Como si le pasaran una esponja húmeda por el cerebro, borráronsele de golpe las preocupaciones que horas antes le agitaban en Villamar. Volvió a sentir aquella ilusión de la distancia multiplicada, inmensa, que experimentó respecto de Madrid a poco de llegar al campo. Otra vez todo lo humano reculaba en el horizonte, esfumándose en lejanías a cada momento más borrosas; y nuevas ideas, perspectivas de placeres inesperados, llenaban el vacío que iban dejando las excitaciones enfermizas.

Después de comer, dieron un largo paseo por la hacienda. Don Jaime explicaba una por una las cualidades del país, de los cultivos, las direcciones de vida que allí se ofrecían al que tuviera tiempo disponible. Llegaron hasta el origen de la corriente de agua que habían oído antes. Era un manantial a ras de tierra, que salía a borbotones, con suave ruido.

—¡Buena ganga tiene usted aquí! —dijo Cristóbal—. Si allá tuviésemos algo parecido...

Don Jaime volvió la cabeza, como si le asaltase una idea desagradable. Pareció vacilar un momento, como quien no se atreve a decir una cosa. Miraba a Juan con aire que significaba el deseo de hacerle una pregunta. Al fin dijo:

—Poca cosa. Necesitaría el doble; y ahora más, porque hay quien se llama a la parte.

Enseguida, cambió de conversación.

Bajaron a la playa, pedregosa y tristona. Juan llevaba la ilusión de embarcarse en la balandra de don Jaime; pero éste declaró que no podía ser entonces. El viento había arreciado y amenazaba duplicar su violencia. Veíase la isla rodeada de una cintura de espuma que, a veces subía muy alta disolviéndose en gotitas diminutas, que formaban una niebla blanquecina.

—Vamos a tener temporal —afirmó el señor de Selfa—. Será de viento y duro... Pero no tema usted —añadió al advertir que don Vicente hacía un gesto de disgusto—. En tierra no sufriremos nada. Si llueve será poco y podremos pasear en grande.

Así fue. Los días siguientes los dedicaron a recorrer la falda de Altona, más salvaje cuanto más se ascendía por ella, hasta los picos superiores, abordables por muy contados sitios. Juan se apasionó por estos ejercicios. Encontraba un gran placer en escalar las alturas; en sentarse sobre las rocas peladas, cuya base se hundía en un suelo cubierto de tomillo, de romero, de salvia y otras cien plantas humildes ricas en aromas, para contemplar desde allí, sin hablar, abismándose en la contemplación misma, el plano inclinado en que Benisala parecía sostenerse por un milagro de equilibrio; y al final de él, la superficie agitada del mar, que sólo muy de tarde en tarde animaba la silueta de un vapor cruzando al largo, o de una lancha pescadora. Gustaba especialmente de los sitios bravíos, en que la huella humana desaparecía por completo, porque en ellos sentía un reposo profundo que le arrastraba al olvido de todas sus preocupaciones. Dando la vuelta a los picos, divisaron tierras nuevas, valles alegres, en cuyo fondo brillaba el blanco caserío de algunos pueblecitos; y aunque don Jaime propuso ir a ellos, Juan se negó, alegando que se encon-

traba muy bien allí, en plena Naturaleza, porque el espectáculo humano no le ofrecía novedad alguna.

Sin embargo, había momentos en que el recuerdo de Andrea y el de las excitaciones a los labriegos de Villamar volvían nuevamente a su memoria. Este último le era en particular doloroso. No quería pensar en ello; lo rechazaba indignado como cosa molesta que le amargaba los placeres del espíritu; pero el recuerdo seguía trabajando interiormente, y una noche, al retirarse a descansar, se sorprendió él mismo formulando, sin darse cuenta, esta pregunta dirigida a don Vicente:

—¿Qué pensarán de mí en Villamar? ¿Me supondrán un farsante?

Era la idea que le perseguía desde que salieron de Ronesa.

Don Vicente contestó, afectando no dar importancia a la cosa:

—Ya les hice saber lo que convenía. Soy yo ahora quien gestionará el asunto, y confían en mí.

XLVIII

Al llegar el quinto día de su retiro en Benisala, Juan empezó a advertir en él como una reaccion. No sabía si era el cansancio producido por las mismas impresiones repetidas que iban perdiendo la poderosa fuerza de su novedad; o si la insistente y profunda contemplación de lo externo en que se abismaba horas y horas, había concluido por llevar al espíritu a un inconsciente trabajo de introspección, en que, sin querer, atendía cada vez más al eco que en él despertaban las imágenes, a la reflexión sobre éstas, abandonando su origen exterior que fue, al principio, el que dominaba. Y por un efecto natural de esta reclusión en sí mismo, fueron resucitando poco a poco las ideas antiguas, evocadas por misteriosas asociaciones con lo presente que, de momento en momento, perdía su influencia. Procuró Juan recobrar contra esto, inventando, de acuerdo con don Jaime, nuevas excursiones que excitasen la corriente de ideas que le convenía sostener.

El temporal había cesado y el mar volvía a estar tranquilo, de un azul profundo que en las proximidades de la costa se convertía en verde, de una transparencia cristalina. El señor de Selfa propuso ir a la isla después de comer. Don Vicente, que se mareaba con facilidad, prefirió quedarse en tierra y tuvo alguna vacilación para dejar que fuese Cristóbal. Pero al fin, consintió y los expediciona-

rios se dirigieron a Benidacar, donde don Jaime tenía fondeada la balandra.

Al atravesar la calle que iba al puerto, se les acercó un hombrecito que salía de una tienda de vinos. Era casi un enano, algo torcido de cuerpo, antipático a primera vista; pero su cara revelaba una inteligencia despierta, en que la nota de la astucia parecía la dominante. El señor de Selfa se apartó unos pasos con él y cuchichearon unos minutos. Luego, el hombrecito se marchó, saludando cortésmente.

La travesía fue feliz. La isla estaba algo más lejos de lo que aparentaba estar, y para abordarla hubo que salir de la ensenada que se veía desde Benisala. Una vez fuera, apareció la línea de la costa, prolongándose en sinuosidades constantes hacia el Nordeste y el Sudoeste. El panorama era espléndido, y aumentó en belleza cuando desembarcaron. Cristóbal y el marinero que les acompañaba se dedicaron a coger caracoles y lapas, mientras don Jaime y Juan subían al promontorio de la isla, para abarcar más horizonte.

De pronto, don Jaime se paró y, con cierta cortedad, como si le costase mucho iniciar aquel tema, dijo:

—¿Ha reparado usted en ese hombre que me habló en Benidacar?

—Sí —contestó Juan—. ¿Quién es?

—Un zahorí famoso. No es del país. Viene de la ribera del Segura. Tal vez haya usted oído hablar de él: Perpiñán; de origen francés, creo.

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Bueno. No importa. Lo que yo quería saber es esto. ¿Puede ser que un hombre adivine, sin cavar la tierra ni hacer otras obras, dónde hay agua?

Juan quedó perplejo ante esta pregunta, completamente inesperada.

—¡Hombre! no sé... No tengo estudios... —balbuceó.

—Usted tendrá que dispensarme, don Juan —interrumpió don Jaime—. La cosa me importa mucho. Necesito más agua de la que tengo para desarollar mis planes de cultivo. Además, como ya indiqué el otro día, el Ayuntamiento de Benidacar va tras quitarme parte, quizá todo el manantial que ahora disfruto. Una injusticia, señor; pero la están urdiendo muy finamente. Yo, como no tengo fe ninguna en el papel sellado, quiero prevenirme, y pensé en alumbrar aguas, si las hay en mi terreno. Me hablaron de ese zahorí, por cuyo consejo van a abrir un pozo artesiano cerca de Levantina, y le escribí que viniese; pero no me gustaría, ya comprenderá usted, gastar dinero con un farsante. Por eso quería saber la opinión de un hombre de estudios como usted.

Calló don Jaime, esperando que Juan dijese algo; pero Juan callaba también, presa de una agitación especial. Las palabras del ex-marino habían herido dos cuerdas sensibles de su alma. La cuestión de los riegos volvía a surgir ante él y, complicado con ella, un caso de injusticia que, partiendo de un organismo administrativo, veía como segura. Atento a esa renovación inesperada de las preocupaciones que en Villamar le atrajeron, Juan se olvidó por un instante que el señor de Selfa aguardaba una contestación. Pero don Jaime, que no podía sospechar la causa de aquel silencio, creyó que obedecía a falta de datos bastantes para formar juicio, y acudió al punto con minuciosas explicaciones del embrollo que le tenían preparado, más bien por el interés público, por el particular del alcalde, mozo listo en eso de aprovechar las ocasiones. Salieron a relucir todas las envidias y miserias aldeanas, todos los chismes de vecindad, más duros y violentos en el campo que en las ciudades, y el tejido de injusticias con que van urdiendo las pasiones humanas, bajo la capa del caciquismo, la vida cada vez más triste de los pobres labriegos y de todo el que se niega a entrar en el molde común[48].

Juan escuchaba sintiendo que cada una de aquellas noticias, cada una de aquellas quejas, exageradas quizá, aunque a él le parecían exactas, era como un excitante, como un revulsivo que iba caldeando y enfebreciendo la protesta fácil de su corazón, dispuesto siempre a la lucha contra las maldades de los hombres. Y de pronto, estalló todo lo que llevaba comprimido en el fondo del alma, todas las tendencias congénitas de su carácter que, como un resorte que de repente queda libre, recobraba con ímpetu su posición natural. Olvidando el paisaje y sus bellezas, lo apacible y sosegado del sitio, la soledad sedante de aquella isla inhabitada, se dejó invadir por el apasionamiento de temas que, de un modo tan inesperado, se ofrecían a su consideración; y enfrascóse con don Jaime en un examen minucioso de ambos casos, haciéndose contar los antecedentes, pidiendo pormenores, penetrando el problema más y más, tronando desde luego contra la raposería de alcaldes y concejales que no dejaban vivir en paz a los ciudadanos honrados, y prometiendo armar un escándalo de padre y muy señor mío si se atrevían a ejecutar sus amenazas. El señor de Selfa maravillóse de aquel súbito calor con que el forastero tomaba sus asuntos; y agradeciéndoselo profundamente, atizaba el fuego, sin darse cuenta de lo que hacía, arrastrado por el interés de su conveniencia.

Desde aquel momento cesó de haber para uno y otro mundo exterior. No vieron nada, no gozaron de nada; y al desembarcar nuevamente en tierra firme, todavía iban dándole vueltas a los dos asuntos enlazados que por muy distintos motivos les preocupaban.

Cuando llegaron a Benisala, lo primero que don Jaime hizo fue buscar a don Vicente para expresarle el entusiasmo que sentía por la generosa ayuda de Juan. Y quedó confundido, anonadado, cuando, apenas explicada la co-

sa, oyó que don Vicente decía con acento de profunda tristeza:

—¡Ay, amigo mío, no sabe usted el mal que acaba de hacernos!

EPÍLOGO

EL tren estaba a punto de marchar. Los mozos de estación iban cerrando las portezuelas, y don Vicente tuvo que bajarse, después de dar un abrazo a su sobrino. No podía ocultar el anciano su profundísima emoción. De pie en el andén, levantando la cabeza hacia la ventanilla a que Juan se asomaba, repitió:

—Todavía estás a tiempo. Vuélvete conmigo a Ronesa.

—No, tío —contestó Juan, dejando traslucir en el tono de su voz la tristeza que le embargaba—. Sería inútil. Ya ha visto usted que pueden más las condiciones de mi carácter que los remedios aplicados.

—Te engañas, te engañas —afirmó el anciano—. Haces mal en precipitarte. La Naturaleza es infalible. Acaba por curar siempre. Es cuestión de tiempo, de constancia...

—Para los que llevan en el fondo de su espíritu el germen del reposo, sí —contestó Juan—. Para los inquietos como yo, no. La más leve cosa turbará siempre nuestro sosiego.

—¡Pero ese Madrid te va a matar!

—¡Quién sabe! Tal vez, para los que son como yo, la vida es la lucha y el descanso la ilusión de los instantes de desfallecimiento.

Silbó la locomotora y el tren empezó a deslizarse sobre los rieles. Asomado a la ventanilla, Juan vio cómo, con creciente rapidez, iba achicándose la mole de la estación, con su montera de cristales enrojecidos por el sol ponien-

te. Vio repetirse en el horizonte que se alejaba las mismas imágenes que había ido descubriendo al acercarse a Levantina. Huía el mar, cada vez más oscuro; huían los montes, que le hicieron pensar en Ronesa. Era un irrestañable fluir de cosas que iban quedando atrás, desapareciendo, fundiéndose en las nebulosidades de las lejanías, y a las cuales faltaba el color de la esperanza que las embelleciera meses antes. Todo volvía a repetirse, pero en sentido contrario, con significación bien diferente; y a medida que los paisajes levantinos se alejaban y el tren subía, anheloso, a la meseta manchega, en el alma de Juan fundíase poco a poco la amargura del desengaño ante la fiebre producida por la evocación de las luchas a que volvía con nuevos ímpetus.

Oviedo, septiembre-noviembre 1902

NOTAS

[1] Se refiere a la Catedral de San Nicolás de Bari, entonces Colegiata, cuya cúpula actual la rehicieron, siguiendo la original, Francisco Minguet y Juan Fauquet en 1716 al haber sido derribada la anterior en pasados bombardeos.

[2] Alicante.

[3] Nombres de verdaderos establecimientos hoteleros alicantinos.

[4] Se refiere a la actual Explanada de España.

[5] La actividad portuaria tenía un especial atractivo para Rafael Altamira y la refleja con acierto en esta novela y en varios de sus relatos breves.

[6] El tío Vicente, además de ser el cicerone del protagonista en su andadura por el campo, va a encarnar una especie de caciquismo paternalista y benefactor que se convertirá en un modelo imposible para Juan Uceda, sobre todo por la falta de acomodación al medio de que disfruta su pariente.

[7] Por Villamar debemos entender Campello, municipio alicantino de la costa donde Rafael Altamira pasó varios veranos durante su juventud, concretamente en la «Hacienda Terol», finca familiar a la que en 1892 y 1894, y como el protagonista, acudió el autor procedente de Madrid buscando «libertad, reposo y reposición de fuerzas» (véase Francisco Almela Vives, «Don Rafael Altamira en Campello», *El día*, Alicante, 8 de mayo de 1935). Nuestro autor nunca utiliza en esta novela los nombres reales de los lugares donde ubica la acción, sin embargo hay una correspondencia del lugar literario con el real que apenas deja dudas al respecto. Esta técnica de ocultar, pero no mucho, los verdaderos lugares tal vez en parte responda a la intención de no romper la verosimilitud y, al mismo tiempo, evitar un excesivo localismo.

[8] Ronesa es el equivalente de la Hacienda Terol de Campello, propiedad de la familia de Altamira. Ver nota anterior.

[9] El personaje de Juan, protagonista omnipresente, no se puede incorporar plenamente a la galería de los coetáneos protagonistas de la novelística del 98. Pero es indudable que comparte bastantes rasgos. Se trata de un personaje aislado, joven todavía, de formación universitaria, reflexivo, crítico, con dificultades para integrarse socialmente, dubitativo, progresista sin vincularse a una orientación política concreta, ansioso en su búsqueda que le lleva al campo, que reacciona al ver determinados aspectos de la dura vida del campesino, sensible, poco comunicativo, inconformista, abúlico en algunos momentos, entusiasmado en otros, poco o nada inclinado a la religión y que siente la enorme distancia entre el pensamiento y la acción. Sin embargo, otros aspectos de la novela claramente deudores de la narrativa decimonónica, y sobre todo el final, impiden englobarlo en la citada galería que en el mismo año 1902 tuvo tan destacados ejemplos de Azorín y Pío Baroja.

[10] Se refiere, probablemente, al llamado Sexenio Democrático (1868-1874).

[11] Se refiere a la fugaz I República que, entre febrero de 1873 y enero de 1874, fue el punto culminante del llamado Sexenio Democrático que empieza con la Revolución de septiembre de 1868 y deja paso a la Restauración. Obsérvese que estamos ante uno de los pocos datos para saber la edad de Juan Uceda. Si pudo vivir en el Sexenio, en 1902 tendría alrededor de 45 años, lo cual entra un tanto en contradicción con las características del personaje. Es mejor, tal vez, no entrar en precisiones y dejar en la vaguedad la edad de un hombre maduro que ya ha vivido la ilusión de la juventud y el posterior desengaño.

[12] Actitud ante la religión que guarda un evidente paralelismo con la del propio Altamira, inclinado —en mi opinión— hacia un agnosticismo absolutamente respetuoso con las creencias religiosas.

[13] Durante el siglo XIX los principales cultivos de la huerta alicantina consistían, exceptuando la vid, en la barrilla para obtener el jabón, el esparto como materia prima para la cestería y alpargatería y la morera para la cría del gusano de seda. El esparto estaba en regresión desde mediados de siglo por la reducción de tierras comunales donde recogerlo, la competencia de las fibras argelinas y el hecho de que Francia

decidiera importarlo sin previa elaboración. Véase Rosa Ana Gutiérrez Lloret, *Republicanos y liberales (La Revolución de 1868 y la I República en Alicante)*, Alicante, Instituto Gil-Albert, 1985, pp. 31-32.

[14] «Zaragüelles»: especie de calzones anchos y con pliegues, usados en aquella época y que se conservan en el traje típico del huertano alicantino.

[15] «Alcubilla» es el apellido de un autor de un diccionario de términos jurídicos que el propio Altamira cita en J. Costa et alii, *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, Barcelona, Manuel Soler Ed., 1902, p. 442.

[16] «Albalaes» y «martava»: términos relacionados con el regadío cuyo significado exacto y origen lo podemos encontrar en R. Altamira, *Derecho consuetudinario y economía popular en la provincia de Alicante*, ed. facsímil, Alicante, Instituto Gil-Albert, 1985, p. 76.

[17] Este tradicional planteamiento de rechazo de «la vida artificial de las ciudades» para entregarse a la madre Naturaleza se convierte en una idea recurrente a lo largo de la novela.

[18] «Fielatos»: oficinas a la entrada de las poblaciones, en las cuales se pagan los derechos de consumo.

[19] Expresión aplicada a las personas de ideas muy avanzadas.

[20] *El Lábaro* también es el título que Leopoldo Alas da al compendio de la prensa ultramonta de la Restauración que se publica en la Vetusta de *La Regenta* (véase ed. Juan Oleza, Madrid, Cátedra, 1984, I, p. 149, n.º 40). Esta coincidencia es, claro está, intencionada en quien fuera colega, amigo y admirador de Leopoldo Alas.

[21] El pintor belga Carlos de Haes (1831-1898) se estableció en España y pintó numerosos paisajes con sentido realista, faceta en la que sobresalió y alcanzó notable fama.

[22] Se refiere a la legendaria figura de Fausto, que Altamira conocería a través de la obra de Goethe, de la cual pudo haber leído durante su estancia universitaria en Valencia la traducción de Teodoro Llorente (1882); o la anterior de Pelayo Briz (1864).

[23] Esta visita, fundamental en el proceso de aprendizaje del protagonista que le va a llevar a romper la imagen idílica de Villamar y sus

gentes, cabe relacionarla con las visitas a pobres y enfermos que el propio Altamira, siendo niño, realizaba en compañía de su padre y un amigo los domingos por la tarde: «No me decían nada... No había moraleja dictada, impuesta. Pero la observación y la vida iban moldeando y disponiendo mi espíritu, llenándolo de humanidad» (apud. V. Ramos, R. Altamira, cit., p. 19).

[24] De nuevo encontramos un paralelismo con la actitud personal del propio Rafael Altamira, quien mantuvo una postura de preocupación regeneracionista ante los sucesos del 98 sin caer en el patrioterismo tan extendido por entonces.

[25] «Flanear»: galicismo que significa vagar, callejear.

[26] «Tomiza»: cuerda o soguilla del esparto utilizada para la elaboración de diversos utensilios.

[27] Esta actitud del labrador le ejemplifica con gran acierto el propio Altamira en su cuento *Afanes*, recopilado en *Fantasía y recuerdos* (Alicante, 1910).

[28] Sobre esta fábrica instalada en Alicante desde 1801 y de fundamental importancia dentro de la economía local y comarcal, véase Caridad Valdés Chápuli, *La fábrica de Tabacos de Alicante*, Alicante, CAM, 1990. Téngase en cuenta que en 1900 contaba con 3.698 operarias (p. 69), por lo que resulta lógico pensar que muchas procedieran de los pueblos cercanos a Alicante.

[29] Sobre el tema de la emigración alicantina a Argelia véase el fundamental estudio de José Fermín Bonmatí Antón, *La emigración alicantina a Argelia*, Alicante, Universidad-C.A.P.A., 1990. El propio Altamira también aborda este tema en *Derecho consuetudinario...*, cit., p. 43, explicando cómo muchos alicantinos acudían temporalmente al Norte de África para completar sus precarios medios de subsistencia.

[30] Sobre el origen e ingredientes de esta refrescante bebida, véase Francisco G. Seijo Alonso, *Las bebidas valencianas*, Alicante, Ed. Villa, 1980, pp. 93-94.

[31] Este elogio a la horchata también está en correspondencia con los gustos del propio Rafael Altamira, de quien V. Ramos reproduce un curioso testimonio en donde indica su enorme afición a esta bebida tan típica de la región (*R. Altamira*, cit., p. 334).

[32] Se refiere a A. Cavanilles, *Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia* (Madrid, Imp. Real, 1795-1797, 2 vols.); al viajero francés Jaubert de Passá, *Canales de riego de Cataluña y reino de Valencia* (trad. con adiciones, Valencia, Sociedad Económica de Amigos del País, 1844) y al geógrafo francés Aymard, autor de *Irrigations du Midi de l'Espagne* (París, 1864). Estos mismos libros también los utilizó el propio Altamira para su ya citado estudio sobre el derecho consuetudinario en la provincia de Alicante. No nos debe extrañar, pues, que este capítulo XXVII esté escrito con una perspectiva de historiador y geógrafo muy similar a la del capítulo IX de su citada obra.

[33] Se refiere al pantano de Tibi que fue terminado en 1594. Véase el fundamental estudio de Armando Alberola, *El Pantano de Tibi,* Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 1984.

[34] Francisco Silvela (1845-1905), Práxedes Mateo Sagasta (1825-1903) y Francisco Romero Robledo (1838-1906) son políticos muy representativos del período de la Restauración que estaba finalizando en la época en que se desarrolla la novela y que, como es lógico, habrían condicionado la actividad política del protagonista.

[35] «Dula»: cada una de las porciones de tierra que por turno reciben riego de una misma acequia.

[36] Se refiere al músico alemán Félix Mendelsshon Bartholdy (1803-1847).

[37] Desde el siglo XVIII se da en Alicante la presencia de un apreciable número de ciudadanos de origen italiano. La homeopatía —sistema curativo que aplica a las enfermedades, en dosis mínimas, las mismas substancias que en mayores cantidades producirían al hombre sano síntomas iguales o parecidos a los que se trata de combatir— era una corriente médica muy de moda por entonces y también polémica. En la prensa alicantina encontramos durante las décadas de los ochenta y noventa artículos relacionados con el tema. Véase, por ejemplo, el libro de Manuel Ausó y Monzó, *La homeopatía: colección de artículos publicados en El Graduador en contestación a los que Ricardo Fajarnes y Matías Domenech insertaron en los diarios El Eco de la Provincia y La Unión Democrática* (Alicante, Imp. de José Marcili, 1881).

[38] Allan-Kardec y su filosofía del espiritismo tuvieron numerosos

seguidores en Alicante, donde se constituyeron grupos que la practicaron y hasta se publicaron revistas como *La Revelación* (1872-1904), que mantuvo un fructífero intercambio con otras publicaciones de la misma línea y se enfrentó a diversos periódicos locales. Estos grupos —que todavía no han sido analizados, creo, de una forma exhaustiva— tuvieron a menudo relación con las corrientes progresistas de la masonería y el republicanismo de la época.

[39] Se refiere al paradigma del orador político de la época, Emilio Castelar, personaje muy vinculado a la provincia de Alicante desde su infancia y que tuvo numerosos seguidores en la misma. Véase Rosa Ana Gutiérrez Lloret, *op. cit.*, y *Republicanismo en Alicante durante la Restauración*, Alicante, Ayuntamiento, 1989, pp. 35-47.

[40] El astrónomo francés Camile Frammarion (1842-1925) adquirió una relativa popularidad como divulgador de temas relacionados con la astronomía. Encontramos numerosas referencias a sus obras en revistas tan destacadas como *La España Moderna*, sobre todo en 1907. Varios de sus libros traducidos al español y publicados en las últimas décadas del siglo XIX se conservan en las bibliotecas públicas alicantinas.

[41] Rafael Altamira fue un entusiasta defensor y vehemente propagador de las danzas típicamente alicantinas, cuya conservación encareció a sus paisanos: «salvad y enalteced los bailes antiguos de la modalidad alicantina» (véase V. Ramos, *R. Altamira*, cit., pp. 328-9).

[42] «Arroyada»: crecida de un arroyo e inundación consiguiente a ella.

[43] Javalambre es una sierra del sistema ibérico situada en el término municipal de Camarena (Teruel). Desconozco si tiene alguna relación particular con el autor.

[44] Esta frase resume el proceso de autoconocimiento desarrollado por el personaje a lo largo de toda la novela. Un proceso narrado con el orden y la estructura de un ensayo: los primeros capítulos coinciden con una nueva situación vital del protagonista; planteamiento y presentación de los elementos que definen esa situación; recapitulación para que el lector asienta y resuma lo leído anteriormente y, tras una etapa de confirmación —o desarrollos— de la situación establecida —tal vez demasiado larga y recurrente—, la crisis que sólo se resolverá con el final y la explicitación de la tesis central que sustenta la novela.

[45] Hay una leyenda, con múltiples versiones, que intenta explicar que el tajo que se da en el Puig Campana (1.406 m.) dio origen a la pequeña isla situada frente a Benidorm. Véanse dos de estas versiones en Agustina Ruiz de Mateo, *Leyendas alicantinas*, Alicante, 1965, pp. 41-46 y Gabriel Miró, *Años y leguas*, en *OO. CC.*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1969, p. 1.101. Por otra parte, el nombre de Villarica corresponde a Villajoyosa, Altona al Puig Campana y Benisala a Benidorm, aunque este último también puede ser el Benidacar citado poco después.

[46] Casi toda la novela se ha desarrollado en una zona donde predominaba el valenciano, lengua que Altamira conocía perfectamente pero ante la cual mantuvo una actitud diglósica, muy propia de la época. Esta actitud y el alejamiento de los moldes de la coetánea novela regionalista le llevan a no utilizar, salvo para algunos apuntes costumbristas, prácticamente dicha lengua en sus obras.

[47] Rafael Altamira, en el artículo «Teatro primitivo», recopilado en *Arte y realidad* (Barcelona, Ed. Cervantes, 1920, pp. 152-6), afirma que pasó un verano en la quinta de un amigo —«marino de toda su vida, curtido en las peleas con el mar y ahora convertido en agricultor y cosechero»— situada en la ladera del Puig Campana, frente a Benidorm. En el mismo vuelve a hablar de la citada leyenda, de la isla frente a Benidorm y, sobre todo, del paisaje y el clima de la zona interior cercana a esta costa. Al leer, pues, este capítulo de nuevo nos encontramos con un caso en el que el autor utiliza para su novela una experiencia personal, apenas transformada a la hora de llevarla al campo de la ficción.

[48] El ya citado proceso de autoconocimiento del autor se complementa con el conocimiento de una realidad externa que acaba rompiendo la visión idílica e ilusoria que había sostenido al principio Juan Uceda con respecto al campo.

ÍNDICE

	Página
INTRODUCCIÓN	9
ESTA EDICIÓN	35
REPOSO	37
I	39
II	43
III	48
IV	52
V	56
VI	62
VII	66
VIII	72
IX	76
X	83
XI	88
XII	93
XIII	98
XIV	104
XV	109
XVI	115
XVII	121

XVIII 125
XIX 130
XX 137
XXI 138
XXII 146
XXIII 151
XXIV 157
XXV 162
XXVI 170
XXVII 176
XXVIII 180
XXIX 184
XXX 189
XXXI 193
XXXII 198
XXXIII 206
XXXIV 210
XXXV 216
XXXVI 221
XXXVII 226
XXXVIII 232
XXXIX 237
XL 241
XLI 244
XLII 248
XLIII 254
XLIV 260
XLV 264
XLVI 272
XLVII 278
XLVIII 284

EPÍLOGO 289

NOTAS 293

INSTITUTO DE CULTURA
JUAN GIL - ALBERT
DIPUTACIÓN DE ALICANTE

LITERATURA Y CRÍTICA / 12

RAFAEL Altamira (1866-1951) mostró siempre un gran interés por la literatura. Sus múltiples facetas intelectuales han oscurecido injustamente una destacada aportación a la crítica literaria, así como su poco conocida obra de creación. *Reposo* (1902) es la obra cumbre de su narrativa. Ambientada con acierto en diversas poblaciones de Alicante, esta novela,con una importante base autobiográfica, relata el viaje de su protagonista en búsqueda del reposo imposible para quien comparte el agitado mundo intelectual y ético de entresiglos,que tuvo en Rafael Altamira un destacado protagonista.

Juan A. Ríos es profesor titular de la Universidad de Alicante. Ha publicado los libros *García de la Huerta* (1987), *Románticos y provincianos* (1987), *Arniches* (1990), *De la Restauración al 98* (1990), así como ediciones críticas y artículos sobre la literatura española de los siglos XVIII, XIX y XX.

9 788477 849421